

Al Sr. D. Rufino José Cuervo.

Su adicto amigo y Serv<sup>r</sup>. afmo.

V. Aguirre

México, Julio 4 de 1896.

ESCRITORES MEXICANOS CONTEMPORANEOS.

4  
ESCRITORES MEXICANOS

# CONTEMPORANEOS

FOR

VICTORIANO AGÜEROS



MEXICO

—  
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE

Bajos de S. Agustín n. 1

—  
1880

ESCRITORES MEXICANOS

# CONTEMPORANEOS

Por

VICTORIANO AGÜEROS

---

Edición de doscientos cincuenta ejemplares.

---



MEXICO

IMPRESA EN EL SIGLO XXI

Edición de 250 ejemplares

1950

A LA MEMORIA

del ilustre escritor español

D. ANSELMO DE LA PORTILLA

Homenaje cariñoso de gratitud.

*V. A.*



## PRÓLOGO

**L**AS biografías de *Escritores Mexicanos Contemporáneos* contenidas en este volúmen, forman parte de un libro que me propongo publicar más tarde con el título de *ESCRITORES MEXICANOS DEL SIGLO XIX*; y salen hoy á luz, con el fin únicamente de complacer á diversas personas respetables, que habiendo leído algunas en *La Ilustracion Española y Americana* de Madrid, han deseado verlas reunidas en un cuerpo. Creo que la acogida que el público ilustrado de México se digne dispensar á estas humildes muestras que le ofrezco, me indicará con seguridad la que á su tiempo pueda conceder á los demás trabajos del mismo género que preparo, relativos á otras de nuestras notabilidades literarias; y así, séame permitido reclamar desde ahora su generosa benevolencia.

Corta es la galería biográfica que aparece en el presente tomo, —*primera serie* tal vez de las que pienso formar con nuestros literatos;— y en ella se echarán ménos muchos nombres que gozan de merecida reputacion; pero sin embargo, espero que bastará para dar idea del progreso de las letras en México, y de algunos de los escritores que más honran á nuestra patria en la actualidad. —Casi todas las ramas de la literatura tienen sus representantes, por decirlo así, en las personas de quienes trato en este libro; y nadie podrá negar que es respetable y escogido el grupo que ellas forman. Poetas y periodistas, críticos y filólogos, cultivadores de los estudios clásicos y escritores de historia; de todo encontrará algo en estas páginas, quien quiera formarse juicio de la literatura mexicana contemporánea.

Por lo demás, habria yo querido que la *Introduccion* que va despues de este Prólogo, llenase las condiciones que su objeto exige; pero todos saben que la historia de nuestra literatura está todavía por escribir, y que no tenemos ni aún los materiales que se necesitan para empezar la tarea. —Hace tres años formé unos apuntes sobre esta materia, incorrectísimos, incompletos y desordenados, que no obstante su falta de interés, me animé á sacar á luz en mis *Cartas Literarias* publicadas en 1877. Posteriormente los incluí en las *Correspondencias literarias de*

*México* que, para dar á conocer algo en el extranjero el estado de nuestra literatura, remití al Sr. D. Abelardo de Cárlos, Director propietario de *La Ilustracion Española y Americana*; las cuales tuvo la bondad de recibir y publicar de una manera que há obligado profundamente mi gratitud. — Hoy me veo en la necesidad de hacer otra vez uso de aquellos mismos apuntes, aunque suprimiéndoles algo y agregándoles nuevos nombres y noticias. De buena gana, como decia ántes, habria yo procurado dar mayor extension á este pobre trabajo, entrando en estudios y en investigaciones minuciosas; pero ni he tenido el tiempo suficiente para ello, ni (lo que es más grave) cuento con los materiales y los conocimientos necesarios para este género de labores. — El lector me perdonará, por lo mismo, lo defectuoso é incompleto de la mencionada *Introduccion*.

Y para que me perdoné tambien la aridez y monotonía de estos artículos biográficos, ¿habré menester ponerle á la vista las dificultades con que he tenido que luchar, y que más de una vez me han desalentado? — Trabajos de esta índole son de suyo laboriosos, por lo escondidas que suelen estar las noticias; y los trabajos aumentan, por más que parezca raro, cuando viven todavía las personas de que aquellos son objeto, pues generalmente son ellas las primeras en escasear al biógrafo los datos que necesita. En el

presente caso, he tenido que batallar con la modestia de unos, con la humildad de otros, y aún hubo quienes al fin no me dieron una sola noticia de su vida ó de sus obras: tuve que buscarlas en otra parte. Sirva esto de disculpa á la pobreza que se notará en algunas biografías, y sirva tambien de explicacion á las personas que hallen incompletas ó equivocadas mis palabras.

Las apreciaciones literarias sobre escritores contemporáneos, sobre todo cuando aún están vivos y los encontramos á cada paso, suelen ser espinosas para quien desea revelarlas al público: debo decir que para mí no lo han sido. Yo he escrito aquí lo que he juzgado por mí mismo, con entera independenciam, con libertad, sin pasion, y sin dejarme llevar de las simpatías ó de la gratitud.

Diré, por último, que al dedicar este libro á la memoria del Sr. Portilla, no solo satisfago un deseo de mi corazon agradecido, por los lazos de cariño que á él me unieron y los favores que al comenzar mi humilde carrera literaria le debí, sino que cumplo tambien con un debér, poniendo su nombre al frente de una obra que fué el primero en aprobar y apoyar con la influencia de su nombre, de su talento y de su bondad.

México, Junio 15 de 1880.



## INTRODUCCION

---

### I.

**A**LGUNOS de nuestros escritores antiguos, y no pocos de los modernos, al hablar de las cosas de lo que fué imperio azteca, ponderan el grado de cultura intelectual que habian alcanzado los mexicanos á la llegada de los conquistadores; y se refieren principalmente á ciertos cantares ó composiciones literarias que, ya por la tradicion, ya por los signos geroglíficos conservados, pudieron conocer los españoles.—El P. Sahagun, en su *Historia general de las cosas de Nueva España*, y Fr. Gerónimo de Mendieta en la *Historia Eclesiástica Indiana*, citan y trascriben detenidamente algunos discursos, exhortaciones ó consejos que los antiguos mexicanos acostumbraban recitar en ocasiones solemnes, como el nacimiento de un príncipe, la coronacion de un rey, el casamiento de una hija, etc.; notables todos por sus sanas doctrinas, su sencillez y pinto-

resco lenguaje. <sup>1</sup> Boturini dice <sup>2</sup> que habia poetas que en metro heróico referian los hechos gloriosos de los guerreros; historiadores que llevaban memoria de los acontecimientos notables por medio de cordones y nudos diferentemente combinados; <sup>3</sup> fabulistas que, valiéndose de matáforas é ingeniosas alegorías, daban lecciones útiles al pueblo, ya ridiculizando ó criticando las costumbres y los vicios, ya elogiando las virtudes de los buenos ciudadanos. Los cantares de los poetas, segun el mismo autor, se dividian en “principalmente históricos, aunque tal vez mezclados de fábulas divinas, y en otros meramente poéticos;” pudiéndose clasificar, por consiguiente, entre unos y otros, los himnos que se cantaban en las fiestas de los dioses, pues tambien á las divinidades las hacian objeto de entusiastas cánticos.—La ciudad donde señaladamente floreció la poesia, dicen los historiadores Clavigero y Veytia, fué Texcoco, la Atenas del Nuevo Mundo, como la llamaron entónces: allí existió una Academia ó Colegio en que se cultivaban las artes y en que se llamaba á público certámen á los hombres de claro entendimiento; allí estaba el grande é inmortal Netzahualcoyotl, una de las más bellas figuras de nuestra historia antigua, dando calor y vida á aquel hermoso centro de ilustracion; allí se entregaba él á sus contemplaciones astronómicas, y se recreaba dulcemente en los magníficos espectáculos que le ofrecian el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, coronados de resplandeciente nieve, los mansos y brillantes lagos, sus márgenes pobladas de pintorescas aldeas y de ri-

<sup>1</sup> Véase la nota de la pág. 172.

<sup>2</sup> *Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional*, pár. XV.

<sup>3</sup> Boturini, indudablemente, cometió en esto un error, pues ningun otro cronista hace mencion de los tales cordones. El inca Garcilaso de la Vega, historiador del Perú, dice que los usaron los indios de aquel imperio.

sueños jardines. Ante naturaleza tan florida y majestuosa, preciso era, en efecto, que no solo Netzahualcoyotl, sino cuantos habitaban aquellas fecundas regiones, prorumpiesen en arrebatados cantos de admiración. Cuando aquel ilustre soberano, en medio de sus silenciosas meditaciones, llegó á comprender que existía un solo Criador y Soberano de todo el Universo, y se propuso tributarle adoración y sincero amor, compuso en honor suyo sesenta cánticos, según refieren los historiadores, de los cuales no nos quedan sino algunos fragmentos salvados dichosamente de los borrascosos tiempos de la conquista, ó transmitidos por la tradición. En ellos, lo mismo que en otro que se conserva, y que trata de la volubilidad de la vida humana, no solo se descubre lo que era la poesía azteca, sino que se pueden admirar también las privilegiadas dotes morales de Netzahualcoyotl, y su alma elevada y pensadora. Aunque es seguro que esos fragmentos han venido sufriendo alteraciones con el tiempo, y los traductores, por otra parte, les han comunicado nuevas bellezas, yo creo, sin embargo, que conservan todavía algo de su forma primera, algo de su natural sencillez, de su perfume nativo, pues la verdad es que nos admiran y nos encantan. Tienen cierta dulce y apacible melancolía, propia de una alma que ha sufrido y es visitada por recuerdos dolorosos, por pensamientos tristes: las imágenes, por lo general, son agradables y modestas, llenas de la embalsamada frescura de los campos; encierran verdad algunas reflexiones, y es profunda y espontánea su filosofía. Las galas de esos cantares las tomaba su autor de los verjeles del valle; sus armonías, de los bosques y las montañas; su dulzura, de la bondad de nuestro clima; y las ideas, en fin, venían gallardas y libres, al suave calor de la inspiración ó de la meditación.—Conviene agregar también en elogio de este rey, y á propósito del asunto que nos ocupa, que no era su amor á la poesía el único mérito

que le adornaba y que hoy hace tan simpática su memoria, sino que, además, se distinguía por la benevolencia y el cariño con que trataba á los que, como él, se dedicaban á cultivarla. Boturini refiere, <sup>4</sup> que habiendo sido condenado á muerte un reo en cierta ocasion, éste compuso en poco tiempo un bello, sentido y conmovedor poema de despedida, que fué escuchado por el monarca: prendado de su belleza, y en premio á la feliz inspiracion del poeta, le perdonó gustoso la vida.

Ahora bien: cuanto queda dicho acerca de la poesía azteca, de Netzahualcoyotl y sus cantares, lo mismo que de la importancia literaria de Texcoco, es negado en nuestros dias por respetables escritores, quienes juzgan que no debemos dar entero crédito á lo que sobre este punto nos dicen los antiguos historiadores y cronistas. Fundan su dictámen, en primer lugar, en la falta de aquellos medios, indispensables y necesarios para crear una literatura, en que se encontraban los aztecas, —como el conocimiento del alfabeto, la escritura, etc.;— y despues, en lo sospechosísimo de la fuente en que todos los antiguos escritores bebieran las noticias relativas á la cultura intelectual de los vencidos. Aquella fuente fué Ixtlilxóchitl, escritor indígena que floreció mucho tiempo despues de la conquista, quien considerándose, como es sabido, descendiente de la familia real de Texcoco, no hizo otra cosa en sus obras, sino ensalzar á su patria, ponderar su civilizacion y su grandeza, ponerla superior á México en ilustracion y en todo género de adelantos, y trazar, en fin, la apología de sus antepasados, de sus conciudadanos y de las obras que dejaron.—Sea de esto lo que fuere, y sin detenerme más en una cuestion que solo nuestros eruditos deben resolver (yo la he tocado aquí únicamente como un punto curioso), lo cierto es que aquella

<sup>4</sup> Obra y pár. citados.

rama de la civilización azteca se secó por completo, y ninguna influencia pudo tener en el nacimiento, desarrollo y formación de lo que más tarde vino á ser literatura mexicana.

## II.

Terminada la conquista, y cuando se trató de poner los primeros cimientos de la sociedad que iba á formarse, pasaron á Nueva España los soldados de la cruz, los misioneros encargados de sembrar en el país la semilla de la civilización evangélica: al estruendo de los combates, siguieron las pacíficas tareas de la enseñanza; al ruido de las armas, el suave murmullo de los niños indios que se instruían y recitaban sus primeras oraciones; y el horizonte, poco ántes cargado de vapores sangrientos, se iluminaba ahora con la luz que venia á disipar las sombras de la barbarie y de la ignorancia. Y unas veces entre las ruinas, otras bajo la sombra de frondosos árboles; ya en las orillas de los lagos ó en medio de los jardines; ya en humildes cabañas ó bajo el rústico techo de improvisados templos, los Gante, los Motolinía, los Sahagun, y otros beneméritos varones, doctrinaban á los infelices aztecas, quienes sorprendidos del poder que hallaban en la palabra de aquellos hombres venerables, cobraban amor á la instruccion, á las letras, á los preceptos de salud que los consolaban y fortalecian. Habiendo luego aprendido con infinita abnegacion los idiomas indígenas, 5 comenzaron á predicar en ellos, circularon

5 Al pensar en la maravillosa prontitud con que aquellos santos varones aprendieron los complicados idiomas de los indios, tanto más difíciles para ellos cuanto que carecian de maestros que se los enseñaran con método, no puede uno ménos de traer á la memoria las palabras que Jesucristo dirigió á sus apóstoles al mandarlos á predicar su doctrina por el mundo. "Id —les dijo;— predicad el

manuscritas algunas oraciones traducidas, y cosecharon de este modo tan preciosos y abundantes frutos, que en breve tuvieron necesidad de auxiliares poderosísimos que los secundaran. La Providencia les mandó entónces la imprenta, y en tan oportuna sazón llegó á México, <sup>6</sup> que pronto pudieron imprimir los numerosos vocabularios, catecismos, artes, etc., que usaban en sus tareas; método que dió maravillosos resultados, pues merced á él, creció extraordinariamente en todas partes el número de los indios convertidos. Los neófitos fueron á su vez predicadores y misioneros, y ayudando á los frailes que á ellos los habían salvado, la Nueva España pudo estar al fin bajo el imperio de la Cruz y de la paz.

Los religiosos, cumplido este primer y principalísimo deber, no permanecieron ociosos, ántes sus admirables trabajos filológicos les sirvieron de estímulo para emprender otros nuevos, sin que por esto dejaran desatendida su obra más gloriosa y meritoria. Quisieron escribir las memorias del país conquistado, y áun se empeñaron en que tomaran parte en esta labor, los indios que por sus dotes y circunstancias particulares, eran capaces de desempeñarla:

Evangelio á todas las criaturas..... A los que creyeren, acompañarán estos milagros: en mi nombre lanzarán los demonios; hablarán nuevas lenguas." (S. Marcos, XVI, 15 y 17.)—¿No podremos creer, que entre las maravillas que se realizaron en América en aquel siglo, hubo la de que el Espíritu Santo bajara sobre estos hombres humildes, para infundirles la virtud de conocer unas lenguas extrañas que jamás habían oído nombrar?—El P. Mendieta decía: que al aprender la lengua mexicana, "que jamás había sabido, leído ni oído, se le venía á la memoria *per quodam reminisci*, por un particular recuerdo, como de cosa que había sabido otra vez y volvía á la memoria por particular acto de recordación." (*Torquemada, "Monarquía Indiana."*)

<sup>6</sup> Fué mandada traer por el virey D. Antonio de Mendoza, á petición de los obispos: siendo Nueva España la primera nación de América que la tuvo.

unos y otros, en efecto, se dedicaron con heróico y loable afán, con infatigable y detenida diligencia, á reunir datos y noticias, y á escribir la historia antigua de nuestro país: estudiaron los monumentos, recogieron empeñosamente curiosas tradiciones, descifraron algunos geroglíficos y pinturas, y trazaron interesantísimas páginas que todavía hoy son consultadas por eruditos y anticuarios. El P. Bernardino de Sahagun pudo por esto dejarnos sus libros sobre las antigüedades de la tierra, 7 Fr. Toribio de Benavente su inapreciable *Historia de los Indios de Nueva España*, 8 Pedro Mártir de Anglería, sus *Décadas*, riquísimas en curiosas noticias; Oviedo, una *Historia de las Indias Occidentales*, y así otros muchos, como los frailes misioneros, Alonso de Molina, Maturino Gilberti, Andrés de Olmos, 9 Francisco Zepeda, Juan de Córdoba, Juan de Gaona, Alonso de la Veracruz, Benito Fernández, Juan de la Anunciacion, y cien más, que escribieron é imprimieron, para enseñanza de los indios, *Vocabularios*, *Gramáticas*, *Artes de lenguas*, *Doctrinas*, *Catecismos*, *Sermonarios*, en los diferentes idiomas que se hablaban en el país.—Algunos hijos de la tier-

7 *Historia general de las cosas de Nueva España é Historia de la Conquista de México*. Fueron publicadas por Lord Kinsborough en su famosa coleccion *Antiquities of México* (1830-1848, 9 vol. gr. fol.), y D. Carlos María de Bustamante las dió á luz con notas y suplementos en 1829-1830.

8 La publicó tambien por primera vez, trunca, Lord Kinsborough. El Sr. Garcia Icazbalceta, el autor más erudito y empeñoso que tenemos, la imprimió completa en su *Coleccion de Documentos para la Historia de México* (1858-1866, 2 vol. 4.º) precedida de unas *Noticias de la vida y escritos de Fr. Toribio de Benavente, ó Motolinia*, por el Sr. D. José Fernando Ramirez.

9 Los escritos de este religioso no han llegado á nosotros, aunque el Sr. Garcia Icazbalceta cree que algun día se lograra el hallazgo de ellos, por haberse enviado á España en su tiempo *tres ó cuatro copias*. (*Hist. Ecl. Ind. de Mendieta, Introduccion.*)

ra, por su parte, escribieron tambien, bajo la direccion y consejo de aquellos sabios maestros, diversas crónicas, relaciones y memorias que pueden mencionarse con honor, á pesar de que pocas se imprimieron y muchas quedaron inéditas, ó se perdieron. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, texcucano, llamado por Prescott el Tito Livio del Anáhuac, compuso una *Historia Chichimeca*,<sup>10</sup> la *Relacion histórica de la Nacion tulteca*, un *Compendio histórico del reino de Texcoco*, y otras obras igualmente apreciadas: los tlaxcaltecas Tadeo de Niza y Diego Muñoz Camargo, escribieron respectivamente una *Historia de la Conquista de México* y una *Historia de Tlaxcala*; Fernando de Alvarado Tezozomoc, escribió su *Crónica Mexicana*; <sup>11</sup> Juan Bautista Pomar, una *Relacion de la ciudad de Texcoco*; <sup>12</sup> Gabriel Ayala, unos *Apuntes históricos de la Nacion mexicana*; Cristóbal del Castillo, un *Viaje de los Aztecas al país del Anáhuac*; Huitzimengari, unas *Memorias del Reino de Michoacan*; Zapata, una *Crónica de Tlaxcala*; etc., etc.: conjunto admirable que revela el espíritu de investigacion y laboriosidad de los misioneros, hábilmente comunicado á los indígenas, y en el cual indudablemente puede decirse que tuvo origen y nacimiento la literatura mexicana.

Más tarde, esto es, á finés del siglo XVI y principios del XVII, siguiendo aquel ejemplo y valiéndose en gran parte de las noticias consignadas en manuscritos, ó en algunas de las obras anteriores que se habian impreso, vinieron otros

<sup>10</sup> La publicó Lord Kinsborough en su coleccion citada. Mr. Ternaux-Compans la tradujo al francés, y la incluyó en sus *Viajes, Relaciones y Memorias Originales para la Historia de América*. (Paris, 1837-1841, 20 tom. 8º)

<sup>11</sup> Tambien la publicó Lord Kinsborough en su coleccion, y Mr. Ternaux-Compans la tradujo (Paris, 1847-1849, 2 tom. 8º.) Actualmente sale á luz en la *Biblioteca Histórica* del Sr. Vigil, con una Introduccion de D. Manuel Orozco y Berra.

<sup>12</sup> Manuscrito en poder del Sr. García Icazbalceta.

escritores más hábiles y entendidos, que compusieron diversos libros sobre diferentes materias. Entre ellos merecen citarse: Fr. Gerónimo de Mendieta, autor de la *Historia Eclesiástica Indiana*; 13 Fr. Juan de Torquemada, que escribió su *Monarquía Indiana*; 14 el P. Acosta, que formó una *Historia Natural y Moral de las Indias*; Dávila Padilla, autor de la *Historia de la Fundacion y Discurso de la Provincia de Santiago de México*; Fr. Diego Durán, que por 1581 redactaba una *Historia de las Indias de Nueva España é Islas adyacentes*; 15 Fr. Agustín Farfán, autor de un *Tratado de Medicina*, y otros muchos que sería largo citar, pero que dan ventajosa idea del extraordinario movimiento literario del siglo XVI, alimentado, sostenido y dirigido únicamente por los humildes religiosos. A ellos se deben los más importantes anales de nuestra historia; á ellos la conservacion de tradiciones y datos para escribirla; á ellos el conocimiento de las lenguas de los indios, de sus usos, costumbres y religiones; á ellos se debe, en fin, cuanto en los siglos pasados ha servido, y en los futuros servirá, á los sabios, á los historiadores, á los arqueólogos, á los lingüistas, para emprender investigaciones y escribir obras sobre la historia antigua de México.

13 Esta obra utilísima y completa, que se consideraba perdida, fué publicada en 1870 por el Sr. García Icazbalceta con una erudita *Introducción*.

14 La primera edicion es de Sevilla, 1615, 3 tom. en fol. (*Nota del Sr. Garcia Icazbalceta*.)

15 El primer tomo de esta importantísima obra fué publicado en 1867 por el Sr. D. José Fernando Ramirez.—Hoy se imprime el tomo segundo por cuenta del Museo Nacional.

## III.

No se crea por lo dicho hasta aquí, que á las labores históricas y á los libros de esta especie, quedó reducido únicamente por entónces el cultivo de las letras en Nueva España. Un insigne escritor, honra de nuestra patria y de nuestro episcopado, decia en ocasion solemne: <sup>16</sup> “Imposible pareceria, si no fuera un hecho tan manifiesto, que México, apenas conquistado, contribuyera á la gloria literaria de España, con tan copioso y distinguido contingente. Cualquiera creeria que el fragor de las armas habria impedido que las letras floreciesen en las nuevas colonias, y que la sed de riquezas no podria hermanarse con la ciencia. Y, sin embargo, no fué así. Las letras, y el saber, y las artes, vinieron juntamente con las máquinas de guerra; y no solo fué México el teatro de las hazañas mayores que hayan visto los siglos, sino tambien la palestra donde desde luego se ejercitaron los ingenios más brillantes que produjera esa época, tan gloriosa para las letras.”

En efecto, aparte de las innumerables escuelas y colegios fundados por los religiosos, como los de Tlaltelolco, de San Juan de Letran y la Concepcion, México tuvo Universidad casi al mismo tiempo que se establecia definitivamente el Gobierno vireinal, y á esa fuente de las ciencias y de los estudios pudieron pronto acudir los que amaban y deseaban los trabajos intelectuales. <sup>17</sup> En poco tiempo se for-

<sup>16</sup> El Ilmo. Sr. Obispo Montes de Oca, *Oracion fúnebre*.

<sup>17</sup> Carlos V, por cédula de 21 de Setiembre de 1551, ordenó la fundacion de la Universidad de México, dotándola convenientemente y concediéndole los privilegios y franquicias de que gozaba la de Salamanca. El 3 de Junio de 1553 se abrieron los estudios, siendo las materias de enseñanza las siguientes: Prima de Teología,

maron en aquel plantel hombres aprovechados, de vastos conocimientos literarios, doctos, familiarizados con los clásicos y los autores modernos, y de singular aptitud para seguir su huellas, acometiendo y llevando á cabo obras de elevado mérito. 18

Estudiando aquella época, se observa que, hija nuestra literatura de la española, no era en realidad más que un reflejo exactísimo de ella; pues los poetas y escritores solo tenían, para imitar, á los que venian de la Península.—Y como á la sazón estuviesen en su mayor popularidad en España las representaciones dramático-religiosas, hubo naturalmente aquí quien se dedicara á aquel género de literatura, á fin de que los indios pudieran tomar parte en ellas, y regocijarse viendo las pompas y el aparato de las fiestas de la nueva religion que profesaban. Al principio, los misioneros “se vieron obligados á componer ellos mismos las piezas que habian de representarse, ó por lo ménos, á traducirlas y acomodarlas á la capacidad de los oyentes; tarea en que más adelante les ayudaron los colegiales indios de Tlalte-

Sagrada Escritura, Prima de Cánones, Decreto, Instituta, Artes, Retórica y Gramática. Las cátedras se fueron aumentando con el tiempo, y al comenzar el siglo actual habia veinticuatro, entre ellas las de idiomas mexicano y otomí, fundadas en 1640. (Hállanse éstas y otras noticias sobre la Universidad, en el curiosísimo libro *México en 1554*, del Sr. García Icazbalceta.—*Introduccion al Diálogo Primero*.)

18 El Sr. García Icazbalceta, en su libro citado *México en 1554, renueva*, como él dice, *la memoria de algunos fenómenos de erudicion* que se vieron en la Universidad, como el P. Solís y Haro, que á los *catorce* años pudo ser abogado de la Real Audiencia, á los *diez y seis y medio* licenciado y doctor en cánones, catedrático varias veces, y al fin rector de la misma Universidad; D. Pedro de Paz Vasconcelos, mexicano y *ciego de nacimiento*, que con solo la asistencia á las cátedras, aprendió gramática, retórica, filosofía y teología, más tarde jurisprudencia en el estudio particular de un

lolco." 19 Después, hubo otros poetas que escribieran estas piezas; y el que más se distinguió entre todos ellos, fué el Presbítero Fernan González de Eslava, autor de diez y seis *Coloquios Espirituales y Sacramentales*, escritos entre los años de 1567 y 1599 ó 1600, notables é interesantes todos por su mérito literario: en ellos se nota facilidad, limpieza y buen lenguaje. Este mismo poeta, uno de los pocos del siglo XVI que conocemos por completo, merced al Sr. García Icazbalceta, 20 escribió también multitud de *canciones*, *chanzonetas* y *villancicos* sobre diversos asuntos, especialmente religiosos.—Diego Mejía, que floreció en este tiempo, merece igualmente citarse: de él nos quedan algunas traducciones de Ovidio, entre otras, la de la *Epístola de Safo á Faon*, 21 bastante buena.

abogado, y á los diez y nueve años de edad se opuso á la cátedra de Vísperas de Filosofía; D. Antonio Calderon, que luego que leía un libro le vendía, pues no volvía á necesitar de él por quedarle firmes las materias que trataba; Fr. Francisco Naranjo, que en cierta ocasión dictó alternativamente á cuatro escribientes, sin detenerse ni preguntar nada, cuatro disertaciones perfectas, cada una de diversa materia, y por último, el Dr. D. Antonio Lorenzo Lopez Portillo y Galindo, que sustentó durante seis días seguidos otros tantos actos distintos, obteniendo de la Universidad las cuatro borlas de Maestro de Artes, y de Doctor en Teología, Cánones y Leyes.

19 Garc. Icazb.—*Introd.* á los *Coloquios* de Eslava.

20 Este benemérito escritor, á quien nuestra literatura debe singulares é importantísimos servicios, publicó en 1877, con una *Introducción* tan interesante como bellamente escrita, los *Coloquios Espirituales y Sacramentales y Poesías Sagradas* del P. Eslava, dedicando la edición á la Real Academia Española.

21 Yo las he visto en el *Parnaso Mexicano*, colección de poesías escogidas desde los antiguos aztecas hasta principios del siglo presente, que el Sr. D. José Joaquín Pesado publicó en 1855 (1 tom. 4º)—Quedó incompleta.

## IV.

En el siglo XVII, el movimiento literario de México siguió siendo extraordinario y animado. “Se continuó, —dice un escritor, 22— la impresion de libros en lenguas indígenas, y comenzó la de crónicas de las diversas órdenes religiosas. Hállanse libros piadosos y edificantes, vidas de varones ejemplares, sermones y tratados de ciencia, en especial de teología y moral, y algunas obras de recreacion y amena literatura. En este mismo siglo puede fijarse el principio de las publicaciones periódicas en México.” Entre las crónicas que se escribieron en aquel tiempo (aunque no todas se publicaron) mencionaré las siguientes: *Repertorio de los tiempos*, de Eurico Martínez; *Historia de Chiapas y Guatemala*, de Remesal; *Crónica de la Orden de San Agustín en Nueva España*, de Fr. Juan de Grijalva; *Crónica de la Orden de San Francisco en Michoacán*, de La Rea; *Palestra historial*, de Burgoa; *Historia de Michoacán y Crónica de Michoacán*, de Basalenque la primera y de Beaumont la segunda; el *Teatro Mexicano*, del que forma parte el *Menologio Franciscano*, célebres obras de Fray Agustín de Vetancurt; *Crónica de la Provincia de San Diego, con vidas de ilustres y venerables varones*, de Medina; *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesus*, de Florencia; una *Vida del Apóstol Santiago*, de Lezamis, etc.; libros todos utilísimos á la historia patria, por los datos de que están llenos, y porque son documentos importantes para la literatura antigua de México.

Por lo demás, los que entónces acudían á los estableci-

22 Garc. Icazb., art. *Tipografía Mexicana*, en el *Dicc. Univ. de Hist. y Geogr.*

mientos de instruccion pública, se dedicaban con ardor á todo género de estudios; eran frecuentes en la Universidad los actos y certámenes; cultivábanse con esmero las ciencias y las letras, así sagradas como profanas, y se enriquecian los anales de la nacion con brillantes y elocuentes páginas. De aquellos Colegios salian profundos teólogos, literatos insignes, prelados eminentes y humanistas notables, que despues de ser el asombro de sus maestros y condiscípulos, iban á ocupar altos lugares en la sociedad de su patria y áun en la de la metrópoli. Figuraban con lucimiento en la corte vireinal, como observó ya el erudito D. Luis Fernández Guerra y Orbé, en su libro sobre Alarcon: el Dr. Juan Mijangos; el jesuita Juan de Tovar, llamado por sus contemporáneos el *Ciceron Mexicano*, quien además de conocer algunos idiomas indígenas, era tambien elegante historiador; D. Rodrigo de Aguiar y Acuña, "á quien, por su dominio en la especial legislacion americana, llamaban el Triboniano del Nuevo Mundo;" los indígenas Pedro Juárez, autor de un *Memorial*; Chimalpain, Antonio de Tovar Moctezuma Ixtlilxóchitl; Fr. Juan Bautista, que tradujo al nahuatl el *Kempis*, y escribió para recreacion y enseñanza de los indios, tiernos *Dramas Espirituales*; y finalmente, Fr. Martin de Acevedo, autor de *Dramas Alegóricos* en lengua chocha, y *Autos Sacramentales* en lengua misteca.

En cuanto á los poetas, fueron tantos los que hubo en Nueva España en aquella época, segun es sabido, que, á uno de los certámenes en que triunfó Balbuena, acudieron más de trescientos. <sup>23</sup> —Estaba aquí á la sazón nuestro gran poeta dramático Ruiz de Alarcon y Mendoza, que despues de frecuentar las aulas de Salamanca y abogar en los tribunales de Sevilla, habia regresado á su patria en 1608. Un año despues, á 21 de Febrero de 1609, habíase gradua-

<sup>23</sup> Guerra y Orbé. *Alarcon*.

do de licenciado en leyes en la Universidad, entrando luego á la vida activa, y mezclándose en la florida y rica juventud que mantenía en calor las letras nacionales. También lucía, con indecible resplandor, el virgiliano Bernardo de Balbuena, poeta insigne que cantó la *Grandeza Mexicana*, y que en los desiertos de Culiacan compuso su *Siglo de Oro* y su poema del *Bernardo*.

Pero es fuerza decir que la generalidad de aquellos poetas, aunque estaban dotados de númen, de imaginación y de otras buenas cualidades, se hallaban muy léjos de merecer que la posteridad recogiera sus nombres y los admirara; porque aquí, lo mismo que en España, el mal gusto marchitaba los ingenios y los llevaba por un camino extraviado y verdaderamente fatal: los vates mexicanos, en sus composiciones, eran por lo comun amanerados y confusos, se hallaban viciados en las extravagancias introducidas por Góngora en la poesía española, y de sus lirás no podían salir, por lo mismo, aquellos angélicos acentos que se habían oído en España en época no muy lejana. Abundaban entónces las *Exequias*, *Arcos triunfales*, *Entradas*, *Canonizaciones*, *Juras*, *Certámenes*, etc., en que “se nota —dice el Sr. García Icazbalceta— cómo esta rama mexicana, aunque tan apartada del tronco (la literatura española), seguía la misma suerte de éste, y le igualaba, ó acaso le superaba, en decadencia. Verdaderamente espanta ver en esos libros las hazañas que ejecutaban aquellos poetas en laberintos, ruedas, estrellas, acrósticos y qué sé yo cuántas otras combinaciones increíbles, castellanas, latinas y hasta griegas, produciendo al fin unas composiciones tan laboriosas como ininteligibles, que causan pena al lector, por aquel lastimoso despilfarro de ingenio en tan absurda y estéril *gimnasia del entendimiento* como la llama un escritor moderno, y al mismo tiempo le asombran por la copia de estudios que revelan.” Pero, sin embargo, diré con otro estimable escritor

mexicano, <sup>24</sup> esa literatura fué grande por la pureza de sus sentimientos y las enérgicas vibraciones de su piedad, en México, que vivía tan solo de su fe religiosa.—Razón había, por otra parte, para que aquí la literatura careciese de vigor y magnificencia: la española, modelo de las coloniales en América, estaba á la sazón en igual grado de pobreza; había llegado para ella una época de terrible decadencia. Los ingenios del siglo XVI, Garcilaso y Francisco de la Torre; Fr. Luis de León, Herrera y Rioja; los Argensola, Cervantes y Lope de Vega, habían pasado ya, dejando al mundo embelesado y al parecer atónito, y á sus discípulos sin ánimo ni fuerzas para lanzarse á los espacios en que ellos habían buscado la inspiración.—Los poetas españoles, posteriores á ellos, no imitaron aquellas composiciones sencillas, correctas y galanas, con que acababa de enriquecerse la poesía castellana, ni cuidaron de hermanar á una forma severa y limpia un pensamiento grandioso; sino que corrompieron el gusto, el estilo y el lenguaje con el culteranismo de Góngora, falsearon los atavíos literarios, y hasta el idioma y la significación propia de las palabras.—En México, pues, cuya literatura, como ya he dicho, se alimentaba únicamente de la española, no podía dejar de sentirse una influencia tan lamentable.

Sin embargo, por dicha nuestra y para honor de nuestra patria, un grande ingenio, un verdadero portento, maravilla del siglo XVII, se abrió paso por entre los humildes poetas de la colonia, para dar vida, animación y vigor á la poesía mexicana: la célebre monja SOR JUANA INES DE LA CRUZ. <sup>25</sup>—Esta inmortal poetisa, llamada por sus contem-

<sup>24</sup> El Sr. Lic. D. José de Jesús Cuevas, *Discurso sobre Sor Juana Inés de la Cruz*.

<sup>25</sup> Nació el año de 1651 en San Miguel Nepantla, pueblo á algunas leguas al S. E. de México, y murió el 17 de Abril de 1695 en el Convento de San Gerónimo de esta ciudad.

poráneos la *décima musa*, brilla desde entónces con encendido esplendor en el cielo literario de México, por su genio incomparable, su vastísima erudicion y sus magníficas obras. Educada en el claustro, y entregada allí á su amoroso calor, á los apacibles goces del estudio, supo elevarse en alas de su imaginacion privilegiada y poderosa, á las regiones de la sabiduría, para escribir despues aquellas admirables, profundas y eruditas páginas que todavía hoy leemos con asombro.—Sor Juana es la madre de nuestra poesía, la fundadora de nuestra literatura, la única que siguiendo su inspiracion propia fué la primera en dotarla de obras que la enriquecieran y la honraran; pues aunque ántes de ella, segun hemos visto, habia habido innumerables poetas de inspiracion ó númen, la verdad es que todos estaban dominados por el mal gusto de la época, y sus vibraciones solo eran eco de las liras de la Península; empapadas aquellas vibraciones, es cierto tambien, en la más ardiente piedad religiosa, pero faltas absolutamente de aquellas galas de pensamiento y de forma, de aquellos enérgicos y vigorosos atavíos, que hacen imperecederas las creaciones del verdadero genio.—No son perfectas las obras de Sor Juana, ni creo yo que puedan servir de modelo á la juventud estudiosa; pues aunque en ellas hay fluidez, novedad y no pocas bellezas del lenguaje, la verdad es que incurrió tambien en las faltas del gongorismo, siendo á veces sobrado artificiosa, y á veces sutil, confusa é ininteligible.—Su colosal talento, sin embargo, hace desaparecer estos defectos; su inspiracion enérgica y viril no deja tiempo de observarlos, y de igual manera pone admiracion la escogida riqueza de sus conocimientos, discretamente diseminados en sus obras, con oportunidad y sin pedantería.<sup>26</sup> No ha habido en

<sup>26</sup> Feijóo decia: "Son muchos los poetas españoles que la hacen ventaja en el númen: *pero ninguno acaso la igualó en la universalidad de noticias de todas facultades.*"

México desde entónces un talento que iguale al de Sor Juana.

Aparte de la poesía, cultivada calurosamente por otros autores, aunque con mal resultado, otros ramos importantes del saber humano eran objeto de los desvelos de distinguidos sabios, lo cual habla en favor de aquellos tiempos llamados de oscurantismo por la ignorancia ó la mala fe: citaré solo á D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, sabio profundo y erudito, que escribió numerosas obras sobre todas materias, historia, antigüedades, matemáticas, poesía, crítica, etc.; siendo él una de las autoridades literarias más respetables de su tiempo.

## V.

En el siglo pasado, siglo de oro de la literatura mexicana, segun algunos le han llamado, ésta se alzó vigorosa y brillante, impulsada por los esfuerzos y trabajos de talentos ilustrados. Además de muchos escritores anónimos que siguieron explotando el rico venero de la historia nacional, aparecieron: D. Juan José de Eguiara, teólogo, canonista, jurisconsulto, filósofo, orador y matemático, que escribió en latin su famosa *Biblioteca Mexicana*, la primera que se registra en nuestros anales literarios; el poeta Francisco Ruiz de Leon, autor de un precioso poemita religioso titulado *Mirra dulce*; <sup>27</sup> de *La Tebaida Indiana*, (descripcion del Desierto de los PP. Carmelitas Descalzos de México); de un poema épico *La Hernandía, ó Conquista de México, por Hernan Cortés*, <sup>28</sup> y de dos tomos de *Poesias varias*

<sup>27</sup> Se imprimió en Santa Fé de Bogotá, año 1791.

<sup>28</sup> Publicado en Madrid, 1755.

que quedaron manuscritas; 29 el P. Francisco Javier Alegre, jesuita, que tradujo la *Iliada* de Homero en exámetros latinos, y de quien conozco tambien una delicada traduccion libre de la oda de Horacio que empieza: *Beatus ille*; Don Manuel Calderon de la Barca, que dejó una *Oda*, buena por cierto, en la coronacion de *Cárlos IV*; Don Francisco Bustos, elegante y feliz traductor del poema *La Gracia*, de Luis Racine; y tambien Amable, Sotomayor, Sartorio, y Arriola, este último inspirado poeta guanajuatense; Velázquez de Leon, Gamboa y Lardizábal; Clavigero, 30 Veytia y Leon y Gama; benemérito el primero de la minería en México y famoso matemático, 31 y los dos siguientes hábiles escritores de jurisprudencia, notables historiadores y anticuarios los últimos; el P. Andrés Cavo, autor de *Los tres siglos de México*; 32 el instruido y laborioso Beristain, que redactó y formó con perseverancia inaudita, su inestimable cuanto importantísima *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*, 33 dando en ella noticias de cerca de cuatro mil escritores; y finalmente, el sabio naturalista Bustamante,

29 Beristain, *Biblioteca*.

30 D. Francisco Javier Clavigero, jesuita insigne, nació en Veracruz el 9 de Setiembre de 1731, y fué expulsado del país en 1767, en virtud de la orden fulminada contra la Compañía por Cárlos III. Escribió en Bolonia su *Historia Antigua de México* (en italiano), obra clásica muy estimada por nuestros escritores, en la cual se nota suma laboriosidad y una critica sana é ilustrada. Murió en la misma ciudad de Bolonia el 2 de Abril de 1787.

31 "Velázquez de Leon hizo por sí solo la observacion del paso de Vénus por el disco del sol, que tuvo lugar el 5 de Junio de 1769." —*Dicc. Univ. de Hist. y Geogr.*

32 Esta obra, que fué escrita en Roma, la publicó en México D. Cárlos M. de Bustamante (1836-1838, 4 tom. en 4.º)

33 Salió á luz el tomo I en 1817, en cuyo año (23 de Marzo) murió el autor. Concluyóse la impresion en 1821, formando la obra tres tomos.

D. José Rafael Larrañaga que tradujo todas las obras de Virgilio, y otros muchos que ya es inútil citar.

Distinguióse, sobre todo, en este tiempo, el P. D. José Antonio Alzate, que con su *Diario Literario*, sus *Gacetas de literatura* y otras obras, mantuvo y animó el movimiento intelectual de la época. “Las *Gacetas* —dice el Sr. García Icazbalceta— bastarian para crear la reputacion de un sabio: su lectura es muy interesantè á pesar de su desaliñado estilo; defecto que se olvida para admirar el ardiente deseo de ser útil á la patria y á la humanidad que todas aquellas páginas respiran.”<sup>34</sup>

Aunque á mediados del siglo pasado, Luzan, Iriarte, Cadalso, y despues Meléndez y los dos Moratin, trabajaron con empeño para levantar la literatura de su patria de la postracion en que se hallaba; en México no se sintió, sin embargo, ninguna influencia favorable al desarrollo y mejoramiento de la nuestra: los que aquí se dedicaban á tareas literarias siguieron imitando los malos modelos españoles y sirviéndose de las reglas que acaso ellos mismos se daban; por consiguiente, ningun poeta notable y extraordinario sobresalió en esta época.

Ya á principios del siglo actual, comenzaron á oírse nuevos acentos poéticos, preludios de una época mejor, y cantos que prometian animacion y vida. La dulce y tierna lira del P. Navarrete; 35 á poco las de Ochoa, 36 Sanchez de Tagle, y Ortega, dieron el feliz anuncio de que iba á llegar

34 Tambien D. Manuel Antonio Valdés publicó desde 1784 hasta 1809 una *Gaceta de México*, que acaso pueda reputarse como el primero de los periódicos oficiales de nuestro país.

35 Religioso franciscano que nació en Zamora (Michoacan) el 18 de Junio de 1768: fué un poeta de gran entonacion y sentimiento, y su poema, *El alma privada de la gloria*, es de mucho mérito. Murió el 17 de Julio de 1809: sus obras se publicaron en México en 1823 y despues en Paris en 1835.

36 Presbítero Anastasio Maria Ochoa, poeta satirico de excelen-

una éra brillante y verdaderamente magnífica para nuestra literatura. Notóse, por otra parte, cierto entusiasmo inusitado y vehementísimos deseos de ensanchar los horizontes en que hasta entónces habia girado la poesía: se fundó la *Arcadia literaria mexicana*, asociacion de amigos aficionados á las letras, en la cual se estudiaba, se discutia y se juzgaban las composiciones presentadas por los socios; se estableció tambien *El Diario de México* que las publicaba, y hubo, en fin, gran entusiasmo por la lectura y el estudio. —Esta animacion, sin embargo, acabó muy pronto, por falta de los indispensables elementos de vida: la guerra de la Independencia se encendió, y desaparecieron con este motivo la tranquilidad, el sosiego de espíritu, los medios todos que se necesitan para las empresas literarias.

## VI.

Empero, aquel era el momento en que podia vigorizarse y enriquecerse verdaderamente nuestra literatura: consumada la independencia, humeantes aún los campos de batalla, y resonando por todas partes entusiastas himnos de regocijo y de victoria, era de esperarse que aquí hubiesen aparecido obras de inmenso valor, semejantes á las que los mismos acontecimientos inspiraron á los poetas sudamericanos: los nuestros debieron ver entónces ante sí magníficos é infinitos horizontes. Las heróicas hazañas de nuestros guerreros, los triunfos de nuestros ejércitos, y sobre todo, las nobles esperanzas de un pueblo ya libre, eran manantiales fecundos de hermosa y enérgica poesía; pero desgraciadamente, las continuas guerras y agitaciones políticas

tes dotes y abundante vena: nació en Huichapan el 27 de Abril de 1783 y murió el 4 de Setiembre de 1833. Tradujo *Las Heroidas*, de Ovidio.

que siguieron á aquel grande acontecimiento, fueron insuperable obstáculo que impidió á los amantes de las letras dedicarse tranquila y sosegadamente á la grata tarea de cultivarlas.—No se crea, sin embargo, que fué estéril y pobre aquella época de nuestra literatura: ésta registra en los modestos anales de su historia muchos nombres de poetas y escritores distinguidos que reanimaron con su enseñanza y su ejemplo el anterior entusiasmo; aunque algunos de ellos, por una fatalidad deplorable, fallecieron ántes de que el completo desarrollo de sus dotes hubiera dado mayor gloria á la patria é impulsos más eficaces á las letras, —como sucedió con el malogrado Rodríguez Galvan, muerto en tierra extranjera, cuando todavía se esperaban de sus excelentes disposiciones obras de importancia. 37 El y D. Manuel Eduardo de Gorostiza, el *Breton Mexicano*, como le ha llamado un escritor, que habia vuelto de España por entónces; 38 y más tarde Pesado, y Carpio, dieron inequívoco testimonio de su ingenio é inspiracion, escribiendo los primeros obras para el teatro, y haciéndose notar los segundos como sentidísimos poetas. Anticipadamente habian aparecido D. Andrés Quintana Roo, que por su saber y el aliento de algunas de sus composiciones, se asemejaba algo al Quintana español su contemporáneo; los Sres. Lacunza, Olaguibel y D. Fernando Calderon; D. Manuel de la Peña y Peña, jurisconsulto eminente; D. José Bernardo Couto, D. José María Heredia, poeta nacido en Cuba; D. Luis G. Cuevas; y algunos años despues D. Alejandro Arango y Escandon, D. Guillermo Prieto, D. José María Lafragua,

37 Nació el 22 de Marzo de 1816 y murió en la Habana el 25 de Julio de 1842.

38 El Sr. Gorostiza, hijo de Veracruz, (nació el 13 de octubre de 1798) se distinguió notablemente en Madrid por sus producciones dramáticas, y regresó á su patria en 1833.—Murió el 23 de Octubre de 1851.

etc., etc.; y continuaron al lado de estos literatos, prestando sus luces y su ayuda al progreso de nuestra poesía algunos de los escritores que en el período anterior se habían distinguido, á saber: Ochoa, Ortega y Sanchez de Tagle. 39 — Entre todos sobresalía, como observa el Sr. Couto, el célebre Heredia, que trabajaba y estudiaba con ahinco, publicando al mismo tiempo en su periódico *La Miscelánea*, hermosas composiciones poéticas, que alentaban fructuosamente á la juventud: su fe, su espontáneo entusiasmo, su amor á nuestro país y sus deseos y esfuerzos para que progresara, hacen de Heredia una figura simpática que se recordará siempre en México con gratitud.

¿Y cuál era entónces el estado de nuestra literatura, especialmente el de nuestra poesía? Las composiciones de fines del siglo XVIII y las de principios del actual, además de los defectos propios de toda imitación, abundaban en incorrecciones de lenguaje, sobre todo en lo que se refería á la prosodia: la inobservancia de las reglas de ésta (muy disimulable por otra parte), hacía que los versos fuesen en extremo defectuosos, desiguales, pesados y de poca ó ninguna armonía. Vinieron á desterrar este grave mal, primero las *Lecciones de Ortología*, de Sicilia, y despues la *Poética Española*, de Martínez de la Rosa; obras ardientemente recomendadas por Quintana Roo, y que produjeron una revolución eficaz entre los literatos y los poetas, alumbrando

39 La mayor parte de los poetas y escritores citados, fueron miembros fundadores de la *Academia de Letran* (1836—1856), Sociedad literaria famosa en los anales de nuestras letras.—Corresponden también á esa época: D. José Joaquín Fernández de Lizardi, conocido con el seudónimo de *El Pensador Mexicano*, autor de *El Periquillo* y de otras obras populares, y buen fabulista; el Dr. D. José Luis Mora, escritor político; D. Lorenzo de Zavala, historiador; D. Carlos María de Bustamante, que se debe considerar como autor y editor de diversas obras históricas, etc.

el camino que debían seguir. Desde entónces, el gusto del público y de la juventud literaria comenzó á ser puro, el lenguaje correcto, la locucion clara y hasta elegante. Las composiciones se señalaban ya por su sencillez, su natural frescura, su sobriedad y su limpieza; de manera que la poesía mexicana pareció entrar en una senda feliz que de perfeccionamiento en perfeccionamiento debería conducirla á un esplendor sin igual. Sin embargo, no sucedió así: detuvo estos progresos el romanticismo, introducido hacia poco en Alemania por Goëthe, en Francia por Víctor Hugo y en España por el Duque de Rivas, el celebrado autor de *D. Alvaro* y de los *Romances históricos*. Aquella secta literaria halló entre nosotros dos ardientes partidarios, Rodríguez Galvan y D. Fernando Calderon, quienes siguieron sus huellas en algunas obras dramáticas.—El buen gusto sufrió mucho con tal novedad; y al poco tiempo, como era natural que sucediese, la poesía fué decayendo hasta verse en un estado verdaderamente lamentable. Hablando de esto el Sr. D. Bernardo Couto, y refiriéndose al restablecimiento del arte poético entre nosotros, se expresa de este modo: “Necesitábase para eso abrir nuevos caminos; tocar asuntos nobles; unir el entusiasmo y la entonacion con la correccion y el gusto; enriquecer la rima; hacer muestra de la magnificencia del habla castellana. Afortunadamente vinieron á tiempo dos hombres capaces de ejecutarlo: Pesado y Carpio. Al ejemplo de ambos deben las letras el renacimiento de la poesía en México; la sociedad y la religion les deben el que sus hermosos versos hayan servido de vehículo para que se propaguen pensamientos elevados y afectos puros.”<sup>40</sup> —En efecto, ¿qué habria sido de la poesía mexicana sin los esfuerzos, sin el ejemplo, sin las luces de aquellos dos poetas insignes? Ciertamente no habria pe-

<sup>40</sup> *Biografía de D. Manuel Carpio.*

recido, porque ella, como todos los sentimientos que la inspiran, es inmortal y eternamente bella; pero sin duda se habria retardado mucho su progreso, y hoy la juventud no tendria los excelentes y clásicos modelos que ellos dejaron en sus obras. Hiriendo las delicadas fibras del sentimiento religioso, cantando con inspirados acentos las excelentes bellezas del cristianismo, y trasportándonos, ora á los primitivos tiempos de nuestro culto, ora al imperecedero teatro de las escenas de la redencion humana, Carpio y Pesado despertaron y reanimaron poderosamente en la sociedad el amor á todo lo bello, á lo bueno y á lo grande. ¡Bendita sea su memoria! 41

## VII.

La historia de la literatura mexicana durante aquel período (desde 1840 hasta la revolucion de Ayutla) se encuentra toda entera en los periódicos religiosos y literarios que salian á luz en la capital: allí están las muestras de la laboriosidad de unos, de los estudios de otros, de las disposiciones de todos; allí se puede conocer el movimiento intelectual y literario de la época, la importancia que tenia, sus tendencias, y tambien, el espíritu que en él dominaba y las personas que lo sostenian; pues no existiendo los medios ni los estímulos indispensables para presentar al público las producciones en libros bien ordenados y completos, todos acudian al periodismo deseosos de tener un desahogo

41 Nació D. Manuel Carpio en Cosamaloapan, Estado de Veracruz, el 1.º de Marzo de 1791; murió en México el 11 de Febrero de 1860.—D. José Joaquin Pesado nació en San Agustin del Palmar, Estado de Puebla, el 9 de Febrero de 1801, y murió el 3 de Mayo de 1861. Fué miembro Correspondiente de la Real Academia Española.

y un teatro donde ejercitar su entendimiento; cosa que sucede todavía hoy.

En los últimos meses de 1840, por iniciativa del Conde de la Cortina y de D. Angel Calderon de la Barca, ministro de España en México; —estos mismos señores, y el Dr. D. Miguel Valentin, D. Francisco Ortega, Lic. D. Juan Gómez de Navarrete, D. Luis G. Cuevas, Quintana Roo, Moreno y Jove, y otros, concibieron el proyecto de formar una reunion amistosa, en la que, proporcionándose al pueblo los medios de instruirse sin gastos, se fomentase el espíritu de asociacion.<sup>42</sup> Se organizó, en efecto, la reunion con el título de *Ateneo Mexicano*; tuvo una buena biblioteca, estableció cátedras, dió lecturas públicas y fundó un semanario, órgano suyo, llamado tambien *El Ateneo*. En él se publicaron los discursos, poesías y artículos leídos en las juntas de la corporacion, por personas tan ilustradas y entendidas como D. José María Lafragua, D. Casimiro Collado, D. Mariano Otero (sobre jurisprudencia), Lacunza D. José María (sobre historia), ambos Navarro, (D. Juan y D. Joaquin), Cortina, Arango y Escandon, Carpio, ambos Ortega (D. Francisco y D. Eulalio), Alcaráz, Escalante, Tornel, Diaz Miron, Prieto, Payno, y otros muchos.

Aparecieron tambien *El Año Nuevo*, *El Recreo de las familias*, *El Museo Popular*, *El Repertorio*, *El Semanario de las Señoritas*, *El Apuntador*, *El Panorama*, *El Liceo Mexicano*, y muchos que sucesivamente iban saliendo de las prensas de D. Ignacio Cumplido, como *El Museo Me-*

<sup>42</sup> Los autores de esta idea, que acababan de llegar de España, se inspiraron seguramente en el brillante éxito que habia alcanzado el *Ateneo de Madrid*, inaugurado con toda solemnidad el 6 de Diciembre de 1835, y al cual pertenecieron literatos y poetas como Alcalá Galiano, Duque de Rivas, Olózaga, Mesonero Romanos, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Gallego, Quintana, Espronceda, Breton de los Herreros, etc.

*xicano, El Mosaico Mexicano, El Album Mexicano, La Ilustracion Mexicana*, etc.: publicaciones todas importantísimas y curiosas que recogian una cantidad inmensa y verdaderamente prodigiosa de versos, leyendas, novelas, artículos de costumbres, relaciones de viajes, biografías, críticas, historias, estudios arqueológicos, de jurisprudencia, de literatura, etc., etc., firmados por muchos de los que despues han llegado á ser gala, ornamento y gloria de las letras mexicanas. 43 —En los Estados, el movimiento literario seguia al de la Capital: en Jalapa existia una *Sociedad de Amigos*, á que pertenecian Roa Bárcena y D. Francisco de P. César; en Veracruz figuraban D. José de Jesus Diaz, D. Manuel Diaz Miron y D. José María Esteva, sentidos y galanos poetas los primeros, y el último, feliz pintor de las costumbres de la costa, muy semejantes á las andaluzas; en Morelia habia una *Academia* que se ufanaba de contar entre sus miembros al sabio Munguía y al inteligente Aguilar y Marocho; en Puebla, los dos Orozco y Berra (D. Manuel y D. Fernando); D. Manuel M. de Zamcona y D. Manuel Pérez Salazar eran dignos miembros de otra *Sociedad Literaria*, y así en otras muchas ciudades del país.

Volviendo á México, encontramos á nuestro grande historiador Alamán, que escribe y publica (1844 y 1852) sus *Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana*, y su *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia*; el célebre y ameritado Conde de la Cortina, consumado hablista, que arregla un *Diccio-*

43 Además de los escritores citados ántes, figuraban tambien por este tiempo: D. José Maria Tornel, noble y generoso protector de Rodriguez Galvan; D. Francisco Zarco, que vino á ser con el tiempo una verdadera notabilidad en el periodismo; D. Alejandro Rívero y D. Federico Bello, poetas españoles de gran mérito; D. Agustin A. Franco, D. Juan B. Morales (*El Gallo Pitagórico*), etc.

*nario de sinónimos castellanos*, y que en su inolvidable periódico *El Zurriago* ejerce con aplauso general y provecho de muchos el difícil y escabroso magisterio de la crítica; Granados Maldonado, poeta que sabe sentir y pintar, y traduce los poemas de Ossian y *El Paraíso Perdido*, de Milton; Orozco y Berra (D. Manuel), Andrade, Bassoco, García Icazbalceta, Pesado, D. Fernando Ramírez, D. Mariano Dávila, que enriquecen el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* publicado por Andrade con muy interesantes artículos sobre México; el citado Sr. García Icazbalceta que traduce elegantemente é ilustra con curiosas notas la *Historia de la Conquista del Perú*, de Prescott; D. Joaquín Navarro, que traduce también la *Conquista de México* del mismo autor, y la da á luz con unas importantes y eruditas *Notas y Esclarecimientos* del sabio anticuario D. José Fernando Ramírez; D. Manuel Carpio, que dominado por su humildad y su modestia, seguía dando á conocer sus composiciones sin firma de autor en los *Calendarios* de Galvan. 44—En el teatro figuraban D. José Ignacio de Anievas, D. Pantaleón Tovar, D. Carlos Hipólito Serán, autor de la notable pieza dramática *Los Ceros sociales*, y D. Francisco González Bocanegra, que también dejó un drama caballeresco, *Vasco Núñez de Balboa*; y en cuanto á la novela, entre todos los que la cultivaban, sobresalían Florencio María del Castillo, talento melancólico y simpático que analizaba los sentimientos del corazón; Juan Díaz Cavarúbias, Emilio Rey, quizá más notable como poeta, Manuel

44 El Sr. Pesado formó una colección con las obras poéticas de Carpio, y la publicó en un tomo en 1849 con prólogo suyo.—Por aquella época salieron también coleccionadas las poesías del mismo Pesado, y las obras completas de Rodríguez Galvan, D. Fernando Calderón, Granados Maldonado, y otros. Hoy son muy raras esas ediciones.

Payno y Fernando Orozco y Berra, el infortunado autor de *La Guerra de treinta años*.—Todos contribuyeron de un modo brillante y eficaz á mantener vivo en el público el entusiasmo por las letras, el amor al buen gusto, y la afición, creciente cada día, á las distracciones y deleites de la lectura.

## VIII.

La guerra civil llamada de la Reforma, primero; y después la que siguió con motivo del establecimiento en México del Imperio de Maximiliano, impidieron que continuase aquel provechoso movimiento literario, pues el huracan de la política dispersó en poco tiempo los elementos que habían venido reuniéndose para robustecer nuestra literatura. Encendidas las pasiones, vivos los odios de partido, agitados los ánimos con lo extraordinario de los sucesos y las ardientes discusiones de la tribuna y de la prensa; en fin, sin sosiego ni calma aquella época de tremendas luchas, —todo hizo que enmudecieran por más de diez años las li-ras de los poetas, y que dejaran de oírse en las academias y liceos tranquilas conversaciones sobre artes, ciencias ó literatura: tan solo hallaba el público para su distraccion partes de batallas, proclamas, discursos en los clubs, ó crónicas de las sesiones del Congreso. Los sabios no comunicaban ya á la juventud el fruto de sus estudios y de sus meditaciones; sino que, retirados unos al fondo de sus hogares y otros tomando parte en el combate, se abstenerían de poner su ayuda en favor de nuestro progreso literario. Si algun trabajo daban á luz, era porque lo exigian las circunstancias, porque se servia con él á determinada causa; siendo digno de notar, que la sociedad mexicana recibia siempre con señaladas muestras de agrado estas obras del

espíritu, y se complacia y se deleitaba en las creaciones de la fantasía poética. ¡Eran como frescas flores cuyo perfume se desea en medio de los desastres y los espesos vapores de un campo de batalla!

Los conflictos que en esta época estallan entre la Iglesia y el Estado, sacan á luz ante la nacion á un verdadero portento de nuestros dias, á un prelado insigne cuyo solo nombre es una gloria para México, y que entregado humildemente á las tareas de la enseñanza en lejano Seminario, no habia tenido ocasion de hacer resonar su nombre por toda la República. “Nombrado Obispo, —dice el Sr. Montes de Oca 45— juzga no deberse prestar al principio á cierta fórmula de juramento, que cree atentatoria á los derechos de la Iglesia, y con sorprendente fecundidad publica nada ménos que un volúmen en apología de su conducta. Recibida la consagracion episcopal, no se contenta con dirigir á los fieles una que otra pastoral aislada, sino que compila varios tomos de instrucciones sobre casi todos los puntos del dogma católico, y dedica á sus seminaristas unos voluminosos Prolegómenos á la *Teología Moral*. Entra en conflicto el Estado con la Iglesia, y de la pluma del doctísimo Prelado salen las protestas y defensas, que ya á nombre suyo propio, ya al de todo el Episcopado, contienen el torrente y ponen en salvo las conciencias.”—Tal fué el ILMO. SR. D. CLEMENTE DE JESUS MUNGUÍA, Arzobispo de Michoacan, que publicó, ya en esta Ciudad, ya en Morelia, obras muy notables sobre filosofía, moral, religion, teología, jurisprudencia, literatura, crítica, oratoria, etc., capaces por sí solas de suplir una biblioteca. Por su vasto y profundo saber; por la acicalada correccion de sus escritos; por los servicios inmensos que con ellos prestó á la religion y á la Iglesia, y por la grande influencia que ejerció en la mar-

cha de las ideas, de las letras y de la educación, este mexicano ilustre fué al mismo tiempo un sabio distinguido en toda clase de conocimientos, un literato erudito y de buen gusto, inspirado filósofo, notabilidad en la cátedra, y lumbrera de la Iglesia católica en nuestra patria. Con sobrado acierto, pues, un escritor español, de grata é inolvidable memoria para México, 46 llamó al Sr. Munguía el BARMES MEXICANO, agregando que, si hubiera sido bien conocido en la Península, tal vez nadie habría vacilado en apellidar al autor de *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, el MUNGUIA ESPAÑOL. No cabe hacer mayor elogio del Pastor de Michoacan.

Otros astros brillantes y magníficos giraron al derredor de aquel sol, saliendo á la defensa de la doctrina católica tan combatida por la impiedad y la revolucion de la época. En *La Voz de la Religion* escribían D. Manuel Andrade y D. Anselmo de la Portilla; en *El Católico*, *El Observador*, *El Universal* y *La Sociedad*, D. Lucas Alaman, D. Manuel Díez de Bonilla, D. Ignacio Aguilar y Marocho, D. Rafael Rafael, D. José María Roa Bárcena; y en *La Cruz*, el más importante de todos, el de mayor brío en las polémicas, el que á su programa de combate unia la más escogida amenidad literaria, se distinguia la importante y respetable figura de D. José Joaquin Pesado, controversista incansable, expositor y defensor ardiente de la verdad y de la justicia. 47 El y el Sr. Roa Bárcena, eficazmente ayudados por escritores distinguidos, enriquecieron las páginas de aquel semanario con trabajos de inestimable valor, como los siguientes: el poema épico *María*, de Pesado; un folleto sobre Cristóbal Colon, un estudio biográfico acerca del P. Fr. Junípero Serra, otro histórico sobre Antonio Pérez,

46 D. Anselmo de la Portilla.

47 Véase adelante la biografía del Sr. Roa Bárcena, pár. V.

y varias leyendas y poesías líricas de Roa Bárcena; el *Ensayo histórico sobre Fr. Luis de Leon*, debido á la docta pluma del Sr. Lic. D. Alejandro Arango;<sup>48</sup> el *Discurso sobre la Constitucion de la Iglesia*, de D. José Bernardo Couto, pieza para la cual todos los elogios son pálidos; y en fin, el *Exámen de los "Apuntamientos sobre derecho público eclesiástico, del Lic. D. Manuel Baranda,"* por el sabio magistrado D. José Julian Tornel.

En 1858 y 1866 el Sr. D. Joaquin García Icazbalceta dió á luz su rica é inapreciable *Colección de Documentos para la Historia de México*, más rica aún por las introducciones y notas de que la adornó.<sup>49</sup> En 1862 el Sr. Roa Bárcena presentó al público un tomo de *Leyendas Mexicanas y cuentos y baladas del Norte de Europa*, en verso; y aparecieron tambien en este mismo año: el *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, por D. Francisco Pimentel; la *Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México*, *Memoria para la Carta hidrográfica del Valle de México* y *Memoria para el plano de la Ciudad de México*, por D. Manuel Orozco y Berra; diversas obras de literatura y jurisprudencia, de D. Rafael Roa Bárcena, hermano de D. José María; aparte de otra multitud de escritos de polémica por algunos periodistas.

La llegada al país de Maximiliano y de su esposa, y la presencia en México del gran poeta D. José Zorrilla, sacaron á los nuestros del silencio que guardaban, y les hicieron prorumpir en entusiastas cantos: muchos de ellos fue-

<sup>48</sup> Este importante estudio valió á su autor el ser nombrado miembro Correspondiente de la Real Academia Española. (Véase adelante su biografía).

<sup>49</sup> Tambien se publicó en esta coleccion un trabajo original del Sr. D. José Fernando Ramirez sobre la *Vida y Escritos de Fr. Toribio de Benavente* (Motolinia), segun se dijo en la nota 8, página VII.

ron notables por su inspiracion y valentía.—La guerra, sin embargo, acalló una vez más á la musa mexicana.

## IX.

Pasados aquellos años de fiebre revolucionaria y de sangrientos rencores, y al restablecerse la República en 1867, se despertó en todos de un modo extraordinario el amor y la afición á la literatura; pero el movimiento que esto produjo, no estaba ya presidido, como en años anteriores, por poetas como Pesado y Carpio; por literatos doctos como el Sr. Couto y el Sr. Munguía; por publicistas como los insig-nes Alaman, Cuevas y Lares: todos habian muerto, ó estaban ausentes, proscritos, condenados al retraimiento y la oscuridad.

Otros escritores, los del partido liberal triunfante, entre los cuales se contaban guerreros de las últimas campañas, ocuparon el lugar de aquellos, y comenzaron á introducir libremente en el periodismo, en la poesía, en las novelas y hasta en el teatro, con el entusiasmo que infunde la victoria, otras ideas y otras tendencias, distintas de las que hasta entónces habian dominado en nuestra literatura. Fundaron diversos periódicos políticos y literarios; se establecieron algunas sociedades, y aún se dieron lecturas públicas en casas particulares.—Poco tiempo despues, diversos escritores del partido opuesto comenzaron á salir de su encogimiento, y á medida que las pasiones políticas se calmaban, iban dando á luz obras notables que merecen citarse con aprecio en esta imperfectísima revista. D. Casimiro del Collado dió á la estampa sus *Poesías*; D. Joaquin Arróniz (hijo) escribió una *Historia de Orizaba*, y en Guanajuato el Sr. D. Ignacio Montes de Oca, hoy dignísimo Obispo de Linares, publicó una magnífica traduccion de los *Idilios de*

*Bion de Smirna*, y D. José María de Licéaga sus *Apuntes y rectificaciones á la "Historia de México,"* de D. Lucas Alaman. En los periódicos literarios aparecieron: una traduccion del poema *Mazeppa*, de Lord Byron, por el Sr. Roa Bárcena; otra de *El Canto fúnebre de Bion*, idilio de Moscho de Siracusa, por el entendido helenista Ipandro Acaico (el Sr. Obispo Montes de Oca); otra de las *Parábolas*, del poeta alemán Krummacher, por el Sr. D. José Sebastian Segura; otra de algunos idilios de Gessner, por D. Ignacio M. Altamirano, y diversos artículos biográficos, críticos y literarios, y tambien algunas novelas, del mismo; la *Biografía y Crítica de los principales poetas mexicanos*, de D. Francisco Pimentel; un *Estudio sobre Sor Juana Inés de la Cruz*, del Sr. D. José de Jesus Cuevas; numerosas críticas teatrales del Sr. D. Manuel Peredo; estudios arqueológicos é históricos de D. Manuel Orozco y Berra y del P. D. Manuel Herrera y Pérez; una traduccion de *La Jerusalem Libertada*, por el Sr. D. Francisco Gómez del Palacio; una serie de artículos sobre los *Grandes Historiadores* (Salustio, Tácito, Julio César, Xenofonte, etc.), por D. Julio Zárate; y en tomos separados salieron á luz: la *Historia Eclesiástica Indiana*, de Fr. Gerónimo de Mendieta, publicada *por primera vez*, con una importantísima introduccion, por el Sr. García Icazbalceta; las *Rimas*, del Sr. Altamirano; las *Poesías* y los *Romances históricos Mexicanos*, de D. José Peon y Contreras: un *Diálogo sobre la historia de la Pintura en México*, elegantemente escrito por el Sr. D. José Bernardo Couto; 5º el poema *Nezahualpilli*

50 Fué "obra póstuma del autor, publicada por su señora viuda. Libro interesante, y bella edicion, de que se tiraron muy pocos ejemplares, y ninguno se puso en venta." (*Nota tomada del Sr. García Icazbalceta.*)—El Sr. Couto falleció el 11 de Noviembre de 1862: fué miembro Correspondiente de la Academia Española.

(imitacion de *Los Mártires*, de Chateaubriand), por Don José Luis Tercero; el *Arpa Bíblica*, cantos religiosos, de D. Nicanor Contreras Elizalde; *Poesías* de varios autores, entre cuyas colecciones son dignas de especial mencion las de D. Alejandro Arango, por su esmerado clasicismo; las del Ilmo. Sr. Montes de Oca, de D. José María Roa Bárcena, D. José Sebastian Segura, D. Manuel Pérez Salazar y Venegas, D. Tirso Rafael Córdoba, D. Manuel Flores, D. José Rosas, 51 D. José T. de Cuellar, y otros muchos.

No debo olvidar tampoco las eruditas y nunca bastante alabadas publicaciones del Sr. García Icazbalceta, MEXICO EN 1554 (*tres diálogos latinos, de Francisco Cervantes Salazar*) y COLOQUIOS ESPIRITUALES Y SACRAMENTALES, Y POESIAS SAGRADAS, del P. Fernan González de Eslava, enriquecidas con introducciones y notas del grande escritor; las *Biografías* de D. José Joaquin Pesado y de Don Manuel Eduardo de Gorostiza, por el Sr. Roa Bárcena; la traduccion completa de los *Bucólicos Griegos*, con notas explicativas, críticas y filológicas, por Ipandro Acaico, ya mencionado ántes; y por último, las *Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente*, estimables por los trabajos que se registran en ellas. 52

51 Uno de los poetas más inspirados que tenemos. En estos últimos años ha escrito y publicado una valiosísima serie de obritas para los niños, en que resplandecen la más pura moralidad y las galas literarias más exquisitas, realizadas por una encantadora ternura. El Sr. Rosas debía haber sido objeto de un artículo para esta *primera serie* de escritores contemporáneos; pero no fué posible lograr de él los datos ni las obras que yo necesitaba, y le pedí por conducto de uno de sus amigos. Quizá tenga mejor éxito mi empeño cuando dé á luz la *Segunda serie*.

52 Dejo de mencionar aquí, con gran sentimiento, por no alargar más este trabajo, otra multitud de producciones literarias, —novelas, leyendas, versos, estudios críticos, biografías, etc., — que han aparecido en México de 1867 á la fecha.

En el teatro, donde ántes se representaban exclusivamente obras de autores españoles, como Breton de los Herreros, Tamayo y Baus, Gaspar, Ayala, ha sobresalido de un modo notable el Sr. Peon y Contreras, poeta lírico de gran aliento. Este escritor distinguido, con sus dramas caballescicos é interesantes, con sus hermosos cuadros, su rica fantasía, sus gallardas figuras, engalanado y realzado todo con una versificación espléndida, ha restaurado en momento feliz la escena mexicana, recordando los tiempos en que Rodríguez Galvan y Fernando Calderon ensayaban la formación de un Teatro esencialmente nacional.—Otros ingenios, siguiendo el ejemplo del Sr. Peon y Contreras, y estimulados acaso por la gloria que él ha alcanzado con sus obras, le siguen en su camino y presentan al público nuevas producciones dramáticas.

## X.

Si se atiende á la riqueza de nuestros elementos literarios, y á lo poco que, relativamente hablando, han producido nuestros escritores, acaso se podrá decir que la literatura mexicana ha tenido escasos progresos en todo el tiempo que llevamos de ser independientes, y lo que es más triste todavía, que su porvenir no es muy halagüeño ni muy consolador. Y esto, no porque hayan faltado en México hombres de inteligencia bien cultivada, de talento claro, de natural y escogida aptitud; sino porque desgraciadamente las continuas turbulencias en que hemos vivido, el mal gusto del público, la falta de estímulos, y más que de éstos, de elementos para publicar, han puesto siempre obstáculos al desarrollo natural y lento, pero ordenado y seguro, de la literatura mexicana. Lo cual ha hecho también que diversos trabajos de importancia no se hayan publicado á su

tiempo ni con oportunidad, y que otros vean la luz pública, no en libros como debiera ser, sino en las hojas sueltas del periódico, exponiéndose así á perderse y á olvidarse, como se pierden y se olvidan las fugitivas producciones del periodismo. Y en la actualidad, triste es decirlo, éste tiene la predileccion de autores y lectores: el que escribe se siente atraído por las fáciles glorias con que le convida, por la popularidad que le ofrece, por los triunfos tan vanos como pasajeros que le da en cambio de un artículo ó de unos versos; el que lee, halla en el periódico ventajas que no tiene el libro, y en él encuentra un género de escritos que se avienen perfectamente al tiempo de que dispone, á su gusto, y quizá á sus inclinaciones.—El periodismo es, pues, por esta razon, el mayor enemigo de la buena literatura, el que impide todo adelanto y perfeccionamiento, el que no consiente estudio, meditacion ni calma en los escritores. El periodismo es tambien el que difunde y sostiene continuamente el mal gusto general, este otro antagonista de todo adelanto literario.

La juventud, de quien en todas partes se espera el remedio de los males, debe ser aquí igualmente la llamada á producir una reaccion favorable; mas, para que la lleve á buen término, es fuerza que se penetre bien de las necesidades de nuestra literatura, y que estudie y se dedique á ella con empeño. El sistema de educacion literaria, seguido hoy en las aulas, en el cual faltan casi por completo las tareas de humanidades, el extravío de gusto é inclinaciones, tan extendido por ciertas obras francesas; los modelos que generalmente se tienen en las manos y se quieren seguir, con exclusion absoluta de nuestros antiguos clásicos; las alabanzas prodigadas con largueza por los periódicos, y que tanto halagan el amor propio, son todos obstáculos que es necesario combatir y vencer para preparar dias de verdadera gloria á la literatura nacional. Porque si esto no se

hace, ¿qué contingente podremos llevar á la urna de nuestros tesoros literarios? ¿Qué género de impulso vamos á dar más tarde á nuestro movimiento intelectual?—Por otra parte, la tendencia á imitar las literaturas extranjeras, hace estériles completamente las fuerzas y el brío de una imaginación poderosa, los sentimientos de un corazón apasionado, el anhelo de un ingenio claro y original; y quita, por consiguiente, á las obras, la espontaneidad, la frescura, el encanto nativo que de otra manera podrían tener.—Conviene que la juventud medite todo esto, y que se convenza de que no ha menester acudir á tierras extrañas para ejercitar sus fuerzas: tenemos terreno propio, rico, extenso, magnífico, que permanece todavía vírgen, como nuestro territorio; y en el cual se encuentran objetos nobles, asuntos elevados y sublimes, dignos de la poesía y aún de la epopeya. *Pensar alto, sentir hondo, hablar claro*, como decía el poeta español: 53 hé aquí lo que debe hacer nuestra juventud; hé aquí el camino que debe seguir, el único seguro y recto, si quiere ser un día la regenadora de nuestra literatura, y desea engrandecerla con sus trabajos.

Concluiré este largo y pesado escrito, dando una noticia histórica de la Academia Mexicana Correspondiente, ya que la mayor parte de los escritores de quienes trato en este libro, son de ella dignísimos miembros.—La Real Academia Española, en junta de 24 de Noviembre de 1870, y á propuesta de los Sres. Marqués de Molins, su Director entónces; D. Patricio de la Escosura, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Fermin de la Puente y Apezechea, y algunos otros señores Académicos, acordó la creación de Academias Correspondientes Americanas. 54 Propúsose con esto, segun ella

53 El Duque de Rivas.

54 El verdadero iniciador y más entusiasta cooperador del establecimiento de *Academias Americanas*, fué el Sr. de la Puente y

misma dijo, "realizar fácilmente lo que para las armas y aun para la misma diplomacia es ya completamente imposible," esto es, "reanudar los violentamente rotos vínculos de la fraternidad entre americanos y españoles; restablecer la mancomunidad de gloria y de intereses literarios, que nunca hubiera debido dejar de existir entre nosotros; y por fin, oponer un diqué, más poderoso tal vez que las bayonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglo-sajona en el mundo por Colon descubierto." La celosa y diligente Corporacion manifestó desde luego deseos de que se establecieran Academias en Colombia, Venezuela y Ecuador, Centro América, Perú, Bolivia, Chile, República Argentina y Uruguay, y México; siendo de sentir que la de nuestro país no quedase formal y definitivamente instalada sino hasta el 11 de Setiembre de 1875. Los académicos correspondientes de México, nombrados por la Real Española para formarla, fueron los Señores D. Alejandro Arango y Escandon; D. Joaquin García Icazbalceta; D. Juan Bautista Ormaechea, Obispo de Tulancingo; D. Sebastian Lerdo de Tejada; D. José María de Bassoco; D. Casimiro Collado; D. Manuel Moreno y Jove; D. José Sebastian Segura; D. Joaquin Cardoso y D. José Fernando Ramírez. No todos asistieron á las juntas previas ni á la instalacion, pues algunos habian fallecido y otros estaban ausentes; de manera que para completar el número de Académicos prevenido por el Reglamento, que por término medio se acordó fuera el de 12, los presentes nombraron á los Sres. D. Francisco Pimentel, D. José María Roa Bárcena, D. Rafael Angel de la Peña, D. Manuel Peredo y D. Manuel Orozco y Berra. Estos nombramientos fueron aprobados por la Real Academia Española. En la junta de 25 de Se-

Apezechea, mexicano, cuya muerte lamentan todavía y lamentarán siempre las letras españolas.

tiembre del mismo año de 1875, quedaron electos: *Director*, Sr. D. José María de Bassoco; *Secretario*, Sr. D. Joaquin García Icazbalceta; *Bibliotecario*, Sr. D. Alejandro Arango y Escandon; *Censor*, Sr. D. Manuel Peredo, y *Tesorero*, Sr. D. José María Roa Bárcena. Por muerte del Sr. Bassoco, acaecida el 18 de Noviembre de 1877, fué electo *Director* el Sr. Arango. El Sr. D. Anselmo de la Portilla, que ocupó aquella vacante el 28 de Enero de 1878, falleció también un año despues, el 3 de Marzo del año próximo pasado.—Posteriormente han sido llamados al seno de la Academia Mexicana, otros escritores distinguidos, y en la actualidad la forman los señores:

ACADEMICOS DE NUMERO:—Lic. D. Alejandro Arango y Escandon, *Director*; D. Joaquin García Icazbalceta, *Secretario*; Ilmo. Sr. Obispo de Tulancingo, D. Juan Bautista Ormaechea, *ausente de la capital*; Lic. D. Sebastian Lerdo de Tejada, *ausente*; D. José María Roa Bárcena, D. Rafael Angel de la Peña, Lic. D. Manuel Orozco y Berra; Ingeniero, D. José Sebastian Segura, D. Casimiro Collado, *ausente*; 55 Dr. D. Manuel Peredo, *Censor*; D. Francisco Pimentel, Lics. D. Francisco de P. Guzman y D. Joaquin Cardoso.

CORRESPONDIENTES MEXICANOS:—Ilmo. Sr. Obispo de Linares, D. Ignacio Montes de Oca y Obregon, que es también Correspondiente extranjero de la Española, *residente en Monterey*; Presb. D. Melesio de J. Vázquez, *residente en Tulancingo*.

ACADEMICOS HONORARIOS:—Sr. D. Miguel Antonio Caro, Director de la Academia Colombiana (Bogotá); Sr. D. Rufino José Cuervo (también de Bogotá), y Sr. D. Alfonso Herrera, de México.

55 Actualmente está en Madrid, en donde acaba de publicar una segunda edicion de sus *Poesías* (corregidas y aumentadas), con prólogo del Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

El trabajo principal á que ha estado dedicada esta respetable Corporacion, y que sigue ocupándola en sus juntas, es el estudio del *Diccionario de la Lengua*, á fin de contribuir con adiciones y enmiendas para la nueva edicion que la Real Academia prepara. De tales estudios ha remitido ya á ésta los artículos correspondientes hasta una parte de la letra *E*, muchos de ellos acompañados de etimologías y autoridades, ya españolas, ya mexicanas.—En las *Memorias* que anualmente publica, ha dado á luz trabajos importantísimos de sus miembros, ya relativos al idioma castellano y su gramática, como varias disertaciones de los Señores Peña y Bassoco, ya destinados á servir más tarde de material para escribir la historia de la literatura mexicana. En este último caso se encuentran: un estudio biográfico y crítico sobre nuestro poeta Gorostiza, del Sr. Roa Bárcena; la *Biografía de D. Manuel Carpio*, por el Sr. D. José Bernardo Couto, y un notabilísimo discurso sobre *Las "Bibliotecas," de Eguiara y Beristain*, por el Sr. García Icazbalceta.

Estos trabajos, otros que se han leído en las juntas, y las obras que separadamente han publicado algunos Señores académicos, dan segura garantía de los valiosos servicios y del sólido progreso que puede esperar de ellos la literatura mexicana.





ILMO. SEÑOR

DON IGNACIO MONTES DE OCA.

I

**I**NSIGNES prelados han honrado en todas épocas el episcopado mexicano, dando lustre á la patria y gloria imperecedera á su nombre, no sólo por la magnificencia y alteza de sus virtudes apostólicas, sino tambien por las brillantes luces de su inteligencia, su copioso y universal saber y las sobresalientes dotes literarias que á algunos adornaron. Ocupa hoy muy distinguido lugar entre todos los respetables Pastores de la Iglesia mexicana, por su juventud y temprana sabiduría, sus maravillosas y excelsas facultades poéticas, los numerosos laureles de gloria que ya cubren sus sienes, el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregon, Obispo que fué de Tamaulipas y preconizado últimamente para la Diócesis de Linares.

Vió la primera luz en la ciudad de Guanajuato, capital del Esatdo del mismo nombre en esta República, el 26 de

Junio de 1840, siendo sus padres D. Demetrio Montes de Oca, sabio juriconsulto y honradísimo abogado, y D<sup>ta</sup> María de la Luz Obregon. A los doce años fué enviado á Inglaterra, y allí hizo, con extraordinario aprovechamiento, sus estudios preparatorios, terminados los cuales regresó á su patria en busca de algun descanso en el seno de la familia. Estuvo por este tiempo, 1856, pocos meses en el Seminario Conciliar de México. Volvió en seguida á Europa, y en Roma cursó las materias eclesiásticas, graduándose de Doctor en Teología en 1862 y ordenándole de subdiácono el Ilmo. Sr. Munguía, primer Arzobispo de Michoacan, una de las inteligencias más privilegiadas que ha producido la nacion mexicana en el presente siglo. La dedicacion del Sr. Montes de Oca era tal, y tan grande tambien su aptitud para los estudios superiores, que con razon fué el asombro de sus maestros y condiscípulos, complaciéndose todos en profesarle cordial y sincera estimacion. En poco tiempo concluyó sus cursos de la manera más brillante y satisfactoria. Recibió el orden del presbiterado el 28 de Febrero de 1863, en la basílica de San Juan de Letran, de manos del cardenal Patrizzi, vicario de Su Santidad, y en 1865 obtuvo el grado de doctor en ambos derechos. Fué cura párroco de Ipswich (Inglaterra), y más tarde de Guanajuato, su ciudad natal: tuvo tambien el nombramiento de Capellan de las tropas pontificias y de Promotor fiscal de la curia de México. El emperador Maximiliano le hizo su Capellan de honor, y el Santo Padre Pio IX, su Camarero secreto en 1863; cargos todos que demuestran el grande aprecio en que era tenido el Sr. Montes de Oca, así en su patria como en Roma, y la señalada distincion que se hacia de sus relevantes méritos.

El inmortal Pontífice Pio IX, cuya muerte llora todavía y llorará siempre la cristiandad, tuvo al Sr. Montes de Oca particular y cariñosísimo afecto; de manera que *al asignar*

á Tamaulipas un prelado propio y elevarla al rango de las demás diócesis de la República mexicana,\* no pudo olvidarse de él; jóven eclesiástico, en cuyos ojos ardia el más vehemente celo apostólico, inteligencia nutrida de la alta enseñanza de los Santos Padres, corazón tierno y generoso que derramaria copiosos torrentes de piedad y de amor evangélico sobre los que habían de ser sus hijos en Jesucristo. Fué, pues, elegido, para ocupar la silla episcopal de Tamaulipas. “Nos hallábamos entónces en la Eterna Ciudad —decía el señor Obispo á sus diocesanos con encantadora sencillez en su *Primera Carta pastoral*,— presenciando el más grande acontecimiento de este siglo: la celebracion del Concilio Ecuménico Vaticano. Diversas causas retardaron nuestra preconizacion; entre otras, la caída de Roma en poder de los enemigos de la Iglesia, y la prision á que tuvo en consecuencia que sujetarse nuestro augusto Pontífice desde el 20 de Setiembre del año siempre infausto de 1870. Este funesto suceso nos hizo ir á buscar en el Calvario los consuelos que ya no nos suministraban los sepulcros de los mártires, hollados por sacrílegas plantas. Partimos para Tierra Santa, y sepultamos nuestro dolor entre los puros goces de Belen y la dulce amargura de Getsemaní. Recorrimos más de una vez las aldeas y pueblos por donde Nuestro Divino Salvador pasó derramando beneficios, anunciando el Evangelio á los pobres y enseñando sus santísimas doctrinas. ¡Cuántas fuerzas adquirimos meditando la Pasion de Nuestro Redentor en los mismos lugares regados por su Sangre preciosa! ¡Cuánto valor nos infundieron las largas horas pasadas en santa contemplacion dentro del sepulcro glorioso del triunfante Jesus! El deber nos llamó otra vez á la esclavizada Roma, y el 6 de Marzo del presente año (1871), penetrando por en

\* Antes era Vicariato apostólico.

medio de las guardias que circundan el que fué palacio, y hoy es cárcel del Soberano Pontífice, fuimos revestidos por el gran Pio IX con el roquete de cándido lino, emblema de nuestra jurisdiccion, despues de haber sido solemnemente preconizado primer Obispo de Tamaulipas. Un altísimo honor, una nueva dicha, un insigne favor nos aguardaba, de que ántes que Nós ningun compatriota habia gozado, con que, fuera de Nós, solo uno nacido en el continente americano ha sido distinguido. No contento Pio IX con las gracias que ya habia acumulado en nuestra humilde persona, no satisfecho con los dones esparcidos sobre los mexicanos, quiso honrarnos, ¡oh hermanos é hijos nuestros! y honrarnos á Nós mismo, por vosotros y para vosotros, consagrando con sus propias augustas manos al primer Pastor de Tamaulipas, y confiriéndole él mismo directamente la plenitud del sacerdocio. No podemos disimularos, hermanos é hijos nuestros, el inefable gozo que inundó nuestra alma la inolvidable mañana del 12 de Marzo, fiesta del gran Pontífice San Gregorio Magno. En el oratorio particular de la habitacion del Papa prisionero, se verificó privadamente la majestuosa ceremonia de nuestra consagracion episcopal. Si siempre es imponente, sea quien fuere el Obispo que derrame el óleo sacrosanto, sean cuales fueren las circunstancias, la época y el lugar en que el nuevo Pastor recibe la uncion sacramental, figuráos la indeleble impresion que dejaria en Nós y los pocos que fueron admitidos á presenciarlo, el acto en que el Pontífice cautivo impuso las manos sobre el Obispo misionero y le entregó las insignias de su autoridad y jurisdiccion."

Tamaulipas es una region del territorio mexicano, situada al Norte, bastante extensa, en muchas partes despoblada y llena de grandes bellezas naturales. En espaciosas llanuras encuéntranse diseminadas solitarias aldeas, pobres cortijos y algunas ciudades de escasa importancia; el clima

es ardiente y enfermizo, malsanas las costas, y tan difíciles como peligrosas las comunicaciones. Mas, sin embargo de estas circunstancias, el Sr. Montes de Oca aceptó gustosísimo el gobierno espiritual de aquella tierra que el Santo Padre le encomendaba. La novedad del lugar, lo desconocido de las costumbres y del carácter del pueblo, las fatigas apostólicas, las peregrinaciones, todo presentaba para él misteriosos y dulces atractivos; de manera que no es de extrañar, que más de una vez se soñara evangelizando á la multitud en las orillas de los pintorescos rios y ungiéndola con el crisma de salvacion bajo los frondosos árboles de las escarpadas sierras.

Consagrado Obispo el Sr. Montes de Oca, y *sin aprovecharse de los cien dias que aún le era permitido permanecer junto á la tumba del Príncipe de los apóstoles, partió sin dilacion, rumbo á su diócesis*, como él mismo dice, tomando posesion de ella el 8 de Junio del propio año de 1871. Dedicóse desde luego, con una constancia, un celo y un ardor sin igual, al desempeño de su santo ministerio, dirigiendo primeramente á sus diocesanos una paternal y tierna salutation. Su carácter manso y bondadoso, su amante solicitud para satisfacer pronta y eficazmente las necesidades espirituales, su palabra fácil, cariñosa y persuasiva, hicieron que en poco tiempo el jóven Obispo fuese el ídolo de los fieles de Tamaulipas. Su lozana y fresca constitucion, embellecida aún por las gracias de la juventud, y su vigor y perfecta salud, le permitieron visitar con detenimiento sus vastos dominios, conocer todos los pueblos, y derramar en todas partes los tesoros de la predicacion evangélica y las ricas mercedes del cristianismo. Ha visitado las ciudades y villas, ha penetrado en los bosques, ascendido á las montañas y cruzado las corrientes de impetuosos rios: por donde quiera ha ido, por donde quiera ha resonado su voz; y ora bajo la sombra de las palmeras y de los

naranjos, ora en sencillos y humildes templos de aldea; ya en las playas del mar, ya en las silenciosas florestas de la costa, ha administrado con celoso fervor los Santos Sacramentos.

Los sueños que en Roma acarició el preconizado Obispo, han tenido, pues, su más exacto cumplimiento; y ya hoy puede gloriarse el Ilmo. Sr. Montes de Oca de haber llenado su mision, dando cima á sus sagrados deberes. El movimiento religioso de Tamaulipas, en la actualidad, es asombroso; hánse avivado la fe y la piedad de los fieles, se han mejorado las costumbres, y la instruccion pública, sobre todo, ha adquirido un desarrollo y una importancia notables, fecundos en consoladoras esperanzas. Y cuénta que el Obispado se fundó en medio de las circunstancias más difíciles y azarosas, siendo suma la escasez de recursos y de colaboradores en las tareas apostólicas. Pero el claro talento, la abnegacion y ardiente celo del señor Obispo, han suplido con ventaja aquellas y otras faltas: su actividad infatigable le ha llevado donde quiera que ha sido necesaria su presencia para remediar males, instruir y enseñar, fomentar obras buenas y levantar instituciones piadosas. “Grandes han sido —exclama con emocion y regocijo el pastor cristiano— los frutos que hemos recogido, y abundantes las bendiciones que el Señor ha derramado sobre Nós y sobre nuestro pueblo. Cuando consideramos los innumerables beneficios que el Dios de las misericordias ha querido dispensar por nuestras manos pecadoras, no podemos ménos que deshacernos en lágrimas de confusion y de gratitud.” ¡Cuántas conversiones ha hecho allí la inspirada palabra del Sr. Montes de Oca; cómo ha huido el cisma de entre sus diocesanos; cómo, los que ántes eran indiferentes ó escépticos, se han tornado en piadosos creyentes y en humildes y buenos hijos de la Iglesia!

Aparte de estos inapreciables bienes, Tamaulipas debe á

su Prelado otros que harán por siempre querida y venerada su memoria: él ha levantado desde los cimientos el Colegio Seminario del Obispado en la capital de la Diócesis, Ciudad Victoria, y actualmente construye la Catedral; numerosas iglesias han sido restauradas y engrandecidas; el culto ha adquirido gran pompa y majestad, y hasta parece que se ha redoblado el celo de los párrocos: todo lo cual es debido al ejemplo, á la caridad, y á la constante dedicacion del virtuoso Sr. Montes de Oca. ¡Dichosos los pueblos que tienen tales pastores!

Este es el Obispo. Veámos ahora al poeta, al orador, al literato.

## II

Pocos ingenios han podido atesorar, á la edad del Ilmo. Sr. Montes de Oca, los profundos y vastos conocimientos que él revela en sus obras, y pocos tambien podrán gloriarse de haber hecho en corto tiempo una carrera tan brillante y magnífica como la suya. “Ocupado desde niño en estudios serios y en el extranjero, —como dice en el prólogo de sus poesías;— encerrado muy jóven en austero Seminario, y ordenado sacerdote á los veintidos años,”— nuestro insigne Prelado ha sabido adquirir, con maravillosa prontitud, una selecta educacion literaria. Distinguióse en el colegio de Inglaterra entre los más aprovechados discípulos; pues á su singular talento, su rica imaginacion, su ingenio claro y peregrino, uníanse una aplicacion y empeño extraordinarios, acreditados á cada momento con los triunfos que obtenia en las aulas. Formó allí su buen gusto, leyendo y estudiando detenidamente los autores clásicos; y ora ejercitaba su entendimiento en las labores de la crítica, ó vertia á nuestro idioma las bellezas de la poesía griega y latina; ora se ensayaba en la lira para modular sentidos y

armoniosos cantos. Sus estudios de Roma le llevaron á otros horizontes, amplios y llenos de atractivo para una inteligencia juvenil destinada á ejercer espiritual jurisdicción: allí otras fuentes de enseñanza, otros estímulos y otros triunfos le aguardaban al lado mismo del venerable Jefe de la cristiandad. Abrióronsele las copiosas y saludables páginas de los teólogos y los doctores, de los Santos Padres y los apologistas; su alma se sumergió, por decirlo así, en aquel océano de sabiduría, y conoció luego todas las ramas de las ciencias sagradas: tan alta lectura dió á su espíritu el vigor y la energía del verdadero saber.—Ya hemos visto ántes cuán rico y valioso fué el premio que por sus crecidos afanes recogió el Sr. Montes de Oca: el Santo Padre Pio IX le distinguió con su cariño, le elevó á la alta dignidad episcopal en los frescos años de su juventud, y le *consagró con sus propias augustas manos primer Pastor de Tamaulipas*, precisamente cuando el Soberano Pontífice se hallaba más afligido y con tristado: merced singularísima que no á muchos es dado alcanzar. Al saberse en México cuántos honores conquistaba el Sr. Montes de Oca y cómo honraba á la patria en el extranjero, todas las simpatías fueron para él, cobrándole, los que conocían sus triunfos, el más entusiasta y cordial afecto. Sus glorias se reflejaban en el país que le había visto nacer, y éste se sentía orgulloso con justicia.

Hé aquí ahora las obras del ilustre Obispo:

En 1868 fundó en Guanajuato una *Revista Católica*, que redactó él solo, durante dos años, y de la cual llegaron á salir dos tomos. Por ese mismo año, el 19 de Julio, predicó en San Luis Potosí un *Panegírico de San Vicente de Paul*, lleno de unción y fervor evangélico, con cuadros interesantes y vivamente dibujados, sembrado de juicios y reflexiones oportunas, y engalanado de exquisitas flores. En Octubre pronunció, en la parroquia de su ciudad natal, el *Elogio fúnebre de la Sra. Doña Francisca de Paula Pérez Gál-*

*vez y Obregon*, virtuosa dama, que prodigó los tesoros de su ardiente piedad y crecido patrimonio en favor de los desgraciados. Ambas piezas son dos cantos á la caridad.

Habiendo marchado á Roma en 1869, á presenciar lo que él llama con justicia el mayor acontecimiento de este siglo, —el Santo Concilio Ecuménico Vaticano,— remitió con regularidad al periódico *La Revista Universal*, de esta ciudad, unas *Correspondencias* interesantísimas relativas á las deliberaciones y trabajos de aquella Asamblea cristiana y á cuantos sucesos se ligaban con ella.

En 1877 apareció su version métrica de los *Poetas Bucólicos Griegos*, obra admirable, acompañada de eruditas y curiosas notas explicativas, críticas y filológicas, que alcanzó el honor de que la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española, hiciese suya la edicion. Forma un lujoso volúmen de más de cuatrocientas páginas de impresion limpia y correcta, y comprende: veintisiete idilios de Teócrito, nueve de Bion de Smirna, y otros tantos de Mosco de Siracusa. Las notas ocupan unas ochenta y seis páginas, y todas convidan á leerlas por su grande interés histórico y literario.—Incapaz yo de juzgar tan concienzudo trabajo, me contentaré con manifestar la admiracion que me causa. Los inteligentes dicen que es la version castellana más completa y elegante que se ha hecho de los bucólicos griegos, y agregan que ninguna otra ha reproducido con tanta verdad, la innata belleza, el delicado adorno, los primores poéticos del original. Comparando, en efecto, la traduccion del sabio Prelado mexicano, con otras que existen de diversos autores, se notan desde luego diferencias esenciales que realzan notablemente el mérito de la primera: así, por ejemplo, no encontramos en ésta, ni los pasajes, ni los idilios que ofenden el pudor; y por lo demás, todo en ella es sencillo é inocente; los cuadros respiran aquel amable candor de los pastores, aquella frescura de las

costumbres primitivas, aquella inefable delicia de las escenas de la naturaleza; y la graciosa ingenuidad, la riqueza de lenguaje y la magnificencia de descripción que caracterizan á Teócrito, parecen conservarse con toda propiedad. Por último, de esta magnífica obra del Sr. Montes de Oca, utilísima á la juventud literaria de nuestro tiempo, porque con ella trata de restaurar los buenos estudios sobre su antigua y sólida base, como dice un escritor distinguido; de esta obra puede repetirse lo que su mismo autor dijo, no há mucho, del *Siglo de Oro* de Balbuena: “No solo quitó cuidadosamente los abrojos de las rosas espléndidas que nos ofrecía como aconseja San Basilio, sino que siguió aún más escrupulosamente sus instrucciones. “¿No veis, dice este “Padre, no veis á las abejas cómo escogen el zumo de las “flores de que han de formar su dulcísima miel? Ni á todas vuelan, ni en todas se paran, ni en todas igualmente “se detienen. De unas beben más, de otras ménos; y cuando han libado el jugo de que han menester para formar “su panal, tornan sin tardanza á la colmena. Así es fuerza que hagamos nosotros, si tenemos juicio y aspiramos “á la verdadera sabiduría, con los libros de los gentiles.”

—Y así lo ha hecho el Sr. Obispo de Tamaulipas: *no se contentó con traducir, ni aún arrancando las espinas de inmoralidad de que están erizadas las rosas que se hallan en los poetas bucólicos griegos. Tomó de ellos cuanto necesitaba para formar una coleccion de poemas pastoriles, dulces, gratos y morales; y si cantó los sencillos afectos de apasionados pastorcillos, procuró no apartarse de las huellas que Salomon nos trazara en su Cántico y expresarlos con frases pulcras que no hirieran oídos delicados.* \* Si, pues,

\* Estas frases que yo aplico al Ilmo. Sr. Montes de Oca, las dedicó él al autor del *Bernardo* y de *La Grandeza mexicana* en la *Oracion fúnebre* de que adelante me ocupo.

nuestro Prelado-poeta no hubiese conquistado ántes con otras obras fama y renombre imperecederos, sin duda habria bastado para asegurárselos esta espléndida version de los Bucólicos Griegos.

En el ejercicio de su sagrado ministerio en Tamaulipas, el Ilmo. Sr. Montes de Oca ha publicado tres *Cartas Pastorales* (una de ellas sobre la francmasonería); multitud de *Cartas á los Párrocos*, haciéndoles eficaces recomendaciones acerca de asuntos religiosos, y especialmente acerca de la educacion de la niñez; varios *Discursos*; una *Homilia* bellísima, predicada en la iglesia de Ciudad Victoria con motivo de la apertura del Colegio Seminario del Obispado; dos *Edictos*; un *Sermon sobre el Sagrado Corazon de Jesus*, predicado en la iglesia de San Lorenzo de México, el 30 de Setiembre de 1877; otro *Discurso*, pronunciado en la solemne consagracion del altar mayor de la iglesia matriz de Tampico; y por último, *El Elogio fúnebre de nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX*, que oyeron los fieles de la misma ciudad el 8 de Marzo de 1878, en las solemnes exequias celebradas en honor del inmortal Pontífice. Y merecen tambien citarse otras dos Homilias, ricas en bellezas literarias, sobre *La Tempestad en el Lago de Tiberiades* y *En la ordenacion de un jóven Sacerdote*.

El Sr. Montes de Oca, que es poeta de alta inspiracion, *cantando apacienta su rebaño* (\*); pues en medio de sus tareas apostólicas no abandona sus aficiones literarias ni deja de pulsar la lira. Antes, al contrario, cultiva aquellas con más calor que nunca en sus horas de soledad y de aislamiento, para dulce y pacífica distraccion de su ánimo: y si el Obispo de Puerto-Rico, D. Bernardo de Balbuena, em-

\* El mismo Sr. Montes de Oca se aplica estas palabras, que se hallan en el Idilio III de Mosco, intitulado *Canto fúnebre de Bion*, traducido por él.

pleaba el tiempo que le quedaba libre en escribir sus cantos del *Bernardo* y del *Siglo de Oro*, el Obispo de Tamaulipas ocupa el suyo cantando en castellano los apasionados afectos de los antiguos pastorcillos de la Grecia, para dar á la juventud mexicana buenos modelos que formen su gusto. Ultimamente ha dado á luz un precioso tomito que contiene sus composiciones poéticas, y que él, modestamente, califica de *Ocios*. Está dividido en cuatro libros; el primero comprende diez sonetos, escritos ántes de los veinte años, y noventa, escritos despues de los treinta y cinco; el segundo, una *Epístola moral*; el tercero, un pequeño poema heróico intitulado *Fiesco*, trazado á los diez y nueve años; y por último, el cuarto, una coleccion de odas, himnos y canciones, cuyos títulos, asuntos y estilo —dice el autor— “revelan que son produccion de un estudiante.” En un cuaderno suelto apareció despues la sentida *Elegía* que escribió con motivo de la muerte del Ilmo Sr. Obispo de Olinda (Brasil).

Uno de los mayores y más brillantes triunfos que se registran en la vida literaria del Ilmo. Sr. Montes de Oca, es sin duda el que obtuvo el dia 3 del último Agosto (1878), en la iglesia de la Profesa de esta capital. Con motivo de las honras celebradas por la Academia Mexicana en memoria de D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, y demás ingenios nacionales y españoles que en ambos mundos cultivaron las letras castellanas, aquella docta Corporacion encomendó al Ilmo. Sr. Obispo la oracion fúnebre que debía decirse en dicha fiesta religiosa y literaria. Lo más selecto de nuestra sociedad, la prensa de todos los partidos, las celebridades más notables de México, se agruparon alrededor de la cátedra sagrada para oír al que es honra y gloria de nuestra literatura y de nuestro respetable episcopado. Su palabra cautivó durante hora y media al escogido auditorio, presentándole bajo elegantísima forma una serie de admirables juicios y de gallardos pensamientos, de fundadas sen-

tencias y maravillosos panegíricos; “enlazados todos, como dijo un escritor, con cadena de oro y de flores, expresados con puro y correcto lenguaje, sin afectacion y sin miedo, sin aparato y sin pretensiones.” Despues de un magnífico y oportuno exordio, el eminente orador hizo el elogio de D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, de Sor Juana Inés de la Cruz y del célebre cantor de la *Grandeza Mexicana* D. Bernardo de Balbuena, dibujando rápidamente con rasgos maestros y vigorosos la historia de su vida y de sus obras. Viniendo á los tiempos modernos, habló con una erudicion, una prudencia y tacto asombrosos, de nuestro gran historiador Alaman, de nuestro insigne literato y poeta Pesado, y de D. Clemente de Jesus Munguía, ilustrísimo y eminentísimo Arzobispo de Michoacan. Y hay que notar que la posicion del orador era difícil: pronunciar un discurso literario en un templo, darle forma adecuada, revestirlo de galas que lo hiciesen digno del púlpito y de un recinto académico al mismo tiempo, eran dificultades gravísimas que solo á los talentos superiores es dado vencer; pero el Sr. Montes de Oca las venció todas con facilidad sorprendente; supo dar á su oracion fúnebre, atractivos que de igual manera cautivaron al literato y al poeta, al historiador y al crítico, al cristiano y al filósofo. Su lenguaje fué pulcro y castizo, exento enteramente de inútiles adornos, é incontable el número de sus bellezas literarias y de pensamiento. La Academia Mexicana, á propuesta de su Director el Sr. Arango y Escandon, dirigió algunos dias despues al insigne Obispo un honrosísimo oficio, que era prenda segura del entusiasmo que causó entre sus miembros el inspirado discurso, y del júbilo y complacencia con que vieron el acertado desempeño del encargo del orador.

Nuestro distinguido prelado es miembro de la Arcadia de Roma desde 1865, bajo el nombre de *Ipandro Acaico* (con el cual quiere ser conocido en el mundo literario), y lo fué

de la Academia de Ciencias y Literatura de México, fundada por el emperador Maximiliano. Pertenece igualmente á la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y en 1877 fué nombrado académico correspondiente de la Mexicana y de la Real Española de Madrid.

Concluyo este artículo insertando el juicio que del Sr. Montes de Oca formó D. Anselmo de la Portilla, el inolvidable escritor á quien nuestra literatura debió grandes é importantísimos servicios.\*

“El Sr. Montes de Oca —dice— como Obispo, como orador y como poeta, es una de las figuras más simpáticas de esta República. La naturaleza le ha dotado de todas las cualidades que requiere el feliz desempeño de este triple papel, y el arte ha completado á maravilla en su persona la obra de la naturaleza.

“Obispo de una comarca inmensa, mal poblada á trechos por gentes casi bárbaras, y solo en pequeña parte por otras civilizadas y cultas, tiene la constancia y sabiduría necesarias para infundir la luz del Evangelio á las primeras; la filosofía y el prestigio indispensables para convertir en creyentes á los descreídos, que abundan entre las segundas; y tiene también la robustez y el vigor que ha menester para soportar los rudos trabajos de su vida pastoral por los desiertos de su diócesis. Es un apóstol del tiempo antiguo, sin el semblante demacrado, ni el hábito raído, ni las arrugas de la frente; ántes bien, con las elegantes y atildadas formas exteriores de la sociedad más refinada de nuestro tiempo. Tiene el entusiasmo de su apostolado, y hasta la vocacion del martirio, como lo da á entender en alguna de sus composiciones poéticas, lo cual no impide que su noble faz anuncie con perenne sonrisa la serenidad y el contento de su alma.

\* Fué escrito expresamente á petición del autor, para insertarlo en esta biografía.

“Como orador sagrado, posee las dotes de espíritu que la oratoria requiere: clarísimo talento, vasta y amena erudición, exquisito gusto literario; y con estas dotes del espíritu junta en felicísimo consorcio las condiciones físicas que sirven para realzarlas: gallarda presencia, noble ademán, metal de voz que parece música, todo aquello, en fin, que constituye el encanto irresistible de la elocuencia. Todas estas cualidades brillaron con nunca visto fulgor en su famosa *Oración fúnebre* de los literatos difuntos; magnífica novedad, que hará época en los anales de la oratoria sagrada de México.

“El Sr. Montes de Oca escribe tan elegantemente en prosa como en verso, y de él se puede decir lo que Chateaubriand decia de De Fontanes, que tiene las dos liras. De la elegancia de su prosa dan testimonio, además de otros escritos literarios y de polémica, sus pastorales y sus sermones. De la excelencia de sus versos serán testigos irrecusables su traducción de los bucólicos griegos y la colección de poesías originales que acaba de dar á luz con el título de *Ocios poéticos*. El estro del Sr. Montes de Oca es fácil, abundante y florido. No hay ciegos arrebatos en su poesía, ni pasiones ardientes, ni peligrosas intemperancias. Tiene la sencillez griega, la gracia antigua, el sello clásico y la entonación grave. Se revela en sus composiciones el poeta enamorado de la antigüedad clásica y el pastor de la Iglesia. Son notables, además, por lo correcto del lenguaje, por lo castizo de la dicción, sin afectaciones de arcaísmo, y por la alteza de los pensamientos, impregnados siempre de unciación piadosa y filosofía cristiana. Esta colección de poesías asegura al Sr. Montes de Oca, distinguido lugar entre los mejores poetas de nuestro tiempo.

“El Obispo de Tamaulipas está en la fuerza y en la madurez de la edad, y ha de hacer mucho todavía para honra y gloria de su clase, de las letras y de su patria.”



DON

## ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

I

**L**E actual Director de la Academia Mexicana nació en la ciudad de Puebla de los Angeles el día 10 de Julio de 1821. Fueron sus padres D. Alejandro María Arango, sargento mayor del Regimiento de Estremadura y nacido en el pueblo de Cudillero (principado de Asturias), y D<sup>a</sup> Guadalupe Escandon, natural de Orizaba en esta República. En 1831 fué enviado á España, y en el Real Colegio de Humanidades de Madrid, situado en la calle de la Madera baja, estudió gramática latina y filosofía, habiendo tenido el honor de que en uno de sus exámenes fuese sinodal suyo el insigne poeta D. Juan Nicasio Gallego.—En esta misma época, las relaciones y buena amistad que le unieron con su condiscípulo D. Eustaquio Fernandez de Navarrete, nieto del célebre D. Martin Fernandez de Navarrete, y que tanto se distinguió despues por

sus trabajos históricos y críticos, permitieron al Sr. Arango conocer personalmente á varios de los literatos y poetas más notables de aquel tiempo, como Lista, Quintana, Breton de los Herreros y otros.

En 1836 se trasladó á Paris para continuar allí sus estudios; pero en Setiembre del año siguiente regresó á México, entrando desde luego al Seminario Conciliar de esta capital. En él cursó las cátedras de ambos derechos, civil-romano y canónico.—La *Academia de Letrán*, asociacion literaria de que formaban parte muchos de los que despues han llegado á ser rico ornamento de la literatura mexicana, llamó con gusto á su seno al Sr. Arango; y allí se distinguió siempre por su instruccion, delicado gusto y entusiasmo por las letras. Hizo sus estudios de derecho público con el célebre juriconsulto D. Manuel de la Peña y Peña, y su práctica de foro con el Dr. D. José Bernardo Couto, uno de los sabios más eminentes que ha tenido nuestra patria. He oído referir que el Sr. Peña y Peña encargó en cierta ocasion á cada uno de sus discípulos que hiciese una disertacion sobre diversos puntos tratados en cátedra, á fin de que reunidas todas formasen un *Curso completo de Derecho Público Mexicano*. Cumplieron todos, y el Sr. Arango tuvo la honra de que su maestro le comisionara para enlazar y corregir los trabajos, siendo preferido á sus compañeros, que los tenia muy distinguidos. Tambien por este tiempo dióle el Sr. Couto señalado testimonio del aprecio en que ya tenia su instruccion y gusto literario, pasando á su exámen una traduccion del *Dies Ira* del poeta mexicano Sánchez de Tagle; la cual no podia revisar el Sr. Couto por sus muchas ocupaciones. Tan feliz y acertado estuvo el Sr. D. Alejandro en las correcciones que hizo, que merecieron todas la aprobacion de su sabio maestro, y el mismo Sanchez de Tagle las aplaudió, juzgándolas obra del Sr. Couto.

Esto no es de extrañar en quien habia recibido una educacion rigurosamente clásica, bajo la direccion de entendidos y severos maestros, ni en quien á los doce años sabia de memoria todas las obras poéticas de Fray Luis de Leon, de Garcilaso, de Argensola y otros ingenios españoles del siglo XVI.

## II.

Prévios los exámenes de ley, sustentados con extraordinario lucimiento, el Sr. Arango y Escandon recibió el título de abogado en Agosto de 1844.—Desde entónces comenzó á desempeñar diversos cargos públicos de importancia, así en el órden político y administrativo, como en el judicial, á saber: dos veces fué nombrado Síndico primero del Ayuntamiento de esta capital y otras tantas Presidente de la misma Corporacion; tuvo á su cargo la cátedra de humanidades de la Universidad; formó parte del Supremo Tribunal de Justicia, y fué Secretario de la Asamblea de Notables reunida en México para decidir la forma de gobierno que debería adoptar la nacion.—En el último período del imperio de Maximiliano, que fué el más difícil y peligroso para cuantos de buena fe rodeaban al monarca, el Sr. Arango era miembro del Consejo de Estado, y con este carácter se distinguió por sus rasgos de energía y de valor. Sabido es que cuando los Estados-Unidos del Norte obligaron á Napoleon III á retirar de México sus ejércitos, quiso éste que Maximiliano abdicara, á fin de cubrir así la verdadera causa del embarqué de sus tropas: Bazaine y Castelnau trabajaron aquí para que se cumpliera la voluntad del emperador de los franceses. El proyecto de abdicacion, á haberse realizado, habria deshonrado al imperio y á Maximiliano mismo: por eso su ministerio y su Consejo

de Estado se opusieron á él.—El Sr. Arango, al dar su voto contra la abdicacion, pronunció un breve discurso, cuyos conceptos le hacen digno del sincero aprecio de todos los hombres honrados, porque demuestran sus caballerosos y nobles sentimientos, y la firmeza de su espíritu. En la junta que discutia el proyecto, y de la cual formaba parte el mismo mariscal Bazaine, el Sr. Arango dijo:

“Me gustan, Señores, las reminiscencias históricas.

“En el siglo XVI el Papa Paulo IV declaró la guerra á Felipe II. Trataba de hacer valer ciertos derechos en el reino de Nápoles, en posesion del cual estaba el Rey Católico, á quien no era en verdad fácil hacer prescindir de ninguna de sus adquisiciones. El Papa se buscó auxiliares, y los halló en Francia. La cuestion interesaba vivamente, como saben todos, á esta nacion; y su rey Enrique II, comprendiéndolo así, envió á Italia buen golpe de gente. Mandábala el Duque de Guisa, noble, entendido, valiente capitán, y además de esto, señor Mariscal, \* muy católico. Pero el Duque de Alba, que valia tanto al ménos como el general Sherman, mandaba los tercios españoles, que valian algo más que los filibusteros que han ocupado á Matamoros. La suerte fué adversa á los aliados del Pontífice: el Duque de Alba, de victoria en victoria, llegó á plantar sus reales á las puertas de Roma.

“Sabeis, Señores, cómo se formaban entónces los ejércitos: alrededor de un pequeño grupo de tropas regulares y disciplinadas se reunia tupido enjambre de aventureros, cuyas pagas andaban siempre atrasadas, y que no se proponian más que enriquecerse con el botin y los despojos de los pueblos que tenian la desgracia de recibirlos. Gente sin Dios y sin ley, rara vez respetaba á sus jefes. Roma ya los conocia, y el terror se apoderó de sus moradores. Paulo

\* Bazaine. Ya se dijo que estaba presente.

IV, sin embargo, descansaba tranquilo, esperando mucho todavía de sus bravos auxiliares y sobre todo de los tratados. ¡Pobre Papa!

“Las cosas, entretanto, se habían complicado en el Norte de Francia, y Enrique II ordenó al Duque de Guisa, que, abandonando al Pontífice, viniese presto en su propio auxilio. El Duque comunicó la noticia al Papa, y se dispuso á ejecutar la orden; y la historia no le culpa por esto, señor Mariscal, pues que no le tocaba más que obedecer; aunque agrega que no pesaba al Duque de poner término á una campaña, como aquella, muy escasa de laureles para él.

“En aquellos terribles momentos, Paulo IV, tomando consejo de su ira, que nadie negará fuese justísima, dirigió al general francés estas memorables palabras, que yo, en nombre del monarca ofendido de México, en nombre de esta nación que, como Paulo IV, no tiene tampoco más culpa que la de haber fiado demasiado en el extranjero, me creo autorizado á repetir ahora á V. E.: *Idos: nada importa. Habeis hecho muy poco por vuestro soberano; ménos aún por la Iglesia; nada, absolutamente nada por vuestra honra.*

“Señor Mariscal: los que hemos hecho cuanto hemos podido por el altar, cuanto hemos podido por el trono, y estamos ciertos de que conservamos ileso el honor: los que en la lucha presente hemos comprometido la fortuna, la vida, dando así una prueba de que amamos á nuestra patria con un ardor igual á la magnitud de sus desdichas, tenemos derecho á proclamar, que no es á nosotros á quienes ni ahora ni en el porvenir podrán aplicarse esas palabras.”

## III.

Cayó al fin el imperio del infortunado Maximiliano, y entónces el Sr. Arango, despues de sufrir una prision de tres meses, y la pérdida de no pequeña parte de sus bienes, salió desterrado para el extranjero, en donde vivió un año. Desde su vuelta á la patria en 1868 ha vivido completamente alejado de los negocios públicos; y debo decir aquí en cumplido elogio de tan ilustre mexicano, que en todos los importantes puestos que ha ocupado, jamás ha cobrado sueldo alguno: cosa rara hoy dia, y que le honra sobremanera.

El Sr. Arango salió de su carrera pública con la conciencia limpia, admirado de sus compañeros en política, considerado y respetado profundamente por sus adversarios. Nadie ha tenido para él una palabra de censura, porque todos reconocen la buena fe y la rectitud de sus convicciones, y el noble patriotismo que le ha guiado en todos sus actos.

Ha escrito muy poco, y por un sentimiento de timidez y de modestia, natural en todos los hombres de verdadero valer, y que más realza su mérito, ha dejado de publicar muchos trabajos importantes sobre diversos puntos de historia, crítica y literatura que permanecen inéditos. Su instrucción es vastísima, su gusto fino y delicado, y conoce como pocos las literaturas clásicas de todos los pueblos; es su biblioteca una de las más ricas y escogidas del país. Ha tenido siempre particular empeño en que se cultiven en México los estudios orientales, y tal vez puede decirse que él es el único que ha puesto los medios para introducirlos; porque en 1867 publicó á su costa una *Gramática Hebrea*, y ayudó á que saliese á luz otra del idioma griego, contri-

buyendo liberalmente para los gastos de impresion. Puso tambien prólogo á un *Oficio Parvo* de la Virgen María publicado en 1870 por D. José Mariano Lara, en ocho idiomas: hebreo, griego, latin, italiano, inglés, frances, aleman y español. Tradujo en verso castellano *El Cid* de Corneille y *La Conjuracion de los Pazzi*, de Alfieri; mas no ha dado á la estampa sino fragmentos de una y otra version.

En el periódico católico *La Cruz* publicó por primera vez su importantísimo trabajo sobre Fray Luis de Leon, que en 1866 salió de nuevo en un volúmen, corregido y notablemente aumentado.—No es este lugar oportuno, ni cabria tampoco en los cortos límites de que puedo disponer, estampar el juicio que la obra del Sr. Arango ha merecido de personas competentes; básteme decir que las Reales Academias de la Historia y de la Lengua, haciendo justicia á la erudicion y diligencia que en su estimable trabajo acredita el autor,\* abrieron á éste sus puertas, la una con fecha 28 de Noviembre de 1857 y la otra el 1º de Julio de 1870.—En efecto, brillan en las páginas del libro, segun decia el Señor Marqués de Morante, “tanto el estudio profundo que el Sr. Arango hizo de las obras y de la época del insigne Fray Luis de Leon, y la imparcialidad y sana crítica, cuanto el estilo correcto y la modestia con que asienta sus opiniones.”—Propónese el Sr. D. Alejandro en su obra, despues de examinar detenida y concienzudamente el proceso del autor de *La vida del campo*, probar “que ni el maestro León careció de culpa, ni se guardó por sus jueces la debida proporcion entre esa culpa y la pena que por ella le hicieron sufrir;” y creo que lo consigue, pues la abundancia y peso de sus razones hacen que el lector aprecie del mismo modo

\* Son palabras del Excmo. Sr. D. Manuel Breton de los Herberos, Secretario que fué de la Academia Española, en oficio que por acuerdo de la misma dirigió el 6 de Febrero de 1857 el Excmo. Sr. Marqués de Morante, que presentó la obra.

que él aquellos memorables acontecimientos. Antes que el Sr. Arango, ninguno había juzgado así á Fray Luis de León; y es de notar que en esto ha tenido la aprobación de personas respetables por su carácter y severidad de doctrina. Bajo el punto de vista meramente literario, el *Ensayo histórico sobre Fray Luis de León*, es modelo de lenguaje: su pureza, elegancia é intachable corrección lo hacen digno del mayor elogio.

El Sr. Arango ha dado también á luz un tomo de *Versos*, magníficos todos, y ricos por los nobles sentimientos de piedad y de fe que los inspiraron. Algun escritor español ha dicho que parecen escritos en el siglo de oro de la poesía castellana, y es la verdad.— Sus odas tienen todo el sabor de las de Fray Luis, la misma entonación, igual limpieza y sobriedad; sus traducciones del italiano *El Caballo de Estremadura* y *La venganza* (dos leyendas de Luis Carrer) conservan la gracia y la frescura del original, y de esto están revestidas también sus lindas poesías eróticas, como *El Paje* y *Rosaura*. En cuanto á sus sonetos de sátira política, son notables por la amarga censura y la aguda intención que se esconden bajo una forma castiza y elegante.

#### IV.

La justicia de la historia debe á nuestro autor un importante servicio.

Posée la ciudad de México, desde hace tres años, en uno de sus más hermosos paseos, merced á la generosa munificencia del capitalista mexicano Sr. D. Antonio Escandon, un grandioso monumento dedicado á Cristóbal Colon. Compónese de dos cuerpos principales: el superior es un pedestal en que descansa la estatua del inmortal Descubridor del Nuevo-Mundo, y el inferior, un gran basamento

cuadrado, en cuyos ángulos aparecen cuatro figuras decorativas que representan á los religiosos Fray Juan Perez de Marchena, el inolvidable guardian del Convento de la Rábida, el amigo de Colon, único que le consoló y alivió en sus adversidades; Fray Diego de Deza, varon docto que defendió los proyectos del genovés en el célebre consejo de Salamanca, comisionado por el rey para examinarlos; Fray Bartolomé de las Casas y Fray Toribio de Benavente (*Motolinia*), protectores y amigos de los indios, que pueden y deben considerarse como los más celosos y ardientes apóstoles de la civilizacion cristiana en el mundo americano.\* La eleccion de estas cuatro figuras que dignamente acompañan á la de Colon en ese soberbio monumento levantado á su gloria; eleccion acertadísima, como pueden comprenderlo todos los que estén versados en la historia de estas tierras, corresponde al Sr. Arango, sobrino del Sr. Escandon, por quien fué consultado; y ella prueba su grande amor á la justicia y á las glorias de España, y su gratitud á los santos misioneros que sembraron aquí la semilla del catolicismo.

El Sr. Arango ha pertenecido á todas las sociedades literarias más importantes de México, y ha obtenido de corporaciones extranjeras distinciones tan honrosas como merecidas.—Ya dije ántes que es Académico correspondiente de las de la Lengua y de la Historia, y Director de la Mexicana. Pertenece tambien á los Arcades de Roma, entre los cuales es conocido con el nombre de *Sceta Neocosmeo*. Es miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y del Liceo-Hidalgo de esta capital;

\* El P. Motolinia fué el fundador de la ciudad de Puebla de los Angeles, patria del Sr. Arango.—El proyecto primitivo del Sr. Escandon indicaba que las estatuas decorativas del monumento representasen cuatro de los principales rios de América; pero el Sr. Arango lo reformó en el sentido que queda dicho.

fué oficial de la Imperial Orden de Guadalupe, establecida por Maximiliano, y Su Santidad el Sr. Pio IX le nombró Caballero de segunda clase de la Orden de San Gregorio Magno, con fecha 5 de Setiembre de 1865; y más tarde Comendador de su propia Orden.

El Sr. Arango es de carácter afable y bondadoso, protege y estimula á la juventud, la alienta con sus consejos, y su corazon está siempre abierto para oír las quejas del desgraciado, y consolarle y remediarle. Vive pacíficamente entregado al estudio, sirviéndole de compañía su estimable esposa D<sup>a</sup> Leocadia Molinos del Campo, señora de grandes virtudes y viva piedad, que casó con él en 1851.—En la actualidad, el Sr. Arango prepara una tercera edicion de su *Fray Luis de Leon*, enriqueciéndola con piezas y documentos de sumo interés que ha puesto en sus manos la Real Academia Española.





DON

JOAQUIN GARCIA ICAZBALCETA.

I

**L**A importancia de los estudios históricos americanos no puede desconocerse ni ser negada por nadie. Descubierta un mundo nuevo por Colon; conquistado despues por una raza de héroes; civilizado en seguida, engrandecido y cambiado totalmente en su sér moral por unos cuantos misioneros que serán la perpetua admiracion de la humanidad; convertidas luego las fuentes de barbarie y de la más repugnante idolatría en saludables veneros de paz y bienestar; modificadas las costumbres, destruidas las monstruosas creencias; organizadas en familias las tribus ántes separadas por el odio y el rencor; formada una sola nacion con los diversos pueblos diseminados en territorios inmensos; confundidos, por último, en un solo interés los intereses de todos, con leyes y costumbres nuevas, con grandes y nobles aspiraciones para el porvenir, el

mundo americano despierta y despertará siempre en todos ansia inextinguible de conocer su historia. Desea estudiarla el estadista para saber dar leyes convenientes y eficaces á estos países, donde todavía se cuentan millones de indígenas, descendientes de los primitivos habitantes del continente, y que conservan aún algo de los instintos de su raza, de la noble y altiva independencia de su carácter. Desean estudiarla también el poeta y el artista, para inspirarse en aquellos sucesos interesantísimos, en aquellas luchas heroicas entre una religion suave y de paz, y otras llenas de absurdos y ritos horrorosos; entre los apóstoles de la caridad y el amor, y los sacerdotes que inmolaban víctimas humanas; entre los albores virginales y purísimos de una época que el cristianismo haria dichosa, y las negras sombras del error en que habian estado envueltos hasta entónces los pintorescos países de los Moctezumas y los Incas. Y al historiador, grave y profundo siempre en sus meditaciones, ¿qué campo tan rico, generoso y fecundo se le presenta en la historia de estos pueblos para emprender provechosísimos trabajos! ¿Cuántos episodios tiene que referir, ya con la sencilla y candorosa pluma del cronista, ya con el buril severo del gran Tácito; episodios y sucesos que al mismo tiempo que pueden recrear al lector frívolo y vano, pueden hacer meditar al filósofo! ¿Cuántas cuestiones de trascendental importancia le convidan á examinarlas detenidamente, á descifrar manuscritos, á interpretar códices, á estudiar y leer una y cien veces crónicas antiguas! Porque todo lo que entónces se hizo fué raíz de la sociedad actual, y nada hubo en aquel tiempo que pueda hoy ser indiferente al que trate de descubrir la verdad.—La fundacion de una iglesia ó de un convento, de una escuela ó de un hospital, estaban íntimamente ligadas al porvenir y engrandecimiento de la raza conquistada: no eran manifestaciones del fanatismo de la época, como creen algunos llevados de su ignorancia,

ingratitude ó mala fé; no significaban tampoco alardes vanos de la riqueza y poderío de los vencedores: no. Eran, por el contrario, asilos santos donde se enseñaba al indio á buscar el consuelo de sus penas, donde se le acostumbraba al trabajo, donde se le daba el sabroso pan y la benéfica luz de la instruccion, donde se le curaba de sus dolencias con una blandura y suavidad que no habia conocido. Casas de bendicion eran aquellas que sucesivamente iban dando á la patria varones sabios, prez y honra de la América; prelados insignes, que se extendian por la tierra llenos de ardor apostólico, para llevar á sus hermanos los tesoros preciosos de la piedad y de la fé; hombres de paz, en fin, que hallaban dulce deleite en la práctica del bien, que discutian en los consejos de gobierno, que daban leyes y reglamentos, y que atentos siempre á la felicidad de todos, indicaban prontamente las disposiciones que debian tomarse.

Sin duda los primitivos misioneros, y más tarde todos los gobernantes de la América Española, comprendieron el sumo interés que para el historiador futuro tendrian tales trabajos, pues quisieron que quedase memoria de ellos, no simplemente para mostrar el cariño y predileccion que estos pueblos les merecieron, sino tambien, y en especial, para facilitar su conocimiento y el de sus necesidades. Hé aquí por qué en aquellos siglos, y sobre todo en el XVI, en que se trató de dar forma, y se dió, á numerosos pueblos que no la tenian ni la habian tenido acaso, se escribieron tantas *crónicas é historias*: hé aquí por qué fué éste el primer ramo de literatura que se cultivó en el Nuevo Mundo. Toca á la bibliografía formar una noticia exacta y completa de todo lo que entónces se escribió; y en cuanto á México, bastará recordar algunos nombres de los que principalmente se distinguieron por sus obras.—Ocupan el primer lugar los cronistas, que los hubo entre los mismos conquistadores, y entre los santos varones que luego vinieron á consumir la

victoria por medio de la cruz y la palabra evangélica; como Bernal Diaz del Castillo, Gomara, Oviedo, el Padre Durán, Sahagun, Motolinia, Las Casas, etc.; y multitud de cronistas particulares: Larrea, Arlegui, Espinosa, Arricivita, Medina, Dávila Padilla, Remesal, Beaumont y Mota Padilla. —Hubo otros escritores, cuyas obras demuestran más orden y cuidado: Torquemada, Betancourt, Acosta, Pedro Mártir de Anglería, etc.; y al llegar á siglos posteriores, observase con pena que no fué ya tan vivo ni tan ardiente el entusiasmo por los estudios históricos: tan solo D. Carlos de Sigüenza y Góngora, D. Mariano Veytia, Clavigero, Cavo, Leon y Gama, y algunos otros, volvieron á emprender laboriosas investigaciones, dejando varios manuscritos notables. Veytia escribió una *Historia de México*, que dejó sin concluir, pero que muchos años despues completó y publicó el literato mexicano D. Francisco Ortega; y Leon y Gama dió á luz en 1792, una erudita disertacion histórica á propósito de “dos piedras que se hallaron en la plaza principal de México el año de 1790.” (\*)—Distinguióse tambien, y mucho, el Sr. Dean de la Catedral de México, D. José Mariano Beristain de Souza, cuya famosa *Biblioteca Hispano-Americana*, publicada en esta ciudad el año 1816, es hasta hoy el único catálogo de escritores que tenemos, y que, no obstante sus defectos, puede calificarse de precioso por la riqueza y lo raro de sus noticias. D. Carlos María de Bustamante vino despues; publicó manuscritos hasta entónces inéditos, y reimprimió obras ya publicadas, anotándolas; pero por desgracia, su extraño carácter, mezcla incomprendible de candor y de malicia, unido á ciertas preocupaciones que le apartaban de la serena imparcialidad del historiador, hicieron que sus trabajos no tuvieran la importan-

\* Una de estas piedras fué la que generalmente se conoce con el nombre de Calendario Azteca.

cia que era de desearse; han venido á ser completamente inútiles y aún perjudiciales, porque todo lo desarregló y confundió, cortando los textos ó adulterándolos donde mejor le parecía.—En 1844 y 1849 D. Lucas Alamán dió á la estampa sus *Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana*, hasta la independencia; y en 1849 y 1852, su *Historia de México* desde 1808 hasta 1821; y aunque algunos no conceden autoridad á estas obras, fundados en que el autor es muy parcial en favor de España, yo creo que la tienen muy grande, y que con ellas el Sr. Alamán hizo adelantar mucho entre nosotros los conocimientos históricos. La diligencia que pone en rectificar errores, la abundancia de los documentos nuevos que presenta y examina, y otras circunstancias que recomiendan ambas *Historias*, las hacen dignas, á mi juicio, del estudio y de las consultas del sabio.

Antes de las guerras civiles de la Reforma, abundaban en México elementos para emprender obras acerca de la historia patria: las bibliotecas de los conventos eran riquísimas en manuscritos, códices, libros impresos en los primeros años de la dominación española en América, verdaderos tesoros bibliográficos que solo allí se encontraban; y si bien existían en Europa, diseminados en bibliotecas públicas y particulares otros muchos preciosos materiales que nuestra historia reclamaba, la verdad era que los que aquí poseíamos bastaban para satisfacer, hasta cierto punto, el afán del más celoso, diligente y curioso investigador. Prescott, en efecto, no dejó de aprovecharse de ellos para escribir su celebrada *Historia de la Conquista de México*, aunque no ignoro que consultó también los principales archivos de la Península.—Suprimidos los conventos por las leyes de Reforma, confiscados los bienes del clero y cerradas sus bibliotecas, natural era que lo más estimable de ellas pereciera en el naufragio, y que muchas obras se perdieran pa-

ra siempre; de manera que si ántes encontraban dificultades para sus consultas los aficionados á los estudios históricos, hoy, debido á aquella circunstancia, tienen que tropezar con otras verdaderamente insuperables. Muchos manuscritos de nuestros cronistas primitivos, y diversas obras de que solo se tenia noticia, pasaron desde su tiempo al Archivo de Indias, al de Simancas, á las Bibliotecas de Viena, del Vaticano y de Lóndres; y algunos de los que más tarde se descubrieron en América pasaron tambien á manos extranjeras; y hoy, para dar con ellos y servirse de sus noticias, tienen que emplearse trabajos, investigaciones y gastos enormes, muchas veces inútilmente.

Ahora bien; sin embargo de estas dificultades, tenemos en México un sabio distinguido, que ha logrado vencer grandes obstáculos, y que ha ilustrado, como nadie lo habia hecho hasta hoy, los interesantes anales de la América, ora enriqueciéndolos con preciosos descubrimientos, ora trayendo noticias enteramente desconocidas y curiosas; ya aclarando puntos oscuros y difíciles de la bibliografía, ya presentando á nuestra admiracion, hombres, sucesos y circunstancias gloriosas que reclaman para esta tierra las bendiciones del cielo.—Este ilustre mexicano es el Sr. D. Joaquín García Icazbalceta.

## II.

Nació en esta ciudad de México, el 21 de Agosto de 1825, hijo de los Sres. D. Eusebio García, natural de la Rioja y honradísimo comerciante, y D<sup>a</sup> Ana Icazbalceta, mexicana, hija de padres vizcainos. Fué el menor de cinco hermanos y cinco hermanas. — Emancipada hacia poco nuestra patria de su antigua Metrópoli, y confiados á sus propios hijos sus destinos, no estaba por entónces el país

muy en sosiego, pues aquellos disputábanse frecuentemente los asientos del gobierno. De aquí que los padres de nuestro D. Joaquin decidieran emigrar, huyendo de las turbulencias políticas que amenazaban ser cada día más peligrosas; y, en efecto, pasó la familia á los Estados-Unidos, de donde se trasladó á España, despues de una corta permanencia allí, en Enero de 1829. Radicóse en Cádiz hasta 1836, en que regresó á la República.

“Nunca he estudiado en parte alguna, ni áun he pisado una escuela de primeras letras,” — me dice el Sr. Icazbalceta en los apuntes que á ruegos y repetidas instancias mias ha tenido la bondad de darme;— “nada aproveché tampoco con los maestros que me proporcionaron mis buenos padres. Despues, arrepentido de mi pereza, procuré aprender algunos idiomas en los ratos que me dejaban libres mis ocupaciones, y desde 1846 me dediqué al estudio de la historia de México.”—Mucha y muy delicada modestia revelan estas palabras; pero lo cierto es, que quien las dice estuvo del todo consagrado, desde que volvió de España, á los trabajos de escritorio, consumiendo casi todo su tiempo en los negocios de su señor padre. Quedábanle para el descanso solo algunas horas de la mañana y de la noche; y cuando, estimulado por un afecto purísimo que nació en su corazon, decidió aprovechar el tiempo en otro género de quehaceres, empleó aquellas horas en el estudio del inglés, con notable y singular aprovechamiento, á tal grado, que pudo traducir algunos años despues, correcta y elegantemente, la *Historia de la Conquista del Perú*, de William H. Prescott. Los profundos conocimientos que acerca de tan interesante materia habia adquirido en poco tiempo el Sr. Icazbalceta, merced á su infatigable constancia en el estudio, le permitieron ágregar á esta obra un valiosísimo *Apéndice*, rico en erudicion y en elegancia de estilo, en que se continúa la narracion interrumpida por Prescott en la

pacificación del Perú por el presidente Gasca. Los capítulos agregados por el inteligente traductor comprenden desde el regreso de aquel á la Península, hasta la muerte del último Inca. Sigue despues otro *Apéndice* con la relacion de Pedro Sancho, traducida del italiano, de Ramusio, y concluye con una curiosa tabla alfabética de todo el libro. — Anticipadamente habia publicado nuestro autor en el periódico *El Album Mexicano* un razonado juicio crítico de esta obra, ocultándose modestamente bajo las iniciales F. M.; y nótese en este trabajo desde luego un raro talento para la investigacion y el análisis; gran entusiasmo por los estudios americanos, y sobresaliente aptitud para manejar con maestría la pluma del historiador imparcial y concienzudo; cualidades que, robustecidas con el tiempo, han dado al Sr. Icazbalceta, de parte de todos los bibliógrafos del mundo, el dictado de primera autoridad que en asuntos de América se conoce.

El Sr. García Icazbalceta tomó parte despues en la publicacion de un gran *Diccionario Universal de Historia y Geografía* (México, 1852-1856, 10 tomos 4.º mayor), reimpresso por el Sr. D. José María Andrade, ilustrado librero á quien la literatura mexicana debe muy importantes servicios, que quiso que la obra se completara con noticias referentes á este país. Puede decirse con entera exactitud que los artículos del Sr. García fueron de los más estimables é interesantes, por la novedad, la galanura de estilo y la gran modestia que revelaba el autor al manifestar tímidamente sus opiniones, no obstante que todas eran fruto de constantes y afanosas vigiliias. Sus *Biografías* pueden calificarse de excelentes modelos; nada hay en ellas que esté de más, nada que distraiga la atencion del lector, y siempre se refieren á los más insignes é inolvidables personajes de América y España. Hé aquí algunas: Alarcon (Hernando), Albornoz (Rodrigo de), Alcedo (D. Antonio), Alcedo (D.

Dionisio), Alvarado (Pedro), Anglería (P. Mártir), Anza (D. Juan Bautista), Atahualpa, Balboa (Miguel Cabello), Balboa (Vasco Núñez), Balbuena (D. Bernardo), Barcia (D. Andrés), Beristain, Bustamante (D. Cárlos María), Cervantes Salazar, Colon (D. Bartolomé), Colon (D. Cristóbal), Bernal Diaz del Castillo, Estrada (Fr. Juan), Fernandez (Alonso), Fernandez (Diego), Figueroa (Fr. Francisco), Fonte (Fr. Bartolomé), Fuca (Juan), Gomara, Güemes (Revillagigedo), Hakluyt, Herrera (Antonio), Historiadores de México, Martinez de Castro (Luis), Mendoza (D. Antonio de), Mota Padilla, Muñoz Camargo, México (artículo *Tipografía mexicana*), y otros muchos.—; Cuánta diligencia demuestran estos trabajos! ¡Cuánto amor á la justicia y á la historia! La biografía de Cristóbal Colon es una obra llena de atractivo y de creciente y vivo interés; y en cuanto á su historia de la imprenta en México (sabido es que aquí se estableció la primera que vino al Nuevó-Mundo), me bastará decir que es uno de los trabajos más estimados de nuestro autor, así en Europa como en América; pues en él no se limitó al asunto que expresa su título, sino que se extendió á tratar de las primeras publicaciones que se hicieron, su objeto, su importancia, su destino, y otras noticias bibliográficas tan curiosas como interesantes. Un escritor alemán asegura que ha visto citada y usada frecuentemente esta disertacion por los autores extranjeros más acreditados en la materia. ¡Y sin embargo, el Sr. Icazbalceta dice en los apuntes de que hablé ántes, que quisiera borrar todos los artículos que escribió para este *Diccionario*, calificándolos de malos y atrasados.!!!

## III.

En pocos años logró reunir una copiosa biblioteca, formada, en su mayor parte, de obras antiguas relativas á la historia de América, manuscritos y documentos rarísimos; siendo por esto su coleccion una de las más completas y abundantes que existen. Su maravilloso talento crítico, unido al más delicado tino y notable sagacidad, le han hecho apreciar siempre en su justo valor los materiales que llegan á sus manos; de manera que el acopio que de ellos posee es verdaderamente selecto y rico.—Deseoso de contribuir al mejor cultivo de nuestra historia con el resultado de sus investigaciones de muchos años, el Sr. García Icazbalceta emprendió la publicacion de una *Coleccion de Documentos para la Historia de México* (2 tomos, 4.º mayor, 1858-1866). En ella, segun él mismo dice, fué colector, copista, corrector, y en mucha parte cajista; pues aquí hay que advertir que desde muy jóven tuvo grande aficion al arte tipográfico, el cual aprendió sólo, y que llegó á tener en su propia casa una pequeña imprenta para distraccion. Más tarde le sirvió tambien para ejecutar algunas de sus publicaciones. A cada uno de los tomos de que consta esta *Coleccion de Documentos*, puso el Sr. Icazbalceta una erudita y notable introduccion con el sencillo título de *Noticias de las piezas contenidas en este volúmen*; pero que, en realidad, segun ha dicho con acierto el escritor á que ántes he aludido, “son nada ménos que una série de juicios críticos y disertaciones histórico-literarias, que tratan con profundo saber, y bajo puntos de vista en muchos casos enteramente nuevos, el rico material de esta coleccion.”—Yo diré que no hallo qué admirar más en las *Noticias*, si la actividad y conocimientos que el Sr. Icazbalceta demuestra

en ellas, ó el órden, claridad y primores de diction de que supo engalanarlas. ¡Qué oportunas reflexiones, qué atinados pareceres, qué cuidado en elegir las autoridades y dar á sus palabras el valor que realmente tienen!—El primer tomo de esta coleccion comprende: la *Historia de los indios de Nueva-España*, por Fray Toribio de Benavente, conocido generalmente por *Motolinia*, precedida de una magnífica y completa noticia de la vida y escritos del autor, por el insigne sabio mexicano, D. José Fernando Ramirez. Siguen despues DOCUMENTOS DEL SIGLO XVI: *Itinerario de Grijalva* y *Relacion del Conquistador Anónimo*, traducidas ambas piezas del italiano, y acompañadas del texto original; una *Vida de Hernan Cortés* (fragmento anónimo), traducida del latin y acompañada tambien del texto original; diversas *Cartas* del Lic. Zuazo, de Diego Velazquez, del ejército de Cortés al Emperador, pidiéndole que no quitase al Conquistador la gobernacion, etc.; un *Proceso y Pesquisa de la Real Audiencia de la Española*; una *Probanza hecha en la villa Segura de la Frontera*, por Juan Ochoa de Lejalde á nombre de Cortés; la *Demanda de Ceballos* contra el mismo Hernan Cortés; las *Ordenanzas militares y civiles mandadas pregonar por el Conquistador en Tlaxcala*, etc.; y una *Carta inédita* de Cortés.—“Entre los manuscritos que he reunido, dice nuestro autor, ninguno estimo tanto como el *original* de esta carta. Consta de cuatro fojas en folio, de las que hay escritas siete páginas: el sobrescrito ocupa la octava. La letra es muy pequeña y clara, siendo únicamente de puño de Cortés la firma y las palabras que la preceden... Esta preciosa carta, era no solo inédita, sino enteramente desconocida.”—Toca, pues, al Sr. García Icazbalceta la gloria de haberla descubierto y dado á conocer, porque con ella se han enriquecido los anales de la historia americana. Hizo en 1855, por sus propias manos, una edicion de este raro documento en su

impresión particular; pero no habiéndole agradado, recogió y destruyó cuantos ejemplares pudo, de los sesenta que se imprimieron, á fin de hacer otra á su gusto. Y, en efecto, en 1865 repitió la edición en número de setenta ejemplares, hecha con pequeños caracteres góticos de los usados en el siglo XVI, imitando perfectamente hasta en el papel, con una limpieza y propiedad admirables, las impresiones de aquel tiempo. Fué verdaderamente un bello juguete tipográfico, de los más primorosos y raros que pueden encontrarse.— Con motivo de esta carta, que tambien aparece en el tomo II de la *Coleccion de Documentos*, el Sr. Icazbalceta hace una relacion minuciosa y exacta de todo lo que escribió Cortés, lo mismo que de las ediciones y traducciones que de sus escritos se han hecho. “El estudio de estas materias, ha dicho el escritor á que ya he aludido, ha ocupado las plumas de los primeros bibliógrafos de Francia y Alemania, llamando mucho la atencion que lo mejor escrito sobre ellas y lo más completo, haya salido de México, donde los recursos literarios son tan escasos.”—El segundo volúmen de la *Coleccion* que vengo examinando, comprende otros DOCUMENTOS DEL SIGLO XVI, tales como los siguientes: *Cartas* de Gerónimo López al Emperador; de Fray Martin de Valencia; dos del Lic. Francisco Ceynos; de Fray Domingo de Betanzos; de la ciudad de Michoacan; de Fray Gerónimo de Mendieta; del Lic. Márcos de Aguilar, y piezas anexas con facsímiles; multitud de interesantes *Relaciones*: de los servicios del Marqués del Valle, que de su orden presentó el Lic. Núñez á S. M.; de la entrada de Nuño de Guzman á la Nueva Galicia; de la Conquista de los Teules chichimecas; dos anónimas relativas al mismo Nuño de Guzman; una del mexicano Francisco Sandoval Acaztili; otra de Andrés de Tapia; y por último, tres *Memoriales* del Padre Bartolomé de las Casas, uno de Alonso Zurita, y fragmentos (veinte capítulos) de una *His-*

*toria de la Nueva Galicia*, escrita en 1650, por el Padre Fray Antonio Tello, franciscano. Todos estos documentos permanecían inéditos, y aún desconocidos, con excepción de dos, de corta extensión, que ya se habían publicado; y no hay necesidad de encarecer el servicio que el Sr. Icazbalceta hizo á la historia con sacarlos á luz. “Es cosa notable, dice, que de unos treinta y cinco documentos que comprende el tomo, solo tres he conseguido en México; todos los demás los he hecho venir del extranjero. Muchos de ellos los tengo originales, y no es fácil que alguno se figure el costo y el trabajo que me ha ocasionado la reunión, copia, confrontación, anotación é impresión de tantas piezas, ejecutado por mí solo, sin ayuda siquiera de un escribiente; aún la parte mayor de la composición tipográfica es obra de mis manos.”

En el mismo año de 1866 en que salió á luz el segundo volumen de la *Colección de Documentos*, imprimió el Sr. Icazbalceta en su propia casa, y en número de sesenta ejemplares, un librito de gran valía, que puede reputarse como una joya bibliográfica y literaria. Titúlase *Apuntes para un Catálogo de escritores en lenguas indígenas de América*, y obtuvo entre los sabios de Europa y los Estados Unidos una acogida tan honrosa y lisonjera, como merecida, anunciándose en algunos catálogos á doce y catorce pesos. Es un tomito en 12.º, de ciento setenta páginas, y contiene la descripción de ciento setenta y cinco obras.

#### IV.

En 1870, la antigua inclinación á salvar del olvido una parte siquiera de nuestros documentos históricos, y el hábito adquirido de no estar un instante ocioso, hicieron que nuestro D. Joaquín publicase en lujosa edición la *Historia Ecclé-*

*siástica Indiana*, obra escrita á fines del siglo XVI por el fraile franciscano Gerónimo de Mendieta, y que se consideraba totalmente perdida: á nuestro autor corresponde tambien esta vez el honor de haberla dado á luz. La *Historia* está precedida de unas *Noticias del Autor y de la obra*, galana y clásicamente escritas; hállase despues una importantísima y laboriosa *Tabla de correspondencias entre la HISTORIA ECLESIASTICA INDIANA de Fr. Gerónimo de Mendieta y la MONARQUIA INDIANA de Fr. Juan de Torquemada*, la cual prueba que este último se aprovechó de la obra del primero para componer la suya; y el tomo concluye con un índice alfabético de las cosas notables que se hallan en él; trabajo de gran mérito y en extremo útil al lector, que por su medio puede encontrar desde luego las páginas en que se habla de un mismo asunto.

MEXICO EN 1554. *Tres Diálogos Latinos que Francisco Cervantes Salazar escribió é imprimió en México en dicho año*. Reimprimió este curiosísimo libro el Sr. Icazbalceta, con traduccion castellana y notas, el año de 1875, acompañándole de las indispensables *Noticias del Autor y de la obra*. A cada *Diálogo* precede una introduccion de nuestro sabio escritor, en que se explica con toda precision el objeto de aquel: y en ella, lo mismo que en las notas que van despues, se amplían, modifican ó aclaran las noticias de Cervantes Salazar, ya sobre lugares y edificios, fundaciones ó sucesos; ya sobre otros muchos puntos de curiosidad é interés histórico relativos á esta ciudad de México. Escasísimas son las noticias que de este autor se hallan diseminadas en los libros; y, no obstante, la biografía que de él presenta el Sr. Icazbalceta es interesante, agradable y de gran provecho para toda clase de lectores.

En 1877 sacó tambien del olvido en que yacia, y reimprimió nuestro infatigable escritor, una riquísima joya de la literatura mexicana del siglo XVI, que da fiel idea de la

cultura de aquella época: los *Coloquios espirituales y sacramentales y Poesías sagradas* del Padre Fernan Gonzalez de Eslava. La introduccion que puso á esta edicion el Sr. Icazbalceta es notable, notabilísima bajo todos aspectos: da en ella detalles muy curiosos y enteramente nuevos del género de espectáculos á que daban lugar en México aquellos *Coloquios*, género de literatura muy en boga á la sazón, y que servía para moralizar y entretener honestamente al pueblo sencillo y fiel. Esta obra fué recibida con gran aplauso y entusiasmo en los círculos más ilustrados de Europa, especialmente en la Real Academia de la Lengua.

Aparte de las obras hasta aquí mencionadas, el erudito Secretario de la Academia Mexicana ha dado á luz un precioso devocionario con el título de *El alma en el Templo*, que desde su primera edicion hecha en 1852 (ahora corre la sétima), obtuvo de las almas piadosas señalada predileccion. Este librito tiene para el autor recuerdos de muy íntimas tristezas, y su historia se liga á desgracias de familia. Su producto pertenece enteramente á los pobres. En el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* de esta ciudad se encuentran algunos trabajos sueltos de nuestro D. Joaquín, tales como una *Crítica de la "Biblioteca Hispano-Americana,"* de Beristain, y una larga traduccion de *Viajes de ingleses á la Nueva-España en el siglo XVI*, con interesantes prólogos acerca de estos documentos históricos. En la edicion de la *Historia de Nueva Galicia*, de Mota Padilla, que publicó la misma Sociedad en 1870, puso la biografía del autor, que no por ser corta deja de causar admiracion por las dificultades que habia que vencer para adquirir algunos datos. Su *Discurso sobre las "Bibliotecas" de Eguíara y Beristain*, inserto en el tomo I de las *Memorias de la Academia Mexicana*, es una pieza admirable, digna de su profundo conocimiento de nuestra historia y de nuestra literatura, digna de su correcta

y elegante pluma: sobriedad y pureza en el estilo, sencilla naturalidad, riqueza de noticias y novedad en el asunto, tales son las cualidades de este discurso, muestra prodigiosa del saber y discrecion de nuestro insigne anticuario. Ha escrito tambien muchos prólogos de obras, artículos de periódico, etc.; y para coronar dignamente vida tan laboriosa, trabaja actualmente en la *Biografía de Fr. Juan de Zumárraga* y en una *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, obras cuyos títulos indican por sí mismos su importancia, sus trascendentales fines, su extraordinaria y maravillosa riqueza de documentos y noticias. La primera destruirá mil errores y preocupaciones, y presentará á la admiracion de las almas agradecidas una de las figuras más respetables, insignes y benéficas que la metrópoli mandó á esta Nueva España. Irá ilustrada la segunda con copias foto-litográficas de portadas de libros de aquel tiempo, ejecutadas por su hijo Luis, que de aficion se ha dedicado á esta clase de labores.—Para el sabio, para el historiador y el filósofo, ninguna época de nuestro pasado puede ofrecer tan alto interés como aquel siglo XVI, fecundo en acontecimientos que suscitaban problemas arduos é importantes. El misionero consolaba á los indios; los hacía nacer á una nueva vida, abria amplios horizontes á su entendimiento y á su alma; el guerrero queríase entregar al descanso despues de las fatigas y sinsabores de la conquista; los ayuntamientos tenían que atender á las necesidades de los pueblos, cuidar del órden y moralidad; los gobernantes no podían á su vez prescindir un solo dia de dar leyes y reglamentos, de vigilar á los descontentos, de proveer al bienestar de la raza que habia sido vencida. . . . . Y así todos; á unos correspondia mandar, á otros obedecer; á éstos instruir y consolar; á aquellos, ennoblecerse por medio del trabajo y del estudio; á todos, finalmente, contribuir al establecimiento de una nueva sociedad, á la regeneracion de un pueblo, al

engrandecimiento del Nuevo Mundo! Quedaban, y debían quedar huellas de todo esto en la literatura; y para conocer ahora el espíritu de la época, las tendencias de vencedores y vencidos, los trabajos y heroicos esfuerzos de nuestros padres, sus luchas y sufrimientos, sus esperanzas y sus consuelos, sus aspiraciones y sus progresos, necesitase consultar aquellas huellas, estudiarlas y examinarlas atentamente, con la rectitud y buena fé de los corazones honrados. El Sr. Icazbalceta va á facilitarnos con su obra estos estudios, y no con otro objeto la ha emprendido: ;con cuánta ansiedad la esperamos ya! Será un acontecimiento en el mundo de las letras; honrará é inmortalizará su nombre; honrará á España y á México; será precioso ornamento de la literatura castellana, y un tributo de eterna gratitud á los insignes fundadores de esta sociedad, á los que nos dieron fé, civilizacion y dicha!

## V.

Profano yo enteramente en las materias históricas que han sido el constante objeto del Sr. García Icazbalceta, me es imposible apreciar en justicia, y juzgar, siquiera fuese medianamente, los valiosos trabajos con que ha enriquecido la historia de América, y en particular la de México. Este ha sido mi mayor pesar al escribir el presente artículo; que de escritores como él, en que se reúnen en feliz concierto las más relevantes cualidades y los más distinguidos méritos, solo deben hablar los que pueden llenar cumplidamente las prescripciones severas de la crítica; y en mí no concurren, por desgracia, las indispensables dotes.

Hombre de infatigable estudio el Sr. Icazbalceta, de sin igual constancia, de ardentísimo celo, de verdadero amor á la justicia histórica, ha pasado los más bellos años de su vida en el retiro silencioso del sabio, consagrado á honestas y provechosas tareas. Los bienes que heredó de sus padres no le apartaron de la recta senda que seguía, llevándole, como á otros, por el torcido camino de las disipaciones y la ociosidad; ántes le sirvieron para tener en los negocios una fuente constante de trabajo, como sucede hasta el dia; para asegurar su bienestar, y cultivar en el tranquilo y dulce sosiego del hogar doméstico los estudios predilectos de su entendimiento. Ha sido, pues, su existencia pacífica y sencilla, exenta de aquellas ambiciones y de aquellos desengaños que tan á menudo se encuentran en el mundo; llena de amor á los goces y encantos de la familia; á las recreaciones del estudio, al esparcimiento que las almas generosas encuentran en el olvido del bullicio de la sociedad. Desde sus primeros años, segun hemos visto, su afición á la historia nacional le hizo acopiar documentos, libros, manuscritos y obras rarísimas, encaminadas á satisfacer su anhelo y curiosidad de sabio; y más tarde, la riqueza de estos materiales le indujo á duplicar sus afanes, entregándose ya, á medida que iba creciendo su saber, á trabajos importantes, nuevos completamente muchos de ellos entre nosotros, y de positiva trascendencia en las cuestiones históricas del Nuevo Mundo: de manera que en nuestro autor se reúnen dos raras circunstancias: perseverancia infatigable para compilar documentos, y habilidad suma para aprovecharlos. El dice con una modestia, que es sin duda uno de los rasgos más bellos de su talento, que *jamás ha escrito ninguna obra original*, limitándose á *publicar las de otros autores*. Mas, ¡qué subido valor tienen las páginas con que las ha enriquecido! Su escrupulosidad, su gran modestia, esa desconfianza que de sí mis-

mos tienen los talentos superiores, el temor de incurrir en inútiles repeticiones, han sido causas siempre de que el Sr. Icazbalceta no escriba obras formales sobre materias ya tratadas por otros, aunque él mismo conozca que hay mucho nuevo que decir y que enmendar. Se ha conformado con dar notas y apuntes sueltos, hacer rectificaciones, extender noticias posteriormente descubiertas, á propósito de algun documento ó libro que viene á sus manos; y de aquí que en tales casos sus producciones se refieran á asuntos aislados de la historia, y que en ellas observe un orden señalado por el mismo incidente ó circunstancia que las motiva. Sin embargo, ha publicado ya tanto nuestro autor, que fácilmente podrian enlazarse sus obras á fin de que formasen un cuerpo completo de doctrina; porque no hay punto que el Sr. Icazbalceta toque sin dejarlo totalmente dilucidado, aclarado y agotado, con una precision y claridad admirables, condensando en pocas palabras todo lo que acerca de él se halla esparcido en cien libros diversos. Jamás se olvida de corregir un error, de señalar un defecto, de explicar alguna duda; ni asienta una asercion sin apoyarla con testimonios verdaderos é irrecusables, en lo cual se ve siempre la sincera imparcialidad que le guia.—Por lo demás, ¡cuánto se encuentra en los trabajos del Sr. Icazbalceta, digno de admiracion y de estudio! ¡Cuánto merecen celebrarse las bellezas de todo género que los adornan! Cada escrito suyo es un venero riquísimo é inagotable de noticias curiosas, de datos interesantes, de oportunos conceptos; en cada una de sus frases ¡cuánto hay que aplaudir y celebrar! ¡Qué claridad! ¡Qué método! ¡Qué sobriedad de inútiles adornos! La diction es selecta y verdaderamente clásica, tersa y limpia, sin afectacion ni ahuecamiento; el estilo es natural y fácil, sencillo y elegante, sembrado de todos los primores del idioma castellano; y en sus palabras se revela el consumado hablista, el literato enten-

dido, el conocedor profundo de los secretos del lenguaje. Y luego, ¡qué vasta erudición, tan bien empleada y tan oportunamente traída! ¡Qué acierto en los juicios, qué concienzudo criterio, qué sagacidad y discreción, qué galanura y gallardía en el decir!—Las obras de nuestro autor deleitan y admiran al mismo tiempo á cuantos recorren sus páginas: en ellas se conoce cuántos son su ciencia y su saber. Nadie como él sabe dónde están las mejores fuentes de nuestra historia, ni nadie tampoco como él sabe aprovecharlas: es singular y asombrosa la aptitud que demuestra al escoger lo cierto, desechar lo incierto, aclarar lo dudoso. ¡Qué ingeniosa facilidad para descubrir la verdad de un hecho por medio de comparaciones de textos y de estilos, cómputos de fechas, igualdad ó semejanza en el carácter de letra de los manuscritos! La seguridad con que el Sr. Icazbalceta procede en estas arduas y difíciles aclaraciones, es ya tan conocida, y tiene tal autoridad ante los inteligentes en la materia, que el sabio bibliógrafo americano John Russell Bartlett ha dicho: “Aunque el Sr. Icazbalceta no presente la prueba de sus aserciones, las admitimos sin la menor reserva, convencidos de que deben ser verdaderas por la exactitud y prudencia que se nota en todas sus palabras.”

La merecida y justa fama de que goza nuestro autor, le ha puesto en relación con los más distinguidos bibliógrafos del mundo, manteniendo con ellos frecuente correspondencia: casi siempre acuden á su ilustrada bondad en asuntos en que solo él puede entender. El escritor americano Henri Harrisse, autor de la famosa *Biblioteca Americana Vetus-tissima*, debió no pequeña parte del material de esta obra clásica, según afirmación de un escritor, al Sr. Icazbalceta, y “le distinguió de una manera señalada entre los colaboradores que tuvo (y había muchos entre las primeras autoridades de Lóndres, Paris, Berlin, Viena, etc.), incorpo-

rando varias de las comunicaciones de Icazbalceta, no en su texto, como lo hizo con las demás, sino literalmente, con el nombre del autor, y recomendándolas por su estilo y método."—Se ve por todo esto que el Sr. García Icazbalceta ha obtenido en su vida literaria triunfos que no á todos es dado alcanzar; y no obstante esto, le recomiendan todavía más que su saber, su celo, su infatigable perseverancia, una modestia y sencillez encantadoras.—Su mayor elogio está en que, sin haber frecuentado nunca las aulas, sin haber tenido maestros, y debiéndolo todo á sí mismo, á su aplicacion y estudio, ha llegado á ser una de las figuras literarias más estimadas y respetadas en uno y otro continente.

El Sr. Icazbalceta jamás ha ocupado un puesto público; ha tenido siempre horror á la política, prefiriendo la dulce paz del hogar y los serenos goces del estudio. Ha formado parte, sí, de varias asociaciones de caridad.—Desde 1850 pertenece á la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de México, como individuo de número; fué miembro de la Junta Directiva de la Academia de Nobles Artes de San Carlos en esta ciudad, y perteneció tambien á la Academia Imperial de Ciencias y Literatura, creada por el Emperador Maximiliano en 1865. En 14 de Diciembre de 1870, la Real Academia Española, á propuesta de los Sres. D. Manuel Cañete, D. Cándido Nocedal y D. Juan Valera, le nombró su individuo correspondiente, y con igual distincion le honró la Academia de la Historia en 9 de Febrero de 1872. En la actualidad es Secretario de la Academia Mexicana, por eleccion hecha el 25 de Setiembre de 1875; y tiene además el título de miembro honorario de la Colombiana Correspondiente.

El Sr. Icazbalceta fué casado con la virtuosa y noble Sra. D<sup>a</sup> Filomena Pimentel y Heras, á quien tuvo el dolor de perder súbitamente en Junio de 1862. De su matrimonio

tuvo un hijo y una hija, únicos que hoy le acompañan en su vida retirada y silenciosa, y que hacen la delicia de sus días.—Su carácter es franco y sencillo, próbida su largueza cuando se trata de aliviar al pobre, y de sus costumbres ya se entiende que son limpias y excelentes.

Hombres como el Sr. García Icazbalceta honran á la patria que les vió nacer, y México se enorgullece, con justicia, de contarle entre sus hijos.





DON

## JOSE SEBASTIAN SEGURA.

**E**STE distinguido poeta y escritor, miembro de la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española de Madrid, nació en la ciudad de Córdoba, Estado de Veracruz, el 20 de Enero de 1822, siendo sus padres los Sres. D. Vicente Segura Diaz y D<sup>a</sup> Juana Montes Argüelles, personas distinguidas por sus excelentes virtudes. Muy joven aún, entró en el Colegio de Minería, y bajo la direccion del eminente naturalista D. Andrés Manuel del Rio siguió la carrera de ingeniero de minas, sustentando los actos públicos de Matemáticas, Física, Química, Mineralogía y Geología. Hizo su práctica en el Mineral del Monte, de Pachuca, por espacio de dos años, segun los estatutos de aquel establecimiento, y en 1844 recibió el título de Ingeniero de minas y perito beneficiador de metales; despues de ser examinado durante cuatro horas por el Jurado, compuesto de los respetables profesores D. Manuel

Castro, D. Cástulo Navarro, D. Manuel Tejada, D. Manuel Herrera, D. Andrés Manuel del Rio y D. Tomás Ramon del Moral. Llamó mucho la atención este acto público, y los señores sinodales quedaron asombrados del extraordinario lucimiento con que el joven Segura sustentó el examen. Pasada su recepción, continuó desempeñando el importante cargo de Ensayador de plata y oro en el distrito de Pachuca, hasta el año de 1860, en que se trasladó á México, habiendo merecido el título de Restaurador de aquel mineral por los trabajos que emprendió en el laboreo de las más famosas minas, que habían permanecido abandonadas. Durante su permanencia allí, consagraba sus ratos de ocio al estudio de las bellas letras, sin descuidar el ejercicio de su profesión; y tradujo por entónces de idiomas extranjeros algunas obritas, entre las cuales recuerdo las *Respuestas breves y familiares á las objeciones contra la Religion*, del Sr. Segur.— En las publicaciones literarias de la época, como *La Aurora*, *El Año nuevo*, el *Presente amistoso*, y otras, aparecieron sus primeros ensayos poéticos y algunos artículos en prosa; los cuales hicieron que varias Academias y Liceos lo llamasen á su seno. En *La Ilustración Mexicana* (tom. I.) se registra el discurso que pronunció al ingresar al Liceo Hidalgo, sobre *los caracteres de la poesía romántica, pagana y hebrea*; pieza de mérito, por el esmero de su dición y las juiciosas observaciones que contiene.

Nuestro autor publicó en 1872 sus *Poesías*, que forman un tomo de 500 páginas, de limpia y elegante impresión. “A los diez y seis años de edad, — dice en el prólogo, — entre las frias fórmulas del cálculo infinitesimal, trazadas en mi negra pizarra, escribí la primera parte de este volumen, ignorando absolutamente las reglas más triviales de literatura. Un sueño me hizo poeta. Más adelante, cuatro años después, en mi práctica de ingeniero de minas, en

las montañas del Real del Monte y Pachuca, compuse casi toda la segunda y la tercera. En 1860 preparaba la edición de mis coplas, recibidas con indulgencia por los lectores que las habían recorrido en los periódicos; pero las circunstancias de la época, y tremendas desgracias de familia, dieron al traste con mis manuscritos, y perdí no pocos sonetos bíblicos, de los cuales se escaparon los que hoy estampo. Nuevos infortunios vinieron á revivir mis antiguos sinsabores, y para divertirlos consagré algunos ratos al aprendizaje de la hermosa y clásica lengua de la culta Alemania, y me prometo que con las flores de Schiller, trasladadas á nuestra sonora y varonil habla castellana, y con las recogidas en las márgenes del Sena, del Támesis, del Tíber y del Eufrates, no aparecerá mi libro tan árido como las primeras páginas que de mi pobre cosecha le componen.”—No son, en verdad, escasas de mérito, como él dice, las composiciones que forman la primera parte de las *Poesías* del Sr. Segura; porque, si bien se notan en algunas de ellas ciertas incorrecciones y faltas, propias de la edad en que fueron escritas, les sirven de recomendación, por otra parte, los suaves sentimientos que las inspiraron, y cierta blanda tristeza que todas respiran. Aquí canta el poeta sus amores, las gracias y encantos de la mujer querida, los apasionados afectos que se ocultan en su pecho, y las ilusiones que llenan su imaginación juvenil. Véanse los versos con que comienza su ingeniosa composición, *El primer amor*:

En una tarde serena,

A la sombra de una palma,

Que en pomposos abanicos

Enhiesta luce sus galas,

Me reclino sobre el césped,

Bordado de flores varias,

Que los sentidos deleitan  
 Con el perfume que exhalan.

El sol, sin diadema de oro  
 Y sin manto de escarlata,  
 Iba á trasponer los montes,  
 Cual destronado monarca.

Por el Oriente la luna  
 Sube en su carro de plata,  
 Precedida de la estrella  
 De la diosa de las gracias.

Finge el poeta quedarse dormido, y entónces un ángel,  
 acompañado de una mujer que

Ostenta túnica blanca  
 Como el candor de la nieve  
 Y ténue cual la del alba,

le predice las desventuras que en la vida le esperan; pero  
 deja en su alma la semilla del primer amor, que despues  
 será para él manantial fecundo de regalados consuelos.

En sus composiciones *Córdoba*, *Las bodas de Laura*, *La  
 Ultima cita*, *Adios para siempre*, hay delicadeza de sen-  
 timiento y felices imágenes. La dición, en general, es cor-  
 recta y esmerada.

Regístranse en la segunda parte del libro traducciones  
 de los mejores poetas italianos, y su eleccion da á conocer  
 desde luego el buen gusto del Sr. Segura.—Entre ellas me-  
 rece mencionarse la de los tres primeros cantos de la *Di-  
 vina Comedia* del Dante; notable, en mi sentir, por su fide-  
 lidad y pulcritud. Está dedicada al insigne poeta D. José

Joaquin Pesado, á quien el entendido traductor decia: “No conociendo en castellano una version de la *Divina Comedia* del Dante, aunque se habla de una que hizo en el siglo XV cierto arcediano de Toledo llamado Fernando de Toledo, la cual ignoro si llegó á publicarse, acometí la empresa de traducir esa obra del célebre poeta italiano. Terminé seis cantos del *Infierno*, de los que se me han extraviado tres. Emprendida la obra en los mejores años de mi mocedad, no me siento hoy con fuerzas para darla cabal remate.”—Para que el lector pueda formarse idea de la traduccion del Sr. Segura, copiaré algunos tercetos del canto I:

En medio del camino de la vida

Halléme solo en una selva oscura,

Perdido el paso recto sin salida:

¡Oh, cómo el describirla es cosa dura!

Que es selva montaraz, áspera y fuerte,

Que llena el pensamiento de papura.

Su memoria es más triste que la muerte;

Mas para hablar del bien que allí me avino,

Otras cosas diré con vária suerte.

Del canto II:

Al declinar el sol, tiniebla umbría

Preparaba á los séres de la tierra

Dulce descanso, y solo el alma mia

Se aparejaba á sostener la guerra,

Ya del triste camino, ya del lloro,

Que expresará la mente que no yerra.

¡Oh musa! ¡oh claro ingenio! ¡yo te imploro!

¡Oh númen que escribiste lo que vía:

Haz aquí manifiesto tu decoro.



DON

JOSE MARIA ROA BARCENA.

I

**E**STIMABLE y simpática es la figura que ahora me toca presentar al lector; estimable por sus prendas personales, su saber y su modestia; simpática por el papel que ha desempeñado en las luchas del periodismo mexicano y en la marcha y progresos de nuestra literatura, no ménos que por la índole y tendencias de todos sus escritos. Nació en una de las ciudades más hermosas y pintorescas del Estado de Veracruz en esta República, donde la naturaleza derramó pródigamente las bellezas de la más rica y espléndida vegetacion, puede decirse que el Sr. Roa Bárcena fué poeta desde niño: desde los primeros años de su juventud se le ve cantando en sentidas composiciones los paisajes de su país natal, el ardiente sol de los trópicos, las flores, y cuanto convierte en un paraíso esa tierra encantadora. Educado bajo la severa vigilancia de sus padres y de un varon sabió por su virtud y por su ciencia, su alma

se alimentó de generosos y nobles sentimientos, de elevadísimas ideas morales, y su corazón amó todo lo bueno y todo lo bello, estimulado por los excelentes ejemplos que recibía. ¿Qué extraño, pues, que las fibras de su espíritu se templasen en las mansas aguas de la dulce moral cristiana, y que su entendimiento buscara, para alimentarse y vigorizarse, fuentes cristalinas y puras? Práctico ya en la escuela de la honradez, y viendo á su patria envuelta en revoluciones y conflictos, amenazada de tremendas desgracias, deja la lira con que había cantado sus impresiones juveniles, y toma la pluma del periodista para lanzarse á las peligrosas batallas de la prensa: durante diez años no descansa en la lucha; diariamente ilustra con su buen juicio y con las nobles inspiraciones de su patriotismo las cuestiones más graves y trascendentales que agitan á los hombres de la época. Trabajador incansable en pro de la causa que defiende, aplaude con júbilo cuanto puede traer su triunfo, y reprueba enérgicamente lo que la perjudica, sin que para manifestar su descontento le detengan jamás reprensiones ni amenazas. Vencido el partido bajo cuyas banderas había militado con una constancia infatigable, se retira á la vida privada, satisfecho de haber llenado su deber y de no dejar entre sus adversarios un solo enemigo: la estimación y el respeto de cuantos le vieron combatir le acompañan hasta el hogar. Y así en medio de la vida pública como en los momentos que dedica al descanso, es su conducta siempre intachable y digna, exenta enteramente de esos odios, rencores y perturbaciones que engendra la polémica: los trabajos literarios que emprende y sus cantos de poeta, traen utilidad, honra y brillo á la literatura mexicana.

Tal ha sido y es el Sr. D. José María Roa Bárcena: él pertenece á la escogida pléyade de mexicanos ilustres en que se distinguieron controversistas como el primer Arzobispo de Michoacan y D. José Joaquin Pesado; poetas co-

mo D. Manuel Carpio; estadistas como D. Lucas Alaman y D. Luis G. Cuevas; sabios como D. José Bernardo Couto; "patricios en quienes la política no mató ni resfrió el amor á las letras; sabios que, en bien de la sociedad y de la patria, pusieron en circulacion el tesoro de sus conocimientos, aplicándolos á todas las cuestiones importantes de su tiempo; escritores á quienes la grandeza de las ideas y la intensidad de los afectos no hicieron descuidar la claridad y galanura de la frase; hombres notables, de consiguiente, en su triple carácter de ciudadanos, literatos y artistas."

## II.

Vió la primera luz el Sr. Roa Bárcena en Jalapa, el 3 de Setiembre de 1827, siendo sus padres D. José María Rodríguez Roa y D<sup>ña</sup> María de la Concepcion Bárcena. El primero fué un ciudadano útil á su patria, distinguido y de grandes méritos por los servicios que le prestó, pues durante muchos años tuvo á su cargo la Secretaría del Ayuntamiento, y desempeñó otros empleos de importancia, tales como los de Jefe político de su distrito, Jefe de Hacienda del Departamento (hoy Estado) de Veracruz, y diputado á su legislatura y á diversas juntas departamentales. Dedicóse al comercio el jóven D. José María, y solo de aficion se dió á la lectura y al estudio. El aprovechamiento que de éstos sacó, lo dan á entender sus composiciones de aquel tiempo, que se publicaron en algunos periódicos del Estado, y fueron recibidas con aplauso por el público inteligente; distinguiéndose entre sus poesías líricas los *Fragments de un poema intitulado "Memorias de un peregrino,"* y una

preciosa leyenda, *Diana*; y entre sus escritos en prosa, su novelita *Una Flor en su sepulcro*.

No estaba bien que un jóven de tan brillantes disposiciones literarias, y á quien el porvenir parecia prometer multiplicados triunfos, permaneciese en una ciudad de provincia; y así, abandonó la tierra natal en 1853, viniendo á radicarse á México. Ancho campo se le ofreció aquí para ejercitar las dotes de su entendimiento: luchaban á la sazón los partidos políticos, disputándose el gobierno del país, más bien que el establecimiento en México de determinadas ideas y teorías administrativas, sin acordarse desgraciadamente de que tal sistema de continuas discordias traería infaliblemente el reinado de la anarquía. Los hombres pensadores y patriotas veían cerca el peligro; mas, impotentes acaso para conjurarlo, se conformaban con preparar al pueblo é ilustrar su opinion, dando así lugar á que las facciones que buscaban su lucro perjudicando á la sociedad, hallasen en aquel un enemigo poderoso, que destruyera á tiempo sus maquinaciones. A engrosar las filas de esos sensatos mexicanos fué desde luego el Sr. Roa Bárcena, distinguiéndose pronto en sus trabajos, por la energía, el brío y el acierto que demostraba. Los principales periódicos de la época, que estaban redactados por los hombres más eminentes de la nacion, acogieron con agrado los escritos del jóven Roa, viendo en él un valeroso campeón de la sociedad y de la justicia. Dos años escribió en *El Universal*, al lado de escritores tan distinguidos como D. Ignacio Aguilar y D. Anselmo de la Portilla. En 1855 pasó á *La Cruz*, y allí tuvo la gloria de combatir en compañía del insigne Munguía, del esclarecido Pesado, del docto y eminente Couto: el Sr. Roa Bárcena, con sus escritos, dió gran interés al periódico, pues durante mucho tiempo amenizó sus columnas con hermosos artículos literarios y sostuvo importantes polémicas con diversos escritores del partido liberal.

“Delicada y espinosa fué la mision de este periódico — dice el mismo Sr. Roa Bárcena en su *Biografía de D. José Joaquín Pesado* — y grande su influjo en la opinion pública, y acaso hasta en el ánimo de algunos de los personajes que figuraban en el Gobierno.” En él “se presentaban en su verdadero aspecto las cuestiones político-religiosas debatidas, resolviéndolas radicalmente en contra de la administracion y del partido preponderante; y respecto de moderacion y de tacto, baste decir que la publicacion á que me refiero duró casi tres años en el foco de los más opuestos intereses y de las pasiones más exaltadas, sin que uno solo de sus adversarios pudiera quejarse del menor agravio personal, y sin que la hiriera una sola providencia gubernativa, á pesar de que la tolerancia en materia de imprenta distaba mucho de ser lo que hoy.”—Concluida la publicacion de *La Cruz*, nuestro autor pasó á dirigir *El Eco Nacional* y *La Sociedad*, redactando sólo, durante mucho tiempo, este último diario, y dando pruebas, como siempre, de una laboriosidad asombrosa y de un tacto y energía extraordinarios. “Apoyó la intervencion y el imperio— se lee en unos apuntes — y fué miembro de la Junta de Notables; pero al ver que Maximiliano se apartaba de los principios conservadores, cesó de apoyarlo, censuró muchos de los actos de su gobierno, anunció su caída, se negó á admitir empleo alguno de él, y recibió fuertes extrañamientos del cuartel general frances y del gabinete imperial. A la caída de Maximiliano, habia vuelto á las ocupaciones mercantiles en que continúa, y sufrió prision de algunos meses, no obstante que la prensa liberal abogó en favor suyo.”

El Sr. Roa Bárcena, en política, perteneció siempre á la escuela conservadora, defendiendo el catolicismo y propugnando las ideas administrativas del ilustre mexicano Don Lucas Alaman.

En todas las obras que nuestro autor ha dado á luz nótese una tendencia decidida á favorecer el desarrollo de nuestra literatura; á serle útil, cultivando algunos géneros que otros ven con indiferencia y descuido. Así, en su primer tomo de poesías líricas, publicado en 1858; en sus *Leyendas* y sus *Novelas*, describe con exactitud y facilidad algunas de nuestras costumbres populares y muchos de nuestros bellos paisajes; y en sus libros posteriores aprovecha con gran fortuna el rico venero de nuestra historia nacional, sobre todo, en lo que se refiere á la vida y obras de distinguidos ingenios mexicanos.

Las poesías á que acabo de hacer referencia, escritas muchas de ellas en la juventud, agradan por la sencillez de su forma y el delicado sentimiento que respiran: bien se ve que son obra de un adolescente que sueña con el amor, que tiene cariño á todo lo que es hermoso y puro, y que se deleita contemplando los bellos espectáculos de la naturaleza. Su leyenda *Ithamar* tiene rasgos bellísimos y cierto perfume peculiar de los poemas orientales, y en *Diana* abundan las pinceladas del verdadero poeta, y hay toda la frescura juvenil de una vigorosa fantasía. Es la composición favorita del autor.

En 1860 dió á luz un *Catecismo elemental de Geografía Universal*, y aquel mismo año comenzó su *Catecismo de Historia de México*, su obra más laboriosa, que se publicó tres años después.

Dedicado de tiempo atrás el Sr. Roa Bárcena á los estu-

dios históricos de México, concibió la feliz idea de poner en verso algunos de los sucesos más interesantes y notables, á fin de formar una coleccion de poemas históricos nacionales. “Los que acuden á la literatura de otros países, —decia— en busca de instruccion y solaz, bien es que den una ojeada á la propia, que en su ramo de historia contiene bellezas de primer orden, á juicio de los más sabios críticos. Los anales de Tula, Texcoco y México, en los dias precedentes á la conquista española, no deben ser desconocidos de los actuales habitantes del antiguo Anáhuac, y ántes de estudiar la ascendencia y el origen de pueblos extraños, parece que convendria estar al tanto de todo aquello que dice relacion con el nuestro.” En efecto, poca ha sido la atencion que en general han puesto los escritores mexicanos para cultivar la historia nacional, dedicándose más bien á ramos de otro género ó á estudios que los europeos han tratado ya. De aquí que se desconozcan mil acontecimientos importantes, y que el pueblo no se acostumbre á admirar á los antiguos héroes, á inspirarse en su ejemplo ni á sacar de él lecciones útiles y provechosas. Aparte de esto, ¡cuántas bellas tradiciones se encuentran en la historia de los pueblos de esta parte de la América! ¡Cuántas figuras engalanadas con el hermoso ropaje de la poesía! Aquellas tremendas guerras, aquellos odios y tragedias, aquellos hombres del país que conquistó Cortés, interesan vivamente á cuantos los conocen en los libros. El Sr. Roa Bárcena recogió las más preciosas noticias acerca de los pueblos del Anáhuac, y empleando un estilo natural, fácil y adecuado al asunto, formó su precioso *Ensayo de una Historia Anecdótica de México*, dividido en tres partes: la primera comprende desde el establecimiento de los primeros pobladores de América, hácia el Norte de California, hasta la ruina de la monarquía tolteca; la segunda desde la formacion del imperio chichimeca, en Anáhuac, hasta la

fundación de México; y la tercera, desde el comienzo de la monarquía azteca ó mexicana, hasta el desembarco de los conquistadores españoles en Veracruz.

Esta obra está escrita en prosa; pero nuestro autor, que no se olvidaba de su primitivo deseo de formar pequeños poemas históricos, escribió otra en verso, inspirándose en el mismo asunto: y en 1862 la publicó con el título de *Leyendas Mexicanas*, comprendiendo siete: *Xóchitl, ó La Ruina de Tula; Emigracion de los aztecas hácia el Anáhuac; Division de los aztecas durante su peregrinacion; Esclavitud y emancipacion de los aztecas en Colhuacan; Fundacion de México; Casamiento de Netzahualcoyotl y La Princesa Papantzin*; preciosa coleccion de tradiciones y de cuadros, que encanta por su novedad, su interés, el fresco colorido y los primores literarios de que está sembrada. “Mi leyenda *Xóchitl*, —dice el autor— da idea de la destruccion de la monarquía tolteca, que precedió á las demás establecidas en el Anáhuac. Despues de consignar las tradiciones relativas á la emigracion, el viaje, la llegada, esclavitud y emancipacion de los aztecas y á la fundacion de México, trazo algunas de sus costumbres domésticas y sociales en *El Casamiento de Netzahualcoyotl*; paso á describir en *La Princesa Papantzin* los presagios de la venida de los europeos y los primeros síntomas del gran cambio efectuado con la conquista española, etc.” Se ve por todo esto la importancia del libro del Sr. Roa Bárcena. Siguen á las *Leyendas*, como *Apéndice*, algunas *Baladas y Cuentos del Norte de Europa*, traducidos de autores célebres, y varias composiciones sueltas originales.

## IV.

El Sr. Roa Bárcena es buen poeta; pero en México todos están de acuerdo en aclamarlo como uno de los mejores y más correctos prosistas que tenemos. De ello dan testimonio, en efecto, sus *Novelas originales y traducidas*, publicadas en 1870; sus *Datos y Apuntamientos para la biografía de D. Manuel Eduardo de Gorostiza* (1876), su *Biografía de D. José Joaquín Pesado*, su cuento *Lanchitas*, y otros trabajos sueltos que se registran en los periódicos.

El tomo de *Novelas* comprende las siguientes: originales, *Noche al raso*, *Una flor en su sepulcro*, *Aminta Rovero*, *Buondelmonti*, y *La Quinta modelo*; traducidas, *Primeras impresiones*, *La dicha en el juego* y *Maese Martín y sus obreros*, las dos últimas de Hoffmann. Caracterizan al Sr. Roa Bárcena, como prosista, una sencillez y una naturalidad verdaderamente clásicas, y en sus preciosas novelas casi me atrevería á decir que hay ciertos rasgos de ingenio de un aire cervantesco. *Noche al raso* es una colecioncita de cuadros de costumbres del país y de originalísimas anécdotas referidas con una facilidad y una gracia encantadoras. Los tipos que retrata, —un procurador ó agente de negocios, un militar retirado, un boticario y un almonedero;— el lenguaje que les hace hablar; las escenas que con ellos forma; y todo, en fin, lo que puede dar idea de una época y de los usos de una parte de la sociedad, aparece en la composición del Sr. Roa con exacta fidelidad y marcado color local. *Una flor en su sepulcro* es una bonita leyenda romántica, sin las exageraciones de sentimen-

talismo ni demás ridiculeces que tanto perjudicaron en España y en México el cultivo de la buena literatura. El teatro de los acontecimientos es una pintoresca ciudad de provincia, y la novela, en sustancia, no es más que “el relato de una desgracia harto comun en la vida, cuyo patrimonio es el dolor;” pero las almas sensibles hallan grande atractivo y deleite en sus páginas, pues que “escritas bajo la influencia de un recuerdo debilitado por el tiempo, pueden ser consideradas como el estudio de las fluctuaciones del corazon en esa época de la vida en que experimenta la necesidad del amor, y no encontrando el objeto á que deba consagrarlo, se agita como la aguja tocada al iman, cuando una mano inquieta le impide señalar hácia el Norte.” El estilo es pintoresco y bellissimo, acaso el más agradable de este género de literatura: la narracion tiene forma de diario. Es un jóven soñador, de imaginacion viva y corazon afectuoso, que se enamora de una niña morenita y guapa, cuya cuna se meció en medio de las selvas tropicales, “de hermoso cabello negro, que en dos fajas descendia sobre la pálida tez de sus mejillas; de modales exquisitamente finos y con ese aire inefable que solo comunican una educacion esmerada y el trato de una sociedad escogida.” El apasionado amante describe diariamente sus impresiones, ora en sencilla y galana prosa, ora en elegantes y sentidos versos, y lentamente va formando una historia, que acaba en el sepulcro. El Sr. Roa Bárcena sintió sin duda mucho de lo que en esta novelita se lee; la escribió en su juventud, entre las apacibles florestas de Jalapa, rodeado de cuanto hechiza y enamora á los corazones juveniles; y así, no es extraño que con tanta fidelidad hubiese compendiado, en pocas palabras, ese mundo de rosados ensueños, de ansias amorosas y demás apasionados afectos que llenan el corazon del hombre en la juventud.—Esto mismo puede decirse, aunque en menor escala, de *Aminta Rovero* y *Buon-*

*delmonti*: y en cuanto á *La Quinta Modelo*, es una novela de circunstancias, por decirlo así. En ella se ridiculiza á uno de aquellos liberales exaltados é intolerantes que aparecieron en nuestra patria hace más de veinte años, y se ponen de manifiesto las terribles consecuencias que trae consigo al hogar y á la familia ese empeño absurdo que algunos tienen de introducir determinadas reformas en el orden social, en la educacion, en el régimen doméstico, y hasta en las costumbres y gobierno de la casa. La censura es justa, y en los hechos que la motivan no hay inexactitudes ni exageraciones.

## V.

*Los Datos y Apuntamientos para la biografía de D. Manuel Eduardo de Gorostiza* se componen de un elegante, discreto y correctísimo discurso leído en el Liceo Hidalgo de esta ciudad, y de un *Apéndice*. En el primero traza el Sr. Roa Bárcena á grandes rasgos, pero dando cabal idea de toda ella, la vida de nuestro insigne dramático, examina algunas de sus obras, y hace el juicio crítico del autor con notable acierto. Las reflexiones y comparaciones que acerca de este punto hace para descubrir el verdadero valor é importancia de las comedias de Gorostiza, acreditan al erudito biógrafo de profundo conocedor del teatro contemporáneo. En el *Apéndice* están consignadas otras noticias personales y literarias, que por ser de mero detalle no cabían bien en el *Discurso*; y de este modo, aquel y éste se completan mutuamente. El tacto del Sr. Roa Bárcena, su claro juicio, el orden que observa en las materias, hacen que este libro sea una verdadera biografía; no obstante que

él, con su modestia, lo califica de simples datos y apun-  
tamientos, como lo dice el título.

La *Biografía de D. José Joaquín Pesado* es, á mi juicio, la mejor obra de nuestro autor: estilo rico, vasta erudición, método admirable, severa imparcialidad en los juicios, profundo conocimiento de la época y del individuo, y otras cualidades propias de las buenas obras de este género, hacen de la del Sr. Roa Bárcena una joya inestimable, un acabado modelo de biografías que enriquece y engalana lujosamente la literatura mexicana. Hé aquí algunos párrafos de un artículo que escribí en 1878 sobre esta *Bio-  
grafía*:

“Unido el nombre del Sr. Pesado á los acontecimientos principales de la época, el entendido biógrafo hace de ésta un estudio completo y detenido, presentando á la vista del lector todo lo que en ella hubo de interesante y grave, todo lo que de alguna manera influyó en la marcha y las modificaciones de la sociedad mexicana. Hombres, sucesos y cambios políticos; luchas en el Parlamento y en el campo del periodismo; agitaciones del pueblo y de los partidos; instituciones, literatura, diplomacia; todo lo estudia y examina el Sr. Roa Bárcena con una habilidad, orden y método dignos del mayor elogio: de aquí que pueda decirse con entera exactitud que su libro es la historia de aquellos años, de aquella época fecunda en enseñanza y en ejemplos. Y en medio de todo, el autor no se olvida del carácter y objeto de su escrito: va siempre dibujando con precisión los cambios que sucesivamente se efectúan en el teatro en que figura su héroe, y cuida de presentarlo constantemente, trabajando en pró de la patria, interesándose en su progreso y prosperidad, impulsando con sus obras el adelanto de la literatura y formando el buen gusto de la juventud: unas veces le vemos entregado á los arduos trabajos del ministerio y otras pulsando la armoniosa lira del poeta; ya en su

vida privada se nos manifiesta tierno y amoroso, buen esposo y excelente padre de familia, ya en su vida pública da muestras de entereza y energía extraordinarias y de alto patriotismo.—Entre otros puntos de la *Biografía* dignos de estudio, merecen citarse: las curiosas noticias acerca del establecimiento de las sociedades secretas en México, y de la influencia que llegaron á tener en las disposiciones de los gobiernos, en las leyes y en el porvenir del país; la pintura de la situación política en 1838, en que tuvieron lugar las graves complicaciones con Francia; los juicios y comentarios acerca de las mismas y de la guerra con los Estados Unidos; el capítulo dedicado á examinar un incidente y un documento que figuran en la historia eclesiástica de México, notable por su copiosa erudición y rectitud de criterio; lo mismo que el estudio crítico de todas las obras literarias de Pesado, en que se ve la justicia é imparcialidad del biógrafo, y la pericia, sana intencion y claro saber del literato docto y entendido. Pero lo más notable sin duda del libro es lo que se refiere á la última campaña periodística de Pesado: hay tal método, tal claridad, tan atinadas observaciones, con tanta precision describe el Sr. Roa Bárcena el espíritu y manera de las discusiones, la influencia que ejercian en el público, la impresion que causaban en amigos y enemigos, que el lector no puede ménos de ver con honda y sincera simpatía á aquel batallador incansable de la idea cristiana, á aquel anciano venerable y sabio, al par que enérgico, que media sus armas con las de los hombres del partido contrario, los de más prestigio y poder; aquel literato y poeta distinguido, que empleaba sus dotes en beneficio de la buena causa, en favor de la patria y de la sociedad. Todo esto lo consigue el biógrafo, merced á su tino y excelente método.—Por lo demás, se comprende fácilmente que la notable produccion del Sr. Roa Bárcena, es de positiva importancia, ya se la considere bajo el aspecto puramente li-

terario, ya bajo el interés histórico en que abunda. Obras como la suya son de las que ha manester la juventud de nuestro país, para que las imite en sus trabajos, se inspire en los altos ejemplos de insignes mexicanos, y se convenza de que nuestra historia encierra preciosísimos tesoros, con que puede enriquecer, si quiere buscarlos, la literatura nacional."

## VI.

Del cuento *Lanchitas* y de las *Nuevas Poesías* (1875) del Sr. Roa Bárcena, nada diré ya, por no hacer más largo este artículo. Básteme apuntar, en cuanto al primero, que es digno de su pluma de elegante y fácil narrador; y respecto de las segundas, véase el juicio que de ellas emitió el Sr. D. Francisco Sosa.—“Forman ese búcaro de perfumadas flores poéticas, dice este escritor, más de cuarenta composiciones del ya justamente renombrado bardo jalapeño. Difícilmente podría presentarse otra coleccion de poesías en la que, como en ésta, pudiesen admirarse en bello maridaje, la inspiracion y la correccion, el sentimiento y la verdad. ¡Qué gusto tan exquisito revela el Sr. Roa Bárcena en la eleccion del tema para sus poesías; qué sonoridad en sus versos; qué imágenes tan felices y oportunas; qué pureza en la diction, y qué ternura tan natural y espontánea se descubre en cada uno de sus cantos!”

Diré para concluir, que nuestro autor ha traducido en verso castellano, del frances, el *Cántico de la Campana*, de Schiller; del inglés, el poema *Mazepa* de Byron, y otras piezas de las literaturas alemana, italiana y francesa. Ha publicado además, últimamente, un poema, *Vasco Núñez de Balboa*, cuyo mérito lo hace acreedor á los aplausos de

la crítica; y en *El Siglo XIX* da hoy á luz unos interesantes artículos históricos con el título de *Recuerdos de la invasión norte-americana, 1846 y 1847*, que con el tiempo formarán una obra inestimable por la abundancia y novedad de las noticias que contienen.

El Sr. Roa Bárcena, que es miembro de varias sociedades literarias de México, fué nombrado en 1876 individuo de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española de Madrid; valioso título que merece justamente, y que es como el premio á sus afanes por el adelanto de la literatura hispano-americana.





DON

JOSE MARIA DE BASSOCO.

I.

**E**L continente americano, ya por su universal y merecida fama de rico y de hermoso, ya por haber sido el teatro de hazañas gloriosas para el valor castellano, ha atraído poderosamente en todas épocas las imaginaciones juveniles y ardientes de la Península. En unas han servido de estímulo el trabajo y la riqueza, en otras los deseos de gloria; en algunas las simpatías y el anhelo de dedicar á esta tierra vírgen y venturosa los frutos de una bien cultivada inteligencia. Tras de las heróicas legiones de Cortés y de Pizarro, de Almagro y de Valdivia y de otros esforzados capitanes, vinieron éujambres de aventureros y de gente laboriosa á buscar, sí, el codiciado oro; pero tambien á derramar su sangre generosa, á consumir admirables hechos y á sufrir en bien de la raza vencida, todo género de penas y de tribulaciones. De este modo la conquista pudo al fin terminarse; y entónces se comenzó la grande é impercedera obra de los misioneros, la obra de la regeneracion de todo un continente. Cimentáronse las

bases de cien nuevas sociedades, se formaron los vínculos entre castellanos é indígenas, diéronse á conocer á éstos los beneficios de una civilizacion superior, y se estableció entre ellos el órden doméstico y de familia conforme á los preceptos de creencias puras y santas. Concluido ya todo, y estando en perfecta seguridad el Gobierno vireinal, no cesó, sin embargo, la ansiedad de los peninsulares por pasar á América; ántes parece que se acrecentó de una manera extraordinaria. Todos querian conocer el teatro de las legendarias hazañas realizadas heróicamente por los soldados españoles; todos querian atravesar el océano para venir á respirar el perfumado ambiente americano, ver este cielo azul, penetrar en los umbríos bosques y ascender á las montañas coronadas de nieve: de aquí las emigraciones que tanto disminuyeron el poder y las fuerzas de la Metrópoli. Hombres de todas clases, y de distinta posicion en la sociedad española, abandonaban patria, hogar, bienestar y familia para venir á establecerse á las nuevas ciudades levantadas en América: ya eran artesanos y comerciantes, escritores y artistas; ya opulentos magnates y humildes y sencillos labriegos, los que, deseosos del engrandecimiento de estos lejanos dominios de España, traían un contingente precioso para conseguirlo. Resultado de todo esto fué, que florecieran aquí las artes y las letras con admirable prontitud, y que en pocos años los frutos obtenidos en los demás ramos de la actividad humana pudieran competir casi con ventaja con los mismos de la Península. Y aquel afan de los españoles no se entibió jamás durante los tres siglos que duró la dominacion; no se entibió tampoco despues de la independencia, ni se entibiará ni acabará en los tiempos venideros, porque América será siempre la tierra de las simpatías de los españoles. Aquí están las más puras glorias, las más honrosas tradiciones de España; y al reconocer sus hijos en nuestros usos, en nuestras costumbres, en el

lenguaje, y hasta en nuestras preocupaciones y defectos, los suyos, americanos y españoles se sentirán siempre como en familia, unidos todos por tiernos y fraternales vínculos.

Muchos de los españoles que han venido á México estos últimos años, se han distinguido aquí por su talento y por sus obras, no ménos que por la variedad de sus estudios y por su laboriosidad. Su gloria es gloria de España y de nuestra patria, del mismo modo que es comun para ambos pueblos la de Alarcon y Gorostiza; y hé aquí por qué no he vacilado en dar cabida en esta galería biográfica á tres ilustres escritores, que, habiendo nacido en España, pasaron á México desde niños, en México se educaron y formaron, dieron el fruto de su talento y crearon una familia, y dos de ellos aquí encontraron cariñosa tumba.—Tales son el Sr. Bassoco, objeto de este artículo, D. Anselmo de la Portilla y D. Casimiro Collado.

## II.

D. José María de Bassoco, Conde de Bassoco, vió la primera luz en Madrid, el 9 de Febrero de 1795. Hizo sus primeros estudios en el colegio Seminario de Vergara, y allí se distinguió siempre por su aplicacion y singular aprovechamiento, habiendo obtenido las mejores calificaciones en todas sus clases, y aún en alguna de ellas el único premio; pero desgraciadamente, cuando comenzaba á hacerse notable por estos adelantos, inaugurando así una brillante carrera literaria, y dando pruebas de su talento precoz, profundo y reflexivo, se vió obligado á salir de España por causa de la invasion de Bonaparte: pasó á México, y llegó aquí en Agosto de 1810, cuando contaba quince años.

La guerra de independencia le obligó á tomar las armas, impidiéndole reanudar sus estudios; y formó parte entonces del segundo de los dos escuadrones de caballería, que en union de tres batallones de infantería formó el virey Venegas al principio de la insurreccion para atacarla. En ellos sirvió el Sr. Bassoco al lado de otros jóvenes que tambien se alistaron, pertenecientes á las principales familias españolas de México; ascendiendo en Julio de 1812 á subteniente segundo y en Setiembre del mismo año á subteniente primero.—Luego, con motivo de los bienes que en 1814 heredó de sus parientes el Conde de Bassoco y su esposa la Marquesa de Castañiza, se dedicó á los estudios agrícolas para poder atender con más eficacia sus propiedades de campo; y una vez adoptada por él la profesion de agricultor, continuó en ella hasta su muerte.

Nada, pues, hacia esperar, como se ve por el género y carácter de aquellas ocupaciones, que el Sr. Bassoco se distinguiría con el tiempo como entendido y profundo gramático, como excelente conocedor de la literatura clásica, y como un hombre de vastos y variados estudios que habia de ilustrar notablemente con sus conocimientos las más importantes cuestiones históricas, literarias, sociales y económicas tratadas en México durante el presente siglo. Y fué que él, en medio de sus quehaceres, se dedicó á la lectura con extraordinario afan. Su rica inteligencia, su claro juicio, su decidida aficion á las tareas intelectuales, le llevaron á cultivar distintos ramos de humanidades; y de este modo, casi solo y sin ayuda de nadie, aprendió el latin con admirable perfeccion. Le traducia y hablaba correctamente, y escribia en él con elegancia intachable, segun lo demostró en varios escritos que no han visto la luz pública. Hizo tambien muy laboriosos estudios del idioma castellano, que fueron los favoritos de toda su vida, especialmente en lo relativo á la gramática; y sobre esta materia escribió mu-

chos artículos, elogiados por los inteligentes. Algunos han quedado inéditos.

Publicó en los periódicos *Siglo XIX*, *Heraldo*, *Sociedad* y otros, diversos trabajos que merecen aquí un recuerdo: *Memoria sobre el abasto de carnes á la ciudad de México*, aprobada por el Ayuntamiento, y que valió á su autor un honrosísimo oficio en que esta Corporacion declaraba “haber merecido el Sr. Bassoco bien de la Municipalidad;” una *Exposición al Ministerio de Fomento* (1854) con motivo de un decreto del Gobierno sobre terrenos; varios *Estudios* muy notables y curiosos sobre la *propiedad y la agricultura en México*; un juicio crítico de la *Biografía de D. Antonio Alcalá Galiano* publicada por *El Diario de la Marina* de la Habana, y otros escritos sueltos sobre diversas materias.—En el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, publicado por el Sr. Andrade, dió á luz tambien algunos artículos, siendo el más extenso de todos la *Biografía Necrológica de D. Lucas Alaman*, obra digna de elogio por su método, claridad, imparcialidad, y correccion de lenguaje. Pero lo más importante sin duda que dejó el Sr. Bassoco, y que lo hizo célebre entre los literatos mexicanos de la época, fué su coleccion de estudios gramaticales, ramo en que era él autoridad competentísima, y acaso la más respetable que se hallaba en México.

Era el Sr. Bassoco muy celoso de la limpieza é integridad del idioma, y del cumplimiento exacto de las reglas; cuidaba de que los escritores emplearan bien las voces, dándoles su verdadera significacion, y de que no introdujeran en el uso modismos ni construcciones extranjeras; y estaba atento, por último, á las dudas y dificultades que se presentaban sobre cuestiones filológicas y gramaticales, para ilustrarlas, aclararlas ó resolverlas con la autoridad que le daba su profundo saber.—Llevado de aquellos intentos, dió á luz en el periódico *La Sociedad* muy eruditos y curiosos artículos,

uno sobre la palabra *baldíos*; otro sobre los verbos *adeudar-deber*; otro sobre las palabras *interceptacion é intercepcion*; otro sobre la mala traduccion hecha del latin de un párrafo de Marco Aurelio, aplicado á la cuestion de confiscaciones; y los más notables de todos fueron, los que publicó en *La Iberia* sobre *Los usos del pronombre El en su casos oblicuos sin preposicion*.—Tienen tanta importancia estos últimos por su severidad de doctrina, la enseñanza que contienen, la claridad y pureza con que están escritos, que la Academia Mexicana Correspondiente creyó de utilidad reproducirlos en sus *Memorias*; y con razon, pues ellos pueden ejercer benéfica influencia en el buen cultivo de las letras en México.

Resumiendo diré: que fué el Sr. Bassoco insigne y consumado humanista, aunque solo frecuentó poco tiempo en su juventud las aulas; atesoró vastísimos conocimientos sobre literatura clásica, así latina como española, y en materia de lenguaje, gozó fama de primera autoridad. Fué celosísimo guardian de la pureza del idioma castellano en México, y con sus escritos contribuyó á difundir las buenas reglas, dando al mismo tiempo en ellos ejemplo de su observancia. Escribió poco, porque era enemigo de la publicidad; mas á nadie, llegado el caso, negó nunca que se aprovechara del rico caudal de sus conocimientos.—La Academia Española hizo, pues, muy bien en nombrar al Sr. Bassoco su individuo correspondiente, y la Mexicana rindió un tributo de respeto á su ciencia eligiéndole su primer Director.

Murió el 18 de Noviembre de 1877 á la edad de ochenta y dos años.



DON

FRANCISCO PIMENTEL.

---

I

**E**STE sabio filólogo mexicano, cuyo nombre figura dignamente entre los lingüistas más notables contemporáneos, y que con sus obras se ha conquistado la estimación y el respeto de las principales corporaciones literarias del extranjero, nació el 2 de Diciembre de 1832 en Aguascalientes, capital del Estado del mismo nombre en nuestra República; hijo de los Sres. D. Tomás López Pimentel y Doña Mariana Heras Soto; ambos de familias muy distinguidas y de alta posición en la sociedad. El primero era mexicano, descendiente de español, y la segunda había nacido en Santander, de la casa del Conde de Heras. —En 1833 vinieron á radicarse á México abandonando á Aguascalientes, con el objeto seguramente de proporcionar á sus hijos una educación esmerada, y aquí permanecieron hasta 1846, en que la guerra con los americanos les obligó á retirarse á Morelia. Esto cortó desgraciadamente el curso

regular de los estudios de nuestro D. Francisco, comenzados en la capital, bajo la direccion del hábil profesor de primeras letras D. Miguel Rico, que fué tambien maestro de otros que con el tiempo se han distinguido en la literatura mexicana. En Morelia, sin embargo, estudió con fruto latin, filosofía, física y retórica, y amplió además los conocimientos que anteriormente habia adquirido en otras materias. Publicó algunas composiciones poéticas que no conozco, y que él ha olvidado completamente, dejando desde entónces el cultivo de ese género literario.

En 1848 regresó su familia á México; mas no emprendió carrera alguna, y el señor su padre le dedicó á los negocios mercantiles. Ya por este tiempo, la aficion que el jóven Pimentel habia cobrado á los estudios y á las tareas intelectuales, le condujo fácilmente á las fuentes del saber y de la ciencia, haciendo que se entregara á la lectura con afan; y merced á su aplicacion, que era infatigable, pudo aprender por sí solo, ó con maestros particulares, el inglés, las matemáticas, comprendiendo en ellas la práctica de agrimensura, historia y literatura en todos sus ramos; agricultura, botánica y zoología.—“El parentesco con D. Joaquín García Icazbalceta (casado con mi hermana mayor) que posee una rica biblioteca de cosas del país, —dice el mismo Sr. Pimentel en unos apuntes que tengo á la vista,— me proporcionó dedicarme al estudio de la historia de México, y escribí sobre ella tres artículos en el *Diccionario de Historia y Geografía* publicado por Andrade, á saber: *Toltecas, Texcoco y Michoacan*. Por primera vez manifesté en uno de éstos, que los chichimecas no eran de la misma familia que los toltecas y mexicanos, como falsamente supusieron áun sabios como Clavijero, Humboldt y Prescott. Mi descubrimiento ha sido confirmado por Orozco y Berra en su *Geografía de las lenguas de México*.”

En esa misma época, leyendo el Sr. Pimentel las obras

filológicas de Renan; hojeando los preciosos libros escritos en idiomas indígenas de México, coleccionados por el Sr. Icazbalceta, y teniendo ya estudios más vastos del latin, y regulares conocimientos del griego y del hebreo, se afirmó definitivamente la principal inclinacion de nuestro autor, que fué el cultivo profundo y serio de los diversos ramos de la lingüística, sobre todo, en lo relativo á los idiomas primitivos que se hablaron en América. Dedicóse, en efecto, á este trabajo con una aplicacion extraordinaria y un celo asombroso; de tal modo, que al cabo de pocos años pudo comenzar á escribir su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*.—Es esta su obra más importante y laboriosa; extensa, profunda y erudita, que le ha dado fama y autoridad respetable ante los sabios y filólogos de América y Europa. Y por lo demás, ocioso es encarecer el servicio que con ella ha prestado el Sr. Pimentel á la historia y á la filología moderna, no solo por la indiscutible utilidad del trabajo y la gran influencia que puede ejercer en los estudios históricos americanos, sino tambien, y muy especialmente, porque con ese libro se han destruido trascendentales errores, se han abierto nuevos caminos á las investigaciones de los sabios, y se han facilitado multitud de curiosos estudios que ántes ni áun emprenderse podian.

Séame lícito hacer aquí, con este motivo, algunas breves consideraciones.

## II.

Las lenguas han sido en todas épocas una de las fases que con mayor seguridad revelan la cultura de los pueblos: por medio de ellas se conoce su civilizacion, el estado mo-

ral é intelectual de los individuos, sus elementos de ilustración y de progreso, y cuantas señales pueden caracterizar á una nacion y á una raza; pues que sirviendo los idiomas para que los hombres se comuniquen entre sí, y las diferentes generaciones se trasmitan sus conocimientos, sus ideas y los adelantos que van alcanzando, natural y lógico es que en ellos queden huellas de las trasformaciones y cambios que sucesivamente se verifican en el seno de las sociedades. De aquí el altísimo interés que para los sabios, y sobre todo para los historiadores, tienen los estudios de la lingüística. Y poco importa que en ocasiones aquellos idiomas desaparezcan ó se pierdan, que se corrompan con el trascurso del tiempo, ó que reciban nuevo vigor y nueva vida de extrañas y más ricas lenguas; pues por más que la confusión se apodere de ellas, vienen la filología y la sana crítica á emprender una reconstrucción laboriosa: recogen las huellas y los restos que quedan, examinan los cambios que se han verificado, y auxiliándose eficazmente de la filosofía de la historia, lo estudian y lo analizan todo, establecen comparaciones, investigan la raíz y el origen de las voces, y de este modo la luz aparece, las cuestiones históricas se ilustran, se aclaran las dudas, las vacilaciones desaparecen, y se confirman ó desmienten las conjeturas.—Tales son los admirables resultados que con facilidad sorprendente consigue la lingüística; y tal es también la plena seguridad de que está revestida la enseñanza que deja este género de estudios.

Tratándose de América y de sus lenguas indígenas, ¡cuánto más crece el interés de las investigaciones filológicas! Aquí donde una raza extraña vino á mezclarse con las que poblaban este continente, trayendo idioma propio y usos y costumbres nuevas; aquí donde existían centenares de lenguas y dialectos subdivididos hasta el infinito y complicados todos entre sí, de tal manera, que esto daba origen á

confusiones de razas y de familias; aquí, en fin, donde poco á poco el castellano fué estableciéndose como el único medio de comunicacion entre vencedores y vencidos; aquí la cuestion de los idiomas indígenas tiene y ha tenido siempre una importancia capital, decisiva, y de verdadera trascendencia en la resolucion de los problemas históricos.

—Los sabios se veían ántes detenidos á cada paso en sus investigaciones por dificultades de todo punto insuperables, porque para todos era un misterio el intrincado laberinto de las lenguas indígenas de México: no habia una base fija para estudiarlas, no era posible seguir un sistema, ni ménos se conocia la filiacion de todas ellas y de los dialectos. Debido á esto, quedaban con frecuencia envueltos en las nubes de la incertidumbre muchos sucesos de nuestra historia antigua, tales como los que se referian al origen de las razas, á sus emigraciones y divisiones, á sus costumbres y establecimiento en los territorios que ocupaban. Nada de esto podia explicarse satisfactoriamente, miéntras la filología no examinara y estudiara las diversas ramas del lenguaje mexicano. Esta imperiosa necesidad se hacia sentir tanto más, cuanto que, áridos en sí mismos estos estudios, tenian pocos cultivadores, y los elementos que para emprenderlos eran menester, se hallaban diseminados en México, estaban en peligro de perderse, y eran además raros y difíciles de encontrar.

A remediar esta necesidad y á llenar tan lamentable vació, acudió generosamente el Sr. Pimentel; para lo cual le sirvieron de seguro guía, como ántes he dicho, los tesoros bibliográficos coleccionados por el Sr. Icazbalceta.—Los primitivos misioneros españoles que vinieron á América, llenos de celo por abrir los ojos de los indios á la luz de la civilizacion cristiana, no perdonaron medio ni sacrificio alguno para llenar completa y dignamente su mision, por más que inauditas dificultades y penosos contratiempos in-

tentaran detenerlos en su camino. Una de aquellas, acaso la mayor, fué su ignorancia de las lenguas de los indios. Pero no retrocedieron, ántes parece que se redobló su ardor, que se avivó su entusiasmo, y que creció más y más la sublime caridad de que estaban animados. Con una paciencia y una abnegacion dignas de las recompensas del cielo, aquellos beneméritos varones se dedicaron á aprender los idiomas indígenas, á fin de que la palabra evangélica fuera más simpática al corazón de los neófitos y se asiera con mayor facilidad á su memoria. Y no contentos luego con haber visto cumplidos sus deseos, quisieron ensanchar sus trabajos para que así pudieran derramar mayores beneficios; entónces comenzaron á escribir libros de enseñanza religiosa y de otros géneros en los mismos idiomas de los indios; libros que, como es sabido, fueron impresos en las primeras imprentas que vinieron al nuevo mundo.—Al frente de estos sacerdotes bienhechores de la humanidad, aparece la simpática figura del P. Fr. Andrés de Olmos, verdadero tipo de los misioneros de América, que “sobre todos tuvo don de lenguas, segun Mendieta, porque en la mexicana compuso el arte más copioso y provechoso de los que se han hecho, é hizo vocabulario y otras muchas obras, y lo mesmo hizo en la lengua totonaca y en la guasteca, y entiendo que supo otras lenguas de chichimecos, porque anduvo mucho tiempo entre ellos.”\* A su lado pueden citarse dignamente los PP. Fr. Alonso de Herrera, Alonso Rengel, Arnaldo de Bassacio, Juan de Gaona, Bernardino de Sahagun, profundo y habilísimo en la lengua mexicana, segun el mismo Mendieta; Fr. Alonso de Escalona, Alonso de Molina, Luis Rodríguez, Juan de Romanones, Maturino Gilberti que escribió en tarasco, y Fr. Francisco de Toral que fué el primero en aprender la lengua popoluca; Fr. Andrés de

\* Historia Eclesiástica Indiana, cap. XLIV.

Castro que compuso un arte y vocabulario, y doctrinas y sermones en matlazingo, y Fr. Pedro de Palacios en otomí; y así otros muchos.

Imposible es hoy, despues de los siglos que han trascurrido, formarse idea de aquellos *hercúleos trabajos filológicos de los primeros misioneros*, como los califica un eminente escritor nacional, é imposible tambien saber apreciar justamente la heróica paciencia, la incansable laboriosidad, la sorprendente y admirable abnegacion de aquellos sublimes soldados de la cruz. Empero, fácil es reconocer que sin ellos los indios no habrian recibido tan pronta y eficazmente la luz evangélica, ni hoy seria posible emprender trabajo alguno filológico relativo á los idiomas indígenas.

Instruidos ya en el cristianismo los hijos de estas tierras, acostumbrados al modo de hablar español, y habiendo muchos de ellos “olvidado el que usaron sus padres, y abuelos, y antepasados,”\* se abandonaron en México los estudios lingüísticos, y durante los tres siglos, tan solo por la tradicion, por los libros de los misioneros y las aficiones de algunos sabios, se mantuvieron y se vinieron transmitiendo aquella clase de conocimientos; pero por desgracia, la imperfeccion de este sistema extravió á los investigadores, de modo que, habiendo agotado sus fuerzas en inútiles comparaciones, único medio empleado por ellos en sus estudios, “llegaron exánimes al siglo XIX, sin traernos otro resultado que la reproducción del prodigio de Babel en la confusa masa de sus discordantes sistemas.”—En los últimos tiempos, el sabio y benemérito carmelita mexicano, Fr. Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera, D. José Fernando Ramirez, D. Faustino Chimalpopoca, y tal vez algunos otros, eran los únicos que en materia de filología mexicana disfrutaban de autoridad; mas lo que ellos hicieron, el ór-

\* Mendieta, obra citada.

den seguido en sus trabajos y lo incompleto de éstos, no bastaban á llenar las necesidades de que adolecía nuestra historia; y hé aquí el origen de la resolución del Señor Pimentel, de formar una obra completa que pudiera auxiliar eficazmente á nuestros sabios y á nuestros historiadores. En ella adoptó un plan lógico y razonado, se ciñó á los preceptos que la crítica establece para este género de labores, y siguió en todo el método y el sistema que reclaman los adelantos modernos de la ciencia de la lingüística. “Es necesario —dice el sabio filólogo alemán Schleicher— no solo estudiar las lenguas, sino tambien compararlas entre sí; y tan cierto es esto, que no sería posible conocer una sola sin poseer el conocimiento de todas las otras, abarcándolas con una ojeada general y penetrante.”

Siguiendo, pues, el Sr. Pimentel estos consejos, escribió su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, bajo el siguiente acertadísimo plan: en la primera parte, que llama “descriptiva,” explica con precisión y claridad los idiomas mexicanos con la pureza posible, esto es, separándolos, hasta donde es permitido hacerlo hoy á la lingüística, de las formas latinas y españolas con que las desfiguraron los antiguos gramáticos; en la segunda, “comparativa,” compara y clasifica los idiomas indígenas, segun lo aconsejan los principios de la filología moderna; y por último, en la tercera, “crítica,” juzga los mismos idiomas conforme á las reglas del buen criterio, y les aplica las teorías actuales sobre el lenguaje para ver si las confirman ó las desmienten.

Esta obra laboriosa, cuyo solo plan basta para reconocer su importancia, ha proporcionado al Sr. Pimentel triunfos y satisfacciones muy lisonjeras, y ha merecido por ella honrosísimas y espontáneas distinciones.—Cuando apareció el primer tomo, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística nombró en comision para que lo examinaran á los

Sres. D. José Fernando Ramírez, Dr. D. José Guadalupe Romero y D. Manuel Orozco y Berra, quienes presentaron un dictámen que honra y hace cumplida justicia al autor; y el Instituto Imperial de Francia le invitó en Noviembre de 1863 para que presentara su libro en el concurso de lingüística abierto anualmente por esa Corporacion. Tambien el Barón de Gagern, en su *Apelacion de los mexicanos á Europa*; el sabio aleman Justo Perthes, en las *Comunicaciones del Instituto Geográfico*, y el Dr. Buschmann, de la Academia de Berlin, en muy expresivas cartas, tributaron merecidos elogios al laborioso filólogo mexicano, llegando el último á decir: que “nunca hubiera pensado que se hallara en México un hombre que juntase tantas lenguas indígenas, y con tanta habilidad de concepto.”

Al aparecer el segundo tomo, la misma Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística premió al Sr. Pimentel con una medalla, y el célebre Trübner dijo en Lóndres lo siguiente en su *Revista Americana y Oriental*: “La obra de Pimentel es, sin disputa, el más rico presente que se ha hecho á los lingüistas americanos desde que apareció el tercer tomo del *Mitridates* de Adelung. Sobrepuja, en verdad, á cuanto hasta aquí se conoce de los escritores mexicanos, aún entrando en parangon el mérito indisputable del P. Nájera, quien se limitó al estudio de la lengua otomí, miéntras que D. Francisco Pimentel analiza en el primer tomo de su obra nada ménos que doce idiomas, sin contar la inmensa superioridad que sus conocimientos en la ciencia de la lengua, y su esmerada erudicion respecto á los últimos resultados de la escuela europea, le dan sobre su distinguido predecesor.—La introduccion á la obra es más bien una ojeada acerca del conocimiento de la historia y de la ciencia moderna de la lengua, con relacion á la filología americana. Está escrita con claridad y buen juicio, y en ella se descubre que el autor conoce profundamente á los lin-

güistas de Europa, aun los más modernos, como A. Schleicher, Alb. Weber y otros; lo cual sorprenderá á los europeos que están acostumbrados á ver á México como un país apenas salido de las tinieblas de la ignorancia." El mismo Trübner agregó despues, con motivo del análisis que hizo del segundo tomó del *Cuadro descriptivo*, "que los jueces más competentes é imparciales proclamaban la obra del filólogo mexicano como la más importante que sobre lingüística habia aparecido en América."

"Más extensamente —dice un biógrafo del Sr. Pimentel — la comision de lingüística de Paris, representada por Mr. Aubin, presentó su juicio sobre la obra de que venimos hablando; juicio muy favorable que consta en los archivos de la Comision científica de México. Mr. Aubin hace al autor algunas observaciones de poca importancia sobre puntos secundarios y de fácil contestacion; pero manifiesta que considera á Pimentel como un sabio, igualmente simpático por la elevacion de su carácter como por la extension de sus conocimientos; reconoce en la Introduccion una de las mejores partes de la obra, recomendable por su orden, exactitud y moderna erudicion; y cree, en fin, que los detalles son prueba de un profundo amor al estudio, de una viva inteligencia y de una aptitud notable para los trabajos lingüísticos."

Por último, habiendo presentado el Sr. Pimentel su obra al concurso de filología comparada, celebrado en Paris en Octubre de 1876, y al de filología Volney, convocado por el Instituto de Francia, fué premiada en ambos con una medalla de oro; pruebas evidentes de que todos reconocen el saber profundo y la vasta erudicion filológica de este mexicano distinguido.

En 1874-1875 se hizo una nueva edicion del *Cuadro descriptivo*, en la cual las anteriores fueron mejoradas y enriquecidas notablemente por el autor.

## III.

Como descanso á aquellos trabajos lingüísticos, que principalmente han ocupado la atención del Sr. Pimentel, nuestro autor ha escrito y publicado en diversas épocas otras obras literarias, que, siendo de grande influencia y utilidad en la literatura y en las cuestiones históricas y sociales de la República, han contribuido mucho á afirmar y aumentar su reputacion.—En 1864 dió á luz una *Memoria sobre la raza indígena de México*, dividida en cuatro partes: los indios en la antigüedad, —la conquista y la predicacion del Evangelio, —las leyes de Indias— y situacion actual de los indios; libro que mereció entusiastas elogios de la prensa, y del cual se ocuparon detenidamente algunos escritores mexicanos, y otros de Alemania, Francia y los Estados Unidos. Despues publicó otro curioso estudio con el título de *La Economía política aplicada á la propiedad territorial de México*, que tambien fué juzgado favorablemente, merced á sus observaciones juiciosas y oportunas, y á la claridad y acierto con que aparecen expuestas. En el periódico literario *El Renacimiento*, y más tarde en *El Domingo*, comenzó á ofrecer al público su interesante é inestimable *Biografía y crítica de los principales poetas mexicanos*, que es una serie de estudios literarios, llenos de novedad y de atractivo, de fundados juicios y amena erudicion, dignos de figurar en primer término entre los materiales que más tarde han de servir para formar la historia de la literatura mexicana. Segun el plan de esta obra, el Sr. Pimentel examinará á la luz de una crítica ilustrada, imparcial y severa, las composiciones de Sor Juana Inés de la

Cruz, Sartorio, Navarrete, Ochoa, Ortega, Sanchez de Tagle, Rodríguez Galvan, Gorostiza, Calderon, Pesado, Carpio y Valle. Hasta hoy, el público solo ha podido leer algunos de estos estudios.

Entre los trabajos sueltos del Sr. Pimentel, merecen particular mencion las disertaciones y dictámenes leídos en la Sociedad de Historia Natural, y en la Academia Mexicana de ciencias y literatura, á saber: una, "sobre si la lingüística puede considerarse como una ciencia natural, como lo quieren algunos sabios;" otra, sobre la vida y méritos literarios de la poetisa Safo; un juicio crítico de las *Fábulas* de D. José Rosas, y otro sobre una composicion poética de D. José Monroy; un discurso sobre el *otoñi*; y finalmente, un notable opúsculo de 127 páginas sobre la poesía erótica de los griegos, que sirve de impugnacion á otro discurso de D. Ignacio Ramírez leído en el Liceo Hidalgo de esta ciudad. Este escrito del Sr. Pimentel es, en mi sentir, una pieza literaria de gran valía, por su abundante erudicion clásica, sus juicios rectos y severos, su galanura de diction y el gran caudal de noticias literarias que contiene, y que verdaderamente instruyen y deleitan al lector; por él se ponen de relieve, además, la ilustracion del autor, y la profundidad, variedad y solidez de sus conocimientos.

Hoy el Sr. Pimentel continúa escribiendo su *Biografía y crítica de los poetas mexicanos*; prepara para la prensa sus *Escritos Diversos* que dividirá en cuatro partes: Historia, Literatura, Lingüística, Economía política, y se ocupa en formar una *Historia de la literatura de México, amena y científica*, aprovechando los numerosos trabajos que ya ha publicado en los periódicos.

Concluiré este artículo diciendo, que el Sr. Pimentel fue nombrado en 1865 Ministro de México en Madrid por el emperador Maximiliano, puesto que no llegó á ocupar; y que es miembro de catorce corporaciones literarias nacio-

nales y de doce extranjeras, figurando entre las primeras la Sociedad de Geografía y Estadística y la Academia Mexicana Correspondiente; y entre las segundas, la Academia Histórica de Nueva York, la de Anticuarios de Filadelfia, la Sociedad Antropológica de Nueva York, la de Arqueología Americana y la Etnográfica de Francia, la Sociedad Geográfica de Viena, y otras tan sábias como respetables y distinguidas.





DON

CASIMIRO COLLADO.

---

I.

**N**ACIÓ el Sr. Collado en el puerto de Santander (España) el 4 de Marzo de 1822; y fueron sus padres el Lic. D. Francisco Guillermo del Collado, decano que fué de aquel Ilustre Colegio de Abogados, y Doña Cipriana del Albo, señora muy virtuosa y distinguida. Hizo allí sus primeros estudios con notable aprovechamiento, y cursó luego latinidad con el Presbítero D. Claudio de la Piedra, cura ecónomo de Liendo en la misma provincia de Santander, muy entendido en aquella lengua.—Pasó despues al Colegio de Escolapios en Villacarriedo, y luego á Búrgos, en donde tuvo por compañero al Sr. D. Anselmo de la Portilla, que tanto se habia de distinguir despues en México; y en el Colegio de aquella ciudad completó sus estudios de filosofía, retórica y poética. En 1836 dejó á su patria, y se trasladó á esta República. Aquí se dedicó á ocupaciones mercantiles; pero como el que alguna vez ha

tenido aficiones literarias tarde ó nunca las olvida, el Sr. Collado dedicaba al estudio sus ratos desocupados, y merced á esto, pudo aprender los idiomas inglés, francés é italiano. Formó tambien su exquisito gusto con la lectura de los buenos ingenios españoles; y como á la sazón se hallaba en la edad juvenil, dotado de excelente y rica inspiración poética, en medio de una naturaleza espléndida, llena de grandes bellezas y de pomposa majestad, pronto sintió deseos de ensayarse en la lira y de trasladar á sus cantos los afectuosos sentimientos de su corazón.—En 1841 publicó *El Apuntador*, periódico de literatura y crítica teatral, en colaboración con D. José María Lafragua, y allí aparecieron sus primeras composiciones poéticas. Fué tambien redactor de *El Liceo Mexicano*, uno de nuestros periódicos literarios más estimados; usando en aquel el seudónimo de “Fabricio Núñez,” y en éste, otro que no recuerdo.

Estaba entónces de moda el romanticismo; se habían dejado á un lado la escuela clásica y sus modelos, se seguía la corriente de la novedad, y todos los que se dedicaban al cultivo de la literatura iban á buscar la fuente de sus inspiraciones á mundos extraños y hasta entónces olvidados quizás por la poesía. Algunos se complacían, extraviando lamentablemente los fines del arte, en dar á sus composiciones un tinte sombrío y desconsolador, inspirado por funebres ideas, por prematuros desengaños de la vida, por deseos raros é inexplicables siempre, y algunas veces no conformes con lo que dictan la recta razón y un corazón sano. Cantaban la tristeza de los sepulcros; pero en vez de encontrar en ella pensamientos elevados, prorumpían en quejas y lamentaciones de ningún fruto para el alma: cantaban las gracias de la mujer; pero en esto tambien se extraviaban, porque no la querían tal como es y debe ser, — candorosa, sencilla, entregada á llenar su destino en la tierra;— sino que se empeñaban en creerla revestida de dotes

tan solo soñadas por sus enfermizas imaginaciones; en una palabra, los poetas románticos, que tan felices sátiras inspiraron á los ingenios jocosos de la época, eran lánguidos al mismo tiempo que escépticos, de una melancolía empalagosa é insufrible, sin verdad en los sentimientos que querían expresar. La naturalidad y la sencillez estaban desterradas de sus obras; y una vez escogido el tema que habían de desarrollar, el cual estaba siempre en la duda y en la desesperacion, ó bien en las fúnebres sombras de una iglesia ó de un cementerio, lo revestían de una forma ininteligible y hueca, adoptaban un estilo hinchado, y todo era exclamaciones y lamentos.

Tal fué la época en que apareció el Sr. Collado; y preciso es decir que se sintió arrastrado, aunque contra su voluntad tal vez, por la poderosa corriente; y que dió á sus composiciones algo de la sustancia y de la forma de la escuela romántica. Pero, ¡qué distinto camino siguió él! Su romanticismo fué de buena ley, sin los defectos señalados ántes, expurgado de exageraciones y falseamientos por la severidad de una razon ilustrada, y sobre todo, por las exigencias de un finísimo y delicado gusto. Las composiciones del Sr. Collado en aquella época lo revelan: en ellas hay sana y espontánea inspiracion; sentimientos verdaderos expresados con ingénua facilidad; una diction castiza, tersa y bien cuidada, y altos pensamientos que producen en el ánimo melancólica impresion y dulce y apacible tristeza. Bien se comprende que en el corazon del poeta no había fingidas ternuras, ni falsos y desconsoladores desengaños.

Ahora, por lo que hace á la forma de este género de composiciones del Sr. Collado, véase el siguiente autorizado juicio que formó el Sr. Roa Bárcena:—“Se engañaría, dice, quien, sin conocerlas, juzgara de la forma de las poesías románticas de Collado, por las muestras que la ignorancia y el mal gusto dejaron en el campo del romanticis-

mo, y que aún suelen tener imitadores. No lo fué Collado de quienes parece que cifraron el mérito de sus composiciones en la oscuridad y la hinchazon, y en el quebrantamiento de las reglas todas del arte, sin excepcion de las gramaticales; produciendo mónstruos como el de que habla Horacio en su Epístola á los Pisones, y sustituyendo una jerigonza infernal á la noble y rica habla de los Rioja y Argensola. Si por una parte cedió al torrente de la moda literaria, tiránica como todas las modas, infiérese que estudió los modelos latinos y los del siglo de oro de la literatura castellana, del hecho innegable de haber mostrado juicio y buen gusto en la mayor parte de sus composiciones. A semejanza del Duque de Rivas y de algunos otros escritores contemporáneos, tomó del romanticismo lo que en realidad tenia de bueno: la profundidad en el sentimiento, la viveza en las imágenes, la energía en la elocucion, la novedad y la brillantez en el conjunto; y á esto se debió, sin duda, el agrado con que fueron acogidos y con que hoy mismo se leen sus primeros ensayos."

En efecto: revestidas de estas cualidades las primeras obras poéticas de nuestro autor, —recomendables siempre, pero en aquella época más, porque formaban contraste con las de otros poetas escasos de inspiracion y de juicio, —es por demás agregar que llamaron extraordinariamente la atencion de los inteligentes y que causaron positivo entusiasmo en los corazones juveniles amantes de las bellas letras. En breve tiempo se hizo popular el nombre del Sr. Collado, como lo eran los de Pesado, Carpio y otros; y en los círculos ilustrados de México fué visto tambien con estimacion y simpatías. Todos leían embelesados sus producciones dadas á luz en *El Liceo Mexicano*, y eran repetidas, admiradas y ensalzadas por las personas de buen gusto apreciadoras del verdadero mérito.

Citaré ahora, en confirmacion de los juicios anteriores,

algunas de las más bellas composiciones románticas de nuestro poeta.—Sus *Orientales* y su leyenda *Zelmira* tienen el perfume y la entonación peculiares de la literatura en que este género poético se inspira; las fantasías *Su Oración*, *Los Muertos* (imitación de Zorrilla) y *Esperanza perdida*, son ingeniosas y delicadas, y como modelos de poesía descriptiva pueden ponerse, por su sencillez y claridad, algunas estrofas de *Laura en el templo*, *Las Palmas*, *Pensamientos del Crepúsculo*, *Día nublado* y *Paisaje*. Hay hermosas ideas filosóficas, ternura de sentimientos, y muy felices y brillantes imágenes en *Era un sueño*, *Una mujer triste*, *La flor muerta*, *Un niño que llora*, *Esperanza de la vida* y *En la iglesia de \*\*\**; siendo notables en todas estas piezas la galanura de la dicción y la propiedad de los epítetos. *En la muerte de mi hermana*, leída en la Academia de San Juan de Letran, es una composición muy sentida y delicadísima que respira piedad cristiana y blanda y suave tristeza. Dice el poeta:

Del alba las neblinas,

De la tarde las nubes

Alzanse á las esferas cristalinas

Tiende hácia allá el espíritu su vuelo:

Allá ¡santa oración! temblando subes;

Allá tornan alegres los querubes:

Que es patria de los ángeles el cielo.

Las magníficas octavas al *Amor* y la poesía titulada: *Veintiun años*, merecen especial mención; la primera por sus acertados pensamientos, y la segunda por su melancolía, su riqueza de ideas, su fácil y armoniosa rima. Véanse los versos con que comienza la última:

;Venid á mí, recuerdos de la infancia;  
 Venid, memorias de la edad tranquila,  
 En que, cual rica fuente por el mármol,  
 Por la inocencia resbaló mi vida!  
 Venid á mí; pasad ante mis ojos,  
 Reflejándoos en mi ánima tan vivas  
 Como en las quietas aguas de los lagos  
 Las rojas nubes que en los aires giran:  
 Y cual pasando van, sin que en las ondas  
 La débil huella de su sombra impriman;  
 Así pasad fantásticas, borrando  
 De vuestras huellas la señal impía.

Finalmente, su poesía sagrada *Culpa y Pena* es conmovedora, y está llena de unción piadosa: sus romances *Tal agravio tal venganza* y *Un rey caballero*, tienen interés dramático; y sus composiciones *Luto* y *Gloria* (al 2 de Mayo de 1808) y *América*, leída ésta en la sesión inaugural del Ateneo de México, se distinguen por su inspiración enérgica y vigorosa.—La estrechez del espacio de que puedo disponer no me permite copiar, como quisiera, algunas de las más bellas estrofas.

## II.

Réstame solamente hablar de las composiciones que el Sr. Collado escribió en la segunda época de su vida literaria, cuando, apartándose de la escuela romántica, siguió las huellas de los clásicos, y escogió asuntos y formas de

distinto género, sazonados ya unos y otras por más detenidos estudios, y razonamientos más severos y delicados.— Estas nuevas obras de nuestro poeta “muestran, —como observa el Sr. Roa Bárcena, — un conocimiento más profundo y un manejo más franco y expedito del idioma y del arte poética, lo cual se revela en la mayor claridad y precisión de la frase, en la riqueza de la rima y en la elegancia verdaderamente horaciana de giros y períodos. Estimamos propicia para la fama del autor y para el adelantamiento de nuestra bella literatura, la circunstancia de que hoy pueda aquel aunar en sus composiciones á la unidad, sencillez, claridad y aticismo de que la Grecia dió al mundo lecciones que no caducan ni caducarán, el vigor de inspiracion y de estilo que constituye acaso el rasgo más característico de estos versos, y cuyo gérmen, si bien ha de existir en la índole misma del poeta, es casi seguro que se desarrolló en los cármes del romanticismo, cuyo trazo es debido á ingenios de la categoría del Dante y de Shakespeare.”

Entre estas composiciones clásicas del Sr. Collado ocupan distinguido lugar dos *Meditaciones*, y las tituladas *El sueño del infortunio*, *El sueño de la prosperidad*, dos *Elegías* (una con motivo de la muerte de D. Manuel Carpio) y sus dos famosas *Odas* á España y á México.—“Cualquiera de estas composiciones, —continúa el Sr. Roa Bárcena, — por sí sola habria bastado para conquistar el lauro á su autor; así como las dos ó tres de Fernando de Herrera que conserva el parnaso español bastan á la generacion actual para admirarle. En *El sueño del infortunio* y en *El sueño de la prosperidad* brillan la filosofía y la caridad en versos acabadísimos y cuya elegancia los constituye acaso en los mejores del tomo á tal respecto. Las *Odas* á España y á México llenan las condiciones de su género: inspiracion ó númen, grandeza de pensamientos é imágenes, valentía

de conceptos, el *ordenado desorden* causado por los arrebatos del entusiasmo, la pulcritud y nobleza de la frase, lo escogido de la rima, la rotundidad y melodía de los versos; todo reunen ambas odas." En la dedicada á México, "la pintura del aspecto físico del país con la variedad de sus zonas y productos, con sus volcanes, sus torrentes, sus rios y lagos, sus fieras y aves, sus minas, sus terremotos y su espléndido cielo, constituye un cuadro de mano maestra ejecutado *con amore*, como dicen los italianos; y en que se admiran el colorido, el tono, la armonía y la vida que ofrecen los paisajes de Claudio de Lorena y algunos de los admirables lienzos de nuestro Landesio."

Esta inspirada y bellísima *Oda á México* ha conquistado al Sr. Collado el título de "Cantor del Anáhuac."— Véase su introducción:

Tú, cuya frente se remonta al cielo,  
 Emula de sus grandes luminares,  
 De perdurable hielo  
 Circundada con nítida corona,  
 Morena Vénus de la indiana zona,  
 Salida de la espuma de dos mares;  
 Oye la voz de agradecido bardo  
 Que por bella é infeliz dos veces te ama:  
 Quizás, cual del cansancio olvido pone  
 Sombra de fresno en caluroso Junio,  
 El himno rudo que mi amor entone  
 Breve espacio suspenda tu infortunio:  
 ¡Ojalá que del vate el sacrificio  
 Tornase el cielo á tu anhelar propicio!  
 Y sigue luego esta magnífica descripción:

;Con qué grandiosa majestad ostenta  
 De hermosura y poder la doble pompa  
 Natura aquí risueña y opulenta!  
 En breve espacio abarca  
 De opuestas zonas los distantes climas;  
 Desde la baja, tórrida comarca  
 Que con lengua salobre el ponto adula,  
 Hasta la alta region en cuyas cimas,  
 Escollo á los marinos huracanes,  
 Coronadas de tímpanos de hielo  
 Llevan hasta las márgenes del cielo  
 Sus multiformes crestas los volcanes.  
 De ellos las aguas límpidas descienden  
 Que en frescas ondas la planicie inundan:  
 Las fértiles cañadas dó se extienden,  
 Los anchos valles que al pasar fecundan,  
 Tapizan flores de carmin y gualda,  
 Praderas de esmeralda,  
 Mieses de dulce caña ó rubia espiga,  
 Las plantas todas que en perenne Mayo  
 El suelo de los trópicos prodiga.

En 1870 y 1871 escribió el Sr. Collado algunas nuevas composiciones que dió á luz en *El Domingo*; y en Octubre de 1875 remitió á Madrid su sentida y elocuente elegía *En la muerte del gran poeta Don Gabriel García Tassara* para que formara parte de su Corona literaria, —correspondiendo así el Sr. Collado á la invitacion que para tal objeto le habia hecho el inolvidable D. Fermin de la Puente y Apezechea, mexicano.

El Sr. Collado es una de las figuras más simpáticas de nuestra literatura; su amor á México, su entusiasmo por el adelanto y embellecimiento de su poesía, no ménos que sus

particulares aficiones y gustos, han hecho que en todas épocas haya él tomado parte en nuestro movimiento literario: su nombre está unido al de los que con sus consejos y su ejemplo han guiado por buen sendero á la juventud estos últimos años.—A todos ha alentado con su benevolencia; todos le estiman y consideran, porque saben que á una modestia excesiva, une las cualidades del verdadero literato y de un hidalgo y cumplido caballero; y aunque por aquella circunstancia su nombre suena ménos que otros muchos, nadie en México ignora el señalado lugar que ocupa en nuestra literatura contemporánea.

Actualmente el Sr. Collado forma parte de la Academia Mexicana Correspondiente, en la cual se ha distinguido por sus vastos conocimientos literarios y por sus trabajos.





DON

IGNACIO AGUILAR y MAROCHO.

I

**G**RANDES males, y de todos géneros, causan siempre á la sociedad las revoluciones y las discordias políticas; pero entre todos ellos no hay quizá uno de tan grave trascendencia, como el injusto aislamiento en que despues suelen quedar los hombres notables y los entendimientos superiores que de alguna manera se mezclan en aquellas. De nada servirá que estén revestidos de sobresalientes méritos y de cívicas virtudes; en vano se reconocerán sus excelentes dotes administrativas y de gobierno, su honradez, su energía; y en vano tambien las personas sensatas y juiciosas, con el deseo de que esos hombres distinguidos tomen parte en los negocios públicos, podrán recordar y alegrar á la faz de los partidos vencedores, los servicios que han prestado á la sociedad y á la patria. Un estigma de maldicion parece haber caído sobre sus frentes, pues tal es el desden, la indiferencia con que se les ve des-

pues de su derrota; olvidándose los que tal hacen, de que este sistema de conducta impide por completo el mayor concurso de inteligencias ilustradas para trabajar en bien de los intereses nacionales. Y hé aquí por qué vemos que en México, los hombres verdaderamente ameritados y patriotas, de vastos conocimientos y de gran reputacion científica, viven en la oscuridad y en el silencio, alejados de todo movimiento político, sin participacion alguna en los asuntos que ellos podrian desempeñar mejor sin duda que las inexpertas manos que suelen tenerlos á su cargo.

Nuestras discordias civiles, y con especialidad las guerras de la reforma y de la intervencion, vinieron á ahondar más y más el abismo que ya existia entre los que no profesaban las mismas ideas en religion y en política. Debido á esto, ¡cuántos generales del antiguo ejército, ilustrados, valientes y pundonorosos, están hoy en el abandono y el olvido! ¡Cuántos estadistas insignes, cuántos sabios juriscultos, cuántos doctos literatos y humanistas permanecen en la oscuridad y no dejan oír su voz, acallada por los odios de partido! A ellos no se les piden sus luces ni su ayuda para acrecer y dar animacion al movimiento intelectual de nuestro país. Porque así son las injusticias humanas; ¡como si la patria no mereciera que en su altar sagrado se sacrificasen los resentimientos y rencores, para que solo hubiese entre sus hijos vínculos de concordia y de fraternal amor...!

El eminente hombre de Estado, el sabio y castizo escritor, el patricio esclarecido cuya vida ha estado siempre dedicada al servicio de la nacion mexicana; el Sr. Aguilar y Marocho, objeto de este artículo, ha sido una de las víctimas más ilustres de nuestras revoluciones civiles; y por eso hoy con gusto escribo su nombre en este libro, deseoso de que alguna vez el verdadero mérito salga de su retiro, y de que se le haga por sus compatriotas la debida justicia.

El Sr. D. Ignacio Aguilar y Marocho nació en la ciudad de Morelia, ántes Valladolid, el 15 de Setiembre de 1813; y sus padres fueron D. José María Aguilar y Montenegro y Doña Cármen Marocho y Camiña, personas notables por su educacion y sus excelentes costumbres. Recibió la instrucción primaria en una escuela gratuita que servian los religiosos agustinos en su convento, y luego en otra sostenida probablemente por los fondos municipales. Emprendió sus estudios secundarios en 1824, asistiendo como alumno externo al Seminario Conciliar, que acababa de repararse de los estragos de la guerra de independencía. Su claro y precoz talento, de que daba repetidas muestras en las aulas, y su ardiente aplicacion y provechoso estudio, hicieron que á los dos años entrase al mismo plantel como colegial pensionista; y el Venerable Cabildo Eclesiástico, visto el brillantísimo desempeño de su acto público de lógica y metafísica, lo agració con una beca de merced. Continuó obteniendo siempre los primeros lugares y premios de sus cátedras, con gran admiracion de maestros y condiscípulos; de tal manera, que estudiando todavía segundo año de jurisprudencia, fué nombrado espontáneamente por el Ilmo. Sr. Obispo Portugal, profesor propietario de gramática castellana, y en seguida catedrático de toda latinidad. —Por este tiempo, abrióse por disposicion del Diocesano un concurso para proveer la cátedra de filosofía; y á pesar de que fueron varios los aspirantes, y algunos de ellos eclesiásticos, el Sr. Aguilar obtuvo por unanimidad aquel importante cargo, el cual desempeñó durante tres años bajo

sistema y autores modernos, que eran, por decirlo así, la última expresión de la ciencia. Merced á esta circunstancia, y al singular adelanto de los alumnos, el curso aventajó con mucho á todos los precedentes. También al siguiente año fué nombrado por el Sr. Portugal catedrático interino del curso de filosofía, siguiente al que habia enseñado el año anterior, por haber fallecido el profesor propietario: un éxito igual coronó sus esfuerzos.

El Sr. Aguilar habia concluido ya sus estudios, lo mismo que su compañero el Sr. Munguía que más tarde habia de ser Arzobispo de Michoacan; pero aquellos trabajos le impedían preparar su exámen profesional. Ambos pidieron entónces una licencia que les fué concedida, y juntos se recibieron de abogados, con diferencia de unos cuantos dias, en Abril de 1838.—Cuando volvió al Seminario, recibió los cargos de profesor de Derecho Patrio y Derecho Canónico; y presidió además una Academia de Procedimientos Civiles, y suplió algunas veces la cátedra de literatura.\* En toda esta época, y áun desde sus estudios de lógica, se distinguió por algunas composiciones en prosa y verso, así latinas como españolas, que fueron recibidas con general aplauso.

Intima y cordial amistad unia á los distinguidos letrados Aguilar y Munguía; amistad que cada dia robustecian más y más la conformidad de ideas, el gusto por los estudios clásicos, y sobre todo, los trabajos de la profesion.—Si juntos, pues, habian proseguido sus estudios y los habian terminado de un modo brillante, juntos se propusieron ejercer las difíciles y delicadas tareas que se les encomendaran: eran dos figuras que honraban altamente el foro de Morelia. Pero en 1841 le fué preciso al Sr. Aguilar separarse del

\* Hizo, pues, lo que en aquel tiempo se llamaba en el profesorado de los colegios, *carrera de cátedras*.

colegio y aún de su ciudad natal, porque los negocios de su numerosa clientela reclamaban su presencia en Guajuato y San Luis Potosí. Radicóse en esta última, y tuvo la honra de que sus vecinos depositaran en él desde luego su confianza, eligiéndolo patrono de sus asuntos y prodigándole otras señaladas muestras de afectuosa estimación. Allí contrajo matrimonio nuestro D. Ignacio con la virtuosísima Señora Doña Josefa Aguirre, sobrina del Coronel D. Matías Martín y Aguirre, tan conocido en los fastos de nuestra primera revolución.

Grande fué el concepto de inteligencia y probidad que entre los potosinos adquirió el Sr. Aguilar; concepto que, léjos de desmentir, confirmó y robusteció en el desempeño de los cargos á que fué llamado. Se le nombró asesor propietario del Tribunal Mercantil; en seguida Secretario de Gobierno, y al último, asesor general del Estado; empleos todos importantes, difíciles y laboriosos á causa de que en aquella época San Luis Potosí estaba floreciente en su comercio y era una plaza importante, cuya situación política no dejaba de ser por eso bastante azarosa algunas veces.—Sin embargo de tales circunstancias, el Sr. Aguilar se daba tiempo, en medio de sus múltiples ocupaciones, para consagrarse gratuitamente á la enseñanza de la juventud en su propia casa, cuando, por razones que no es del caso relatar, se cerró el Colegio Guadalupano Josefino, único con que por entónces contaba la capital de San Luis.

Michoacan, entre tanto, no ponía en olvido al hijo que de aquel modo le honraba; y así, en 1846 fué electo diputado al Congreso de la Union.—Este incidente obligó al Sr. Aguilar á dejar á San Luis para trasladarse á México.

de la ciudad natal, porque los negocios de  
 en algunas ciudades existían en presencia en Guaya-  
 quín y San Juan. En los días de la guerra y tuvo  
 la guerra de sus vecinos. III. En el día de la guerra  
 en Colombia, el día de la guerra de sus vecinos y por el  
 y en los días de la guerra de sus vecinos.

Comienza aquí la vida pública del Sr. Lic. Aguilar y Marocho; la cual, como veremos luego, es importantísima, y la que acaso ha contribuido más que nada á derramar sobre su nombre una gran celebridad, no ménos que á eclipsar en cierto modo y á hacer olvidar sus dotes de escritor correcto y distinguido. En él, el político ha dominado al literato.

Desde años atrás, como es sabido, la situación política y social de nuestro país se hallaba en un estado completo de desastre y anarquía; ardian furiosamente las guerras civiles provocadas por los partidos que se disputaban el poder; época terrible en que una tempestad de odios, ambiciones y venganzas se habia desencadenado sobre la patria, para cegar en su fuente todos los elementos de riqueza y bienestar; época terrible también, porque todos olvidaban sus deberes, para buscar solo su interés propio y dar rienda suelta á su egoísmo y sus pasiones. —“Por tal época, —dice el Sr. Roa Bárcena, \* — el horizonte político se oscurecía con las nubes de una de tantas revoluciones que ha tenido el país, y cuyo guarismo es tan grande cuanto nula ha sido su eficacia para la curación de los males públicos. Más que cambios de linterna mágica, los políticos semejabán por su repetición y rapidez, la sucesión de visos de móvil prisma que deleita y asombra á los niños. El elemento militar parecía determinar exclusivamente tales cambios, recordándonos las más tristes épocas del imperio romano, en que el

\* Biografía de D. José Joaquín Pesado, páginas 66 y 68.

sólo de Augusto habia quedado á merced de los jefes de la guardia pretoriana. — Tal circunstancia, — agrega el mismo escritor, — vino á difundir en las principales clases de nuestra sociedad, la opinion á que abrió cauce el opúsculo de D. José María Gutierrez de Estrada en 1840, de que ni en la forma republicana ni en los solos elementos del país hallarian remedio eficaz nuestros males, haciéndose necesaria una nueva institucion monárquica bajo la proteccion de las potencias europeas. ”

Muchos años despues de esto, en una época parecida en todo á la anterior, el Sr. Aguilar llegaba á México, y afligido profundamente ante las desgracias que asolaban á la patria, y deseoso de encontrar una manera enérgica y eficaz de ponerles término, creyó de su deber formar parte de los que de aquella manera pensaban; y en efecto, se afilió desde luego en el partido que aspiraba á una monarquía, llevándole el prestigio de su nombre, el contingente de su talento y de su sensatez política, y aun el de su palabra y de su pluma. En la Cámara luchó con ardor defendiendo sus principios y atacando á los que prescindian de las ideas para fijarse solo en accidentes secundarios; y allí, como una prueba del aprecio en que tenian todos sus dotes políticas, le hicieron miembro de las comisiones de puntos constitucionales y gobernacion, acaso las más importantes y delicadas en aquella época. Cupiéronle al Sr. Aguilar, por estremo de sus trabajos parlamentarios, aquellas borrascosas y célebres sesiones del Congreso Mexicano, en que á veces hasta la vida peligraba. Vinieron luego la guerra llamada de los *polkos* y la invasion norte-americana, lo cual trajo naturalmente nuevos conflictos y nuevas dificultades: entónces aquel Cuerpo tuvo que emigrar á Querétaro para discutir la paz, en cuyos trabajos nuestro D. Ignacio tuvo alguna parte.

Fué reelecto para la legislatura siguiente, y durante ese

tiempo redactó uno de los periódicos más célebres en la historia de nuestra prensa, intitulado *El Universal*, teniendo por compañeros y colaboradores á literatos tan distinguidos como Alaman, Portilla, Diez de Bonilla, Rafael Rafael y Roa Bárcena. Trascurrido poco tiempo, recibió el nombramiento de Oficial Mayor de la Secretaría del Tribunal Pleno y Primera Sala de la Suprema Corte de Justicia; empleo este último que desempeñó hasta que por causa de enfermedad y prescripcion de los médicos, se separó con licencia temporal. Ausentóse á San Luis Potosí; y dias despues, á instancias de muchas familias respetables y de las casas de comercio más fuertes que le ofrecieron encargarle sus negocios, pidió y obtuvo una licencia ilimitada de la misma Corte, y resolvió entónces establecerse de nuevo en aquella capital. Pero no bien habia trasladado á ella su familia, cuando se le llamó de México por el último Gobierno dictatorial del general Santa Ana para encargarle la cartera de Gobernacion, la cual despachó hasta que aquel jefe abandonó el poder y el país á un mismo tiempo.—En esa época fué condecorado con la Cruz de Comendador de la Orden de Guadalupe; con la medalla que se decretó para premiar el mérito distinguido en la Instruccion Pública, é igualmente se le honró con la borla de doctor en Derecho Civil de la Universidad, al reinstalarse ésta el 31 de Diciembre de 1854, en union de los Licenciados D. José Bernardo Couto, D. Juan N. Rodríguez de San Miguel, D. Teodosio Lares, D. Leopoldo Rio de la Loza y otras personas verdaderamente notables por sus luces y su inteligencia.

## IV.

Cayó, como decia ántes, á consecuencia de la revolución de Ayutla, el gobierno del general Santa-Ana, y el partido victorioso persiguió encarnizadamente á los principales funcionarios de la administracion vencida; de cuyas resultas, el Sr. Aguilar se dirigió de incógnito al puerto de San Blas, embarcándose con direccion á Panamá para pasar á los Estados Unidos; pero un recio temporal le arrojó á las costas de Tehuantepec, y de allí resolvió internarse de nuevo en el territorio para procurar su evasion por Veracruz. Sin embargo, no lo consiguió; pues en la travesía, una órden de D. Benito Juarez, gobernador de Oaxaca á la sazón, le hizo caer preso en el pueblo de Don Dominguillo, siendo luego conducido á México por una escolta. Aquí fué puesto en libertad al poco tiempo.

No se crea, empero, que acabaron en esto las penalidades del antiguo Ministro de Santa Ana: en México, por desgracia, es costumbre de los partidos preponderantes hostilizar y molestar con exceso á los que pertenecieron al bando contrario.—Como el Sr. Aguilar habia tomado parte en las convulsiones políticas que siguieron á la caída de Santa Ana, señaladamente en las que comenzaron el año de 1856, se le hizo una persecucion constante y tenaz, que le puso en la alternativa de sufrir, ó las molestias de una prision, ó las dolorosas amarguras de la vida azarosa del proscrito. \*

\* Durante el gobierno del general Miramon, habia sido ministro propietario de la Suprema Corte de Justicia, cargo de que le arrojó una nueva revolucion.

Los agentes liberales no le perdian de vista, y áun inventaban pretextos para quitarle el sosiego y la libertad; de modo que por sospechas de que habia tenido participacion en las agencias en Europa que dieron por resultado la intervencion francesa, fué enviado á la prision de Granaditas de Guanajuato, de donde sali6 poco ántes del sitio de Puebla por el ejército francés y de la entrada de éste en la capital de la República.

Una vez consumada la ocupacion de la parte principal del territorio, el Sr. Aguilar fué electo miembro de la que se llamó *Junta de los treinta y cinco*, y en seguida de la mucho más numerosa de Notables. En ésta, ocupó la presidencia de la Comisión encargada de presentar dictámen acerca de la forma de gobierno que al país convenia adoptar.—Fué el autor de ese célebre *Dictámen*, sin duda el documento más importante de nuestra historia contemporánea, segun el análisis que luego haré de él; y el cual se acogió en aquella respetable Asamblea con aplauso y vivísimo entusiasmo, recibiendo el Sr. Aguilar numerosas felicitaciones de todos los puntos de la República.—Decidida la eleccion de Maximiliano de Austria, la Regencia designó al Sr. Aguilar para que en unión de otros distinguidos mexicanos pasara á Europa á presentar un voto de gracias á Napoleon III, y en seguida á ofrecer á aquel la corona del nuevo imperio de México.—Aceptada que fué, entre multitud de distinciones y pruebas de confianza del Soberano, alcanzó la de ser nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de la Santa Sede, primero, y luego cerca de la Corte de Madrid, encargo aquel muy delicado y difícil por las circunstancias de la época. Sin embargo, tanto por su comportamiento en Roma, como por el que observó con el gobierno de la Reina de España, el monarca prodigó al Sr. Aguilar en su correspondencia repetidos testimonios de su cumplida satisfaccion. También

como una prueba de ella y de su particular benevolencia, le condecoró con la Gran Cruz de la Orden de Guadalupe. \*

Atacado en Madrid nuestro D. Ignacio de una grave enfermedad, el Emperador le permitió restituirse á México, no sin gran pesar suyo, porque los servicios que en ese puesto prestaba á la patria eran de la mayor importancia y trascendencia para el porvenir de la nacion. Mas cuando tocó á nuestras playas, se retiraban precisamente los últimos restos del ejército francés, tanto, que ocupado ya por las fuerzas republicanas el camino de Veracruz á la capital, no pudo atravesarlo, y se vió obligado por este motivo á quedarse oculto en Puebla, donde pasó de esa manera el último sitio sufrido por aquella ciudad.—Los ánimos, al poco tiempo de la catástrofe de Querétaro, quedaron muy apaciguados; pero á pesar de esto, el Sr. Aguilar sufrió todavía algun tiempo de prision, pues aquí es oportuno observar, que debido acaso á sus altísimos méritos, él ha sido uno de los miembros del partido conservador, en quien más se han enconado los odios de las facciones liberales. Y nada más injusto que esto: léjos de merecer el Sr. Aguilar el olvido en que hoy está; léjos de ser acreedor á los apasionados juicios que acerca de él se pronuncian, es digno de la estimacion y gratitud de todos los mexicanos: su patriotismo ha sido en todas épocas tan sincero y puro como ardiente, vivo y desinteresado; su honradez política, intachable y digna de encomio; su amor al engrandecimiento y al bienestar de México, ardentísimo y contenido en los límites de la conveniencia aconsejada por la práctica, y un profundo conocimiento del país; su carrera pública, en una palabra, ha estado dirigida siempre por los más severos principios y las miras más elevadas y patrióticas. Todo lo ha

\* Durante su permanencia en la Corte de España publicó un interesante folleto con el título de: *Ligero bosquejo de la situacion de México.*

sacrificado en bien de esta nacion infortunada: salud, riquezas, bienestar, posicion brillante, y hasta el sosiego que todos los hombres desean despues de una época de conti-nuas luchas. Ha bajado de los puestos más elevados con la conciencia tranquila y las manos limpias, y hoy está pobre; pobreza que le honra y que llama sobre él la admiracion y el respeto de todos sus compatriotas!

Puesto en libertad el Sr. Aguilar algunos meses despues de la caída del Imperio, volvió á sus trabajos políticos y literarios, fundando *La Sociedad Católica* y redac-tando hasta hoy, en union de otros escritores, el periódico religioso *La Voz de México*, que lleva más de diez años de salir á luz.—No siendo ya posible la lucha en otro terreno, nuestro incansable D. Ignació se acogió al periodismo, y en él continúa sirviendo á la patria, como pueden servir-la los que están dotados de su maravilloso talento crítico, pensador y práctico. Allí sostiene polémicas importantes y trascendentales en pró de la religion católica y de las reglas que da la Iglesia para el buen gobierno de los pueblos; allí combate á los que pretenden imponer á la nacion ideas absurdas y teorías peligrosas y nocivas; desde allí ilustra las más árduas cuestiones que se presentan en la política del país, en el parlamento, en la sociedad, en la literatura; y allí, en fin, se presenta él como decidido y ardiente defensor de la buena causa, la causa del catolicismo y de la patria.

Aparte de *La Sociedad Católica*, *La Voz de México* y algun otro diario que ántes he mencionado, el Sr. Aguilar

ha escrito en otros muchos de distintas épocas y carácter, —políticos, religiosos, literarios y festivos;— y en ellos ha publicado no pocas series de artículos sobre asuntos diversos que, coleccionados y enlazados entre sí debidamente, podrían formar tratados completos.—Es autor también de innumerables folletos políticos, disertaciones importantes sobre varios puntos de jurisprudencia criminal y civil, y de composiciones poéticas de distintos géneros, algunas de las cuales han quedado inéditas, pues solo unas cuantas han visto la luz pública. Entre éstas goza en México de crecida celebridad su ingeniosísima y aguda sátira *La Batalla del Juéves Santo*, relativa á un ruidoso episodio de la época de la Reforma.

Como escritor, el Sr. Aguilar goza de alta y merecida reputación, y sus mismos adversarios en política y en la prensa, reconocen la superioridad de su estilo, el brillo y tersura de su dición, sus amenos rasgos y felices pensamientos; todo aquello, en fin, que hace que sea su pluma una de las más gallardas, ricas é ingeniosas que se encuentran en México.—Desgraciadamente, las vicisitudes de su vida y los desengaños que ellas le han traído, no le han dejado nunca consagrarse á obras formales y acabadas, y se ha limitado, por consiguiente, á escritos de polémica, de política ó de exposicion de doctrinas jurídicas y científicas, y áun éstos no están reunidos en un cuerpo ni coleccionados. Andan sueltos en periódicos y publicaciones que fueron de circunstancias, en cuadernos ó folletos, expuestos á perecer y á perderse en el olvido, sin que quizá más tarde nuestra literatura pueda engalanarse con ellos.

## VI.

Ocupa indudablemente el primer lugar entre todas las obras del Sr. Aguilar y Marocho, el *Dictámen* presentado á la Asamblea de Notables de que ántes hice mérito.— Prescindiendo de la importancia y trascendencia política de este documento, y juzgándolo solo como obra literaria, creo que él bastaría por sí mismo para dar á su autor una reputacion inmensa y un título de gloria para su nombre; pues escrito en las pocas horas que la premura del tiempo permitia, sorprende cómo pudo el Sr. Aguilar atesorar en él tantos y tan oportunos recuerdos históricos, tantas ideas políticas de ellos deducidas, tantos rasgos felices de crítica filosófica en el compendiado y conciso análisis que hace de nuestras desgracias. Con un método admirable, con habilidad suma, con un espíritu de discernimiento elevadísimo, y con toda la sinceridad que inspiran el verdadero patriotismo y el anhelo de ver feliz á este país desventurado, el Sr. Aguilar estudia, examina, comenta y se detiene á meditar en la historia política de nuestro país desde 1821. Su mirada penetrante lo investiga todo; busca las causas que han detenido nuestro progreso y mejoramiento; se lamenta de los extravíos y mala fe en que han incurrido los gobiernos mexicanos, y expone nuestras necesidades y conflictos para deducir de aquí nuestras aspiraciones; y cuando lo comprende todo, y todo se lo explica, su ardiente y patriota corazón prorumpe, no en inútiles lamentaciones y quejas, sino en vigorosas invectivas contra los verdaderos autores de las desgracias que han aquejado á México, señalando, por último, los únicos medios que podrian salvarlo.—En es-

ta ojeada rápida, pero completa, á la larga serie de nuestras vicisitudes revolucionarias, se ve al hombre de Estado y al político profundo que desecha los detalles para solo fijarse en el origen y la raíz de los hechos. Es acertado y elocuente, cuando describe la triste situación á que llegan los pueblos si los que están al frente de ellos se dejan guiar por sus pasiones y olvidan su deber; denota gran rectitud de criterio al hacer la apreciación de la obra que lentamente han venido formando los diversos bandos liberales que en México se han disputado el poder; y finalmente, la pintura que hace de la reforma y sus estragos, es admirable, elocuentísima, conmovedora, por la vehemencia del estilo y la incólume verdad y dolorosa enseñanza que deja en el espíritu. Es esta una de las páginas más notables que han salido de la pluma de nuestro escritor, y la que mejor pone de manifiesto sus superiores dotes de político y literato.

No puedo resistir á la tentación de copiar en seguida los hermosísimos conceptos que el Sr. Aguilar dedica á España, la amada madre de las jóvenes naciones americanas. —“¡Cuánta gloria derrama la inmortalidad, —exclama el elegante escritor,— sobre la nación, señora de dos mundos, que plantando el estandarte de la cruz encima del ara de los humanos sacrificios, difundió sobre un gran pueblo el esplendor divino de la civilización evangélica! Conteniendo los arranques de nuestra ingrata severidad, y colocándonos fuera del alcance de las pasiones, como cumple á críticos imparciales, ¡cuánto no tenemos que admirar entre las huellas que nos dejaron esa serie de soberanos que extendían hasta México su cetro protector, al través de la inmensidad de los mares! Una legislación especial, llena de prudencia y de sabiduría, colocó á los indígenas al abrigo de las tentativas de la malignidad, que nunca dejaría de hacer su presa y de sacar sus ventajas, de una nación humillada por la conquista, débil, ignorante y supersticiosa.

No fué el cuidado de un príncipe, sino la esmerada vigilancia de un padre, la que pudo descender en las leyes hasta el nivel de las costumbres y de los vicios habituales de los indios, para dulcificar las unas y precaver los otros, atenuando al mismo tiempo el extremo rigor de las penas ordinarias. El individuo, la familia, las comunidades, las congregaciones, los pueblos formados por gente nativa del país, todo fué objeto del celo de los monarcas, constituidos hasta cierto punto en tutores de las personas y defensores de los bienes de una raza que consideraron digna de su amparo y de su asistencia. Hospicios, hospitales, colegios exclusivamente erigidos para proveer á las necesidades físicas y al cultivo de la inteligencia de sus nuevos súbditos, no fueron los menores beneficios que les prodigó la solici tud del Gobierno peninsular.—Ahora, si paseamos nuestras miradas por la ancha superficie de nuestro suelo; si recor rémos los caminos; si bajamos á la profundidad de nues tras minas; si observamos el aspecto de nuestros pobla dos; por todas partes verémos impreso el sello de una au toridad que se desvelaba por mejorar en todos sentidos la condicion de las colonias. Los puentes y calzadas, las principales vías de comunicacion, la fundacion de ciudades magníficas, los soberbios acueductos, las majestuosas basí licas, los bellísimos palacios, los multiplicados colegios é institutos para todos los ramos de enseñanza, los grandio sos establecimientos de beneficencia para el alivio de todas las llagas de la humanidad. . . . interminable, señores, sería la Comision, si intentara enumerar los gloriosos timbres de la sabiduría, piedad y munificencia de los soberanos espa ñoles.”

El *Dictámen* acaba, como todos saben, consultando el establecimiento de la monarquía en México.

## VII.

Las diarias fatigas del periodismo, y sinsabores y ocupaciones de otro género, no impiden que los escritos que hoy publica el Sr. Aguilar, como redactor de *La Voz de México*, sean tan notables como los que anteriormente ha dado á luz: en ellos hay la misma abundancia de doctrina, igual erudicion literaria y científica, elevada y sana crítica, estilo correcto y animado, y conocimiento profundo de la nacion y de los individuos, de sus males, de sus necesidades y de sus elementos.—Su festivo ingenio, que mal se aviene al parecer con su melancólico semblante, ameniza todas las materias que trata, y nunca está desprovisto su estilo de aquella facilidad, sencillez y donaire que tanto agrada encontrar en los trabajos de la prensa. Por lo demás, todos en México reconocen en el Sr. Aguilar al escritor satírico más hábil que tenemos. Su crítica es siempre fina, delicada, incisiva y de buen gusto; sus censuras justas y oportunas; sus observaciones, de una causticidad acerba y picante, pero contenida en los límites de la decencia y la caballerosidad. En su *Batalla del Jueves Santo* y en algunos otros poemas burlescos que he tenido la fortuna de leer, y que aún permanecen inéditos, hay rasgos felicísimos, dignos de Quevedo.

Aunque el Sr. Aguilar ha sido constante enemigo de los gobiernos liberales que han regido á México, últimamente fué nombrado en comision con otras dos personas para redactar el *Código de Marina* de la República; prueba evidente del aprecio en que se tienen su aptitud y su saber.

En suma: sagaz y profundo político; patriota, honrado,

entendido; literato insigne y periodista incansable, que á su edad lucha todavía con encendido ardor; jurisconsulto, crítico, poeta; noble y caballeroso adversario que sabe acatar las reglas de la discusion y la polémica, el Sr. Aguilar y Marocho es uno de los hombres que más honran á nuestra patria, y que mayores títulos reúne para ocupar distinguido lugar entre los mexicanos ilustres contemporáneos.





PRESB. LIC.

## DON TIRSO RAFAEL CORDOBA.

**N**ACIÓ el Sr. D. Tirso Rafael Córdoba, ornamento hoy del clero mexicano, y honra de nuestro foro y de nuestras letras, el 28 de Enero de 1838, en la Villa de Zinapécuaro, del Estado de Michoacan. Sus padres fueron D. Juan Bautista Córdoba y Doña María del Tránsito Escalante; pobres ambos, si bien de honrado y limpio linaje, y estimados siempre en la sociedad moreliana por las virtudes y nobles prendas que los adornaban.— Abuelo paterno de nuestro D. Tirso fué el insigne médico y distinguido poeta D. Ignacio Fernández de Córdoba, cuyo festivo ingenio, humanitarios sentimientos, y dulce y bondadoso trato, recuerdan todavía los michoacanos, señalándole como una de sus glorias literarias, pues fué de los primeros en cultivar en el país el difícil género de la fábula. De las muchas que compuso el D. Ignacio formóse un tomo, del cual se han hecho dos ediciones; pero de ellas son hoy

escasísimos los ejemplares. El satírico poeta, que había vivido con holgura, murió en la más extremada pobreza; y acaso no dejó de tener en ello la parte principal, fuera del carácter desprendido del doctor, el haber servido á la causa de la independéncia, uniéndose en Valladolid al Cura Hidalgo en calidad de médico suyo. El Obispo de Michoacan, D. Márcos Moriana y Zafrilla, distinguióle también con su amistad, y áun le debió su asistencia en los últimos momentos.

Cuando nació el Sr. D. Tirso, su familia vivía accidentalmente en la referida Villa de Zinapécuaro; pero á poco se trasladó á Morelia, capital del Estado, que era el lugar de su antigua residencia.—Allí estudió aquél los primeros elementos del saber, distinguiéndose entre los niños sus compañeros por su buena índole, por su ardiente y jovial carácter, que no ha desmentido ni en las circunstancias más difíciles, y por su amor al estudio que le granjeó desde entónces señalados premios y la honrosa estima de personas importantes y beneméritas, como el Ilmo. Sr. Munguía, Obispo entónces de Michoacan, el General Don José de Ugarte, Gobernador que era del Estado, y, sobre todo, el magnánimo y bondadosísimo Prelado que rigé actualmente los destinos de la Arquidiócesis Mexicana. En efecto, al Ilmo. Sr. Arzobispo, Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos debe el Sr. Córdoba, —como él dice,— “no solo su carrera social y literaria, sino los oficios del más tierno y cariñoso padre.”

Era el año de 1852: D. Tirso Rafael contaba apenas catorce de edad y cursaba el aula de Prosodia latina en aquel gran Seminario-Tridentino de Morelia, que al impulso del genio del Sr. Munguía y bajo la inmediata dirección del prudente y sabio Sr. Labastida, había llegado á ser, por su acertado plan de estudios, por su régimen interior y por los brillantes resultados que en todas las carreras científicas ob-

tenian de él la Iglesia y el Estado, como una especie de Universidad que gozaba de gran crédito en toda la nación. Más de quinientos alumnos asistian á sus aulas, y entre ellos los habia de Monterey, Zacatecas, San Luis Potosí, Zamora, Silao, Guanajuato, Leon y otros muchos puntos lejanos de Morelia, sin exceptuar la misma capital de la República. \* —A fines de ese año, el jóven Córdoba sustentó, en union de otros compañeros suyos tan estudiosos como él, una oposicion pública de toda latinidad, que llamó extraordinariamente la atencion de los concurrentes. Mostróse tan versado ya en los clásicos y en las humanidades, no obstante su corta edad; reveló tal ingenio y exquisito gusto en los primeros versos latinos que allí presentó, y tanto placer tuvo la concurrencia por el despejo y lucimiento con que desempeñó el acto, que fué premiado luego con una beca de gracia por los Señores Munguía y Labastida, y este último se declaró, al saber la situacion de la familia del jóven Tirso, su decidido y constante protector. —Asegurada así su suerte, continuó dedicándose con teson y magnífico éxito al estudio de la filosofía y tambien al de la bella literatura; su pasion dominante y favorita desde entónces.

En 1853 comenzaron á conocerse sus ensayos poéticos, que más tarde debian hacerle popular en Michoacan, y luego estimado en la nacion y fuera de ella. \*\* —En esa época, obtuvo la señalada distincion de ser nombrado socio del *Liceo Iturbide*, á pesar de que á él solo debian concurrir Bachilleres y personas formadas ya en las letras. De ese

\* De justicia es mencionar aquí al virtuosísimo, laborioso y muy entendido Padre D. Mariano Rivas, verdadero reformador del Seminario, y á quien se debió principalmente el grado de esplendor que aquel establecimiento tuvo en la época á que me refiero.

\*\* *La Ilustracion Española y Americana* de Madrid, dió en 1875 el retrato del Sr. Córdoba, acompañado de muy lisonjeros elogios á sus versos.

Liceo era presidente entónces el distinguido y malogrado literato D. Agapito Ayala y Galvan, celoso y docto eclesiástico, cuya pérdida lamenta todavía aquella Iglesia.

Hallábase nuestro D. Tirso próximo á concluir el estudio de filosofía, cuando en Junio de 1855 el Sr. Labastida, que habia sido electo Obispo de Puebla, dejó á Michoacan para trasladarse á su diócesis, llevándose consigo á nuestro poeta en calidad de familiar suyo.—Nuevos y más amplios horizontes abriéronse con esto á la carrera del vate michoacano, que bajo tan magníficos auspicios y alta protección, comenzó á darse á conocer en las buenas sociedades de Puebla y de México. La prensa periódica dió á luz algunas de sus composiciones poéticas, las cuales fueron vistas con positivo agrado por cuantos las tuvieron en sus manos, aún maestros tan doctos y severos como el Conde de la Cortina, D. Manuel Pérez Salazar, D. Miguel Gerónimo Martínez, y otros de grata memoria para las letras nacionales. Acrecentóse notablemente el buen concepto de inteligencia de que ya gozaba D. Tirso, con el acto público de toda filosofía que sustentó á fines de aquel año de 1855 en el Seminario Conciliar Palafoxiano, siendo apadrinado por el Ilmo. Sr. Labastida, y presidido el acto por el benemérito y sabio sacerdote D. José María Izquierdo y Reyes. Un gran triunfo coronó sus desvelos.

Despues de esto, emprendió los estudios de jurisprudencia con ánimo de estudiar en seguida las ciencias eclesiásticas; pero, por desgracia, en esos momentos comenzó á desatarse furiosamente la tormenta política sobre nuestra

patria.—Al triunfo del Plan de Ayutla, siguió el Gobierno de Comonfort, y luego las hostilidades contra la Iglesia mexicana. La ley del desafuero eclesiástico y militar, y otras medidas vejatorias y altamente inconvenientes y absurdas, determinaron el levantamiento del ejército, y con él, la aparición de aquellos caudillos reaccionarios que tanto influyeron con sus hazañas en los destinos político-religiosos de la nación. Esta comenzó á cruzar por tremenda crisis desde el primer grito lanzado en Zacapoaxtla. Puebla fué teatro de sangrientas escenas; y el triunfo de Comonfort sobre ella trajo el destierro del Ilmo. Sr. Labastida, á quien no pudieron escudar su inocencia y prudente conducta, de los rudos golpes de aquella revolucion, precursora de la Reforma, que debía producir tantas ruinas y sacrificar tantas víctimas.

El Sr. Córdoba, afectado por tan desgraciados sucesos, y sinceramente adicto á la causa de la religion perseguida, tomó parte en su defensa hasta donde sus fuerzas y circunstancias se lo permitieron; y mucho fué que su carrera no se truncase, y que las olas de aquel mar revolucionario embravecido no lo arrastrasen consigo, como aconteció desgraciadamente á otros muchos.—El Sr. Córdoba regresó al país natal, donde, al escucharse aquel saludo poético de una de sus más bellas y sentidas composiciones,

¡Morelia, suelo querido!

Al fin place á mi fortuna

Que, como el ave á su nido,

Torne á tí, vergel florido,

Donde se meció mi cuna,

fué recibido por sus paisanos con grande entusiasmo y simpatía. El Seminario volvió á abrirle sus puertas; y allí, durante los años de 1857 y 1858, siguió cursando la jurisprudencia con notable aprovechamiento. Al mismo tiempo

consagraba su pluma á la defensa de los principios sociales en union de los Martínez, Terceros, Gómez, Ugartes, Belauzarán, Cardellach y otros, que han conquistado justa nombradía, y algunos de los cuales áun hoy son dignos mantenedores de la buena causa. Los periódicos *La Tempestad* y *El Porvenir* honraron sus columnas con los trabajos del Sr. D. Tirso, quien á poco fundó con los poetas Góngora y Novoa *La Rosa de Michoacan*; hermosa publicacion literaria que mereció los elogios de los ilustres redactores de *La Cruz*.

La persecucion contra la Iglesia crecia, á medida que el digno Episcopado Mexicano defendia los derechos de aquella con ardoroso celo y heroica energía. El Seminario de Morelia fué tambien rudamente atacado, hasta cerrarle sus aulas y apoderarse luego el Gobierno del edificio, perdiendo muchos jóvenes sus carreras.—Esta desgracia obligó á nuestro poeta á trasladarse á México, para continuar aquí sus estudios teóricos de leyes, y entró al Colegio de San Ildefonso, dirigido ese año (1859) por D. Sebastian Lerdo de Tejada. Graduado al poco tiempo de Bachiller en ambos derechos en la Universidad, pasó á Puebla á hacer su práctica de foro para recibirse de abogado, sirviendo entre tanto en aquel Seminario la cátedra de francés ganada en una oposicion; pero perdió toda esperanza de alcanzar el logro de sus deseos, pues el *poder constitucional* ponía infinitas trabas á los que habian hecho sus estudios en colegios del clero. D. Tirso entónces se dedicó al profesorado y á la enseñanza de la juventud, y estableció en la Sierra del Norte de Puebla (Zacapoaxtla) un Colegio Preparatorio que dió muy buenos frutos.—En ese mismo tiempo se unió en matrimonio con la estimable Srita. Doña Guadalupe Loaiza, perteneciente á una de las más distinguidas familias poblanas.

## III.

Entre tanto, la guerra de la intervencion se habia encendido, y nuestro D. Tirso tuvo que experimentar nuevos sabores y contrariedades: era ya demasiado conocido por sus opiniones y escritos, para que dejaran de hacerlo objeto de sus venganzas aquellos á quienes combatia. Una vez establecido en Puebla el nuevo Gobierno, fué nombrado oficial primero de su Secretaría y redactor más tarde del *Periódico Oficial*.

Cuando regresó al país el Sr. Obispo Labastida, que no habia cesado de proteger al Señor Córdoba, si bien lamentaba que no hubiera proseguido la carrera eclesiástica, le previno que viniese á México á recibirse de abogado, lo cual efectuó en 1864.—A la sazón, acababa de pasar aquella funesta crisis determinada por el tratado secreto de Miramar, que hizo revivir los elementos contrarios al catolicismo de México. El Sr. Córdoba habia sufrido tambien en Puebla las consecuencias de esta ruptura, y con gusto se decidia ya á consagrarse únicamente á los trabajos del foro, sin acordarse de que la política es un terreno que atrae al que una vez lo ha pisado, cuando al cabo de algun tiempo de desempeñar el Juzgado de Tepeji de la Seda, fué llamado á México por el Sr. Escudero y Echanove á servir el empleo de Jefe de la Sección 1.<sup>a</sup> del Ministerio de Justicia; y luego el Sr. Lares lo hizo además su Secretario particular. \* En seguida pasó á ser Secretario general del Gobier-

\* Este encargo lo habia desempeñado ántes, cerca del Sr. Munguía. D. Tirso Rafael sirvió tambien al lado de los Sres. Velázquez de Leon y D. José Fernando Ramírez, quienes le encargaron la formación de los *Boletines de Leyes* de aquella época.

no de Puebla, y en este alto puesto lo sorprendió la caída del Imperio, siendo perseguido á muerte á causa de sus escritos y demás servicios prestados por él al partido vencido. Afortunadamente, el Sr. Lerdo de Tejada, miembro del nuevo Gobierno, y que profesaba á nuestro poeta grande estimacion, hizo que pudiese consagrarse libre y pacíficamente á sus negocios profesionales, retirándose ya á la vida privada en el Estado de Tlaxcala. Combatido todavía allí por el odio político, vínose á México; é infatigable en sus trabajos, fué uno de los fundadores de la Sociedad Católica y del periódico de igual nombre, lo mismo que de *La Voz de México, Angel de la Guarda é Idea Católica*. En todos ellos dió á luz artículos de polémica religiosa y filosófica, y muy bellas poesías.

Su espíritu de propaganda y su carácter generoso y desprendido, no le dejaron quieto mucho tiempo en la capital, y salió de ella para ir á fundar Sociedades Católicas en el antiguo teatro de sus luchas, Puebla, San Andrés Chalchicomula, Cholula y Huamantla. De las dos primeras fué nombrado presidente, é inició en todas obras muy importantes y benéficas.—El voto del Distrito de Teziutlan lo puso al frente de su jefatura política en 1872, y el de Zacapoaxtla lo elevó como Diputado á la Asamblea Legislativa de Puebla; pero mal avenido con las trabas que el espíritu de partido puso entónces á los católicos, especialmente la de la protesta á las leyes de Reforma, volvió de nuevo y para siempre á la vida privada, y á sus tareas en las sociedades católicas y en la prensa religiosa. En Puebla fundó el *Licco Carpio* con muy aventajados discípulos suyos en jurisprudencia y literatura, y redactó varios periódicos, como *El Obrero Católico, El Hijo del Obrero, La Lira Poblana, El Ancora, La Oliva*, y otros varios.

Por último, habiendo tenido la desgracia de perder á su esposa en 1878, abrazó el estado eclesiástico en 28 de Se-

tiembre del año próximo pasado. ¿Quién podrá expresar las diversas y encontradas emociones del Sr. Córdoba al salir de esta capital para dirigirse á Morelia á cantar allí su primera misa? El poeta volvía al patrio suelo despues de veintiun años de ausencia, con una profunda herida en el alma y el corazon henchido de todo género de recuerdos; triste, solo, desengañado. . . . Iba á estrechar en sus brazos á su anciano padre que lo esperaba; iba á ver á sus amigos de la infancia y de la juventud, á recorrer lugares queridos que tal vez no había olvidado. . . . Y no era ya el estudiante de otro tiempo, el mancebo entusiasta que soñaba con la gloria y el mundo, el cantor apasionado de las alegrías y venturas de la adolescencia: era ya otro; era el veterano de la vida, no obstante que se encontraba en la madurez de la edad; conocia las penas, la embriaguez del triunfo, las dulzuras domésticas, las fatigas de la lucha, la amarga hiel del desengaño, todo, en una palabra; y á la sazón se veía sacerdote de Jesucristo, ministro de su altar, dispuesto á un nuevo género de lides. . . . ¡Cuántos motivos para sentir hondamente y bendecir al Señor. . . .!—Morelia, que no ignoraba los laureles conquistados por el Sr. Córdoba en su carrera, se puso de gala para recibir á su hijo querido, y todos se esmeraron en prodigarle finas y merecidas atenciones de cariño, especialmente su maestro el Ilmo. Sr. Arzobispo de Michoacan, Dr. D. José Ignacio Arciga. Algunos dias despues regresó á México.

Tal ha sido la vida del Sr. D. Tirso Rafael Córdoba; vida laboriosa, de contiúuas luchas, de infatigable propaganda, de sacrificios sin cuento en favor de causas tan nobles como la religion, la patria, la literatura, el periodismo católico y la enseñanza de la juventud. Soldado y poeta, hombre de gobierno y de combate, político, letrado, escritor, este distinguido hijo de Michoacan es una de las glorias más puras de aquel suelo, patria de muchos que en

este siglo han ilustrado y honrado altamente la historia mexicana.—Hoy nuestro D. Tirso reside en esta capital, para gala y ornamento del clero de México: el Ilmo. Sr. Labastida lo distingue con un cariño de padre y con su benevolencia de Prelado: lo tiene cerca de sí como su Secretario particular, y le ha dado además los cargos de Promotor Fiscal de la Curia Eclesiástica, de Secretario general del Obolo de San Pedro y del Apostolado de la Oracion, de catedrático de literatura en el Seminario y Redactor del *Mensajero del Sagrado Corazon de Jesus*. Otros empleos más altos le esperan sin duda en la carrera que tan brillantemente ha comenzado; pues sus méritos, su claro talento, su amor al estudio, su dedicacion y celo para cumplir los deberes que el estado le impone, y otras circunstancias no comunes que en él concurren, le abren ancho porvenir en la Iglesia mexicana.

#### IV.

Veámos ahora las obras de nuestro D. Tirso.—Aparte de los numerosos artículos políticos, religiosos y literarios que ha dado á luz en los periódicos, ha publicado los libros siguientes: *Poesías* (un vol. 350 págs.: 1874 y 2ª edicion 1878), *Cartas á Fausto*, *Manual de Literatura*, *Mosaico Mexicano* (libro de lectura para las escuelas), *Historia elemental de México*, *Lavalle Mexicano* (devocionario), varios *Nisursos* sueltos, y traducciones de los *Cuentos de Navidad* de Cárlos Dickens, de *La Moral filosófica* del P. Daniel, de *El Clericalismo*, y del opúsculo sobre *Pío IX*, de Luis Veuillot. En 1876 puso prólogo á las obras poéticas de D.

Manuel Pérez Salazar y Venegas, uno de los hombres más notables que ha producido Puebla.

Como poeta, el Sr. Córdoba ocupa uno de los primeros y más distinguidos lugares del parnaso mexicano: rica y verdadera inspiracion, excelente gusto, amena y pintoresca fantasía, gran facilidad para la versificacion, y sentimientos tan vivos como delicados: hé aquí las cualidades principales que lo caracterizan. Sus poesías sagradas rebosan piedad y dulzura; son candorosas y apacibles, y están llenas de nobles y profundos pensamientos que revelan al creyente apasionado de su religion, al filósofo que medita en las bases de la doctrina que profesa, al poeta, en fin, que ve en las creencias católicas, fecundos y hermosos manantiales de suprema belleza y de exquisitas delicias para el alma. En esas poesías, además, hay magníficos arranques del más puro y encendido amor á Dios: hay uncion mística; hay algo que permite adivinar la cándida fe y la sencilla humildad del corazon del poeta, que ante todo es un corazon cristiano. Sí: en esos himnos, en esas plegarias, en esos suaves y dulcísimos cantos, se refleja toda entera la bellísima alma de Tirso, dispuesta siempre á la bondad y á los sentimientos generosos.

El Sr. Córdoba es el cantor de la Virgen María, y á esta Señora Inmaculada ha dedicado los más armoniosos acentos de su lira. ¡Qué blanda y amorosa ternura tienen sus versos cuando ensalza las glorias de la Madre de Dios! ¡Cómo se enciende su corazon al dirigirle sus plegarias, al bendecirla, al entonar en honor suyo ardientes y sentidas alabanzas! Su inspiracion, en esós casos, parece más espontánea que nunca; la forma de sus composiciones más gallarda y limpia; más frescas y propias las imágenes; exquisito el perfume de las flores de su ingenio.

Entre las muchas poesías sagradas y morales que podria mencionar aquí en confirmacion de estos juicios, señalaré

únicamente las tituladas: *A María, Plegaria á la Inmaculada Madre de Dios, Al Sagrado Corazon de María, El Camino de la Amargura*, y sobre todo, su bellissimo canto á *La Caridad*, ardiente, sentido y conmovedor. En *La Oracion de un anciano* (traduccion de un anónimo francés escrito en prosa), no se sabe qué admirar más, si la tierna melancolía y dulce piedad de las ideas, ó el tono, el colorido, el armonioso conjunto de la correccion del lenguaje y de la inspiracion poética. Y esto puede decirse tambien de su meditacion *En un Bosque*, de *Una Madre, La vuelta al hogar, Recuerdos, A mi hermano José al cantar su primera misa, Epístola al Sr. Lic. N. Antonio Morán y Cancion epitalámica*: composiciones todas llenas de sentimiento y regalada fragancia, en que el poeta deja ver discretamente los tesoros de su corazon; expansiones delicadas de una alma que ama y se recrea en todo lo bello; desahogos líricos, en fin, de una imaginacion entusiasta y ardiente, sensible y soñadora.—Por lo demás, las *Poesías* del vate michoacano son de una correccion y limpieza poco comunes en estos tiempos de corrupcion literaria: la frase está siempre bien cuidada, las imágenes bien escogidas, los asuntos son elevados y nobles, dignos todos de una musa cristiana; y en general, la colección entera revela buenos estudios, esmerado cultivo y aficion decidida á la clásica poesía española. De manera que en el Sr. Córdoba se unen felizmente el hondo y exquisito sentir, la frescura y vehemencia juveniles, y la correccion, la severidad de la forma.

Como prosista, nuestro autor es igualmente de lo más notable que tenemos en México: su *Prólogo* á las *Poesías* de Pérez Salazar, obra pequeña pero esmeradamente trabajada; sus *Cartas á Fausto*, sus obras didácticas, y aun sus traducciones, dan á conocer al buen hablista, al escritor fácil, de estilo claro, sencillo, sin manchas de galicismos ni giros forzados.

Honda sensacion causaron en el periodismo mexicano las *Cartas del Cura de la Sierra dirigidas á Fausto*, seudónimo aquel bajo el cual se ocultó el Sr. Córdoba. Hé aquí la historia de estas *Cartas*.—Un escritor liberal, de talento y crecida influencia entre los literatos de su partido, publicaba unos artículos con el título de *Bosquejos*, en los cuales censuraba acremente y ridiculizaba con saña, el sistema antiguo de enseñanza, más por ser religioso que por otra cosa: ponía en caricatura á los eclesiásticos y á los maestros de escuela de aldea; se desataba en improperios contra el Padre Ripaldá y su Catecismo; pedia la completa abolición de ese sistema, y aconsejaba la persecucion de los que todavía lo practicaran; finalmente, concluía proclamando sus ideas acerca de tan delicada materia, describiendo al mismo tiempo la escuela tal como á su juicio debe existir en el siglo XIX, la *escuela-modelo*, como él la llamaba. Odiosidad contra la religion y el clero católico, y no un estudio imparcial y sévero, de la instruccion pública en México, revelaban aquellos artículos; y la injusticia con que el autor procedía en sus juicios, causaba en los corazones la más amarga indignacion.

El Sr. Córdoba salió á la defensa de la verdad, y se puso enfrente de aquel escritor, que de una manera tan infundada, atacaba instituciones venerables: rebatió una á una todas sus ideas, con caballerosidad, con calma, con gran acopio de razones y de erudicion literaria, filosófica é histórica.—Su crítica fué fina y aguda, sus sátiras oportunas y de buen gusto, sus razonamientos lucidos y vigorosos, fundados todos en la enseñanza de los más acreditados filósofos y de los más entendidos publicistas; en una palabra, deshizo con gran habilidad todos los conceptos de su contrario, y lo venció en buena lid. Y fuese que el escritor liberal no encontrara ya razones que oponer; fuese que por aquellos momentos hubiese decidido abandonar el perio-

dismo, la verdad es que guardó silencio y se retiró de la lucha, sin que en mucho tiempo volviera á tomar la pluma.—Fué éste un gran triunfo para el Sr. Córdoba, que todavía se recuerda en México con agrado por los que lo presenciaron.

El *Lavalle Mexicano* es un devocionario precioso y en extremo útil para las almas piadosas, por la abundancia de sus oraciones y la unción cristiana que todas respiran: el lenguaje, además, es castizo, sencillo y adecuado al asunto.

Por último, su *Manual de Literatura* ha sido juzgado en los siguientes términos por dos autoridades competentísimas, los Sres. Arango y Escandon y Aguilar y Marocho: —“Encerrar en breves términos, dicen estos insignes escritores, sin omitir parte alguna sustancial, cuanto sirve de materia á un arte ó á una ciencia, es dado á pocos, por la razon muy obvia de que no son muchos los que llegan á tener pleno dominio de alguna ciencia ó arte. Tampoco es de todos escribir con sencillez y claridad; y el *compendio* por su misma naturaleza, y por el objeto á que se destina, es acaso el linaje de composicion que más requiere un estilo claro y sencillo.—El *Manual de Literatura* es completo, y está redactado con la precision y claridad convenientes. Los preceptos que en él se enseñan están tomados de las mejores fuentes, y son á todas luces cánones del buen gusto y de la verdadera belleza literaria. No era ésta la ocasion de escribir *nec nova nec noviter*; y ha hecho muy bien el autor en seguir las huellas de los mayores.”—Tiene de particular esta obra que los ejemplos que en ella pone el Sr. Córdoba para fundar y explicar sus preceptos, están tomados de autores nacionales únicamente.

Tal es, como poeta y escritor, el distinguido mexicano Sr. D. Tirso Rafael Córdoba.



DON

MANUEL OROZCO Y BERRA.

I.

**H**É aquí al más venerable y modesto de los anticuarios mexicanos, al entendido historiador y erudito bibliógrafo de reputacion europea; hé aquí á uno de los más laboriosos escritores que con infatigable celo ha procurado la ilustracion de nuestra historia antigua, y que con sus obras ha enriquecido la literatura mexicana; hé aquí, finalmente, al sabio y digno compañero de D. José Fernando Ramírez, D. Joaquin García Icazbalceta y D. Francisco Pimentel, maestros beneméritos, cuyos nombres deben pronunciarse con respeto por todos los que amen los estudios históricos nacionales y comprendan su importancia y trascendencia.—Veterano de nuestras letras, investigador constante de las fuentes primitivas de nuestra historia, de una vida consagrada enteramente al estudio de todas nuestras antigüedades, aficionado á sacar de ellas luz y provechosa enseñanza; el Sr. Orozco y Berra es digno de los homena-

jes que deben tributarse á quienes, como él, dedican su actividad y sus desvelos al bien, honra y lucimiento de la patria que los vió nacer.

Tuvo su cuna en esta capital de México, y vino al mundo el 8 de Junio de 1816; hijo de D. Juan N. Orozco y de Doña María del Cármen Berra. El primero militó en el ejército insurgente, sirviendo al lado del cura D. Mariano Matamoros como capitan del regimiento de San Pedro.— Despues de recibir la instruccion primaria en la casa del profesor D. Octaviano Chousal, pasó al Colegio de Minería en 1829, y allí se distinguió notablemente por su aplicacion, tanto, que alcanzó á recibirse de ingeniero topógrafo seis años más tarde, sustentando con frecuencia actos públicos y obteniendo en ellos señalados triunfos. Se trasladó luego á Puebla llevado por cuidados de familia; lo que no impidió que se dedicara á dar lecciones particulares de matemáticas y que recibiera el nombramiento de maestro de obras de la ciudad, sin embargo de que todavía contaba pocos años.

El jóven ingeniero amaba con particularidad los estudios y cifraba en los trabajos intelectuales sus mayores delicias; así, no es de extrañar que teniendo ya un título quisiera conquistar otro. Cursó, en efecto, jurisprudencia en el Seminario de aquel Obispado, y asistió á hacer su práctica de foro al bufete del Lic. D. José Rafael Isunza, recibéndose de abogado en 1847.—A la sazón, el país estaba envuelto en los duros conflictos que sobre él habian traído las discordias civiles y la invasion norte-americana; y como el Sr. Orozco mostraba grandes dotes de inteligencia, patriotismo y energía, fué llamado á desempeñar la Secretaría del Gobierno de Puebla, y con este carácter anduvo al lado del Sr. Isunza, su maestro, durante la campaña, siguiéndole igualmente á Querétaro cuando se reunieron en esa ciudad los gobernadores de los Estados para arreglar la paz con

la República del Norte. El 30 de Abril de 1848 renunció aquel puesto, por haberse retirado del Gobierno el citado Sr. Isunza.

En Puebla, dice un biógrafo del Sr. Orozco y Berra, "hizo sus primeros ensayos literarios, pues en 1846 y 1847, fué él quien pronunció el discurso oficial en las festividades del 16 de Setiembre, y formó parte de la redaccion de los periódicos políticos *El Porvenir*, *La Libertad*, y otros. En union de su hermano Fernando, redactó *El Entreacto*, y escribió, en compañía de D. Manuel María de Zamacona, *El Sainete*, y con otros el que llevaba por nombre: *Uno de tantos*. Desempeñó en aquel Estado varias comisiones, entre ellas, la de la formacion de la estadística militar; y fué nombrado asesor del juzgado de Tlaxcala."—Allí mismo tradujo en colaboracion con el citado Sr. Zamacona, el drama francés *André Chénier*, y otro intitulado *El Ministro*.

En 1851 vino el Sr. Orozco á México, con motivo de un negocio profesional en que tenia interés el general Santa-Ana; y concluido aquel, D. José Fernando Ramírez le nombró empleado en la Seccion de Registros del Ministerio de Relaciones, y más tarde, Director del Archivo General.—La amistad de aquel distinguido hombre de Estado impulsó eficazmente en su carrera al Sr. Orozco; y éste desempeñó diversos empleos y comisiones científicas de importancia, tales como las siguientes: las de rectificar la Carta general de la República, de formar un Diccionario Geográfico y un Mapa del Valle de México, y de hacer el inventario de la rica biblioteca del Convento de San Francisco, acompañado del mismo Sr. Ramírez. Fué tambien Oficial Mayor del Ministerio de Fomento y luego Secretario de este ramo en 1857; más tarde profesor de la Escuela Militar, Oficial Mayor nuevamente de Fomento, ingeniero en la construccion de fortificaciones de la capital, y por fin, ministro de la Suprema Corte de Justicia en 1863.—Estos últimos cargos los

tuvo bajo la administración del Presidente Don Benito Juárez.

No habiendo podido seguir al Gobierno liberal en su peregrinación á Paso del Norte, por motivos de familia y escasez de recursos, se quedó en México, donde, al establecerse el Imperio, recibió de Maximiliano señaladas muestras de aprecio, obteniendo los siguientes nombramientos: Subsecretario de Fomento, Director del Museo Nacional, Catedrático de historia de México en la Escuela de Minería, Académico de la de Ciencias y Literatura, Consejero de Estado, y Oficial de la Orden del Aguila Mexicana.—En su carácter de Consejero, prestó importantes servicios al Gobierno Imperial, sobre todo, al tratarse en las célebres conferencias de Orizaba de la conducta que debía seguir el Soberano. El mismo Archiduque dió al Sr. Orozco las gracias en una carta autógrafa que conserva, y en la cual reconoce *la lealtad y fidelidad que habia prestado á su Gobierno.*

Caído el Imperio, el Sr. Orozco y Berra sufrió algun tiempo de prision en el Convento de la Enseñanza convertido en cárcel, retirándose definitivamente desde su salida de él á la vida privada, y no ocupando ya ningun puesto público. “Ha encontrado —dice el escritor á que he aludido,— verdadera proteccion, amistad, consideraciones y arrimo en los Sres. D. José Antonio y D. Bernardo Mendizábal, y en el Sr. D. Sebastian Camacho, quienes le han proporcionado un empleo en la Casa de Moneda, del cual ha vivido y vive;” dedicándose, en las horas que sus ocupaciones le dejan libres, á sus predilectos quehaceres literarios y á la enseñanza de la juventud en el Colegio de la Paz (antiguo de las Vizcainas) y en la Escuela Secundaria de Niñas.

## II.

La carrera literaria del Sr. Orozco y Berra, que comenzó en Puebla, según hemos visto, no ha sido nunca interrumpida por los numerosos puestos públicos, comisiones y empleos que en distintas épocas ha desempeñado; pues su clara inteligencia, ayudada de su grande amor al estudio y de su incansable laboriosidad, no le han dejado desatender las tareas del entendimiento, y sus deberes de ministro en nada turbaron jamás los trabajos del anticuario y del historiador.—Después de sus primeros ensayos, publicados muchos de ellos en los periódicos literarios más autorizados de la época, como *El Museo Mexicano*, *La Ilustración Mexicana* y otros, se dedicó con afán á los estudios históricos, logrando atesorar en poco tiempo preciosos y útiles conocimientos. Manifestó desde luego sobresaliente aptitud para la investigación; y debido á esta circunstancia, y á la de haberse consagrado especialmente al estudio minucioso de los orígenes primitivos de nuestra historia, pudo colaborar de una manera muy notable en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, publicado por el Sr. Andrade. Los artículos que en él dió á luz el Sr. Orozco, fueron todos relativos á la geografía de México, y algunos á los sucesos más importantes de la conquista; siendo digno de observar, que estos últimos, en su mayor parte, estaban revestidos de cierto interés novelesco propio para despertar la animación del lector.—Por ese tiempo (1853), publicó también su *Noticia de la Conjunción del Marqués del Valle*, en la cual hay crecida abundancia de episodios y pormenores, nuevos muchos de ellos enteramente, pues el Sr. Orozco tu-

vo á la vista documentos de importancia ántes desconocidos.—Este libro es un estudio completo de aquella época (1565-1568).—En 1857 contribuyó á la formacion de la *Memoria del Ministerio de Fomento*, dando para ella los siguientes trabajos: “Informe sobre la acuñacion de las Casas de Moneda de México,” “Poblacion de la República Mexicana,” “Divisiones eclesiásticas” de la misma, y “Carta etnográfica.” Despues escribió multitud de artículos descriptivos para la gran obra *México y sus alrededores*, ilustrada con vistas litográficas de lugares y edificios notables.

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística acordó la publicacion de una *Memoria para la Carta hidrográfica del Valle de México*; y al Sr. Orozco y Berra, uno de sus miembros más capaces y distinguidos, encomendó la formacion de aquella, dándola á la estampa en 1864 en un volumen en 4.<sup>o</sup>, y reproduciéndola más tarde en su *Boletín*.—A este trabajo acompañan algunos planos, indispensables para completarlo y hacer más perceptibles sus indicaciones.

De tiempo atrás, el Sr. Orozco habia venido formando una de sus obras más laboriosas é importantes, la primera de su índole en México, y de grandísima utilidad para los estudios históricos nacionales. Me refiero á su *Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México*, de la cual habia presentado ya algunas muestras en la *Memoria de Fomento* de 1857.—Aflicciones y cuidados de familia, las estrecheces de la pobreza y otras penosas dificultades que quitaban á nuestro autor el sosiego, le habian impedido proseguir sus investigaciones y terminar su obra. “De continuo estaba reducido —dice él mismo en el prólogo con ingénua y sencilla franqueza,— á una triste alternativa: si tenia pan, no tenia tiempo, si sobraba el tiempo carecia de pan. Luchando contra esta terrible contradiccion; bregando contra mis sentimientos íntimos por la muerte de mis hijas, proseguí, sin embargo, la tarea que me habia impuesto, con

la tenacidad febril de la desesperacion.”—Ayudado más tarde por los Sres. D. José Fernando Ramírez y D. Joaquin García Icazbalceta, que pusieron liberalmente á su disposicion sus ricas bibliotecas y coleccion de manuscritos; protegido luego por dos ministros ilustrados, sobre todo por el Sr. Salazar Ilarregui autorizado por Maximiliano, quienes conocian el mérito del insigne anticuario y la importancia de la obra que traía entre manos, pudo al fin darle término en 1864; y se imprimió ese mismo año, en un tomo en 4.º mayor, de 392 páginas ilustrado con una Carta.

La obra está dividida en tres partes, y cada una ofrece interés distinto por las materias de que trata; pero todas forman un conjunto, y se enlazan y completan mutuamente.—La primera es un *Ensayo de clasificacion de las lenguas de México*; la segunda, contiene *Apuntes para las inmigraciones de las tribus de México*; y la tercera, finalmente, trata de la *Geografia de las lenguas de México*, ó sea de los lugares de nuestro país en que todavía se hablan los diversos idiomas indígenas y sus dialectos.—Basta esta simple enumeracion, para comprender desde luego la gran importancia del estimable trabajo del Sr. Orozco y Berra, su influencia en las investigaciones lingüísticas é históricas de la nacion, y la luz que puede derramar en esa clase de labores. Su obra, en efecto, es completa, de un valor subidísimo, y digna de los más ardientes aplausos de la crítica. La segunda parte contiene todo lo que se refiere á los pobladores primitivos de esta parte de la América,— su origen, la formacion y division de tribus, el parentesco ó afinidades de éstas entre sí, sus emigraciones, inmigraciones y viajes en busca de mejores climas y tierras más fértiles; sus costumbres, religiones, el grado de civilizacion que cada una alcanzaba, su establecimiento en determinados territorios, sus guerras, su manera de gobernarse; todo, en fin, lo que puede dar idea de aquellas razas que encontraron en Méxi-

co los españoles. Y cuenta que este género de investigación presenta dificultades gravísimas, insuperables muchas veces aún para la más celosa perseverancia. De manera, que para que el Sr. Orozco haya podido asentar sus conclusiones y realizar importantes descubrimientos, ¡cuánto no tendría ántes que estudiar, analizar, leer y comentar! Todo lo examina; y para esto, llama en su auxilio las respetables autoridades que pueden darle alguna luz y fundar sus conjeturas, aclarar sus dudas y guiarlo con seguridad por el erizado zarzal de la historia de las tribus de México; monumentos, ruinas, geroglíficos, manuscritos, crónicas, historias: tales son las fuentes y los materiales que sirven de base en sus trabajos al insigne y venerable anticuario. Y sin embargo de que ninguna de sus deducciones ofrece duda, él dice con la modestia del verdadero mérito que, “si bien la mayor parte de las premisas que establece se fundan en la autoridad histórica, las consecuencias no tienen otro peso que el que él mismo puede comunicarles en virtud de su juicio particular.” “Esta segunda fracción de mi libro —agrega despues,— merece de las tres el menor crédito, y sin falsa modestia, es la ménos meditada. El lector procederá con cordura, no admitiendo mis asertos sino despues de un profundo exámen y con todas las reservas convenientes. Lo que reputo por capital en mi libro, es la fracción relativa á la geografia de las lenguas. No presumo haber atinado en ella tan cumplidamente, que no haya sacado defectos; defectos que por precision debe tener como todo trabajo de hombre, y que mi incapacidad y mi ignorancia no acertaron á evitar, no obstante el haber puesto todo mi cuidado. Trabajos de esta clase son de suyo difíciles; en nuestro país, además, no son todavía comunes; es natural que cuando por primera vez se emprenden, se prohijen mayor número de errores, que así que son ya familiares.”

Ardua y fatigosa era, en efecto, la labor; pero el Sr.

Orozco pudo darle felicísimo remate, merced á su constancia, á sus grandes conocimientos de la poblacion indígena de la República, y al caudal de erudicion histórica y maduros estudios que revela de los autores que han tratado aquellas materias.

### III.

En la *Memoria del Ministerio de Fomento* correspondiente á 1865, registranse dos trabajos importantes de nuestro autor: uno sobre "Posiciones de varios puntos del Imperio Mexicano," y otro titulado "Alturas sobre el nivel del mar de varios puntos del Imperio de México." De ambos estudios científicos, emprendidos con la colaboracion de dos ingenieros distinguidos, se hizo una edicion separada.—Más tarde, en 1867, el Sr. Orozco y Berra publicó por disposicion del Ministerio de Fomento, su *Memoria para el plano de la ciudad de México*; libro curiosísimo y el único hasta hoy en nuestra capital que puede llenar el objeto á que fué destinado. Compónese de dos partes: la primera, que puede llamarse científica, contiene todo lo relativo á la historia cartográfica de la ciudad, levantamiento del plano, triangulacion, vueltas del horizonte, posiciones geográficas, observaciones meteorológicas, evaporacion, superficie de la ciudad, etc. La segunda es puramente histórica: en ella se dan noticias interesantes y por lo general desconocidas, de los establecimientos principales y edificios más notables de México, como iglesias, conventos, palacios, hospitales, colegios, paseos, mercados, monumentos, etc., etc.—"Una

nueva edición de este libro, —dice con justicia el Sr. Sosa— con las variaciones que el curso del tiempo ha hecho necesarias, lo convertirían en el mejor y más curioso *Manual del viajero en México.*”

En cuanto á los *Materiales para una Cartografía mexicana*, publicados en 1871 por el Sr. Orozco y Berra en un tomo, 4.º mayor, de 338 págs., véase lo que dice aquel escritor: “En esta obra se da razon de las ideas geográficas de los aztecas, de cómo representaban las aguas y las tierras, y cómo eran sus planos geográficos y topográficos; régístranse en ella tres mil cuatrocientas cartas generales, particulares, eclesiásticas, del territorio antiguo, hidrográficas, de líneas divisorias, ignográficas, de vías de comunicacion, planos científicos, planos etnográficos, administrativos, mapas históricos, de viajes y topográficos; comprendiéndose en ese número las de las correspondientes subdivisiones de cada una de las diez y seis secciones en que el libro está dispuesto.”

Aparte de estas obras, publicadas en forma de libro, el Sr. Orozco y Berra ha dado á luz otras muchas que andan sueltas en los periódicos; pues desgraciadamente su pobreza no le ha permitido imprimirlas por separado. Tan concienzudos, tan laboriosos é interesantes estos trabajos como los que ántes he mencionado, ellos son dignos del mayor aprecio y propios para servir de consulta á sabios y arqueólogos, porque todos están encaminados á ilustrar nuestra historia antigua y á enriquecerla con nuevos descubrimientos.—Así, en el periódico *El Mexicano*, merecen citarse entre otros muchos, sus artículos: “Algunas nociones de Cronología,” “Geografía,” “Idea de las divisiones territoriales de México, desde los tiempos de la dominacion española hasta nuestros días,” y “Acuñaacion en México.” En *El Renacimiento*, *La Enseñanza*, *El Artista*, *Los Anales del Museo Nacional*, *El Sistema Postal* y *La Revista Científica*

*Mexicana*, de la cual es redactor en jefe, ha publicado tambien numerosos estudios históricos, arqueológicos, geográficos, estadísticos, etc.; siendo muchos de ellos únicos en su género hasta hoy en México, completos, curiosos y acabados. Mencionaré aquí los principales.

En *El Renacimiento: Conquistadores de México, Las Ruinas de Tlalmanalco, La Alhóndiga de Granaditas de Guanajuato, Puerta lateral del Convento de San Francisco de México, y Acuñacion en México*.—El artículo relativo á este último asunto, inserto en la *Memoria del Ministerio de Fomento* de 1857, comprendia una Noticia general de la moneda fabricada en nuestro país desde 1537 hasta fines de 1856, adelantando tres años más el trabajo dado á luz en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* bajo el título de *Moneda en México*. Posteriormente, en 1866, hizo el Sr. Orozco nuevo resúmen de la acuñacion en las casas de Moneda mexicanas, hasta 1865; y en la Memoria publicada en el *El Renacimiento* de que acabo de hacer mérito, continuó su curioso trabajo.

En *La Enseñanza: su Historia de la Geografía en México*, obra importantísima y laboriosa, llena de datos y noticias, en que el Sr. Orozco se extiende á tratar de los distintos ramos de aquella ciencia en nuestro país, de los trabajos emprendidos por algunos sabios, y de los progresos y descubrimientos alcanzados.—Es esta una de las obras más curiosas de nuestro autor, que hace honor á su saber y á sus estudios.

En *El Artista*: sus luminosos artículos acerca de *La Civilización Mexicana y la Cruz del Palenque*, en los cuales, despues de detenidas investigaciones, el Sr. Orozco establece las deducciones siguientes: 1<sup>ª</sup> Antes del descubrimiento de Cristóbal Colon, América tuvo algunas comunicaciones con el viejo mundo; 2<sup>ª</sup> Los pueblos americanos tuvieron su civilizacion propia y peculiar, en la cual vinieron á inger-

tarse las ideas de las civilizaciones asiáticas, y más tarde las de la europea.

En los *Anales del Museo Nacional: El Cuauhxicalli de Tizoc*, estudio arqueológico sobre la piedra vulgarmente llamada "De los sacrificios;" *Dedicacion del Templo mayor de México*, también estudio arqueológico de una lápida conmemorativa de aquel acontecimiento; *Códice Mendozino*, ó sea ensayo de descifracion geroglífica de este documento publicado en la famosa obra de Lord Kinsborough *Antiquities of Mexico*; y finalmente, *Doctrinas en gereoglíficos*, curiosísimo é interesante artículo sobre los medios empleados en la escritura por los aztecas y aún por los misioneros dedicados á su enseñanza, para expresar sus ideas religiosas una vez iniciados en los preceptos de la civilizacion cristiana. El Sr. Orozco descifra aquí también un manuscrito que posee, el cual no es otra cosa que una compilacion de oraciones expresadas por figuras dibujadas y combinadas de diversos modos.

En la *Revista Científica Mexicana* continúan los artículos relativos á la *Historia de la Geografía en México*; y por último, en la *Biblioteca Histórica Mexicana* que publica actualmente el Sr. D. José María Vigil, aparece un notable *Estudio de Cronología Mexicana* debido á la pluma de nuestro anticuario, sirviendo como de introduccion á la *Crónica de Tezozomoc*.

Tales son las obras hasta hoy publicadas por el Sr. D. Manuel Orozco y Berra. Inéditas aún conserva muchas, pues su increíble aficion al trabajo y su dedicacion al estudio, jamás le permiten descansar: el venerable anticuario halla en las investigaciones históricas su mayor encanto y sus más puras delicias.—Entre lo que el Sr. Orozco tiene sin publicar, solo mencionaré su *Historia Antigua de México*; obra verdaderamente magna, llena de novedad y de atractivo, profunda, extensa y completa, que sin duda co-

ronará su reputación de sabio, y será nuevo timbre de gloria para la literatura nacional, y valiosa joya que vendrá á aumentar el número de las que ya la enriquecen; pues creo que difícilmente podrá escribirse en mucho tiempo otra que le iguale en interés y originalidad. En cuatro partes está dividida: la primera trata de la civilización azteca, la segunda, del hombre primitivo en América, la tercera, de la historia antigua de los mexicanos, es decir, anterior á la llegada de los españoles, y la cuarta, de la conquista.—El plan no puede ser más vasto y acertado; y en cuanto al desempeño, ya debe suponerse que será brillantísimo. El Sr. Orozco ha depositado en las páginas de su libro el fruto de los estudios de toda su vida, lo que ha penetrado en sus detenidas y profundas meditaciones, lo que le ha enseñado la experiencia, lo que ha descubierto, en fin, ayudado de las ciencias auxiliares de la historia, como la lingüística, la arqueología, la paleontología, y otras. También ha destruido innumerables errores, desechado teorías, aclarado dudas; ha rectificado, modificado, explicado las noticias dadas por cien autores respetables, hasta poner en claro la verdad y presentar los hechos tales como fueron y sucedieron; ha purificado, en suma, por medio del más elevado criterio y de la más fina sagacidad, los manantiales todos de la historia antigua de México. ¡Qué solidez de conocimientos revelan estos trabajos, y cómo se conoce que son familiares al Sr. Orozco los autores que han escrito sobre nuestro país, desde los cronistas é historiadores primitivos hasta nuestros días!— Yo estoy seguro de que la obra del Sr. Orozco y Berra y la que el Sr. García Icazbalceta prepara sobre la *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, serán los dos más grandes acontecimientos de nuestra literatura contemporánea, por el vacío que vienen á llenar, por la autoridad que les dá el saber de sus autores, por su amenidad y utilidad, y aún por lo escogido, elegante y castizo de la dición. La *Historia* nos

dirá todo lo relativo al pasado del pueblo que vencieron Cortés y sus legiones, todo lo que se refiera á sus orígenes, civilizacion, costumbres, cultura, etc.; nos describirá aquellas guerras sangrientas, aquellos ritos de su religion y de sus usos guerreros, aquellos combates, en fin, entre los soldados de Castilla y las masas de indígenas; hambrientos, desnudos, casi desarmados, pero valerosos y heróicos. La *Bibliografía* nos explicará cómo, una vez perdido por los aztecas su poder, se pusieron las bases de la sociedad actual, qué medios emplearon los dominadores para engrandecerla y darle dicha, cómo se propagó la luz de la verdadera civilizacion entre los indios, quiénes se encargaron de esta obra meritoria y cómo lograron darle cima; la *Bibliografía* nos dirá, por último, de qué manera españoles y mexicanos, vencedores y vencidos, se unieron y confundieron entre sí para formar un solo pueblo. Aquí presenciaremos otros combates y otras luchas, esfuerzos de otro género, y cuadros apacibles que harán asomar á nuestros ojos lágrimas de gratitud y de ternura. No serán ya soldados, sino hombres de paz, los que estén en contacto con los antiguos súbditos de Moctezuma, y las armas de estos enviados del Señor no serán homicidas como las otras, ántes darán la salvacion y la vida: ellos sólo emplearán la palabra, la dulce persuasion, la humildad, el sacrificio. . . . Veremos en aquellas páginas ancianos venerables y misioneros pacíficos evangelizando comarcas enteras, aprendiendo los idiomas del país para luego predicar en ellos y componer libros, consolando á los tristes y velando por todos. Irémos despues á las escuelas; y allí encontraremos rodeados de niños, como un padre cariñoso en medio de sus hijos, á Fr. Pedro de Gante, á Fr. Bernardino de Sahagun, á Fr. Toribio de Benavente, y á tantos otros cuyos nombres venera y bendice la historia.

Hé aquí, pues, por qué la *Historia* del Sr. Orozco y

Berra y la *Bibliografía* del Sr. García Icazbalceta, podrán considerarse como los dos primeros eslabones de la gran cadena de nuestras historias, las dos fuentes por donde tendrá que comenzar á estudiar todo el que en los tiempos futuros quiera conocer por completo los anales de la nación mexicana. \*

#### IV.

Torpe redundancia y ridícula vanidad parecerá tal vez intentar hacer el elogio del Sr. D. Manuel Orozco y Berra, despues de la anterior enumeracion de sus obras y trabajos; porque bien se ve que estos bastan para acreditarlo de muy estudioso y entendido, de erudito y sagaz anticuario, de arqueólogo, historiador y literato diligente. Mi suma ignorancia, además, en las materias tratadas por nuestro escritor, hará sin duda que aquel intento sea calificado de temeraria audacia, no concediéndole por esta razon ninguna autoridad.—Sin embargo, séame lícito estampar aquí el juicio á que por sus notables méritos se ha hecho acreedor el Sr. Orozco y Berra; juicio que, puede estar seguro de ello el lector, no será más que el eco de los que en distin-

\* La *Historia Antigua de México* del Sr. Orozco y Berra está concluida hace tiempo; pero la pobreza del autor, anciano cargado de una familia numerosa, le ha impedido hasta hoy publicarla, y se lo impedirá, Dios sabe cuánto tiempo, si un Mecenas generoso no le tiende la mano; aunque últimamente parece que el Gobierno se decide á tomar la obra bajo su proteccion. Entretanto, el manuscrito yace en el olvido; pero el sabio anticuario no se desanima; antes ha comenzado ya y trabaja en otro libro que tendrá por titulo: *Historia de la Dominacion española en México*.

tas ocasiones he oído de personas competentes y autorizadas.

Es ya por demás encarecer la importancia y trascendencia de los estudios históricos americanos: nadie duda que en ellos se encuentra un venero riquísimo de hechos, de cuestiones y de recuerdos, propios no solo para engalanar magníficamente nuestros anales literarios, sino en particular para explicarnos con claridad innumerables acontecimientos todavía no comprendidos, para hacer desaparecer groseros errores, ilustrar las conjeturas y las dudas, y dejar incólume la verdad. Pero por más que esto se conozca, raros son en México los que demuestran alguna afición á aquel género de labores; nadie se anima á emprender investigaciones, quizá por lo difíciles y costosas; nadie quiere proseguir los trabajos anteriormente comenzados por anticuarios insignes: todos se conforman por desgracia con seguir leyendo los autores que hasta hoy han estado en boga, sin reflexionar que la marcha del tiempo, los progresos de las ciencias, trabajos posteriores y más detenidos estudios, han podido adelantar muchísimo las noticias dadas por aquellos. Y en efecto, ¿cuántas de éstas han quedado desmentidas, cuántas han sido rectificadas, cambiadas ó modificadas! Para muchos, por lo mismo, permanecen completamente ignorados los descubrimientos bibliográficos del Sr. García Icazbalceta; descubrimientos que como se comprende desde luego, han debido arrojar luz sobre un punto ántes oscuro, ya se trate de una fecha ó de una persona, ya de un hecho ó de un lugar. De igual modo son desconocidas las enmiendas hechas á nuestros antiguos cronistas por sabios como D. Fernando Ramírez y D. Manuel Orozco y Berra, por lingüistas tan autorizados como el Sr. Pimentel. El olvido generalmente, —al ménos el de la mayoría de los que leen en México,— es lo único que en su patria alcanzan aquellos beneméritos escritores, despues de

dar cima á sus trabajos; y en verdad que se necesita voluntad heróica y bien arraigada, para perseverar en esa ingrata senda.—Ya dije al principio de este artículo, que el Sr. Orozco y Berra es de los pocos que en nuestro país mantienen vivo el fuego sagrado de los estudios históricos: nada le ha hecho abandonarlo, ni la indiferencia de sus contemporáneos, ni los desengaños que ha sufrido despues de poner término á obras laboriosas. El Sr. Orozco estudia y escribe, aunque sepa que sus producciones permanecerán inéditas por falta de medios para publicarlas.

Tratándose de investigaciones, estudios y trabajos relativos á la historia del pueblo conquistado, ántes de la llegada de los españoles; tratándose de examinar las huellas que nos dejaron los aztecas de aquel tiempo, en monumentos, escrituras de piedra, geroglíficos, ruinas, etc.; las dificultades que encuentran los hombres estudiosos, suben de punto, y éstos tienen que luchar con obstáculos verdaderamente insuperables. ¿Cómo leer esas páginas, si casi puede decirse que desapareció la clave para descifrarlas? ¿Cómo estudiar y analizar las figuras, si apénas quedaron indicios en la tradicion de lo que con ellas querían significar y representar sus autores?—Por esto sin duda la lujosa y costosísima obra de Lord Kinsborough sobre antigüedades mexicanas encierra todavía misterios que nadie ha podido penetrar; y muchos de los códices allí contenidos, innumerables geroglíficos, incomprensibles figuras que no carecen de importancia, han permanecido y permanecen mudos.

Pues bien: el Sr. Orozco y Berra, convencido de que en todos aquellos materiales hay secretos y revelaciones de sumo valor para la historia mexicana; convencido tambien de que los estudios arqueológicos no ofrecen atractivo para la generalidad, y que por lo mismo, nadie se dedicará á ellos para enriquecer nuestros anales con nuevas noticias; se propuso con abnegacion llenar ese vacío y satisfacer esa

necesidad. De aquí que desde sus primeros años, guiado por el inolvidable Sr. Ramírez (D. Fernando), se consagrara afanosamente á descifrar geroglíficos, á leer la escritura de las piedras, á buscar el sentido de antiguos y respetables códices, á meditar, en fin, ante las ruinas sembradas en nuestro territorio; pidiendo para todo esto su ayuda á los cronistas, á los filólogos misioneros, á los historiadores y lingüistas contemporáneos, á cuantos pudieran darle alguna luz sobre las materias por él tratadas.—Tan extraordinaria diligencia, tan crecido amor al estudio, tantos esfuerzos y laboriosidad, han traído al ilustre anticuario, como era de justicia, gratas satisfacciones, siendo sin duda las mayores de ellas los descubrimientos que ha hecho, y el conocimiento profundo que ha logrado alcanzar del antiguo pueblo de Anáhuac con sus ritos y costumbres, su cultura y civilización, sus religiones, comercio, etc. Nadie como él conoce la historia primitiva de nuestro país; y esto hace naturalmente que en ella se le considere como la primera autoridad, del mismo modo que el Sr. García Icazbalceta lo es en todo lo que se refiere al siglo XVI, y el Sr. Pimentel en los idiomas indígenas de México.—Por lo demás, yo no me atrevo á decir una palabra sobre las conclusiones que el Sr. Orozco y Berra ha llegado á establecer como fruto de sus estudios: tarea es ésta que corresponde á quienes pueden apreciarlas y juzgarlas.

Une nuestro autor á sus distinguidos méritos, aquella virtud que es compañera inseparable del que con toda verdad es acreedor al título de sabio: su modestia casi se confunde con la humildad; y aunque ha ocupado puestos muy elevados en el Gobierno, como Secretario de Estado en el ramo de Fomento, jamás se le ha visto alterar en lo más mínimo su sencillísimo método de vida y sus modestas costumbres: la honrosa y absoluta pobreza en que vive, es prenda segura de la limpieza con que han pasado por sus manos los

cuantiosos fondos de su ministerio. El Sr. Orozco y Berra ha recibido valiosos testimonios de consideracion de las corporaciones científicas y literarias más respetables del país y del extranjero, entre las cuales las más notables son las siguientes. De México: Sociedad Humboldt, Sociedad de Historia Natural, Sociedad Minera, Liceo Hidalgo, Sociedad de Geografía y Estadística (de la que es actualmente Presidente) y Academia Mexicana Correspondiente de la Española; del extranjero: Academia de la Historia de Madrid, Sociedad Arqueológica de Santiago de Chile, Sociedad Geográfica de Roma, Sociedad Arqueológica de Paris y Congreso Internacional de Americanistas.





DON

RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.

I.

**H**IJO de esta ciudad de México, nació el Sr. Peña el 23 de Diciembre de 1837, siendo sus padres Don Rafael G. de la Peña y Doña Dolores Pedraza. Recibió de éstos muy buenos ejemplos de virtud; y debido á ellos y á la religion y la piedad en que fué educado, adquirió desde sus primeros años las inclinaciones que se han menester para ser útil á la sociedad y á la patria, consagrándole todas las labores del espíritu y el tesoro de conocimientos que un estudio constante y detenido llega á reunir.—Un hermano suyo le guió en los primeros pasos de la instrucción primaria y parte de la secundaria; y tambien al señor su padre debió la enseñanza del idioma francés, de la historia y de la geografía. Pero abandonando en sazón oportuna los estudios del hogar doméstico, entró, en Enero de 1852, al Seminario Conciliar, y allí cursó brillantísimamente las siguientes materias: latin, retórica, lógica,

metafísica, ética, matemáticas, cosmografía, física, y teología apologética, moral y dogmática. En lo particular, y siendo ya pasante teólogo, se dedicó también al estudio del Derecho Civil y Canónico. Es de advertir, que no obstante la importancia y gravedad de estas ciencias, el Sr. Peña obtuvo siempre en todas ellas la calificación suprema por unanimidad de votos, y el primer premio en todas las cátedras del Establecimiento: así consta en los libros de actas respectivos, y así lo aseguran también los diversos triunfos que se registran en la vida literaria de este distinguido mexicano; pues en edad todavía temprana ganó por oposición la Beca de Honor del Colegio en la Facultad de teología, y poco después, con la misma circunstancia, obtuvo la importante cátedra de Filosofía.—Desde 1858 se dedicó de una manera especial al estudio de las matemáticas, haciendo esto que con el tiempo hubiera venido á ser en ellas una notabilidad y un consumado maestro, digno ciertamente del alto respeto y honrosas consideraciones con que lo han distinguido los profesores mexicanos de aquella ciencia.

El esmerado cultivo que en las aulas hizo el Sr. Peña de la lengua latina y de su literatura clásica, no ménos que su ardiente afición y amor á ellas, le condujeron fácilmente á los estudios literarios, gramaticales y filológicos, sin abandonar por esto los que han hecho siempre las delicias de su vida, que son principalmente los filosóficos y religiosos. Hace pocos años acometió la empresa de aprender el griego por sí solo; y á pesar de que sus multiplicadas ocupaciones solo le dejan cortos ratos de descanso, algun amigo suyo me dice que son satisfactorios los resultados que le ha visto alcanzar.—Tan incansable perseverancia en el estudio, unida á su natural inclinación á trabajos de aquel género, hacen que el Sr. Peña sea una especialidad en materia de lenguaje; y la Academia Mexicana Correspondiente, de la cual es dignísimo miembro, está ufana de tenerlo en su se-

no, de oír su autorizada voz en las juntas, y de tomar en cuenta su dictámen en las cuestiones filológicas y gramaticales que se ofrecen á su estudio.

Para concluir esta parte, diré que el Sr. Peña tuvo á su cargo durante tres años la cátedra de latinidad en el extinguido Colegio de San Juan de Letrán; que en 1868 fué nombrado Profesor de lógica en la Escuela Nacional Preparatoria, y algun tiempo despues, de gramática castellana. Por renuncia que hizo de la cátedra de lógica, pasó á desempeñar la del Primer curso de matemáticas, continuando hasta el día con ésta y con la de gramática.—El Sr. Peña es un excelente profesor: cumple sus deberes con irreprochable exactitud, se hace querer y respetar de sus discípulos por su finura y su bondad, y emplea en sus lecciones un método tan sencillo y fácil, como fecundo en excelentes resultados. Los que bajo su direccion han frecuentado las aulas, le recuerdan con gratitud y con cariño; pues no olvidan ni la habilidad del maestro, ni la exquisita cortesía con que recibieron de él útiles y valiosos conocimientos.

Como escritor, el Sr. Peña se distingue por la tendencia didáctica que imprime á sus producciones, eligiendo temas de alguna trascendencia que merecen estudio é investigaciones detenidas: es crítico, panegirista, filólogo, y á veces se detiene á examinar importantes puntos de filosofía, analizándolos con admirable método y empleando gran acopio de fundados raciocinios. Su diction es castiza y correcta, y en su estilo, bien cuidado siempre, aunque en ocasiones se nota en él sobrada pulcritud y pulimento, fácil es descubrir al buen hablista, al lector asídúo de los grandes modelos españoles, al conocedor profundo de los secretos del

lenguaje. La forma que da á sus escritos es elegantísima, tersa y limpia; observa un órden lógico y preciso, y emplea las razones, el esmero, la propiedad y oportunidad que se necesita para tratar un asunto literario.

Hé aquí ahora las obras del Sr. Peña.—Durante su permanencia en el Seminario, escribió en latin los *Panegíricos* de Santo Tomás y de la Inmaculada Concepcion de la Virgen María; varias *Arengas* pronunciadas en la Universidad, y el *Discurso*, tambien en latin, que leyó en el momento de abrir el curso de filosofía de que estuvo encargado. En el Colegio de San Juan de Letrán, donde el Sr. Peña se distinguió notablemente por la vasta y rica extension de sus estudios de humanidades, pronunció igualmente una *Disertacion Latina*, cuya tésis fué filosófica; pero tanto ésta como los anteriores trabajos, permanecen inéditos. Del mismo modo han quedado sin ver la luz pública otros dos discursos pronunciados en el Seminario conciliar, ó sean, oraciones sagradas sobre *El Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo*, una, y otra, sobre *La Soledad de la Santísima Virgen*.

Ya en 1867, el Sr. Peña se animó á publicar algunas obras de su docta pluma; y comenzó con un *Apéndice á la Sintáxis Latina*, que por su raro mérito y buenas cualidades didácticas, fué adoptado como libro de texto en algunos Colegios Nacionales. En los periódicos aparecieron los *Elogios fúnebres* de los Sres. D. Juan Durán, D. Gabriel Sagaceta, D. Miguel F. Jiménez y D. José María Vértiz, mexicanos ilustres y beneméritos de las ciencias entre nosotros, á quienes el Sr. Peña dedicó sentidas frases de gratitud y admiracion, haciendo al mismo tiempo el debido elogio de sus virtudes y su saber.—Corren tambien impresos: un *Discurso* leído en la Escuela Preparatoria, con motivo de un cuadro mural pintado por el artista D. Juan Cordero; y dos *Dictámenes*, referentes á una obra de matemáticas y á las *Lecciones de Ortología* del Sr. D. José Ma-

ría Marroqui; conservando inéditos, además, otros muchos trabajos gramaticales, y algunos filosóficos.

Si el Sr. Peña se había distinguido siempre por la discrecion, galanura y crecida utilidad que recomendaban sus producciones, conquistándose de este modo un honroso lugar entre nuestros literatos y nuestros profesores, más se ha hecho digno de admiracion y aplauso, por las obras con que ha enriquecido la literatura mexicana desde que la Academia Correspondiente le llamó á su seno. Allí ha figurado siempre como uno de los más celosos y fieles mantenedores del brillo del idioma español, y tambien como uno de los que con mayor actividad y exactitud cumplen sus deberes y contribuyen al noble fin del instituto.—Su Discurso de recepcion, que versó *sobre los elementos constantes y variables del lenguaje castellano*, es verdaderamente notable, porque en él resplandecen grandes conocimientos filológicos y un estilo elegante y castizo. En las *Memorias* de la respetable Corporacion, han aparecido dos eruditas disertaciones acerca *del significado de las locuciones adverbiales A PRIORI y A POSTERIORI*; y por último, ha desempeñado admirablemente y á toda satisfaccion, la parte de trabajo que le fué señalada, en los vocablos, ya nuevos, ya corregidos, que deben remitirse á la Academia de Madrid para la edicion del Diccionario de la lengua que se prepara. Muchos de estos trabajos han sido ya enviados; y segun sé, el Sr. Peña ha recibido por los suyos ardientes felicitaciones.

En 1878 publicó nuestro autor un Opúsculo con el título de *Influencia de los métodos lógicos en los progresos de las ciencias*, y pronto deberá salir á luz en las *Memorias* de la Academia su último trabajo *sobre los oficios ideológicos y gramaticales del verbo*.—El Sr. Peña, además del título de académico, tiene el de miembro del Liceo Hidalgo y de la Sociedad Humboldt de Historia Natural.



DON

## JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

### I.

**L**L Sr. Peon y Contreras, insigne poeta lírico y el más notable autor dramático con que se honra México en la actualidad, nació en la ciudad de Mérida, capital del Estado de Yucatán, el 12 de Enero de 1843; y fueron sus padres, D. Juan Bautista Peon, hábil y entendido jurisconsulto, y Doña María del Pilar Contreras, señora de distincion por sus prendas y sus virtudes. Comenzó los estudios en edad temprana; y fué tal su dedicacion, tal el brillante resultado que obtuvo en todos los cursos, que á los diez y nueve años recibió el título de Doctor en Medicina, sin que esto fuera obstáculo para que en sus horas desocupadas ejercitase sus facultades poéticas.—Uno de sus primeros ensayos fué su leyenda fantástica, *La Cruz del Paredon*, inspirada en las de Zorrilla, que no obstante sus defectos, naturales en quien comienza á pulsar la lira, anunciaba ya un poeta de rica y pintoresca fantasía. También por es-

te tiempo dió á la escena tres piezas dramáticas: *María la Loca*, *El Castigo de Dios* y *El Conde de Santiesteban*. Admirada la sociedad de Mérida de la precocidad del autor, aplaudió con entusiasmo la representacion de estas obras, y dispensó desde luego al jóven Peon la estimacion que merecia.

En 1863 vino á México, deseoso sin duda de buscar aquí fuentes de ilustracion más fecundas y abundantes, y de perfeccionar sus estudios; y queriendo tener título de la Facultad Médica de la Capital, emprendió de nuevo los cursos de medicina, ampliando y profundizando así los conocimientos que anteriormente habia adquirido.—Ocultó á los ojos de sus compañeros su título de provincia, para que no le hiciesen objeto de amistosos epigramas, y obtuvo por oposicion una plaza de practicante en el Hospital de Jesus de esta ciudad.\* Logrados sus deseos, el Sr. Peon y Contreras se dedicó al ejercicio de su profesion, cultivando las letras solo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones. En 1867 obtuvo el cargo de médico Director del Hospital de Dementes de San Hipólito, en competencia con los notables alienistas mexicanos Dres. D. Lauro María Jiménez y D. José María de la Bandera. Durante tres años fué tambien Director de la Vacuna.

“Ha sido varias veces diputado al Congreso General,— dice uno de sus biógrafos,\*\*— en representacion de algunos distritos electorales del Estado de Yucatan, al cual tambien representó en el Senado en 1875 y 1876; habiéndose captado siempre el aprecio y consideracion de sus compañeros de parlamento, por su carácter afable y complaciente, lo mismo que por su aptitud para el desempeño de las secretarías de ambas Cámaras. No se ha ingerido mucho en la

\* El mismo que fundó Hernán Cortés.

\*\* D. Francisco J. Gómez Flores.

tortuosa marcha de la política de México, pero se ha afanado siempre por la felicidad de su patria.”—El Sr. Peon y Contreras, en efecto, ha llevado siempre una vida modesta y sosegada; de modo que no es de extrañar que falten en ella grandes acontecimientos que referir. Entregado con verdadera abnegacion al noble sacerdocio de la medicina; amante de las dulzuras del hogar y de la familia, en la cual es modelo de esposos y de padres; cultivador apasionado del ameno y florido huerto de las bellas letras, —su ánimo no ha sido para distraerse en las luchas de los partidos, ni en las ambiciones que engendra la ceguedad política. Casi se puede decir que ha vivido alejado de ella; y por esto sin duda, todos le estiman y respetan, sin que jamás haya sentido conturbada su existencia por los odios y rencores que naturalmente sufre quien se mezcla de algun modo en los negocios públicos.

## II.

Dió á luz el Sr. Peon y Contreras un tomo de *Poesías* el año de 1868; y en el folletin del periódico literario “El Domingo,” publicó tres años despues su hermosa é interesante coleccion de ROMANCES HISTÓRICOS MEXICANOS, que comprende los siguientes: *La Ruina de Atzacapotzalco*, *Texcotzinco*, *El Señor de Ecatepec*, *Tlahuicole*, *Motenczoma Xocoyotzin* y *El Ultimo Asteca*.—“En ellos, dice el escritor á que ántes he aludido, se propuso Peon Contreras imitar el estilo del celebrado romancero del Duque de Rivas;” y agrega, que en estas composiciones “resplandecen pinturas y descripciones bellísimas, ya severamente majestuosas, ya lánguidamente melancólicas; episodios y peripecias, ade-

más de oportunos, llenos de interés y movimiento; la verdad histórica, fría y rigurosa, trasluciéndose á través de la ficción poética; y finalmente, el sentimiento patrio, sin entusiasmos ni arranques desordenados, delicadamente acentuado." Yo solo agregaré que en esta obra, el Sr. Peon y Contreras presenta con no comun habilidad, revistiéndolas del galano ropaje de la poesía, las tradiciones más curiosas del antiguo Anáhuac, que es lo mismo que ha hecho el Sr. Roa Bárcena en sus *Leyendas Mexicanas*.\*

La historia azteca, como las de otras razas de América, es un manantial fecundo de inspiracion para los poetas y escritores: interesa conocer las costumbres, los usos y los diversos acontecimientos de aquellos antiguos moradores de estas regiones. La imaginacion vuela á los remotos tiempos que precedieron á la Conquista; y si bien se aparta horrorizada de los sacrificios humanos y de otros hechos bárbaros, con deleite se detiene á contemplar la incomparable perspectiva de este valle de México, con sus jardines y sus lagos, su cielo azul y sus noches perfumadas; y luego busca las pintorescas habitaciones en que se ven hermosas indias y gallardos mancebos; quiere adivinar episodios amorosos; se admira del lujo de los palacios, y lo halla todo grandioso y extraordinario.—De aquí que yo haya creído siempre que la literatura mexicana adelantaria mucho, si sus cultivadores se dedicaran á buscar, y á aprovecharse de ellos, los ricos filones que la historia nacional encierra; porque de este modo, las obras de nuestros escritores tendrian cierta originalidad de que generalmente carecen: habria en

\* El Sr. D. José Joaquín Pesado publicó tambien en 1854, con el título de *Las Aztecas*, un tomito de versiones é imitaciones de los antiguos cantares mexicanos, dividido en dos partes: la primera comprende *Cantares varios*, y la segunda *Cantos de Netzahualcoyotl, rey de Texcoco*, únicos que se conservan.—Unos y otros son más bien morales y filosóficos que descriptivos.

sus páginas novedad y encanto, y copiando las espléndidas bellezas de nuestro suelo, tendrían un tinte esencialmente americano. ¡Bello sería, por otra parte, que en la hermosa lengua de Castilla, se cantasen las hazañas de los guerreros aztecas, se describiesen nuestras florestas y campiñas, y se pintasen la gracia y el hechizo de las beldades de América!

Bien hizo, pues, el Sr. Peon y Contreras en escribir sus *Romances históricos mexicanos*; y ojalá que otros poetas, de no ménos brillantes dotes que las suyas, continuasen la obra que él y el Sr. Roa Bárcena han comenzado con tan feliz éxito. Su libro es una joya de la poesía hispano-americana: interés histórico, creciente en cada página; grave y adecuada entonación; magníficos rasgos descriptivos, y de dulce y apasionada ternura; habilidad suma para mezclar lo dramático con lo sentido y delicado; y en fin, notable corrección en el lenguaje, son las cualidades que principalmente engalanan la preciosa obra del Sr. Peon y Contreras, haciendo de ella una de las más notables y valiosas que en estos últimos años han salido á luz en México.

En cuanto á las *Poesías* de nuestro autor, publicadas en 1868, segun dije ántes, y reproducidas más tarde en el folletín del periódico *La Patria*, el público solo ha tenido para ellas sinceros y entusiastas elogios, pues todas están inspiradas en los más nobles y bellos afectos, y están llenas, además, de delicadeza y de ternura.—La *Oda á Hernán Cortés*, que fué premiada en un certámen literario convocado por el periodista español, Sr. Llanos y Alcaráz, es digna de un gran poeta, por su elevación de pensamiento, sus varoniles galas, y la energía, entusiasmo y aliento que respira. Merecen también citarse los apólogos: *La flor del Café*, *La Camelia*, *¡Pobre Madre!*, *Un Arroyo* y otros, en que la gracia y la intención filosófica se unen á los más ricos primores poéticos. Las elegías *A Don Leopoldo Río de la Lo-*

za, *A Don Rafael Martínez de la Torre*, distinguidos mexicanos, *A Juan Clemente Zenea*, y sobre todo, la *Meditación dedicada á la memoria de mi madre*, conmueven profundamente el alma, y rebosan tierna y honda melancolía; del mismo modo que deleitan las esmeradas descripciones de *Las flores*, *El Salto de Barrio Nuevo*, *El Grijalva*, *El Rio de Tilapa*, etc.; y finalmente, en sus composiciones eróticas, muéstrase el Sr. Peon y Conteras cariñoso y apasionado, de blando y exquisito sentir; y da á sus cantos amorosos, toda la suavidad y dulzura en que abunda un corazón juvenil, cuando los encantos de una mujer hermosa le tienen cautivado.

### III.

Sin embargo del indisputable mérito de estas obras de nuestro poeta, su nombre era poco conocido en México, y no le circundaba la aureola de merecida gloria que hoy le hace tan popular y tan querido. Fué preciso para esto que sus privilegiadas dotes se mostraran en otro género de literatura, que ejercitase su actividad en un campo más extenso y difícil, allí donde el público juzga con inflexible severidad, y los triunfos se alcanzan solo por medio del verdadero mérito: en el teatro.

Nuestros escritores, no obstante su aptitud para toda clase de labores literarias, habian visto siempre con indiferencia y descuido el cultivo del género dramático, sin embargo de que aquí se ofrece un ancho campo á los talentos privilegiados, para urdir obras interesantes y conmovedoras. “Y en verdad, —he dicho en otra parte,\*— era de

\* *Correspondencia literaria de México dirigida á La Ilustración Española y Americana.*

sentirse esta timidez de nuestros ingenios, pues la historia nacional y las costumbres actuales de la sociedad mexicana, convidan al poeta y al observador con sus entretenidos acontecimientos. Aquella época del vireinato es un manantial de inspiración, con su fe y con su piedad; con sus ardientes sentimientos religiosos, con sus amores ocultos, y sus damas y sus galanes: tiempos, sucesos y costumbres á propósito para inspirar obras como las inmortales de Calderon y de Lope." Además, las tradiciones de nuestro pueblo abundan en episodios bellísimos, engalanados de encantadora poesía, con los cuales pueden formarse escenas de palpitante interés y de un tinte caballeresco y original; y las pasiones de nuestra raza, avivadas y enardecidas al calor de los trópicos, bajo la influencia de nuestra naturaleza exuberante y voluptuosa; los pensamientos nacidos también y desarrollados en medio de una sociedad joven todavía, no viciada como otras, y llena de nobles esperanzas, son preciosos elementos para dar gallardía, gracia y robustez á las inspiraciones dramáticas. ¡Cuánto agradecería encontrar en ellas, junto á la entonación peculiar de la poesía española, algo de las pasiones propias, de los sentimientos y carácter de las almas americanas! Pero, sin embargo de esto, vuelvo á decir, nuestros escritores habian visto con abandono y descuido tan rico manantial; hasta que al fin un poeta de elevado númen, de gusto literario exquisito y de generosos deseos en pró del adelanto de nuestra literatura, comenzó á aprovecharse de él, y á demostrar con sus obras el valor de los tesoros que encerraba. Tal fué el Sr. Peon y Contreras, con cuyas felices producciones, el teatro de nuestro país, ántes tan pobre y decaído, renació súbitamente á una nueva vida, adquiriendo desde luego grande y positiva importancia.

En 1876, nuestro poeta escribió su drama *¡Hasta el cielo!* en prosa, y fué representado en el Teatro Principal de esta

ciudad con el éxito más lisonjero; lo cual le animó decididamente á seguir cultivando este género de literatura.— Dió entónces pruebas de una fecundidad asombrosa, pues en un tiempo relativamente corto, se pusieron en escena con ligeros intervalos, sus dramas: *El sacrificio de la vida, Gil González de Avila, La Hija del Rey, Un Amor de Hernan Cortés, Luchas de honra y amor, Juan de Villalpando, Impulsos del Corazon, Esperanza y Anton de Alaminos*; todos en verso. Posteriormente se representaron tambien, en las nuevas temporadas dramáticas de la capital, *El Conde de Peñalva, Entre mi tío y mi tía* (comedia), *Por el joyel del Sombrero, Doña Leonor de Sarabia, El Capitan Pedreñales*, y *¡Vivo ó muerto!*; y prepara en la actualidad otros dos dramas, uno de los cuales llevará el título de *El Alcaide de Palacio*.

Aunque todas estas obras, y las extraordinarias bellezas que las engalanan, se prestan á un exámen detenido, no diré aquí sino algo en general de todas ellas, por no permitirme otra cosa el corto espacio de que puedo disponer.—Pero ántes de esto debo manifestar, que el Sr. Peon y Contreras ha alcanzado en la representacion de cada uno de sus dramas, triunfos tan espléndidos, tan ruidosos y satisfactorios, como ningun otro poeta dramático los ha obtenido jamás en nuestra patria; y los cuales solo podrán compararse acaso con los de D. José Echegaray. En la cuarta representacion de su hermoso drama *La Hija del Rey*, la noche del 7 de Mayo de 1876, los escritores de México tributaron al Sr. Peon y Contreras una ovacion inusitada, presentándole como obsequio una pluma de oro y un honrosísimo diploma con esta leyenda: *Al insigne poeta José Peon y Contreras, Restaurador del teatro en la patria de Alarcon y Gorostiza, por su magnífico drama LA HIJA DEL REY.—Testimonio de aplauso y admiracion de los Escritores de México.*

## IV.

Viniendo ahora al juicio crítico de las obras del Sr. Peon y Contreras, diré desde luego que se nota en ellas singular y maravilloso talento dramático: conoce profundamente el corazón humano, es sagaz observador, y comprende las pasiones y penetra sus secretos. Debido á esto, sabe conmover, interesar y deleitar con las escenas que concibe su fantasía. Cuando sus personajes hablan de los sentimientos de su alma; cuando describen sus recuerdos, sus anhelos, sus amarguras, y exponen las ideas que los agitan é inquietan, la pluma del autor parece á veces un pincel que pinta con vivos colores los cuadros más dramáticos y terribles, y otras es la vara mágica que pone en lábios de los actores, sonoros y cadenciosos períodos, y derrama sobre la escena el apacible encanto del idilio. Y siempre aquella facilidad admirable para desarrollar la acción; siempre un diálogo flexible, natural, elocuente; siempre aquella suave languidez y apasionada ternura en la descripción de los afectos.—Los vigorosos rasgos de que están sembrados sus cuadros, mueven sin esfuerzo las más íntimas y delicadas fibras del alma, y producen en ella las emociones en que se hace consistir generalmente el mérito de toda producción dramática. Buscando siempre este resultado en el ánimo de los espectadores, el Sr. Peon y Contreras hace luchar en la escena los sentimientos más nobles y generosos, procurando por este medio que en todas ocasiones triunfe la virtud, que las almas buenas gocen, que se alienten todas las esperanzas. Por eso en las obras de nuestro poeta resplandece siempre la más pura y es-

tricta moralidad, y sus personajes son todos simpáticos.— Nunca el Sr. Peon falsea los caracteres, ni presenta lo que no se halla en la naturaleza; mas sin que por esto se crea que desciende alguna vez al ingrato terreno en que cierta escuela busca sus inspiraciones. Al contrario, cuanto él presenta es bello, conmovedor, delicado y poético.

Por lo demás, en el Sr. Peon y Contreras todo es espontáneo y natural, propio de la época y del lugar en que coloca sus dramas: no hay en ellos afectacion ni amaneramiento, impropiedad ni violencia en las imágenes, en el desarrollo y desenlace de la accion. Sus personajes se expresan conforme á las pasiones de que están animados, y sus enamoradas doncellas, figuras bellísimas todas que reclaman el pincel de un pintor, hablan un lenguaje que encanta por su dulzura y discrecion. Risueñas descripciones, ensueños deliciosos, inefables ternuras, amorosos arrobamientos, íntimas y conmovedoras expansiones: todo se encuentra en las escenas de amor que presenta el Sr. Peon. El oído, el alma, quedan suspensos de aquellas cascadas de armonía, de aquellos sublimes arranques líricos que tan á menudo tiene el ingenio de nuestro poeta.

Algunos censuran en las obras del Sr. Peon y Contreras la semejanza de los argumentos y el abuso de ciertos recursos dramáticos, atribuyendo á aquellos poca originalidad, y á éstos falta de justificacion y de propiedad; pero yo creo que esos mismos defectos (¿quién no incurre en algunos?) son debidos precisamente á la extraordinaria fecundidad del autor, y áun al carácter lírico, por decirlo así, que en él domina; y ya se deja entender que en el teatro, no siempre podrá prescindir de ese género de inspiraciones. Con todo, aquellas faltas en nada disminuyen su mérito, el cual lo coloca indudablemente en uno de los primeros lugares de nuestros poetas líricos, y lo aclama como el más insigne y maravilloso de nuestros autores dramáticos.

## V.

Ultimamente ha publicado el Sr. Peon un precioso tomo de *Romances*, dignos por todos títulos de su talento poético; y sobre ellos debo decir algo, siquiera tenga que repetir conceptos anteriormente expresados. \*

Catorce leyendas forman la coleccion, y aunque cortas, son todas riquísimas joyas en que galanamente se ostentan las más exquisitas y delicadas bellezas. Es la primera, en mi sentir, cierta originalidad en la forma bajo la cual el poeta envuelve un verdadero drama, una catástrofe terrible y dolorosa; un poema en que se agitan las grandes pasiones del alma, y se siente el suave soplo de los afectos más puros. La forma, digo; pero no refiriéndome precisamente al metro, —pues ya se comprende cuál ha de ser éste,— sino á la extension del romance, al corte de la composicion, á la manera empleada por el autor para exponer y desarrollar su pensamiento. En estas primorosas baladas (que tal parecen), no hay detalles; porque el movimiento de la accion, la rapidez del desenlace, la violencia y precision con que se destacan las figuras en la escena, exigen pocas pero enérgicas pinceladas, y no consienten digresiones ni descripciones largas y minuciosas de lugares y de personas: son como aquellas lindas miniaturas, cuyo mérito consiste en la exactitud, la limpieza, la gracia con que está reproducido el paisaje ó el cuadro, no obstante el pequeño espacio de que pudo disponer el artista. No hay tampoco allí

\* Copio aquí parte de un artículo que di á luz en *El Siglo XIX*, sobre los *Romances dramáticos* á que me refiero.

referencias inoportunas á tiempos anteriores al drama que se desarrolla; nada que distraiga al lector de las escenas que el poeta le pone á la vista: todo es *actual*, por explicarme así, y solo se asiste á la última catástrofe en que estalla una pasión ó un infortunio, al desenlace postrero de acontecimientos angustiosos.

Por lo demás, fácil es adivinar qué elementos son los que el Sr. Peon y Contreras emplea en sus romances dramáticos: el amor con sus ternuras, los celos con sus terribles estragos, la virtud con su poder, y sus luchas con la tentación y el vicio, la energía de un corazón varonil, las tempestades que resultan de la honra mancillada, de la fe violada, de la esperanza perdida. . . . todo eso que siente el alma en sus horas de dicha ó de desesperación. ¡Y qué cuadros sabe dibujar de un solo rasgo; cómo nos trasporta á aquellos tiempos lejanos del honor castellano, de los castillos solitarios y retirados, de las ciudades sombrías y silenciosas; qué fuerza de colorido hay á veces en las escenas que pinta, y otras, qué encantadora ingenuidad, qué adorable sencillez, qué inocencia, qué gracia!—En suma, el Sr. Peon y Contreras ha enriquecido nuestra literatura con una verdadera joya, y por ella solo merece las más ardientes felicitaciones de la crítica.





DON

MANUEL PEREDO.

I.

**E**NTRE los escritores que en México se dedican á la crítica literaria y los que con mayor maestría manejan el idioma castellano, sobresale notablemente el Sr. D. Manuel Peredo, por su erudicion, su tacto y su rectitud, no ménos que por la modestia y moderacion con que asienta sus opiniones.

Nació en México el año de 1830; y despues de frecuentar con provecho las aulas de varios establecimientos particulares de instruccion, ingresó al Seminario Conciliar para cursar latinidad y filosofía. Tuvo el primer premio en ambas facultades, y sustentó lucidamente en la Universidad el acto público de la segunda. Desde 1850 se dedicó á los estudios de medicina, recibiendo el título de doctor en esta ciencia en 1859; y merced á su aplicacion, recto carácter y profundos conocimientos médicos, mereció que se le diese el cargo de Prefecto y facultativo de los alum-

nos de la Escuela. En su larga práctica ha obtenido también triunfos y consideraciones que su modestia le ha hecho ocultar. “En 1870 —dice un escritor,— en union del Sr. Dr. D. Urbano Fonseca, trabajó en la fundacion del Conservatorio, y formó el plan de estudios del Establecimiento. Desde entónces le fué encomendada la cátedra de retórica y poética y de ejercicios prácticos de declamacion; y con tal motivo, escribió la obra que sirve de texto en sus lecciones, y que es superior á todas cuantas se han escrito sobre la materia. De 1853 á 1869 dirigió un Colegio de educacion primaria y secundaria. En 1872 sirvió la cátedra de gramática y retórica en la Escuela Central Municipal, y actualmente tiene igual encargo en la Escuela de Artes y Oficios del Tecpan.”

El Sr. Peredo, desde muy niño, fué aficionadísimo á la lectura y á los trabajos literarios; dando pruebas en todo tiempo de la excelencia de sus dotes y de su incansable laboriosidad. Siempre ha preferido la literatura dramática, y esta inclinacion de su gusto le ha llevado á conocer las obras más notables que en este género poseen las literaturas de todos los pueblos, así antiguas como modernas. Casi todos sus escritos, por lo mismo, se refieren á este asunto, y son de mérito por la discrecion y el gran caudal de conocimientos que revelan.—Ha figurado como redactor ó colaborador en los principales periódicos de México, tales como *El Semanario Ilustrado*, *El Correo de México*, *El Siglo XIX*, *El Renacimiento*, *El Domingo*, *La Enseñanza*, y otros muchos. En todos ellos ha dado á luz importantes y concienzudos estudios críticos de las piezas dramáticas que figuran en el teatro moderno; y ha juzgado con grande acierto las principales obras de Moratin, Ventura de la Vega, Breton, Hartzenbusch, Tamayo y Baus, Gaspar, García Gutiérrez, y algunos autores franceses. Su *Revista teatral* más notable, y que basta por sí sola para acreditar-

le de muy entendido perito en materias de crítica, es la que dedicó á la tragedia *Edipo*, de Martínez de la Rosa, representada por la compañía de D. José Valero en esta capital el 21 de Agosto de 1868. Despues de una oportuna y juiciosa introduccion, el Sr. Peredo hace el estudio comparativo de las tres mejores tragedias que acerca de las desgracias de Edipo se han escrito, que son las de Sóphocles, Corneille y Voltaire; y examina luego detenidamente, comparándola tambien con las anteriores, la que legó á la literatura de su patria el ilustre autor de *Aben-Humeya*. Véase cómo juzga el Sr. Peredo la obra del poeta español:

“En pocas obras —dice— se observa más fielmente la unidad de accion; y por lo mismo, pocas tragedias se acercan más á la perfeccion que el *Edipo* de Martínez de la Rosa.—En los caracteres condújose con igual habilidad; en la pintura de ellos es verdaderamente original, y al crearlos dejó obrar á su inspiracion propia. Su Edipo no es un hombre arrebatado y caviloso como el de Sóphocles, ni frívolo como el de Corneille, ni inconsecuente como el de Voltaire; el Edipo de Martínez de la Rosa es un hombre benévolo, amante de su pueblo, lleno de los más delicados sentimientos como esposo y como padre; un hombre, en fin, amable, tal como debia serlo para que sus desgracias inspirasen mayor compasion. En los otros poetas, Edipo no deja de ser un extraño para el espectador; en Martínez de la Rosa es un amigo; mira, pues, cuánto gana en interés pintado de esta manera. En Jocasta les aventajó mucho más; tierna, digna, noble, casi ideal, no se rebaja un solo instante, y hasta su infanticidio está casi expiado por lo sincero de su arrepentimiento. Su Forbas es más verosímil, ya en cuanto al carácter, ya en cuanto á la manera de ponerlo en juego; su ausencia, su llegada, están perfectamente motivadas, sin dar lugar á las contradicciones que sugieren los Forbas de los otros poetas. Su gran Sacerdote, confidente de la divi-

nidad, suspendido entre la tierra y el cielo, es siempre terrible como un oráculo, inflexible como los dioses á quienes representa, y jamás doblega como el de Voltaire, aquella altiva cabeza consagrada por el ciego fanatismo del pueblo.—En el desarrollo de la accion superó igualmente á sus antecesores; Voltaire confiesa que si inventó el episodio de Philoctétes y sus amores con la reina, fué porque no encontró con que llenar los tres primeros actos; Martínez de la Rosa los llena satisfactoriamente con la sola accion de Edipo. El poeta español termina sus actos motivada y redondamente; y la marcha de las escenas va deslizándose como por una suave pendiente, hasta llegar sin esfuerzo á la catástrofe. Esta se prepara con naturalidad y caminando de sorpresa en sorpresa; de tal manera, que hasta el momento en que sobreviene, todos tienen aún algo que saber. Para ser completamente clásico, Martínez de la Rosa cuidó aún las otras unidades de tiempo y de lugar, que sin gran inconveniente pueden relajarse: la accion pasa toda en la plaza, y dura veinticuatro horas.—En la versificacion dejó un modelo de correccion, de pureza y de armonía; sus endecasílabos tienen una entonacion grave y perfectamente sostenida; no cansan, porque los personajes no hablan más de lo preciso, y el diálogo está animado á medida de la necesidad . . . —Las situaciones y efectos teatrales están dispuestos con toda la habilidad necesaria para causar impresion profunda. . . —En resúmen, Martínez de la Rosa expurgó el asunto, de los vicios en que sus antecesores habian incurrido; tomó de éstos las principales bellezas; les superó en la pintura de los caractéres y en la manera de conducir la accion; cábele, pues, la gloria de haber enriquecido á la literatura española con una tragedia clásica, que seria perfecta sin la introduccion del episodio del jóven ebrio, que solo sirve para hacer brotar contradicciones.”

## II.

El Sr. Peredo ha escrito para el teatro una pieza en dos actos, *El que todo lo quiere*. . . ., que fué representada con aplauso en el Teatro Nacional en 1869; y además, ha traducido elegantemente *El Duelo*, del poeta italiano Ferrari, la *Serafina*, de Victoriano Sardou, y *El Duque Gontran*. Acerca de aquella obra original de nuestro autor, el Sr. Altamirano dijo en su elogio estas palabras: —“La pieza de Peredo es tan delicada, que no tiene un solo verso que pueda ofender el pudor más susceptible. Sus tipos están perfectamente retratados, su verso corre fácil y sin estorbos, ni ripios ni licencias. Peredo, como poeta dramático, tiene porvenir, y está llamado á honrar la escena en que han brillado los Gorostiza, los Rodríguez Galvan y los Calderon.”

Sus versiones castellanas ántes citadas, y las que ha hecho en verso de *La Pasion de Jesucristo*, *Santa Elena* y otros dramas sacros de Metastasio; lo mismo que la del Canto XXXIII del *Infierno* del Dante, son de un mérito superior, y podria decirse que no lo parecen en manera alguna, pues tanto así agradan la espontánea naturalidad y la delicadeza de que están llenas, y lo clásico de la diction. Tambien ha traducido los *Recuerdos de México*, del Dr. Basch, algunas obras científicas publicadas en *La Enseñanza*, las *Humoradas Dominicales* de D. Gustavo Gostkowski, los estudios sobre la literatura polaca del mismo, y *La Noche de Navidad*, cuento fantástico de Hoffmann arreglado á la escena por Jorge Sand.

En distintas épocas, el Sr. Peredo ha escrito algunas com-

posiciones poéticas; las cuales, por más que la modestia del autor las haya hecho poco conocidas condenándolas á un injusto olvido, son notables en mi sentir, por los felices rasgos de inspiracion y de lenguaje que las engalanan; y merecen ciertamente más aplausos y circulacion que otras muchas que se ven todos los dias. En ellas se revela un poeta de sentimiento, un literato de buen gusto, un ingenio fresco y sosegado; y la fina correccion y elegancia de que están revestidas, son estimables prendas de las clásicas lecturas del Sr. Peredo, y acreditan, por otra parte, su envidiable reputacion de buen hablista. Sus poesías *La Eucaristía*, *A las alumnas del Conservatorio*, *A la Noche*, y *Esperanza*, abundan en gracia y delicadeza, y tienen cierta dulce melancolía que cautiva el corazon apaciblemente, haciendo notable contraste con las tituladas: *A mis compañeros de colegio*, *El fin del año*, *Epístola á Ignacio M. Altamirano sobre el Can-can*, y sus epigramas; pues en todas éstas hay el donaire pícaro y jugueton de la musa festiva que inspiró á Quevedo y á otros satíricos españoles.

El *Curso elemental de Arte métrica y poética*, publicado por nuestro autor en 1875 y luego por segunda vez en 1878, es precioso y utilísimo para la enseñanza, no solo por la abundancia de doctrina contenida en claros y concisos preceptos, sino por el tino, el buen gusto, la excelente pericia con que fueron expuestos. En la primera parte de esta obrita, se trata de la prosodia; en la segunda se dan reglas para la versificacion y las combinaciones métricas, y en la tercera, se definen, explican y estudian todas las cuestiones relativas á la poesía en general, á la poesía lírica y dramática, á la tragedia y la comedia; amenizando tan hermoso tratado con ejemplos tomados de distinguidos escritores mexicanos.

Para dar ahora una idea de la manera con que el Sr. Peredo ejerce el difícil magisterio de la crítica, séame lícito

copiar las siguientes palabras del Sr. Altamirano: —“Dotado de un carácter benévolo y dulce, extraño á las pasiones violentas, lleno de sentimiento, á pesar de sus epigramas y de su sonrisa, jamás brota de su pluma una frase ofensiva, un chiste punzante y mortal, una sola palabra de esas que se clavan como dardo encendido. Peredo es el más cortés de los críticos, y siempre encuentra la manera de decir una verdad sin causar enfado, de corregir sin que el autor dé un brinco de dolor. La crítica en su boca suena como advertencia maternal, y los autores por esa razón le profesan un cariño envidiable.”\*

El Sr. Peredo jamás se ha mezclado en la política, pues en vez de las turbulencias de los negocios públicos, ha preferido siempre los pacíficos goces del estudio y de la enseñanza; unido lo cual á su excesiva modestia, que más bien podría llamarse humildad, hace que en México todos le estimen cordialmente, le respeten y le consideren.—Es socio fundador de la Sociedad Médica *Pedro Escobedo*, miembro honorario de las Sociedades de Historia Natural, de Geografía y Estadística, de la Filarmónica Mexicana, del Liceo Hidalgo, y de otras muchas corporaciones científicas y literarias. Pertenece igualmente á la Academia Mexicana Correspondiente, en la cual ocupa el rango de censor, contribuyendo de un modo notable al lucimiento de los trabajos que la ocupan, y al buen crédito de que en España y en América disfruta.

\* *Revistas literarias de México*, 1868.



DON

ANSELMO DE LA PORTILLA.

I.

**R**OR mucho tiempo fué España para los americanos objeto de acerbas é injustas antipatías, de odios y rencores, de crueles ataques y tremendas acusaciones. Olvidábanse todos de los grandes beneficios que la metrópoli había derramado con pródiga mano en el nuevo mundo, y se dedicaban á calumniarla, aunque para esto tuvieran necesidad de falsear la historia, de negar los hechos, de juzgar con pasión y sin lógica, interpretando mal, por consiguiente, las leyes y disposiciones de gobierno dictadas por los monarcas españoles: errores todos que no era difícil ver aplaudidos por personas que gozaban fama de ilustradas.—¡Cosa increíble! Aquellas hazañas de la conquista que sorprendieron al mundo y que jamás se cansa el mundo de admirar; aquellos héroes, superiores en ocasiones á los mismos que cantó el inmortal Homero; aquellos combates, aquella sumision de pueblos enteros al poder de

oscuros y desconocidos soldados; los trabajos apostólicos de misioneros humildes, maravillosos en extremo por la influencia que llegaron á tener en la formacion de una nueva sociedad; todos aquellos hechos, en fin, que tanta gloria dieron á España en el siglo de Cortés, de Pizarro y de Valdivia, léjos de ser ensalzados y bendecidos por los hijos de la América, eran vistos con horror, con ira, con irritacion implacable, por los mismos que solo deberian tener en sus labios palabras de ardiente y eterna gratitud. La época de la administracion vireinal se recordaba con tan vivo desagrado, que casi llegaba á la indignacion: se empleaban para pintarla los más negros colores, y la respetable memoria de los prelados, de los gobernantes, de los jueces, de los ayuntamientos, era traída á juicio únicamente para denigrarla y maldecirla.

Tan inaudita ceguedad era del todo incomprensible, en pueblos que conservaban huellas del paternal gobierno español, en territorios sembrados de gloriosos monumentos, de ciudades llenas de palacios, de escuelas, de templos y de hospitales, que con su muda elocuencia pregonaban la solicitud y prevision de la generosa metrópoli de Castilla. Y sin embargo de esto, el odio y la ingratitud de los americanos hácia la madre patria, en vez de extinguirse con los años, en vez de calmarse con algunos gratos recuerdos, crecian de un modo extraordinario; y en la época que siguió á la emancipacion de las que hoy son Repúblicas independientes, aquel rencor á España subió á un grado verdaderamente indecible: en él se inspiraban los poetas, los oradores, los periodistas; de él eran hijas las calumnias y maldiciones que diariamente se arrojaban contra la Península y los españoles residentes en América.

En México, Dios sabe cuánto habria durado esto, si una inteligencia superior, un corazon noble y magnánimo, una alma llena de bondad, de dulzura, de amor cristiano, no

hubiese apagado aquellas pasiones, presentándose en medio de la sociedad mexicana con el imparcial libro de la historia en la mano, y palabras de concordia y olvido, de persuasion y de honradez en los labios.—Tal fué el insigne escritor español Señor Don Anselmo de la Portilla, honra al mismo tiempo de la noble Iberia y de nuestra patria.

## II.

Nació en el pueblo de Sobremazas, Provincia de Santander, el 3 de Febrero de 1816, siendo sus padres D. Juan Ramon de la Portilla y Doña Teresa Rodríguez. Hizo los primeros estudios en Santa María de Cudeyo y despues en un Colegio de Burgos; pero los abandonó al poco tiempo para venir á América, y en 1840 desembarcó en Veracruz.—Instruido ya perfectamente en la historia de estas tierras; conocedor de las glorias de su patria en el nuevo mundo; con una alma rica de ilusiones, una fantasía de poeta, una imaginacion fresca, lozana y vigorosa, el jóven Portilla sintió en su pecho dulces y tiernas emociones que le ensancharon de gozo el corazon; y al pisar por primera vez este continente americano, teatro de las luchas y de los triunfos de los soldados españoles, saludó con entusiasmo las montañas del Anáhuac, se recreó en sus verdes campiñas, respiró el ambiente de sus perfumadas florestas. Despues, recorrió con respeto los sitios y lugares inmortalizados por la historia.

Concibió entónces la idea de escribir el poema de la con-

quista, tomar el buril del historiador, el pincel del poeta, y dibujar con ellos las escenas y los cuadros que la tierra de Moctezuma habia presenciado con asombro; asunto sublime digno de un gran talento. \* Sabiendo, por otra parte, que España y los españoles eran mal vistos en México, por causas que él no acertaba á comprender, se propuso estudiar la manera de hacer desaparecer tan infundada antipatía, á fin de convertir en cordial amor aquel desvío, aquel odio, aquellos rencores que lastimaban sus sentimientos generosos. Pero pronto conoció que no eran poemas ni poesías lo que debian hacer aquí los españoles. "Lo que necesitábamos —decia— eran velos para ingratas memorias, bálsamos para dolorosas heridas, lazos para desunidos corazones. Lo que necesitábamos era abnegacion para estudiar la historia, criterio imparcial y justo para explicarla, sentimientos fraternales para que la verdad fuera simpática en nuestra boca y en nuestra pluma cuando la dijéramos."— A esta alta y espinosa mision quiso desde luego consagrarse el jóven Anselmo de la Portilla; pero ántes, se vió obligado á entrar á una casa de comercio á servir el empleo de tenedor de libros. \*\* Allí ocupaba sus horas de descanso, que eran generalmente las de la noche, en el estudio y en el cultivo de las letras, teniendo la satisfaccion de que sus primeras composiciones, llenas de galanura y de sentimiento, le valieran muy lisonjeros triunfos y no pocas alabanzas de inteligentes y distinguidos literatos. Uno de ellos fué nuestro inolvidable poeta dramático D. Manuel Eduardo de Gorostiza,

\* Algunos cantos compuso, pero jamás los dió á la estampa.

\*\* El Sr. Portilla vino recomendado de España á D. Agustin Eguía, rico hacendado de aquel tiempo, quien lo recomendó á su vez á D. José Ramon Ibarrola. Este era dueño de una de las tiendas de ropa más acreditadas en México, situada en la 1.<sup>a</sup> calle de la Monterilla y conocida con el nombre de *Los Tres Navios*: en aquel establecimiento estuvo el Sr. Portilla.

quien oyó admirado un elocuente y sentido discurso del Sr. Portilla, leído por otra persona que habia recibido el encargo, en el acto de abrir la "Casa de Correccion para jóvenes delincuentes," que el autor de *Indulgencia para todos*, estableció en la capital por los años de 1841 y 1842.— Del mismo modo, dió renombre y fama con otros diversos escritos, á personas que no tenian escrúpulos en parecer lo que no eran; y en cambio, las composiciones que él intentaba publicar bajo su nombre, eran recibidas con indiferencia. Tal sucedió por entónces con unos artículos que remitió á *La Hesperia* y á *La España Artística y Monumental*, los cuales no quisieron publicar. También por aquellos dias escribió unos versos dedicados á D. Salvador Bermúdez de Castro, Ministro de España en México, dándole la bienvenida y saludándole como poeta; pero aquel Señor apénas se dignó ver al Sr. Portilla con desden. Y estas fueron las dificultades con que el gran escritor comenzó á luchar desde sus primeros pasos, para abrirse camino en medio de la oscuridad y aislamiento que todavía le rodeaban! . . . Sin embargo, los escritores de la época descubrieron bajo el anónimo de las primeras composiciones de aquel modesto y humilde jóven, "al poeta y prosista de estudios clásicos, al razonador lógico y elocuente, al hablista de fácil, clara y simpática palabra, y lo que vale más todavía, al espíritu levantado y poderoso, al corazon noble y amante, cuyo defecto no era otro que la excesiva benevolencia."\*

Algunas personas quisieron sacarle de aquella casa de comercio, donde se distinguió siempre por su dedicacion y probidad, — porque comprendieron que era muy estrecha cárcel para su brillante inteligencia, y con el fin tambien de que con más libertad y reposo pudiera consagrarse á tareas propias de su inclinacion y de su gusto. Abandonó, en efec-

\*. Frases del Sr. D. José María Roa Bárcena.

to, su destino, no sin que ántes hubiera costado gran trabajo á sus amigos vencer su extraordinaria modestia; y desde entónces se consagró enteramente á la literatura y al periodismo. La primera composicion suya, en verso, que vió la luz pública, fué el hermosísimo himno *A la Divina Providencia*; composicion notable por sus pensamientos nuevos, su forma gallarda y limpia, y el hondo y exquisito sentir que en ella resplandecía. Apareció en *El Eco del Comercio*, periódico entónces de los mejor recibidos y más acreditados en México, del cual era propietario D. Manuel Payno; y aquella produccion poética del Sr. Portilla fué leída con general complacencia, valiéndole el ser llamado á formar parte de la redaccion de dicho diario. Encargóse de la seccion literaria y de las traducciones del inglés y francés, idiomas que habia aprendido por sí solo y que poseía con perfeccion: y al mismo tiempo siguió publicando otros bellísimos versos, entre los cuales merecen citarse con particularidad los intitulados *Amor de Dios*.

Cuando *El Eco del Comercio* desapareció, precisamente en los dias de su mayor desarrollo y prestigio, el Sr. Portilla fué solicitado por D. Rafael Rafael para trabajar en las publicaciones que tenia fundadas ó pretendia fundar: y fué, en efecto, redactor del célebre periódico *El Universal*, uno de los más respetables y distinguidos que ha habido en el país. En él escribió nuestro D. Anselmo con una laboriosidad infatigable y casi heroica, sin descansar nunca, sin arredrarse ante los peligros de que entónces estaba rodeada la vida del periodista: ni un solo dia dejó de escribir para aquel diario, estudiando y analizando con profundo talento, con hábil sagacidad, con extraordinaria lucidez, todas las cuestiones y sucesos del dia, políticos, religiosos, sociales, económicos, literarios, etc., siendo él por esto, en cierto modo, el alma y centro del periódico. Y cuenta que á su lado tenia á escritores tan eminentes como D. Lúcas

Alaman, D. Ignacio Aguilar y Marocho, D. Manuel Diez de Bonilla, y otros muchos.

Por este tiempo fué tambien fundador, redactor ó colaborador de los periódicos religiosos y literarios *El Católico*, *El Despertador Literario*, *El Espectador de México*, en los cuales dió á luz multitud de producciones de todos géneros; —novelas, críticas, biografías, artículos bibliográficos, históricos, etc., que probaban los variados conocimientos que á su singular facilidad y elegancia para escribir unia el Sr. Portilla.—Entre estos trabajos merecen citarse: las interesantes leyendas *Lucía y Ricardo*, *La Niña Limosnera*, *Fortaleza de una madre*, *La familia dichosa*, etc.; los artículos morales: *La Religion guiando al hombre*, *Los Niños*, *La Caridad*, *El huerto de Gethsemaní*, *La resurreccion del Señor*, *La fábula y la verdad*; los estudios literarios y biográficos sobre *Los Poetas Malogrados*, *Los Apellidos*, *El Españolito*, *Fr. Bartolomé de las Casas*, y numerosas traducciones de buenos autores contemporáneos.—En 1848 se fundó la excelente Revista titulada: *La Voz de la Religion*, y en ella se reprodujeron con aplauso las primeras composiciones poéticas del Sr. Portilla. Conociendo luego su editor las grandes aptitudes de éste para el periodismo, su amor al trabajo, su amena y esmerada instruccion, lo mismo que la brillantez de su estilo y la mágia y la riqueza de su pluma, lo asoció á su empresa, comprendiendo lo mucho que ganaria el periódico en interés y en atractivo con tan valiosa adquisicion.—Nuestro D. Anselmo se hizo, pues, cargo de *La Voz de la Religion* desde 1851; y redactó casi solo cinco gruesos tomos (folio menor) hasta 1853, en que un suceso desgraciado en la negociacion hizo que desapareciera aquel importante periódico; el cual tuvo una circulacion inmensa en toda la República, fué muy bien aceptado por las clases más ilustradas de la sociedad, sobre todo por el clero de la nacion, y contribuyó notablemente á derramar

luz, á impulsar el movimiento literario de la época, á encender y mantener viva la piedad, y á proporcionar á las familias honesto y útil recreo en lecturas sanas, saludables y llenas de verdaderas bellezas.

Larga es la lista de lo que en este periódico publicó el Sr. Portilla, pues su infinita diligencia y dedicacion le hacian atender simultáneamente á todas las secciones de la publicacion, dando á luz en ellas con oportunidad todo lo que podian desear los lectores más exigentes: poesías, leyendas, biografías, bibliografías, crónicas del país y del extranjero, escritos de polémica, de crítica, y descriptivos y sentimentales; estudios filosóficos, morales y artísticos; de todas materias, en suma; de tal manera, que debido á los trabajos del Sr. Portilla, *La Voz de la Religion* vino á ser en poco tiempo el periódico favorito de la buena sociedad mexicana; y en cuanto á ventajas pecuniarias, su ilustre redactor habria sin duda asegurado su porvenir en esta ocasion, si el suceso desgraciado á que ántes aludí, no hubiese venido á acabar con todo en sazon y circunstancias ménos esperadas.—De las obras que del Sr. Portilla se registran en estos cinco volúmenes, mencionaré las principales; pues si quisiera citarlas todas, haria interminable la lista. *La Magdalena* es una bellísima y conmovedora leyenda religiosa, escrita en variedad de metros, sembrada de primores de pensamiento, de inspiracion y de lenguaje, á cual más galanos y delicados, impregnados todos de uncion mística, de fervor y de fe. Este poema quedó desgraciadamente sin concluir (Febrero de 1849), por el agudo dolor que causó en el alma del Sr. Portilla la muerte de su primera esposa Doña Eulalia Villegas; pero dos años despues, en Agosto de 1851, le agregó unas soberbias octavas, explicando los motivos que le impedian acabar su obra. El poeta recuerda la época en que escribió los primeros cantos de su *Magdalena*, y dice:

Era un tiempo en que leve todavía,  
 como bajel mecido en la bonanza,  
 se lanzaba mi ardiente fantasía  
 por el florido eden de la esperanza;  
 un tiempo en que risueño me ofrecía  
 el porvenir hermoso en lontananza,  
 coronas bellas de inocentes flores,  
 tejidas por la *flor* de mis amores.

Aquella tremenda desgracia doméstica no deja ánimo al autor para seguir cantando los triunfos y los gozos dulcísimos de la mujer purificada por Jesucristo, y se recoge en sí mismo y guarda silencio.—A ese drama íntimo y doloroso de su corazón dedicó también el Sr. Portilla un sentido artículo que se registra en *La Voz de la Religion* con el título de *Tristeza y Soledad*, en el cual están agotadas todas las frases de la ternura, del cariño, del amor casto y cristiano, suavemente embalsamadas por el apacible aroma de la poesía. \*

Finalmente, como obras importantes por su utilidad y mérito literario; como modelos de crítica en que campean la elevación de criterio y la pureza y elegancia en el decir, pueden citarse las piezas siguientes: *La Virgen María, protectora de las bellas artes, El Tránsito de San José, Moisés, Crítica literaria (La Conjuracion de México, novela de D. Patricio de la Escosura), Bibliografías, Bossuet, Massillon, Fléchier, Homero, Daniel, La Hermana de la Caridad, La Virgen de Guadalupe, etc., etc.*; siendo también del Sr. Portilla todos los artículos y leyendas que se publicaron en la sección dedicada *A la juventud*.—Tomó parte

\* Poco tiempo después, el Sr. Portilla casó con la Sra. Doña Delfina Villegas, hermana de su primera esposa.

igualmente por aquellos años en la publicación del *Diccionario Universal de Historia y Geografía* del Sr. Andrade; y cuando se fundó *La Cruz*, notable revista religiosa y literaria, trabajó al lado de genios tan poderosos como el ilustre Munguía y el esclarecido Pesado, ambos sus amigos, compañeros y admiradores.—Algun tiempo escribió en *La Sociedad*.

### III.

Aquellos trabajos llenaban por entónces de un modo absoluto la vida laboriosa del Sr. Portilla; mas no olvidaba su primitivo intento de dedicarse enteramente á extirpar por medio de una pacífica predicacion en la prensa, el odio y la mala voluntad que, no por ser absurdos, dejaban de estar muy generalizados en México contra España y los españoles. Este alto pensamiento preocupaba siempre á nuestro Don Anselmo; y nunca perdía oportunidad de decir algo en los diversos periódicos que tenia á su cargo y alimentaba y sostenia con sus escritos, fuesen aquellos políticos y religiosos, ó literarios y puramente recreativos. Empero, esto no bastaba para satisfacer su ambicion: él queria tener un periódico propio, órgano exclusivamente de su idea, *español*, para decirlo de una vez, desde el cual pudiera emprender su benéfica cruzada contra los errores de los que maldecian á España y desconocian sus glorias.—El amor á la patria, el amor á la verdad y el amor á la justicia, le hicieron, pues, intentar algunos ensayos, llevándolo al comienzo de la mision de paz y de fraternidad con que soñaba. En el fecundo campo de la prensa se propuso “vindicar la historia y las tradiciones de España en el nuevo

mundo; combatir las preocupaciones hostiles al nombre español que existían en estas Repúblicas, y crear vínculos de fraternidad entre españoles y americanos."—Esas fueron la divisa y el programa que desde entónces adoptó y sostuvo el respetable Sr. Portilla, y vamos á ver en seguida cómo los cumplió.

Fundó en 1850 *El Español*, y en él empleó un estilo suave, amistoso, conciliador, que agradó en extremo á los mexicanos. "Mi sistema —decía el escritor muchos años despues— era una verdadera novedad en el periodismo, y más en el periodismo español que hasta entónces había ventilado las cuestiones americanas. Cayó bien, cayó en gracia ver que un periodista español no se enfurecía al combatir las preocupaciones de los hijos de América, y que en lugar de zaherir, procuraba convencer de su error á los preocupados."—Los españoles, sin embargo, no aprobaron ese sistema; querían otro enteramente distinto, que fuera como el eco de sus sentimientos ardientes y enérgicos, lleno de pasión, de saña implacable, para corresponder así al tratamiento que de los nacionales recibían. El Sr. Portilla no cambió porque juzgó que estas exigencias serían contraproducentes, y que lejos de apagar los odios, los avivarían más y más. ¡Ah! nadie sabía que él, como los antiguos misioneros, *había venido de paz*. No venía como Hernán Cortés y sus compañeros á conquistar imperios, ni como sus demás compatriotas á buscar la riqueza en nuestras minas ó en nuestros campos; venía, sí, á conquistar corazones y voluntades para España. El Sr. Portilla tenía la paciencia de Fr. Pedro de Gante, la mansedumbre de Motolinía y de Sahagún, el celo de Las Casas, el ardor evangélico de Fr. Martín de Valencia; sin que por esto le faltaran la energía y el entusiasmo de los antiguos caballeros españoles para defender el buen nombre de su patria.

No era él, pues, á propósito para usar en sus escritos el

estilo que deseaban algunos; y por esta causa el periódico tuvo que desaparecer al poco tiempo. Pero este primer desengaño, precursor ¡ay! de otros muchos, no desalentó en manera alguna al animoso escritor; ántes viendo que el terreno, por parte de los mexicanos, estaba bien dispuesto, estableció en seguida *El Eco de España*, admitiendo á su lado á D. Eduardo Asquerino.—Extrarordinario fué el entusiasmo que produjo en los españoles este periódico; pues la moderacion, el tino, la suavidad con que estaban escritos los artículos que allí aparecian, daban excelentes resultados en el ánimo de los hijos de México; quienes ilustrados de aquel modo en las cuestiones históricas que solo confusamente conocian, se apresuraban á hacer justicia á España y á prodigar á los españoles las consideraciones de un fraternal cariño. Sin embargo, habia en esto una cosa notable; ¿por qué siendo el espíritu del periódico igual al del anterior, no era recibido de la misma manera? ¿por qué aquel habia sido condenado y éste era aplaudido?—Don Anselmo de la Portilla, por una modestia excesiva que no le abandonó toda su vida, jamás firmaba sus artículos, y gustaba siempre de ocultarse en la oscuridad; de modo que en esta vez, los que daba á luz en *El Eco de España*, se atribuían equivocadamente al Sr. Asquerino. Para éste eran, por lo mismo, la gloria y los aplausos; él recibia las felicitaciones y áun los obsequios destinados al verdadero autor, sin que jamás hubiera hecho la más ligera rectificacion. El Sr. Portilla, entretanto, era víctima del desden, de la indiferencia, del desvío de sus compatriotas; á pesar de que con una palabra podia haberlos sacado de su error. “Despues de todo —decia— algo hubo de fortuna en aquella desgracia mia: en los dias más aciagos de mi carrera de escritor, cuando más hondo fué mi infortunio, más tétrico el aislamiento y más oscuro el rincon en que me encerraba, tuve la satisfaccion de ver alabado lo que hacia, siempre que la

casualidad ó la ocasion hicieron que saliera al amparo de otra fortuna y de otro nombre. ¿Cómo habria tenido yo aquella triste satisfaccion si siempre se hubiera creído que mis cosas eran mias?"

Decepciones como estas, no escasearon al Sr. Portilla en su vida de periodista, y en *El Universal* se repitieron algunas; por eso él solia decir en el seno de la intimidad y de la confianza, que la memoria de nuestro Alarcon le era más querida que la de ningun otro escritor español, porque le sucedia algo parecido á lo que tantas veces le aconteció al inmortal autor de *La Verdad Sospechosa*: nadie ignora que todas las comedias malas que se silbaban en Madrid se atribuían á Alarcon, miéntras que las buenas, aunque fuesen suyas, se creían de Lope. "En cuanto al resultado material de aquellas mis empresas —decia tambien el Sr. Portilla con honda melancolía— siempre fué tristísimo. Nunca tuve un holgado rincon para pensar, ni una mesa regular para escribir, ni una buena silla en que sentarme, ni un libro que consultar, ni nada de lo que sirve de ayuda, de estímulo ó de premio á los que están empeñados en las duras tareas del periodismo."—¡La pobreza y el olvido!... Hé aquí los únicos frutos que el escritor que lo merecia todo, se inclinaba á recoger en el triste sendero de su vida...

Muerto *El Eco de España*, el infatigable Sr. Portilla fundó otro periódico titulado *El Español*, como el primero que tuvo; y así en éste como en una *Iberia* que redactó en union de Federico Bello, poeta tan grande como desconocido, sostuvo interesantísimas polémicas con diversos escritores de la época; polémicas que sirvieron notablemente para "convertir en amigos de España y de los españoles á muchos que querian hasta sacarse de las venas la sangre española que por ellas corria."—Estos triunfos compensaban á nuestro Don Anselmo de sus amarguras: eran sus

laureles, las palmas de su victoria, más caras á su corazón que las riquezas y los honores; y ante ellos, lo olvidaba todo.

#### IV.

En 1858 hizo el Sr. Portilla un viaje á los Estados Unidos con su familia, y allí no se olvidó tampoco de su constante propósito de unir en fraternal y estrecho abrazo á españoles y americanos. Fundó para esto en Nueva York un periódico, *El Occidente*, que redactó solo.—En la misma ciudad escribió su interesante libro *México en 1856 y 1857*, ó sea la historia del Gobierno del General Comonfort, continuacion de otra obra suya dada á luz anteriormente en esta capital con el título de: *La Revolucion de Ayutla*. Tambien compuso su novela *Virginia Steward*, y dirigió al Conde de la Cortina unas *Cartas de Viaje* que no llegaron á publicarse. \*

Volvió al país en 1862, pasando por la Habana, en donde años atrás habia dirigido, poco tiempo, *El Diario de la Marina*, y donde debia haber fundado un periódico en compañía de D. José Zorrilla y del conocido editor D. Cipriano de las Cagigas; proyecto que no se realizó por la muerte

\* Proponíase el Sr. Portilla con estas cartas formar más tarde un libro, para lo cual encargó al Sr. Cortina que las conservase. Desgraciadamente, cuando regresó á la República, el Conde habia fallecido y no fué posible recobrar los manuscritos.—La primera de aquellas cartas, cuyo borrador conservaba por casualidad el autor, se publicó hace algunos años en *El Siglo XIX*, y es por todos conceptos digna de su talento claro y observador, y de su pluma tan elegante como discreta y amena.

de éste.—En dicho año, hallábase el General Prim en Veracruz al frente de las fuerzas españolas que el Gobierno de la Península había mandado al país para unirse á las de Francia é Inglaterra en la célebre intervencion europea en México. El Sr. Portilla, lamentando que su patria estuviese mezclada en este asunto, y con el propósito de influir en que los negocios que habían provocado aquella, se arreglasen pacíficamente, fundó un periódico, *El Eco de Europa*, solicitando ántes el permiso del general español. Hé aquí de qué modo refiere esto el mismo Sr. Portilla:

“Regresando yo á México con mi familia —dice— llegué á Veracruz cuando ya estaban cortadas las comunicaciones con el interior del país. Obligado á detenerme allí por este motivo, me ocurrió establecer un periódico con el objeto de extirpar los temores que inspiraba la coalicion europea, y de abogar por una solucion pacífica; animándome á ello la circunstancia de que viniendo el General Prim al frente de la expedicion española, el pensamiento de los aliados no podía ser otro que el de arreglar en paz las cuestiones de México.”

En su entrevista con el Conde de Reus, el Sr. Portilla dijo:

—“Yo creo firmemente, Señor General, que si usted dispara aquí un cañonazo, si dispara usted un fusil, si derrama usted una gota, una sola gota de sangre mexicana, acaba para siempre el prestigio del nombre español, no solo en México sino en toda América.”

Obtuvo el Sr. Portilla el permiso que solicitaba; y despues agrega:

—“Leí á Prim el primer artículo, y no solo le pareció bien, sino que le prodigó elogios. Lo mismo hice con todos los demás, y nunca le ocurrió alterar una idea, ni una frase, ni una palabra, ni una tilde. Nunca Prim me sugirió una sola idea para el periódico: siempre escribí yo lo que bien me parecia, y jamás dejó de estar conforme con ello.”

Era que ambos teníamos igual criterio en el asunto de la intervencion y en las cuestiones que aquí debían resolverse.”

En aquel periódico, en efecto, se trató la cuestion de una manera clara, precisa, lógica y amistosa, con el propósito de que las cosas de México se arreglaran sin derramar sangre; y en las Cortes de Madrid causó viva sensacion el pensamiento que guiaba al juicioso redactor de *El Eco*.—El trascurso del tiempo, más tarde, realzó brillantísimamente su victoria.

Sabido es que el término de todo, fueron los Tratados de La Soledad y la retirada del General Prim con su ejército; y no hay necesidad de decir que este rasgo del héroe de los Castillejos fué agradecido y aplaudido calurosamente por los mexicanos; ni que, merced á él, se convirtieron en amigos de España y de los españoles, muchos de los que ántes eran sus mortales enemigos. En esta obra de reconciliacion y de cariño, el Sr. Portilla tuvo una parte importantísima, segun acabamos de ver; y los mexicanos jamás olvidaron ni olvidarán la deuda de gratitud que con él contrajeron.

Al establecerse en México poco despues el Imperio de Maximiliano, el Sr. Portilla publicó su libro *De Miramar á México*, que no es más que la historia del viaje de aquel Príncipe y de su esposa, y de los festejos con que fueron obsequiados en el país á su llegada: la curiosidad pública quedó por completo satisfecha con esta obra, la cual tenia además el atractivo de presentar en sus páginas los discursos y poesías que con motivo de la presencia de los soberanos se pronunciaron y escribieron por aquellos dias.—Maximiliano y Carlota, con la inteligencia y perspicacia que poseían, conocieron desde luego la importancia, el mérito, el valer del Sr. Portilla, y procuraron atraérsele, distinguiéndole con finas consideraciones: leían sus profundos y bellos artículos publicados entónces en el periódico que tituló *La Razon*, y haciendo que lo abandonara, le llamaron á su lado

para confiarle honrosas y difíciles comisiones. No era el Sr. Portilla partidario de la intervencion; pero acudió al llamamiento, llevado de aquella su bondad de corazón que lo hacia ceder á todo, por más que en ocasiones causaran extrañeza sus aparentes cambios de opinion; pues como dijo el Sr. Roa Bárcena, su único defecto no era otro que la excesiva condescendencia. En la secretaría privada del Monarca trabajó con empeño, lealtad y eficacia, debiéndose á él muchas iniciativas importantes y no pocas disposiciones de gobierno: en la prensa, dirigió hábilmente el *Diario del Imperio*; y tambien escribió las *Revistas quincenales de México* que se mandaban al extranjero, y algunos otros opúsculos.—Maximiliano, en fin, depositó en el Sr. Portilla la mayor confianza, le tuvo cordialísimo aprecio, y halló siempre en él prendas y circunstancias de carácter no comunes en quienes rodean á un gobernante.

## V.

Llegamos ya á la página más hermosa de la vida periodística del Sr. Portilla; á la época en que el gran escritor, desplegando con ardor inusitado sus maravillosas facultades, entró de lleno y de una manera exclusiva, al planteamiento y desarrollo de la idea que perseguia: extincion de odios y rencores, y fraternidad eterna entre españoles y mexicanos: pensamiento generoso que nunca abandonaba; propósito levantado digno de un gran espíritu, obra de paz que constituía toda su ambicion.

El 1.º de Marzo de 1867 fundó *La Iberia*, la inolvidable *Iberia*, que llegó á ser como el vínculo de reconciliacion y de concordia entre los que siendo miembros de una

misma familia, estaban separados por absurdos resentimientos. Este periódico, además, venia á llenar un vacío, á satisfacer una necesidad de la colonia española de México; y á pesar de la modestia con que se presentó en el palenque periodístico, todos comprendieron desde luego su importancia y la influencia que llegaría á ejercer en la opinion pública; porque para nadie eran desconocidos el nombre del Sr. Portilla ni la prudencia que le caracterizaba.—Desde los primeros números comenzó á sostener polémicas, no solo en defensa de su patria y en vindicacion de sus tradiciones históricas en América, sino tambien en defensa de México, como sucedió en cierta ocasion en que el periódico *The Mexican Times* estampó algunos conceptos injuriosos para nuestro país.

En sus discusiones con escritores mexicanos empleó aquel estilo blando, benévolo y sereno que le era peculiar; el cual, léjos de exaltar los ánimos y de confundir al adversario, obligaba á meditar para luego conocer y confesar la verdad. Inspiraba confianza, animaba al estudio y conducia insensiblemente al más perfecto convencimiento. Era oportuno en los recuerdos históricos, justo en las apreciaciones, imparcial en los juicios y controversias, indulgente con los que incurrian en algun error, ameno en sus discursos, brillante y hábil en los argumentos que aducia; siempre inflexible para destruir una preocupacion y para defender la verdad.—Por lo demás, grande sería el espacio de que habría yo menester aquí, si quisiera dar una idea de las diversas polémicas que sostuvo el Sr. Portilla: básteme decir, que en todas ellas no se sabia qué admirar más, si la novedad y la claridad con que presentaba las cuestiones, ó el elevado criterio, la superioridad de miras, y la buena fe y nobleza que resplandecian en todas ellas. Contestaba los cargos que se hacian á España, á los conquistadores y á la administracion vireinal, con acierto y prontitud; anali-

zaba los hechos, investigaba sus causas, y ponía en claro la verdad; se despojaba de todo aquello que podía influir en su manera de pensar, y juzgaba con imparcialidad, escogiendo en las mejores fuentes los testimonios que podían ilustrarlo ó desatar una dificultad; se trasportaba á aquellos tiempos de la conquista, presenciaba las hazañas, estudiaba á los personajes, y de este modo encontraba el origen y la raíz de cosas que todos condenaban porque no podían explicárselas; en suma, defendiendo la verdad y la justicia, el elocuente escritor tenía siempre razones nuevas que oponer á sus adversarios: jamás se sentía débil.—“Nadie nos gana á nosotros, —decía dirigiéndose á un escritor que había hablado de ciertos hechos de los españoles, — á condenar sin reserva las atrocidades que se cometieron en aquellos descubrimientos y en aquellas conquistas. Ningun corazón salta más indignado que el nuestro contra los suplicios del valeroso Hatuei, de la bella Anacaona, del heroico Guatimotzin, y del magnífico y valeroso Atahualpa. Si hubiéramos vivido en aquella época, habríamos pensado y escrito como Fr. Bartolomé de las Casas; habríamos tronado como él contra las Encomiendas y los Encomenderos, y habríamos tomado la defensa de los débiles vencidos contra los abusos de los fuertes vencedores. Hoy no nos toca, puesto que de historia se trata, sino explicar los hechos, no conforme á nuestras ideas actuales, sino conforme á las ideas, las máximas, los principios y las costumbres de aquel tiempo. Para nosotros toda conquista es una usurpacion; para los hombres del siglo XVI era un derecho, con tal que se hiciera para extender la religion cristiana. A nosotros, que no aceptamos aquel derecho, nos parece infcua todo lo que se hacía ejerciéndole: ellos tenían por lícito todo lo que fuera menester para asegurarle. . . . En fin, para nuestro siglo no es razon la circunstancia de extender la fe; al contrario, para muchos de los que hoy viven, lo peor de la conquista

fué traer al Nuevo Mundo la religion cristiana. Todo esto prueba, que para juzgar con acierto en estas cuestiones, es necesario no perder de vista la conocida máxima de distinguir los tiempos: *distingue tempora et concordabis jura.*”

Pues bien: siguiendo este sistema, el ilustre redactor de *La Iberia* convencía á todos sus adversarios y los traía á sus ideas, haciéndoles amar á España y reconocer sus glorias en América.—Muchos, merced á esto, supieron lo que verdaderamente debe creerse acerca de la conquista y los conquistadores, de las encomiendas y tributos, de las Leyes de Indias y su aplicacion en México, de las obras materiales ejecutadas en América con beneplácito de la metrópoli, de los indios y los misioneros que los evangelizaron, de los vireyes, de su gobierno, de sus hechos... de todo eso, en fin, que ántes era moda sacar á luz para deturpar á España.

“¡Qué época! ¡qué hechos! ¡qué hombres! —exclamaba el Sr. Portilla.—Allá vienen Ojeda, el paladin más gallardo de aquel siglo, los Pinzones, compañeros de Colon, y los Valdivias, que descubren y reconocen las costas orientales de la América del Sur. Por aquí avanzan Ponce de Leon y Hernando de Soto, que lidian con la raza más valerosa de los indígenas americanos; que descubren el inmenso Mississippi, y edifican la más antigua ciudad que tienen los Estados Unidos. Allí aparece en el Istmo de Darien, Vasco Núñez de Balboa, de rodillas en la cumbre de la Montaña, con los brazos extendidos y dando gracias al cielo, porque acaba de aparecérsese el inmenso Océano Pacífico, resplandeciente con el fúlgido sol de una mañana. Allá van Pizarro y Almagro, torvos, rudos y codiciosos, sí; pero heroicos y magníficos, á reemplazar con la pura civilizacion de Jesus la impura aunque poética civilizacion de los Incas. Aquí está Hernan Cortés, que quema las naves, que avanza osado contra el imperio más poderoso y aguerrido del

Nuevo Mundo; que encuentra héroes como él y sus compañeros con quienes combatir, y que convierte el imperio azteca en una nueva España, tan bella y tan suntuosa como la antigua.—¿Quién puede avergonzarse de descender de aquellos hombres, ni qué motivos tendrían sus descendientes para aborrecerlos y despreciarlos?”

Este era el estilo empleado por el Sr. Portilla en las polémicas que sostenía. ¿Qué mucho, pues, que su natural encanto, su sencilla y magnífica elocuencia, aquella manera de decir, que revelaba la hermosura de alma del escritor y la gallardía de su ingenio; qué mucho que todo esto cautivara á los periodistas, y diera á *La Iberia* el lugar elevadísimo que siempre tuvo en la prensa mexicana? Fué, en efecto, este periódico uno de los más queridos, respetados y autorizados que ha habido en la República; y se dice que el Presidente D. Benito Juárez lo prefería á todos los demás. Porque la verdad era, que en *La Iberia* encontraban eco todos los grandes pensamientos y tenían apoyo las más útiles y convenientes iniciativas; se discutían los asuntos de México con brillantez y acierto, y se encontraban en todo señales del interés que esta nación inspiraba al Sr. Portilla. *La Iberia* fué también el constante defensor, el adalid más solícito y patriota de la colonia española en México; y muchas veces libró á ésta, con una palabra de prudencia, de conflictos enojosos. Dejó de publicarse el 30 de Junio de 1876, después de nueve años de gloriosa vida, de trabajos, de combates diarios y de triunfos; después de haber hablado de la patria ausente á los españoles de aquí, y de haber igualmente llenado la misión que se impuso su fundador. La prensa toda del país manifestó su sentimiento por la desaparición de un colega tan estimable; y el Sr. Portilla pudo ver que no dejaba una sola enemistad, y que todos tenían para él palabras de consideración y de cariño.—“Al retirarme de la escena —decía— no solo voy consolado, si-

no que me siento feliz porque he hecho algo por mi patria, porque *La Iberia* muere abrazada de su pensamiento y de su bandera, y porque vive y vivirá su obra. Al lado de estos consuelos que me acompañan en la muerte, ¿que importan las otras penas que pueden quedarme en la vida? . . .”

¡Hermosas y nobles palabras que hacen el elogio de aquel apóstol de la fraternidad hispano-americana!

## VI.

¿Logró su objeto el Sr. D. Anselmo de la Portilla, de ver vindicadas en el Nuevo Mundo la historia y las tradiciones de España? ¿Han desaparecido realmente las preocupaciones hostiles al nombre español, que desde la independencia existían en estas Repúblicas? ¿Hay ahora lazos de fraternal amor entre españoles y mexicanos?—Sí, en verdad; y el alma generosa del Sr. Portilla pudo todavía gozar de las satisfacciones del triunfo: el cielo le permitió ver coronada de la más espléndida victoria la causa que con extraordinaria constancia sostuvo toda su vida. ¡Pero á costa de qué sacrificios!—Su carrera periodística es la más laboriosa, la más digna, la más brillante y limpia que jamás se ha visto en México; luchó con invencibles obstáculos, tuvo amargos engaños, le acompañó siempre la pobreza; pero nunca desmayó ni se detuvo en su marcha. *La Iberia* fué, y debía ser, la gloria del Sr. Portilla, como fué igualmente el reflejo de las tristes impresiones de su corazón. Nunca se ha visto que periodista alguno haya sido tan estimado y admirado como él lo fué en México; nunca se han tributado á escritor público los honores y consideraciones que él recibía diariamente, ni había palabra que fuese escuchada.

y atendida con tanto agrado, respeto y complacencia como la suya; porque el Sr. Portilla era la más alta, y noble, y magnífica personificación del periodismo, é hizo de la prensa lo que conviene que sea en las sociedades modernas: un poder que lo abrace todo, algo como un sacerdocio que difunda la verdad, una luz que lleve á los entendimientos ideas buenas, una voz serena que proclame las excelencias de la justicia. Y el Sr. Portilla, por fortuna, habia recibido de Dios todas aquellas virtudes y prendas que atraen poderosamente el ánimo de los demás, y les impulsan á seguir el camino de la persuasion y del estudio. Apacible, benévolo, sencillo, de una humildad encantadora; compasivo y dispuesto siempre á todo lo bueno, sin transigir jamás con lo que no lo era; adversario generoso y leal que honraba á quien con él discutia; incapaz de abrigar odios contra nadie, sino más bien inclinado á perdonar y á amar á los que le hacian mal; admirador sincero de las buenas obras, fuera quien fuese su autor, y tan indulgente para lo mediano ó defectuoso, como severo con lo suyo propio; excelente amigo, en suma, esposo amantísimo, tierno y cariñoso padre, bienhechor de los pobres, sin ostentacion ni vanidad, —el Sr. Portilla era uno de aquellos varones que la Providencia manda al mundo para ejemplo y edificacion de quienes los conocen, y que son merecedores, por lo mismo, de la admiracion de la sociedad y de la recompensa que Dios guarda para los justos. Su delicada sensibilidad conmovia; la hidalguía de su carácter y la alteza de sus propósitos infundian admiracion; su ingénua bondad y mansedumbre despertaba la confianza en los corazones tímidos; la sencillez de sus gustos, el sosiego de sus costumbres, sus tranquilas maneras convidaban á imitarlo; y en fin, sorprendia y cautivaba su inagotable benevolencia. En sus escritos se trasparentaban siempre estas bellezas de su alma, realzadas, si más era posible, por una caballerosidad ente-

ramente española: jamás se escapaba de su pluma una frase dura ni una palabra inconveniente; jamás estampaba un concepto que pudiese lastimar á alguién ó desalentarlo, ni nunca le faltaban un elogio para el verdadero mérito, un consejo para el que lo necesitaba, una indicacion prudente y discreta para quien se la pedia: sus juicios eran siempre justos sin pecar de séveros. Revelábase, finalmente, en todo lo que escribía el Sr. Portilla, la intencion de hacer el bien, y su voz tenía la sencilla majestad, el irresistible prestigio del que predica la verdad. Hé aquí por qué no fueron estériles sus trabajos ni su frente dejó de verse coronada de los laureles de la victoria.—Mas ¡ay! hubo un tiempo en que, á pesar de haber consagrado el Sr. Portilla al servicio de España su florida juventud, su bienestar, su maravilloso talento, y acaso un porvenir dichoso, se extendieron repentinamente en torno de él y cayeron sobre su alma, el aislamiento, la soledad, el vacío, el hielo de la indiferencia, todos los velos del olvido, como si ya estuviera muerto ó como si no hubiera existido jamás. . . . La gratitud, por desgracia, no es eterna en los corazones de los hombres, y éstos pronto se olvidan de lo que siempre deberian tener presente, y ensalzar y bendecir. \*—Fatigado,

\* Un suceso que indudablemente favoreció y honró al Sr. Portilla en muy alto grado, fué tal vez causa en aquella época (1873), de las amarguras que le aquejaron, las cuales no tuvieron término sino con su muerte.—Con motivo de una de tantas brillantísimas polémicas que sostuvo en la prensa, sobre la historia y las tradiciones de España en el Nuevo Mundo, los españoles de la República quisieron hacerle una demostracion de entusiasmo, poniendo en sus manos un valioso regalo. Desgraciadamente, por una especie de fatalidad que no faltó jamás en las cosas del Sr. Portilla, se incluyeron en la escritura de la donacion de una casa (objeto elegido para el obsequio), ciertas cláusulas que él creyó no deber aceptar, porque en su concepto ajaban sus sentimientos de caballero pundonoroso y honrado. Así, pues, y como decia tristemente el mismo Sr. Portilla en

llo de desaliento, sin salud y sin el fruto de su trabajo, el ilustre escritor se retiró del campo del periodismo con ánimo de buscar el descanso de sus fatigas en el seno amoroso de su virtuosa familia; y todavía allí desahogaba su entendimiento, escribiendo de vez en cuando algunos artículos que publicaba en *El Siglo XIX*, y dando comienzo á una obra de que hablaré despues, la *Vida de Washington*. Aislado, triste, léjos completamente del trato del mundo, del cual le habian apartado amarguísimos desengaños, —le sorprendió la muerte el 3 de Marzo de 1879, hallándole pobre, enfermo y desalentado, despues de tantos años de lucha diaria; llena su frente de laureles, pero ensangrentados sus piés con las espinas del áspero sendero de su vida. . . . \* ¡Y así acabó aquella existencia noble, honrada, consumida toda entera en el bien de los demás y en gloriosos servicios á su patria!—

A su muerte, fué llorado de todos; porque sus virtudes, sus merecimientos, su bondad generosa, su bellísimo carácter, su modestia, su amor á España y á los españoles, á México y á los mexicanos, le hicieron digno del cariño de cuantos conocian su nombre. Los periódicos vistieron luto, le dedicaron expresivos y elocuentes artículos necrológicos, y los poetas nacionales más notables, honraron su memoria con sentidas elegías: todos, en fin, dieron señales del dolor, que

sus conversaciones íntimas, lo que debia haber sido motivo de satisfaccion y de gozo, se convirtió en amarga fuente de disgustos y tormentos. Aquellas cláusulas se modificaron al fin, y el regalo fué aceptado; pero el noble escritor no pudo olvidar nunca los dolorosos incidentes que hubo en este negocio y se abstuvo de mencionarlo en *La Iberia*. ¡Tan lastimado así habia quedado su corazon! En lo íntimo de él agradecía y agradeció siempre, aunque jamás lo dijo, el regalo de sus compatriotas, que aseguró á su familia un modesto bienestar.

\* Roa Bárcena.

les causaba la ausencia eterna del Sr. Portilla, del grande amigo de México, del modelo de periodistas y de caballeros, del ilustre é incansable batallador de la verdad y de la justicia. ¡Era una pérdida inmensa para España, para México, para las letras, para la prensa, para la historia! ¡Pérdida más inmensa todavía y verdaderamente irreparable para su familia y sus amigos!

Un mes despues, para que á la gloria del Sr. Portilla nada faltase, se presentó en el Congreso General una proposicion pidiendo se declarara que *el ilustre escritor español, el insigne fundador y director de LA IBERIA, Sr. D. Anselmo de la Portilla, habia merecido bien de México*: \* hecho singular y honrosísimo que no tiene precedente en nuestra historia, y que constituirá en todo tiempo el timbre más glorioso de la familia del Sr. Portilla.

## VII.

Pudo sin duda éste dedicarse á otro género de labores literarias; y en vez de las fugitivas producciones del periodismo, que pronto se olvidan y desaparecen, fácil le habria sido dejár obras formales y concienzudas sobre diversar materias, porque tenia fuerzas y dotes especiales para todo. “Portilla era —dijo no há mucho un distinguido escritor español \*\*— un pensador profundo y altamente moral, un escritor inspirado, correcto y erudito, de buen gusto y de

\* El autor de esta proposicion fué el reputado abogado Sr. D. Joaquin M. Alcalde, diputado al Congreso de la Union; y despues la hizo suya la Diputacion de Guanajuato.

\*\* El Sr. D. José Güel y Mercader.

intencion viril; gran conocedor del corazon humano; de ánimo abierto á todos los sentimientos nobles y levantados, y fácil á todas las impresiones del exterior que dejan en el alma huella provechosa. Periodista desde sus años juveniles, conocia á fondo las ciencias políticas y sociales en todas sus fases; era filósofo, economista, jurisconsulto, diplomático, hombre de gobierno y de administracion. En España, afiliado en cualquiera de nuestros partidos políticos, fácilmente habria llegado á ministro de la Corona.”

El Sr. Portilla, sin embargo de todo esto, nada se reservó para sí: no se acordó de su nombre, ni quiso conquistarse un bienestar feliz: lo sacrificó todo en aras de la mision de paz que se propuso llenar en nuestra patria. ¿Hay por ventura más generosa abnegacion? ¿Puede exigirse mejor prenda de amor patrio?

El inolvidable redactor de *La Iberia* amaba á México como se ama la tierra donde se ha criado una familia, y se ha gozado y padecido: con encendido amor, con leal y entusiasta cariño. El sufría con las desgracias de esta República, que es la patria de sus hijos, y se alegraba con sus triunfos, con sus progresos, con su engrandecimiento; se inquietaba por su porvenir, se interesaba en las cuestiones que de alguna manera pudieran influir en él, y prestaba el apoyo y la autoridad de su talento á cuanto pudiera favorecerlo.

Nuestra literatura, sobre todo, le debió eficaces é importantísimos servicios: su nombre vino figurando, como hemos visto, desde sus primeros años, en el movimiento intelectual de nuestro país, al lado de aquella magnífica pléyade en que brillaban Alaman, Pesado, Munguía, Aguilar y Marochó, Roa Bárcena, y otros muchos.

El Sr. Portilla tenia estímulos para la juventud, animaba á los tímidos, disimulaba los defectos de sus ensayos y les daba generosa acogida en las columnas de sus periódicos,

quizá en recuerdo de los desaires que él sufrió en sus primeros pasos literarios. ¡Bien se vengó de ellos! Nadie asomó jamás á su puerta en busca de un nombre, de un reclamo, de un camino para las letras y la gloria, sin encontrarla de par en par abierta, como él decia; dispuesto su corazon y prontas su voz y su pluma para cumplir sus deseos. Su *Iberia* fué, miéntas se publicó, el periódico único que servia á la juventud estudiosa para darse á conocer, pues el Sr. Portilla amaba con entrañable afecto á la naciente generacion literaria. A muchos escritores sacó de la oscuridad y el aislamiento, y les dió gloria, les prodigó aplausos, les conquistó un buen lugar en el concepto público, llamando sobre ellos la atencion de los inteligentes. ¡Cuántos le deben una reputacion! ¡Cuántos acudian á su lado en busca de consuelos y de consejos, seguros de ser recibidos con la confianza, con el interés y el cariño de un padre bondadoso!

Los mexicanos, justo es decirlo, supieron corresponder dignamente á esta predileccion del Sr. Portilla: lo veían con veneracion y cariño profundísimo, y la gratitud que hacía él abrigaban, les llevó á cumplir en momentos solemnes, los más tristes deberes. Mexicanos hubo entre los amigos que le acompañaron en la última soledad de su vida, mexicanos entre los que cerraron sus ojos y velaron su cadáver, entre los que le acompañaron á su última morada, y los que al último regaron su sepultura con lágrimas. . . . Y en el cementerio, mexicanos y españoles lloraron al recordar que aquel hombre virtuoso los habia unido con el abrazo de hermanos. . . .

## VIII.

Segun he dicho ántes, las ocupaciones del periodismo impidieron á nuestro D. Anselmo escribir algunas obras, con que en otras circunstancias habria enriquecido indudablemente la literatura hispano-americana. Sin embargo, además de los libros que he mencionado en el curso de este artículo, —*La Revolucion de Ayutla, México en 1856-57, De Miramar á México* y la novela *Virginia Steward*,— el Sr. Portilla escribió y publicó algunos capítulos de uno que prometia ser muy interesante, intitulado: ESPAÑA EN MEXICO, —*Cuestiones históricas, políticas y sociales*,— completándolo con diversos artículos de polémica periodística.\* —En sus últimos dias escribia la *Vida de Washington*, obra importantísima que trunca como quedó, será valioso orna-

\* En el folletin de *La Iberia* publicó el Sr. Portilla una interesante *Biblioteca histórica* sobre cosas de México, en la cual salieron á luz obras tan raras y curiosas, como las siguientes, con una introduccion suya: *Cartas de Hernan Cortés á Carlos V; Conquista de México*, de Gomara, *Conquista de la Nueva España*, de Bernal Diaz del Castillo, *Teatro Mexicano*, de Vetancurt, *Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional*, de Boturini, *Escritos sueltos*, de Hernan Cortés, *Instrucciones que los Vireyes de Nueva España dejaron á sus sucesores*, *Crónica de la Provincia de Michoacan*, del P. Beaumont, é *Informacion recibida en México y Puebla el año de 1565, sobre los servicios que prestaron los tlaxcaltecas á Hernan Cortés en la Conquista de México*.— Muchas de estas obras, ó permanecian inéditas, ó si se habian publicado, eran raras y dificiles de encontrar. El Sr. Portilla prestó, pues, con su *Biblioteca*, un gran servicio á la Historia nacional.

mento de las letras españolas; pues el estilo castizo, la elegancia de la narracion, la sana crítica y los incontables primores de lenguaje de que está sembrada, hacen de ella un monumento literario digno del gran hombre á quien está dedicada.

Yo he tenido la fortuna de leer, merced á una bondadosa distincion de la familia del Sr. Portilla, que agradezco profundamente, el manuscrito de los ocho únicos capítulos que el ilustre escritor dejó del todo terminados; y como en mi sentir la obra es de una importancia suma y de un mérito no comun, el lector me permitirá que diga yo algo en especial sobre estos ocho capítulos.

No es este libro solo una biografía, ni el simple panegírico de Washington; participa de ambas cosas: es un canto bellissimo, un poema épico escrito en prosa, para honrar la memoria de uno de los hombres más admirables que ha producido la humanidad. En él se unen en feliz consorcio la majestad de la historia y la sublimidad de la poesía; la elevacion de criterio del filósofo y los arranques líricos de un corazon entusiasta; la quietud y serenidad del investigador erudito, y la amenidad, el colorido, la encantadora animacion del escritor de fantasía. Todo allí es interesante y magnífico: las descripciones son verdaderos cuadros, perspectivas grandiosas en que el lector no sabe en qué objetos detener los ojos, pues el cielo, las florestas, los rios con sus márgenes floridas, los callados montes, las embalsamadas noches, las mañanas resplandecientes, se ven con tal viveza y claridad, que parece uno encontrarse en las selvas vírgenes americanas. Y sorprende en verdad que tales páginas, obra de un escritor que tenía ya sobre sí la nieve de los años y cuyo corazon habia sido azotado tantas veces por el ardiente soplo del infortunio, estén llenas de tan deliciosa frescura, de tan embriagadora poesía, de tan fino, exquisito y delicado gusto. Al leer algunos capítulos de la *Vida*

*de Washington*, sin esfuerzo cree uno que está leyendo á Chateaubriand; al pasar la vista por ciertos pasajes en que el interés de la narracion crece y crece sin cesar, parece que tenemos un libro de Washington Irving en las manos; al deleitarnos en los episodios puramente históricos, es Prescott quien nos habla; y en otras partes recordamos á los cronistas primitivos de México, Mendieta, Las Casas, Sahagun, Motolinía, porque tal es la uncion y la candorosa sencillez con que el autor se expresa: ya es una página como podía haberla escrito Macaulay, ya otra en que la profundidad y exactitud de una observacion compiten con la claridad con que fué expuesta; observándose en el desarrollo de la obra un método maravilloso y una naturalidad verdaderamente encantadora. Por lo demás, ¡qué pureza hay en la dición, qué selectos períodos, qué fluidez, qué arte, qué escogido lenguaje! ¡Cómo se ve allí la mano del literato, del hablanta distinguido, del crítico eminente y discreto, del historiador ameno, profundo y reposado!

Comienza su obra el Sr. Portilla dibujando á grandes pinceladas el establecimiento de las colonias inglesas en América, para preparar así el ánimo del lector y disponer el teatro en que va á figurar su héroe. En los capítulos segundo y tercero pinta con frescos y animados colores la niñez y la juventud de Washington, evoca los recuerdos de su familia, refiere algunos rasgos curiosos de su precocidad y buen juicio, y se detiene en aquellas circunstancias que todos gustamos de encontrar en las biografías de los grandes hombres: son bellísimas y conmovedoras las palabras dedicadas á la madre de Washington.—Después, pasa á describir el carácter juvenil de éste, y cuenta sus primeros amores; habla de sus trabajos, de algunos viajes que hizo con motivo de sus conocimientos en agrimensura, de sus pesadumbres de familia y de sus cuidados como jefe de ella; concluyendo tan interesante relacion con el siguiente pár-

rafo, en que se compendia lo dicho hasta entónces: —“Todo lo que hizo Washington en su juventud parecia dispuesto para prepararle al gran papel que la Providencia le destinaba en la edad madura. La caza, imágen de la guerra; los cuidados de la familia, imágen del gobierno; los trabajos de agrimensor, imágen de las durezas de la vida; todo fortificó su cuerpo, ilustró y templó su espíritu, formó su corazon y elevó su carácter á la altura que era menester para que fuera un dia el primer capitán, el primer legislador, el primer hombre de Estado, el fundador en suma de un pueblo.”

En el capítulo cuarto aparece ya Washington en la escena pública, desempeñando una comision importante cerca del Gobernador de los colonos franceses del Ohío; y la historia de su viaje á través de las selvas, en que están pintados con admirable propiedad los peligros á que se vió expuesto y las espléndidas bellezas del territorio, sus ásperos montes, sus rios helados, sus desiertos, sus soledades, y algo tambien de las costumbres de los salvajes, recuerda las páginas más hermosas de la *Atala* y de *Los Natchez* de Chateaubriand. Y da mayor atractivo á la narracion la gallarda, la interesante, la legendaria figura de Washington que allí se descubre en todos los cuadros.

Con motivo de la sangrienta guerra intercolonial, llamada de los *siete años*, que estalló en 1754, el jóven americano comenzó á distinguirse en los combates de un modo extraordinario, triunfando primero de Jumonville que murió en la refriega, y asistiendo luego á la célebre batalla en que quedó completamente derrotado el General Braddock por no haber seguido los prudentes consejos de Washington. Allí peleó éste con admirable denuedo, y se salvó de la muerte providencialmente, *como si Dios* —dijo Samuel Davis— *le señalara para prestar más tarde algun importante servicio á su país*. Estos hechos y sus consecuencias,

con otros curiosos episodios, ocupan los capítulos quinto, sexto y sétimo; siendo de notar, que el interés jamás desfallece, ántes subyuga y deleita la amenidad del relato, y agradan los detalles discretamente escogidos por el autor. En el octavo, en fin, se trata del casamiento de Washington con Marta Custis, y es uno de los que con mayor delicadeza están escritos y de los que más simpatías inspiran hácia el grande hombre: en él aparece éste tal como era en sus sentimientos íntimos y en sus costumbres privadas. El biógrafo refiere cómo se conocieron Washington y Marta, cuál era la correspondencia que estando léjos se trasmitían, qué aficiones y propósitos despertó en él aquel acto de su vida, cuáles eran las virtudes y prendas de la esposa, y por último, cómo se trataron ella y el patriarca americano. Léase, acerca de esto, el siguiente párrafo:—. . . “Su union con Marta fué venturosa. Dulce y amorosa compañera, ella fué el más bello adorno de su hogar en todas las situaciones de la vida. Encerrada en el rincón donde la mujer tiene su trono, rarísima vez sale á la escena en el gran teatro donde hizo el primer papel su marido. Dotada de carácter expansivo y amable, alegró con su presencia y dió tono de sencilla elegancia á la vida del campo en que pasó los primeros años de su matrimonio; y cuando más tarde fué llevada á los brillantes círculos del poder, y participó de las ovaciones con que el entusiasmo popular aclamó á su triunfante esposo, nunca perdió la modestia y humildad de sus costumbres. Fué, en una palabra, digna compañera del grande hombre á quien dió su mano.—Con Washington y con Marta nos sucede lo que con nuestros abuelos: nunca los vemos jóvenes. El se nos representa en el invierno de la vida, con su auréola de ancianidad y su venerable aspecto de patriarca: ella con su blanca cofia, su saya antigua y su bondadosa faz de abuela. No tuvieron hijos, pero un pueblo entero que le llama padre á él, y ama y ve-

nera su memoria, tributa también homenajes de cariño filial á la que fué su digna y noble compañera.”

Este capítulo tiene en el manuscrito la fecha *Enero 2—1878*— y fué el último que escribió el Sr. Portilla. Tres meses después de comenzada la obra, es decir, en el citado, le atacó una enfermedad penosa que le obligó á suspender su trabajo, cuando solo había escrito la introducción y los ocho primeros capítulos. Ya no la pudo proseguir, porque desde entónces el mal siguió, hasta que la muerte vino á cortar aquella cara existencia.

Como se comprende desde luego, la *Vida de Washington* apenas quedó empezada: el manuscrito alcanza solo hasta el año de 1759, y el Cincinato de América murió en 1799, en cuya diferencia de cuarenta años cambió radicalmente el estado de las colonias y se sucedieron aquella série de hechos memorables en que Washington fué el principal actor, el centro, la causa de todos ellos. ¡Qué guerra aquella de la independencia, qué batallas, qué prodigios de valor y de perseverancia, qué austeridad de virtudes desplegada por Washington en los campamentos, qué triunfos, qué gloria! Aquel guerrero indomable y heroico, después de dar la libertad á su patria y poner las bases de su futuro engrandecimiento, se retira, modesto y sencillo, á su casita de Mount-Vernon, con la conciencia de haber cumplido su deber, buscando las dulzuras de la vida doméstica y cultivando, como el hombre más humilde del pueblo, sus fértiles heredades. ¡Qué páginas habría escrito el Sr. Portilla con estos asuntos; él, que comprendía y admiraba las grandes virtudes de los grandes corazones! ¡Cómo habría pintado, con su pluma de oro, aquellos prodigiosos acontecimientos que conmovieron las selvas del nuevo mundo; aquellos hechos que elevaron á Washington á la altura en que lo ve la posteridad y lo verán siempre los siglos; aquellos soldados valerosos que sentían arder su sangre de entusias-

mo á la sola presencia de su general! . . . Lo poco que dejó escrito el Sr. Portilla de su obra, nos permite adivinar fácilmente las páginas que habria trazado despues si la muerte no nos le hubiese arrebatado. . . .

Algunos de sus compatriotas, segun él supo, “mostraron grande extrañeza porque iba á escribir la vida de Washington, cuando tantos personajes españoles que ilustraron su nombre en el Nuevo Mundo, le brindaban con su genio, sus virtudes, sus hazañas y sus glorias.”—Los siguientes conceptos del prólogo explican la intencion del Sr. Portilla, y yo no puedo hacer cosa mejor que copiarlos. Dicen así: “Quiero pagar la parte que á mí me toca en la deuda de gratitud que tenemos los españoles con los escritores de los Estados-Unidos. Los principales de ellos han elegido para sus obras asuntos de España, y han ilustrado con trabajos importantísimos, como no lo han hecho los nuestros, muchos de los más interesantes períodos de nuestra historia. \* Yo quiero bosquejar el más interesante y bello de la suya: voy á escribir la vida de Washington.”—El Sr. Portilla, además, tenia una deuda especial con los Estados Unidos. “Su historia —decia tambien en el prólogo,— sus hechos, sus costumbres, los discursos de sus oradores, las obras de sus literatos, los cantos de sus poetas, las opiniones de sus estadistas, han sido un arsenal inmenso de donde he sacado yo en mi larga carrera de escritor, las más poderosas

\* Ya se comprende que el Sr. Portilla se refiere aquí: á Washington Irving, que escribió la *Vida y Viajes de Cristóbal Colon*, *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Cristóbal Colon*, *Legendas de la Alhambra*, etc.; á Prescott, que publicó la *Historia de la Conquista de México*, la *Conquista del Perú*, la *Historia del reinado de los Reyes Católicos* y la *Vida de Felipe II*; á Ticknor, por su *Historia de la Literatura Española*; á Fenimore Cooper, que compuso una de sus mejores novelas con el título de *Mercedes de Castilla*, y á otros muchos que sería largo citar.

armas para vindicar la historia y las tradiciones de mi patria en el Nuevo Mundo, y combatir las preocupaciones hostiles al nombre español en las tierras donde más hizo para ser querido y respetado. Los sentimientos y conducta del pueblo norte-americano, los hechos y dichos de sus hombres eminentes, sus homenajes á la verdad y á la justicia de la historia, su tierna veneracion á la memoria de sus padres, todo esto ha sido mi refugio cuando mis razones no han valido, y siempre ha sido esto eficaz para imponer silencio á las preocupaciones antiguas de la América Española, con que he luchado constantemente en el estadio de la prensa.”

Se ve, pues: que todavía en esta obra, al parecer extraña al pensamiento que fué objeto de los desvelos del Sr. Portilla, se proponia continuar su propaganda de fraternidad y de reconciliación, defendiendo con brillante celo los fueros de la verdad histórica. ¡Jamás aquel hombre virtuoso dejó de ser el apóstol de paz, el apóstol de una idea que en mayor grado puede engrandecer á los que la abriguen en su pecho! ¡Bendita sea su memoria!



## INDICE

---

	Págs.
Dedicatoria.	
Prólogo.	
Introduccion.....	1
Ilmo Sr. Obispo D. Ignacio Montes de Oca.....	9
D. Alejandro Arango y Escandon.....	25
D. Joaquín García Icazbalceta.....	35
D. José Sebastian Segura.....	57
D. José María Roa Bárcena.....	65
D. José María de Bassoco.....	81
D. Francisco Pimentel.....	87
D. Casimiro Collado.....	101
D. Ignacio Aguilar y Marocho.....	111
D. Tirso Rafael Córdoba.....	129
D. Manuel Orozco y Berra.....	143
D. Rafael Angel de la Peña.....	163
D. José Peon y Contreras.....	169
D. Manuel Peredo.....	181
D. Anselmo de la Portilla.....	189